

# EAST LOS ANGELES HISTORIA DE UN BARRIO

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES  
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE  
  
CENTRO DE ENSEÑANZA PARA EXTRANJEROS

# EAST LOS ANGELES. HISTORIA DE UN BARRIO

Ricardo Romo

Traducción de  
Mario Melgar Adalid



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Centro de Investigaciones sobre América del Norte  
Centro de Enseñanza para Extranjeros  
Coordinación de Humanidades  
México, 2003

Título original: *East Los Angeles: History of a Barrio*

Primera edición en inglés: University of Texas Press, 1983.

Primera edición en español: UNAM, 2003.

D.R. © 2003, Universidad Nacional Autónoma de México.

D.R. © University of Texas Press.

D.R. © 2003, Ricardo Romo.

D.R. © 2003, Mario Melgar Adalid (por la traducción al español).

Diseño de la portada: Patricia Pérez, sobre una foto del mural *Los indocumentados*, de Mauricio Gómez Morín.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Av. Universidad 3002  
Copilco, Coyoacán, 04510, México, D.F.  
<http://www.unam.mx>

ISBN: 970-32-0987-4

# Índice

<b>Presentación</b> , Dr. Juan Ramón de la Fuente . . . . .	7
<b>Prefacio</b> . . . . .	11
<b>Prólogo a la presente edición</b> . . . . .	17
Prólogo . . . . .	23
Agradecimientos . . . . .	27
Introducción . . . . .	29
Preludio al barrio . . . . .	47
De la patria al barrio . . . . .	73
La creación del barrio en el lado este . . . . .	117
La amenaza morena . . . . .	157
Trabajo y desasosiego . . . . .	191
Reforma, renacimiento y socialización . . . . .	217
Epílogo: East Los Angeles desde 1930 . . . . .	267



# Presentación

Desde su fundación en México, la Universidad ha sido un puente por el que ha transitado el conocimiento hacia la sociedad, no sólo por la actividad que realizan sus egresados, sino también por las múltiples manifestaciones de cultura que promueve nuestra institución y que tienen como objetivo difundir el conocimiento y el arte entre el pueblo mexicano.

La Universidad Nacional Autónoma de México tiene entre sus tareas fundamentales la investigación y la enseñanza de las ciencias, las ciencias sociales y las humanidades, con el propósito de acrecentar el conocimiento del hombre y de la naturaleza. Esta labor académica contribuye en gran medida al desarrollo del país, pues tanto los investigadores como los profesionales que conforman nuestra Máxima Casa de Estudios ocupan un lugar destacado dentro de la sociedad, en sus respectivos campos de desarrollo. Desde la fundación de la moderna Universidad Nacional se ha integrado una tercera función, la difusión de la cultura, que es tan relevante como las anteriores, ya que sin ella gran parte de la producción académica no llegaría a públicos diversos.

Estas tres tareas sustantivas de la Universidad Nacional Autónoma de México tienen una proyección universal; prueba de ello es que nuestros investigadores, maestros y profesionales encuentran en sus actividades académicas un reconocimiento internacional cada vez mayor. Desde hace mucho tiempo, la UNAM se ha preocupado también por tener una presencia más allá de sus fronteras, atendiendo a alumnos extranjeros en la Escuela de Verano, fundada en 1921 por José Vasconcelos. A lo largo de 82 años de vida académica, el actual Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE) cuenta con el Centro de Enseñanza para Extranjeros en Taxco, Guerrero (desde 1922), la Escuela Permanente de Extensión en San Antonio, Texas (EPESA) (desde 1944), la Escuela de Extensión en Gatineau, Quebec (desde 1995), y la Escuela de Extensión en Chicago, Illinois (desde 2001).

Asimismo, en el contexto del estudio, el análisis y la discusión sobre Estados Unidos y Canadá, la UNAM creó en el año de 1993 el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), cuyas investigaciones y productos editoriales comienzan a tener un alto impacto entre los estudiosos de estos países, sobre todo en quienes han dedicado sus esfuerzos académicos al análisis de las relaciones entre México y Estados Unidos. Uno de sus programas estratégicos se refiere precisamente a los latinoamericanos que residen y trabajan en ese país, y da prioridad al tema de las comunidades mexicanas en el exterior. Todo ello ha consolidado a este Centro como una entidad universitaria de vanguardia en los estudios interdisciplinarios sobre América del Norte.

En este sentido, la experiencia internacional de la UNAM ha sido enriquecedora y relevante, a tal grado que hoy podemos afirmar que la unión de esfuerzos orientados hacia este objetivo ha creado un sólido puente de encuentro con los diversos sectores universitarios de las tres naciones.

Aquí es necesario resaltar la importancia académica y cultural de la extensión universitaria de la UNAM en Estados Unidos de Norteamérica, ya que por razones históricas la población mexicana constituye una de las presencias más destacadas dentro de la sociedad de ese país, lo que ha reforzado, en consecuencia, la importancia de la lengua española y la cultura mexicana en dicho territorio.

La población mexicoamericana encuentra en nuestras Escuelas de Extensión un apoyo para la asimilación entre sus dos culturas. Para dar un ejemplo: desde 1988, la UNAM ha organizado más de una veintena de encuentros internacionales sobre cultura chicana. Congruente con la misma tradición, la Universidad convocó a destacados analistas de las relaciones México-Estados Unidos —mexicanos y extranjeros— al evento “Puentes de ida y vuelta”, organizado por el CISAN y el CEPE. Más recientemente, reunió a algunas de las más destacadas escritoras mexicoamericanas en el Primer Encuentro de Escritoras Chicanas “The Heritage”, para analizar el movimiento literario de un grupo que adquiere cada vez una mayor influencia y relevancia histórica en la sociedad estadounidense.

Fruto de este trabajo de difusión internacional, y gracias a la destacada iniciativa de la EPESA, el CISAN, en coedición con el CEPE y la



Coordinación de Humanidades, publica este libro del historiador Ricardo Romo: *East Los Angeles. Historia de un barrio*. La UNAM contribuye con ello no sólo a entender una parte de la historia social estadounidense, sino también una parte de la nuestra: la emigración mexicana hacia el país vecino desde el siglo XIX.

Hoy la UNAM considera la eventual apertura de un espacio de extensión académica en la ciudad de Los Ángeles, que es actualmente el asentamiento urbano más importante en Estados Unidos y una de las ciudades con mayor índice de población latinoamericana, en donde sobresale la de origen mexicano. Además de los acuerdos en proceso respecto a la expansión y el intercambio académico entre la Universidad Nacional y la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), el proyecto de la UNAM en esa ciudad destaca también la atención a mexicanos asentados en el Barrio Este, precisamente el sitio de las disquisiciones académicas del doctor Ricardo Romo, presidente de la Universidad de Texas en San Antonio y amigo cercano del proyecto de la UNAM en esa ciudad.

Sin duda, la obra de Ricardo Romo es ya un referente académico indispensable en su tema, por lo que la iniciativa de la UNAM de publicar la versión en español ha de contribuir significativamente a una mejor comprensión de las transformaciones sociales de las comunidades mexicanas en Estados Unidos, y de su impacto en nuestra relación bilateral.

*Dr. Juan Ramón de la Fuente  
Ciudad Universitaria, septiembre de 2003*



# Prefacio

Una de las transformaciones demográficas más significativas del nuevo milenio es el importante índice de crecimiento de la llamada población hispana en Estados Unidos, compuesta en una alta proporción por ciudadanos mexicanos o de origen mexicano. De hecho, los últimos datos del censo estadounidense demuestran cómo, en fechas recientes, los latinos se han convertido ya —superando a los afroamericanos— en la primera minoría de una nación multicultural y étnicamente plural, formada por inmigrantes. No obstante esta pluralidad, la sociedad y el gobierno de Estados Unidos, en general, no han sido ejemplo de tolerancia, como lo demuestran múltiples acontecimientos a lo largo de su historia, incluso de la más reciente. Enrico Augelli y Craig Murphy ilustran con claridad este rasgo de la cultura estadounidense al ofrecernos una descripción del significado de la noción de *sentido común* para esa sociedad, así como sobre la concepción de sí mismos y la visión del mundo de sus ciudadanos comunes:

Puede entenderse a la religión colonial como la fuente de tres series de ideas que son del sentido común para la mayoría de los estadounidenses [...] Primero, la identidad, sobre quiénes son los estadounidenses, con la visión que muchos tienen de su propia excepcionalidad y destino; la idea de ser el pueblo elegido. La segunda tiene que ver con su forma de tratar el disenso, cómo conducirse con las personas que tienen visiones diferentes de las propias. Para muchos estadounidenses las únicas maneras de lidiar con gente cuyas visiones difieren de las propias es aislarse de ellas (o a ellas de uno), convertirlos o destruirlos [...] Finalmente, tenemos la limitada idea estadounidense de la caridad, que está ligada con la convicción de la excepcionalidad del pueblo americano.<sup>1</sup>

En este sentido, resulta adecuado para los propósitos de este prólogo hacer hincapié en un elemento que identifica algunos rasgos importantes del comportamiento social en Estados Unidos:

[...] los estadounidenses, especialmente aquellos que se identifican como los más religiosos, no son particularmente tolerantes con el comportamiento que se desvía de normas relativamente estrictas, aun cuando las mismas personas tiendan a profesar su adherencia a un principio abstracto de “libertad para todos”. Como resultado, muchos estadounidenses aceptan un concepto relativamente autoritario de “comunidad”, que implica adoctrinamiento y muy poco disenso real. Para muchos es el único concepto de comunidad que entienden.<sup>2</sup>

Así, resulta de la mayor importancia reconocer los rasgos sobresalientes de la primigenia organización social estadounidense si lo que se pretende es lograr una visión introspectiva de algunos de sus aspectos más característicos y sensibles. En este sentido, no resulta ocioso incursionar en el estudio teórico y empírico de los grupos o minorías étnicas que tanto han influido en la realidad estadounidense. Y es precisamente a ello a lo que contribuye el libro del historiador estadounidense de origen mexicano Ricardo Romo, *East Los Angeles. Historia de un barrio*, el cual nos ofrece una interesante descripción de un barrio de mexicanos en donde se plasma y revelan las facetas menos amables del “sueño americano”.

La segregación como política social del grupo racial dominante, que es simultáneamente la elite política y económica; la discriminación como estrategia de dominación del Estado blanco y protestante, y la explotación como dinámica de la reproducción de la riqueza y de la industrialización acelerada, todas ellas constantes de la historia de Estados Unidos, pueden encontrarse también en la historia del mítico barrio mexicano de la megalópolis californiana.

El cambio poblacional mencionado párrafos arriba ha tenido efectos en varias regiones de la Unión Americana, sobre todo en el sur y el suroeste, aunque también en el medio oeste y en la costa este,

<sup>1</sup> Enrico Augelli y Craig Murphy, *America's Quest for Supremacy and the Third World: A Gramscian Analysis* (Londres: Pinter Publishers, 1988), 37.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 40-41, nota 15.

lo cual constituye un desafío para los márgenes de tolerancia que aún persisten (o se exigen) en la sociedad estadounidense. La influencia de la población latina se observa en todos los ámbitos de la vida política, social y económica de Estados Unidos, pero su poder y su participación en las decisiones nacionales no es proporcional a su número. Nunca lo ha sido.

La historia de East Los Angeles, o *Little Sonora* como también se le conoce, es en alguna medida un reflejo de la historia de la población mexicana en Estados Unidos y, también, de la conformación del tejido social estadounidense. Es en este contexto que la investigación de Romo cobra una gran relevancia. Por ello, nos complace presentar la primera edición en español, publicada conjuntamente por la Coordinación de Humanidades, el Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE) y el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), entidades todas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La tendencia de los inmigrantes a agruparse territorialmente, de acuerdo con su nacionalidad de origen ("Little Italy" o "Little Havana", por ejemplo), raza o pertenencia étnica (Harlem) en comunidades o barrios propios, en especies de guetos es, en parte, consecuencia de sus propias culturas, pero también de las políticas discriminatorias que han sido frecuentes a lo largo de los ya más de dos siglos de vida independiente de esa nación (recuérdense las reservaciones a que fueron confinadas las poblaciones originales), así como de una cultura conservadora (hoy neoconservadora) que se resiste a la mezcla de razas, contradiciendo el principio del *melting pot*.

La historia de East Los Angeles es, en cierta forma, la historia de un gueto, pero también tiene un sentido más amplio: el de la historia de la resistencia de un grupo; de la creación de una nueva cultura, a caballo entre los valores y principios de la patria de origen y los de la nación receptora; la historia, en fin, del surgimiento de una nueva identidad y de la complejidad de su sentido de pertenencia.

En el más puro estilo de don Luis González Obregón, esta obra de Romo es ya un clásico de la microhistoria, que busca entender, a partir del análisis histórico de un fragmento de un fenómeno particular, grandes dinámicas sociales como sin duda lo es la migración mexicana a Estados Unidos y su asimilación a la nueva realidad.

Si bien el autor concentra su trabajo en las tres primeras décadas del siglo xx, muchas de sus conclusiones son vigentes en la actualidad. A partir de las razones que originaron y consolidaron East Los Angeles es posible entender el complejo desarrollo de la identidad mexicoamericana no sólo como una forma de relacionarse con y de ser parte de la cultura estadounidense, sino como un impulso colectivo de afirmarse —política, ideológica y culturalmente— frente al mundo. Una identidad que ha encontrado justamente en East Los Angeles algunas de sus más influyentes manifestaciones políticas, sociales y culturales, ya que el barrio ha sido espacio fundamental del movimiento chicano y cuna de corrientes artísticas importantes como la literatura en “Spanglish” o el muralismo político urbano, tan característico del arte mexicoamericano.

Así, con rigor histórico, Ricardo Romo da cuenta de las diversas razones detrás de la tendencia de los mexicanos en Estados Unidos a agruparse y residir en barrios propios y su escasa inclinación a la mezcla racial. Asimismo, nos ofrece un acucioso repaso del desarrollo social, económico, político y cultural de una comunidad que ha debido construir y defender su nueva identidad para sobrevivir en un contexto muchas veces hostil.

Por ello, no es exagerado afirmar que esta obra de Romo ocupa un lugar privilegiado entre los libros que se han abocado a ofrecer explicaciones científicas sobre la realidad de los mexicanos en Estados Unidos, como los de Rodolfo Acuña, Julián Samora, Richard Griswold del Castillo, Manuel Gamio, Arnoldo de León y Américo Paredes.

Este libro cuenta ya con varias ediciones en inglés. Hoy, gracias a la traducción y al compromiso de Mario Melgar Adalid, se publica en español. Se trata, sin duda, de una lectura fundamental para los especialistas, académicos y demás interesados en los fenómenos y problemas de la población mexicana en Estados Unidos.

La Universidad Nacional Autónoma de México, que en años recientes ha profundizado en la investigación sobre estos y otros temas de importancia en América del Norte a través del Centro de Investigaciones sobre América del Norte y ha fortalecido su presencia académica en los otros dos países de la región por medio de las Escuelas de Extensión en San Antonio y Chicago, en Estados Unidos, y en Hull, Canadá, del Centro de Enseñanza para Extranjeros contribuye,

con la publicación de *East Los Angeles. Historia de un barrio*, de Ricardo Romo, al conocimiento, al debate y a una más profunda comprensión de la compleja realidad que enfrentan los mexicanos en Estados Unidos. Ello se justifica plenamente porque estimamos que conacionales son todos aquellos que incluso no habiendo nacido en territorio nacional están unidos a nosotros por razón de historia y ascendencia, quienes son por derecho propio también ciudadanos mexicanos y en esa medida representan una importante extensión de nuestra soberanía nacional. Esta convicción se confirma con la publicación del presente libro, con la cual la UNAM se afianza en su vocación por contribuir a un mejor entendimiento de los grandes problemas nacionales.

Olga Elizabeth Hansberg  
Guillermo Pulido González  
José Luis Valdés Ugalde





## Prólogo a la presente edición

Hace treinta años inicié una búsqueda para entender el barrio de East Los Angeles. Esta tarea de hecho empezó cuando era estudiante en Loyola-Los Ángeles, ahora Loyola Marymount University. En un curso de historia urbana, comencé a cuestionar las afirmaciones contenidas en libros sobre Los Ángeles. Con alguna excepción, la mayor parte de la bibliografía histórica contiene pocas referencias de East Los Angeles. Sin embargo, como un historiador en formación, no tenía mucho interés en el lado este que existía en mi época —ciertamente una comunidad vibrante y en la mira del resto del sur de California—, sino en el East Los Angeles que era parte de la historia de la conformación de la “ciudad de ángeles”. Conforme avanzaban mis estudios en la UCLA, comencé a trabajar en los asuntos cruciales que enmarcaban el movimiento de mexicanos hacia el lado este. Y mientras más me fascinaba la actual comunidad del lado este, más me sentía interesado y desafiado por su historia. Tenía curiosidad sobre el origen del sitio: ¿cómo se formó esta comunidad?, ¿cuáles fueron las fuerzas sociales y económicas que motivaron su desarrollo?, ¿quiénes y por qué fueron a vivir ahí?, ¿de qué manera sus residentes desarrollaron un sentido de pertenencia hacia su comunidad ubicada en el lado este de la ciudad?

A lo largo de los últimos cincuenta años, Los Ángeles se erigió como una megalópolis de estatura mundial. Con una población de 9 800 000 habitantes, Los Ángeles tiene más gente, más autopistas, más casas y más automóviles que la mayoría de las grandes ciudades del mundo. Y aunque es reconocido por sus estudios cinematográficos, sus playas y sus famosas colonias como Beverly Hills, Hollywood y Santa Mónica, uno no puede ir a Los Ángeles sin tener algún contacto con la comunidad de East Los Angeles y sus habitantes. Cientos de miles de angelinos del este trabajan en el sur de California como profesores, policías, choferes de taxis y camiones,

médicos y meseros. Todos los días, los habitantes de Los Ángeles hacen una larga jornada para llegar a sus trabajos en todas las áreas de la ciudad y en todos los sectores laborales. Los habitantes de East Los Angeles realizan su propio trabajo comunitario. Su diversidad es notable: representan tanto a la clase trabajadora de cuello azul como a la clase profesional: hay contadores, abogados, jueces y pequeños empresarios.

Luego de la década posterior a la segunda guerra mundial, East Los Angeles superó la descripción que lo ponía como una “ciudad dentro de la ciudad”. Ahora, es una pequeña megalópolis dentro de un gigante complejo metropolitano. Pero, independientemente de su tamaño, no funciona como una unidad política en sí mismo. Las fronteras políticas son numerosas y su fragmentación es evidente hasta para el observador casual. Salvo algunos cargos políticos en la Corte de Supervisores del Condado y en el Senado estatal, la mayor parte de los políticos encuentra difícil representar a East Los Angeles, pues como sabría cualquier interesado en las políticas sociales de este lugar, es demasiado masivo y geográficamente muy diverso para su administración. Así, mientras grandes extensiones de East Los Angeles tienen representación en el Ayuntamiento local, otros angelinos en el lado este tienen sus propios gobiernos municipales.

East Los Angeles tiene al menos tres centros importantes en cuanto a concentración de la población se refiere. La parte más vieja sigue siendo el área al este del Los Angeles River constituida por barrios divididos por la construcción de las autopistas de Pomona, Harbor, San Bernardino y Pasadena. Estas comunidades incluyen Ramona Gardens, City Terrace, Belvedere, Brooklyn Heights y East Los Angeles. El nuevo lado este se sitúa al sur del centro de Los Ángeles, entre las autopistas 110 y 710. Éste es un viejo sector industrial de la ciudad que incluye las poblaciones de Vernon, Commerce, Maywood, Bell, Huntington Park, Cudahy, Bell Gardens, Downey y Pico Rivera. La mayoría de estas comunidades tiene una gran concentración de latinos mayor a 80 por ciento.

Una nueva sección de East Los Angeles comienza desde el área de Silver Lake, entre Burbank y la parte central del sur de Los Ángeles. La sección “oeste” de East Los Angeles se extiende al poniente del Los Angeles River y, al norte, hasta Echo Park. Sus límites al sur

llegan a West Pico y, hacia el oeste, hasta Koreatown, donde, en diferentes momentos durante la década de los noventa, los latinos compitieron con los coreanos para ser el grupo cultural dominante del área. Las comunidades de Compton, Downey, Whittier y Montebello estaban muy al sur para ser consideradas como parte de East Los Angeles. Compton, por ejemplo, señalada alguna vez como una comunidad negra, ahora tiene 56 por ciento de latinos, y Montebello, por más de medio siglo una comunidad de habla hispana, es actualmente una comunidad de casi 75 por ciento de latinos.

East Los Angeles se considera desde hace mucho una comunidad mexicana —aunque también es el hogar de muchos sud y centroamericanos, quienes tienden a concentrarse en los lugares donde viven los mexicanos—. En los últimos cincuenta años, la población latina de Los Ángeles se ha diversificado. Actualmente 372 000 centroamericanos viven en Los Ángeles: entre los grupos más grandes están los salvadoreños (187 193) y los guatemaltecos (100 341); los sudamericanos están representados mayoritariamente por los peruanos (18 704) y los colombianos (15 250).

East Los Angeles es una de las mecas culturales latinas del continente americano. En cuanto a música latinoamericana, danza, teatro y artes en general, pocas ciudades sobrepasan la participación, nivel, intensidad, público y reconocimiento a los actores y artistas que consideran East Los Angeles como su hogar. El movimiento muralista urbano tuvo su origen en este barrio a finales de los años sesenta. En poco tiempo, coloridos murales aparecieron en otras ciudades que contaban con grandes grupos de población latina. Los artistas latinos desafiaron el viento y el sol para expresarse en el arte público que se podía observar en los murales de las autopistas y los espacios públicos de Los Ángeles. Hacia los años ochenta, East Los Angeles contaba con más de quinientos murales, la más amplia expresión de arte público en Estados Unidos. El movimiento muralista se expandió a lo largo y ancho de la región y actualmente se pueden hallar murales chicanos en Long Beach, Hollywood y el valle de San Fernando. Uno de los primeros talleres gráficos chicanos de carácter nacional, el Self-help Graphics, cumplió 25 años de operación en East Los Angeles. Para entender el arte chicano, se deben visitar los estudios de los artistas de East Los Angeles.

Muchas secciones del condado de East Los Angeles están altamente segregadas. De hecho, su parte central es 96 por ciento latina y las secciones contiguas han experimentado un notable incremento de este tipo de población. La “latinización” de Los Ángeles empezó en East Los Angeles, aunque también otras secciones del condado, incluyendo Long Beach y el valle de San Fernando, han atestiguado el aumento de grandes barrios latinos, los cuales crecen a pesar de la posición antiinmigrante contenida en la Propuesta 187. Si bien los mexicanos experimentaron tiempos difíciles en épocas pasadas, aún tienen ánimo y confianza en que con el tiempo el estado dorado se mostrará tolerante, así como que las puertas de las oportunidades podrán abrirse independientemente de la raza o la etnicidad.

Hacia el año 2010, se espera que la población de Los Ángeles sobrepase los diez millones; los demógrafos predicen que la población latina alcanzará 50.9 por ciento del total. Asimismo, se estima que los barrios de East Los Angeles, con alta migración y altas tasas de fertilidad, contribuyan significativamente al *boom* de la población del sur de California. Efectivamente, se considera que hacia el 2015, los latinos, asiáticos y negros conformarán 75 por ciento de la población, mientras que los blancos bajarán a 24.6 por ciento. East Los Angeles está contribuyendo a llevar a Los Ángeles hacia una nueva era, pues gracias a su dinamismo social, los mejores años están todavía por venir.

Actualmente, East Los Angeles es uno de los centros más importantes de habla hispana en toda América. Viven más mexicanos en Los Ángeles que en las ciudades de Monterrey o Guadalajara. Y, para sorpresa de muchos, la comunidad latina del sur de California es más grande que muchos países centroamericanos. Más que nunca los angelinos se han interesado en la política mexicana; de hecho, muchos siguieron de cerca la elección del presidente Vicente Fox y, por primera vez en la historia, un alto número de residentes de Estados Unidos votó en las elecciones mexicanas. El interés por este país va más allá de la política en la medida en que familiares de uno y otro lado de la frontera se comunican sobre asuntos relacionados con el bienestar económico y social de sus familias.

Por estas razones, académicos mexicanos han empezado a estudiar el fenómeno de las comunidades mexicanas en Estados Unidos,

como East Los Angeles. Por ello, la publicación a cargo de la Universidad Nacional Autónoma de México de *East Los Angeles: historia de un barrio* es ciertamente oportuna. Así, en tanto Los Ángeles se convierte en una de las mayores capitales de la cultura y la sociedad latinoamericanas, la lectura en español de este libro servirá para una mayor comprensión de la historia y la dinámica social de las comunidades mexicanas en Estados Unidos, así como del papel tan relevante que éstas tienen en el desarrollo de la sociedad moderna mexicana.

San Antonio, Texas, abril de 2003



# Prólogo

Ésta es la historia del barrio de East Los Angeles durante los años de su formación entre 1900 y 1930. La conmemoración en 1981 del bicentenario de la fundación de Los Ángeles subrayó la estrecha vinculación de la ciudad con los colonos mexicanos, ya que fue un grupo de pioneros del norte de México quienes sentaron las bases para su fundación en 1781. Si bien los mexicanos han sido parte importante de la historia de la ciudad durante doscientos años, su mayor contribución desde 1900 ha sido el desarrollo de East Los Angeles. Los modernos pioneros inmigrantes que poblaron el lado este nunca imaginaron que aquél se convertiría en el barrio mexicano más grande del país y que hacia 1930 sería rival en tamaño de las mayores ciudades de Estados Unidos.

Como el lado este constituye parte de la metrópoli de Los Ángeles, mucha de su historia se entrelaza con el desarrollo de toda la ciudad. El pueblo que fundaron las once familias mexicanas no fue más que un puesto fronterizo durante su primer siglo de existencia; sin embargo, en los siguientes cincuenta años, cambió drásticamente. Marineros de los navíos que hacían la ruta de la costa este hacia China (*Yankee Clippers*), reclutadores de la compañía Santa Fe Trail, los 49 000 buscadores de fortuna (*forty-niners*), indios guerreros, soldados de la Guerra Civil, trabajadores ferroviarios chinos, comerciantes judíos y pescadores italianos llegaron a Los Ángeles para empezar una nueva vida o en algunos casos se mudaron ahí para vivir su retiro en el “paraíso soleado”. Coincidiendo con los nuevos arribos, surgió la creciente concentración de residentes mexicanos en una sección adyacente al sitio original de la plaza del pueblo. Hasta el cambio de siglo, tanto los mexicanos como los habitantes de origen anglosajón reconocieron Sonoratown, con sus tiendas y actividades sociales, como el corazón de la comunidad hispanohablante. Éste siguió siendo el centro mexicano de Los Ángeles hasta la primera guerra mundial,

cuando las nuevas fuerzas industriales y la urbanización cambiaron la fachada de la vieja comunidad de la plaza.

La llegada masiva de mexicanos a Los Ángeles durante los inicios del siglo xx corresponde al periodo crucial de impulso industrial de la ciudad. Aun cuando se promovía como el paraíso de los trabajadores, la ciudad no pudo atraer a inmigrantes europeos y trabajadores estadounidenses de cuello azul debido a los salarios comparativamente bajos y a la reticencia de muchos de estos trabajadores a mudarse a una ciudad aquejada con problemas derivados de las luchas laborales.

Este libro explora cómo los mexicanos se adaptaron a la industrialización y contribuyeron a la creación de una comunidad étnica en una de las ciudades de más rápido crecimiento en Estados Unidos. En el sur de California, los mexicanos llenaron una laguna de mano de obra, creada por la ausencia de trabajadores locales e inmigrantes en los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial y la década posterior. Hacia 1920, estos recién llegados de México, que ascendían a más de cien mil, tuvieron, a través de su diversificación en cientos de ocupaciones, un papel muy importante en el impulso de la ciudad por dominar el comercio internacional en la región del Pacífico oeste.

Los mexicanos, cuyo asentamiento en otras secciones del pueblo había sido desalentado, cruzaron el río y construyeron un nuevo barrio en los amplios espacios abiertos, en las tierras planas a lo largo de Los Angeles River, rodeadas por zonas habitacionales de viejas casas pertenecientes a las etnias europeas de una generación anterior. El lado este, con sus bajas rentas y casas baratas, atrajo a los recién llegados y creció para convertirse en una de las más grandes comunidades étnicas de Estados Unidos. Durante el apogeo del ferrocarril interurbano y el glorioso inicio de la era del automóvil, el barrio se convirtió en un refugio para la población mexicana, que enfrentaba discriminación en cuanto a la vivienda, el empleo y las actividades sociales en las zonas angloamericanas de la ciudad. En el lado este, los residentes mexicanos formaron sus propias organizaciones, fundaron diversos periódicos en español y apoyaron tanto negocios como un desarrollo cultural a la medida de sus necesidades y experiencias.

Este libro aborda cuestiones tales como el crecimiento y el desarrollo del barrio mexicano, la fortuna de los mexicanos en el mercado



laboral, los problemas asociados a la segregación residencial y las experiencias sociales y educativas de los inmigrantes mexicanos en Los Ángeles durante los años veinte.

Cuando la Depresión puso un alto temporal a la prosperidad económica, lo que había sido una inundación de migración mexicana se convirtió en una especie de goteo. Sin embargo, de forma colectiva, que no individual, quienes habían llegado en los años de 1900 a 1939 contribuyeron a crear el nuevo barrio. El legado de quienes se mudaron hacia el “este del río”, en los inicios del siglo xx, vive hoy con nosotros en el barrio de East Los Angeles, hogar de más de un millón de mexicoamericanos y centro de florecientes tradiciones culturales mexicanas.

La mayoría de los inmigrantes de México que se asentaron en Los Ángeles durante fines del siglo xix y principios del xx se referían a sí mismos como mexicanos. Los periódicos en inglés del sur de California utilizaban el término *Mexican* para referirse a esta población, ya sea que hablaran de alguien nacido en México o en Estados Unidos de padres mexicanos. La academia no comenzó a utilizar el término mexicanoamericano para referirse a este grupo sino hasta los años posteriores a la Depresión. Por ello, en este estudio he escogido los términos mexicano y *Mexican* en forma equivalente para referirme a las personas que se asentaron en esta región y que mayoritariamente habrían de convertirse, con el tiempo, en ciudadanos estadounidenses.



# Agradecimientos

Al escribir este libro he incurrido en muchas deudas que quiero reconocer. Durante la etapa de investigación del trabajo recibí apoyo de Stan Coben, Stephan Thernstrom y Juan Gómez Quiñones, con quienes sostuve magníficas conversaciones. Ellos leyeron los primeros borradores del manuscrito, como también lo hicieron mis antiguos colegas de la Universidad de California, en San Diego: Earl Pomeroy, Ramón Ruiz y Michael Monteón. La corrección del texto en inglés de Greg Allen Grob, Jane Bayes Cam Miller, José Limón, Rolando Hinojosa y Norris Hundley, quienes leyeron la totalidad o partes de mis primeros manuscritos, me ayudó a mejorar el texto.

Dos latinoamericanistas, Jim Scobie y Brian Loveman, me formularon sugerencias extremadamente útiles relacionadas con urbanización e inmigración durante la preparación del documento final. Aprendí mucho del brillante ensayo de Scobie sobre Buenos Aires. Su muerte prematura representa la gran pérdida de un amigo y un académico. En esa etapa, el historiador chicano Rodolfo Acuña me proporcionó también iluminadores comentarios sobre el manejo de la historia social.

Debo agradecer a Harry Scheiber, Raymund Paredes, William Goetzmann y Robert Crunden, cuyas sugerencias críticas y apoyo contribuyeron sustancialmente para la reelaboración de mi versión final. Scheiber, Paredes y mi esposa Harriett leyeron el manuscrito cuando menos dos veces. Harriett, cuyo interés en la inmigración y en la educación condujo a muchas y fructíferas discusiones, cedió generosamente su conocimiento y su tiempo.

En el acopio y preparación de la información para la investigación, me beneficié de la ayuda de muchas personas, incluyendo a James Cox y Edith Fuller de la Universidad de California, en Los Ángeles, William Mason y John Calhoun del Museo de Historia Natural del

Condado de Los Ángeles (Los Angeles County Museum of Natural History); a Elvira Chavarría y Edna Domínguez del Programa Mexicoamericano de Bibliotecología (Mexican American Library Program) de la Universidad de Texas, en Austin, y a los ayudantes de investigación Michael Hanson y Mary Isabel Romo de Los Ángeles. Aprecio particularmente la magnífica mecanografía de Sandra Inzunza, Sofía Cebrero, Marie Alice Dávila y Rosemary Neff. Un agradecimiento para el editor de la University of Texas Press, Scott Lubeck, por haber reconocido la necesidad de publicar un trabajo de esta naturaleza, y a Carolyn Cates Wylie de la casa editorial, por su trabajo de edición creativo y acucioso.

Estoy agradecido por el apoyo brindado por el Instituto de Culturas Americanas (Institute of American Cultures) de la Universidad de California, en Los Ángeles, y con el Programa de Becas de la Fundación Ford para mexicoamericanos. Pude completar este trabajo gracias al apoyo del Consejo Nacional Chicano de Educación Superior (National Chicano Council of Higher Education) y gracias también a una beca de la University of California Regents' Summer Fellowship. A quienes me ayudaron expreso mi gratitud. Soy el único responsable de los errores, sean éstos en los hechos planteados o en los juicios emitidos.

# Introducción

La Gran Depresión, que empezó en 1929, terminó con un extraordinario crecimiento industrial y demográfico en Los Ángeles. Durante las tres décadas anteriores, la ciudad había logrado destacar gracias a la manufactura, a su capacidad distributiva y a la mercadotecnia. Hacia 1929, el asombroso crecimiento de su población la ubicó en el quinto lugar en tamaño urbano y en el primero entre las ciudades del oeste y del sur de Estados Unidos. Al mismo tiempo, el barrio de East Los Angeles había adquirido fama de ser la comunidad mexicana más grande de ese país. Hacia 1930, el barrio, con más de noventa mil residentes, sobrepasaba en población a las capitales de los tres estados más grandes de la Unión: Albany, Nueva York; Sacramento, California, y Austin, Texas.<sup>1</sup> En tamaño y carácter, el lado este era, en realidad, una ciudad dentro de la ciudad. A pesar de que esta comunidad mexicana y otras similares siguieron siendo ciudades prominentes para el suroeste y para el medio oeste, poco se sabe de sus años de formación. El objetivo del presente trabajo es estudiar los orígenes y desarrollo del barrio en Los Ángeles durante el amanecer del siglo xx, su estructura económica y social, su dinámica interna y las experiencias cotidianas de sus residentes.

Antes de la publicación del influyente análisis de Stephan Thernstrom, *Poverty and Progress...*, la mayor parte de los estudios urbanos

<sup>1</sup> En 1930, la Oficina del Censo estimó la población mexicana de la ciudad en 97 116 y el número de mexicanos en el condado en 167 000 (U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States: 1930*, vol. 2: *Population*, 266-267, 287). La trabajadora social Hazel D. Santiago calculó que la inscripción de 35 921 niños mexicanos en las escuelas públicas de Los Ángeles en 1928 suponía una población de 190 000 habitantes ("Mexican Influence in Southern California", *Sociology and Social Research* 16 [septiembre de 1931]: 69-73). Otra trabajadora social, Linna E. Bresette, quien entrevistó a miembros del clero en relación con los servicios religiosos proporcionados a los mexicanos durante los últimos años de la década de los veinte, creía que tal vez 250 000 sería una cifra más aproximada. Véase *Mexicans in the United States: A Report of a Brief Survey to the Catholic Welfare Conference* (Washington, D.C.: 1929), 8.

se ocupaba de registrar las actividades de las elites políticas y empresariales. Thernstrom contribuyó a escribir la historia “de abajo hacia arriba” al enfatizar el análisis cuantitativo de la población de la clase trabajadora en su investigación histórica. Sin embargo, la mayor parte de los estudios que siguieron la metodología de Thernstrom se ocuparon de las ciudades del medio oeste y del este.<sup>2</sup> La explicación del porqué los grupos de inmigrantes, como los irlandeses, experimentaron poca movilidad en Boston, mientras que los judíos de Nueva York crecieron rápidamente y elevaron la tasa ocupacional en mayor medida que los italianos en esa ciudad, en realidad no dice nada de la experiencia de las minorías raciales en otros lados del país. La reciente publicación de estudios que tratan sobre los mexicoamericanos en Santa Bárbara, El Paso y Los Ángeles en el siglo xix, además del presente estudio, nos permiten formular algunas propuestas sobre la movilidad social y la dispersión residencial en las comunidades de habla hispana del oeste.<sup>3</sup>

Ciertamente uno de los aspectos más extraordinarios del surgimiento del oeste en el siglo xx fue su crecimiento urbano. Mientras San Francisco y Denver tuvieron un sorprendente desarrollo durante el siglo xix como resultado de la riqueza minera, solamente unas cuantas ciudades al oeste de las Rocallosas tenían zonas pobladas de más de cincuenta mil habitantes. A la llegada del nuevo siglo, una

<sup>2</sup> Stephan Thernstrom, *The Other Bostonians: Poverty and Progress in the American Metropolis, 1880-1970* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1973); ídem, *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City* (Nueva York: Atheneum, 1971; Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1964). Véase también Leo F. Schnore, ed., *The New Urban History: Quantitative Explorations by American Historians* (Princeton: Princeton University Press, 1975); William O. Aydelotte, Allan G. Bogue y Robert W. Fogel, *The Dimensions of Quantitative Research in History* (Princeton: Princeton University Press, 1972).

<sup>3</sup> Véase por ejemplo Thomas Kessner, *The Golden Door: Italian and Jewish Immigrant Mobility in New York City, 1880-1915* (Nueva York: Oxford University Press, 1977); Peter R. Knight, *The Plain People of Boston, 1830-1860* (Nueva York: Oxford University Press, 1971); y Humberto Nelli, *The Italians in Chicago, 1880-1930: A Study in Ethnic Mobility* (Nueva York: Oxford University Press, 1970). La reciente publicación de Albert Camarillo, *Chicanos in a Changing Society: From Mexican Pueblos to American Barrios in Santa Barbara and Southern California, 1848-1930* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1979), está principalmente dedicada a mexicanos en Santa Bárbara. Véase también Mario García, *Desert Immigrants: The Mexicans of El Paso, 1880-1920* (New Haven: Yale University Press, 1981), y Richard Griswold del Castillo, *The Los Angeles Barrio, 1850-1890: A Social History* (Berkeley: University of California Press, 1979).

década después de que la Oficina del Censo de Estados Unidos (U.S. Bureau of the Census) proclamara que la frontera continua del oeste se había cerrado, Los Ángeles se convirtió en la ciudad más importante de esa zona.<sup>4</sup>

Una consecuencia directa de esta urbanización en el oeste y el suroeste fue el desarrollo de los barrios mexicanos. Estos enclaves daban albergue a uno de los más nuevos y al mismo tiempo más antiguos grupos de inmigrantes. Los barrios del suroeste recibieron un gran número de nuevos habitantes a principios del siglo xx, lo mismo en Los Ángeles, en San Antonio y en El Paso. Hacia 1920, salvo estas tres, las otras ciudades de la nación contaban con menos de seis mil habitantes. Diez años después, cinco ciudades, todas del suroeste —con excepción de Chicago—, registraban más de diez mil residentes mexicanos.<sup>5</sup> Por todo esto, ningún estudio de la urbanización del oeste puede dejar de tomar en consideración barrios como el de la comunidad mexicana de Los Ángeles.

Desde que los colonizadores españoles fundaron la ciudad en 1781 hasta la conquista estadounidense en 1848, un lento desarrollo económico y cambios sociales relativamente inocuos fueron las características de Los Ángeles.<sup>6</sup> Los mexicanos ricos eran propietarios de amplios ranchos en la cuenca de Los Ángeles, aunque mantenían sus casas en el pueblo. En éste, los rancheros acomodados vivían cerca de la plaza principal, mientras las clases pobres, especialmente mestizos e indios, vivían a ambos lados de Los Angeles River. La clase comerciante mexicana, propietaria de negocios en la plaza, vivía

<sup>4</sup> Gunther Barth, *Instant Cities: Urbanization and the Rise of San Francisco and Denver* (Nueva York: Oxford University Press, 1975); Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1962); y Gerald D. Nash, *The American West in the Twentieth Century: A Short History of an Urban Oasis* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1973).

<sup>5</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States, 1930*, vol. 1: *Population*, tabla 23.

<sup>6</sup> Para un perfil económico y social de principios del siglo xix en Los Ángeles, véase por ejemplo, Jackson Alpheus Graves, *My Seventy Years in California, 1857-1927* (Los Ángeles: Times-Mirror Press, 1927); James Miller Guinn, *Los Angeles and Environs* (Los Ángeles: Historic Record, 1915); W.W. Robinson, *Ranchos Become Cities* (Pasadena: San Pasqual Press, 1939); Harris Newmark, *Sixty Years in Southern California, 1853-1913*, ed. de Maurice H. Newmark y Marco R. Newmark (Nueva York: Knickerbocker Press, 1916); y Boyle Workman, *The City that Grew*, ed. de Caroline Walker (Los Ángeles: Southland Publishing, 1935).

frecuentemente cerca de su trabajo y, en ocasiones, en los mismos edificios. Siendo menos de cincuenta familias en 1848, los angloamericanos y los europeos vivían al lado de los residentes mexicanos. Y como el pueblo era pequeño, las diferentes clases tenían la posibilidad de interactuar socialmente en cierta medida. El parentesco ligaba a muchos de los residentes, mientras otros establecieron lazos estrechos a través de matrimonios y mediante la tradición del compadrazgo.

Como consecuencia de la fiebre del oro en 1849 y de la formación del estado en 1850 sobrevino una migración de angloamericanos, chinos, judíos, alemanes y negros hacia California. Desde 1820, los colonos estadounidenses mostraron fuertes prejuicios en contra de los hispanohablantes, lo que se intensificó con la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848) y con la fiebre del oro. En poco tiempo, los colonos anglosajones habían establecido sus residencias y negocios más allá de la vieja comunidad de la plaza. Se cohesionaron y trataron de restringir los derechos electorales de los mexicanos y de prohibir las prácticas culturales propias de la comunidad mexicana.<sup>7</sup> La población mexicana no creció a la misma tasa que la población angloamericana y se mantuvo cerca del centro del pueblo. La vieja plaza les ofrecía una iglesia católica, escuelas bilingües, tiendas y cafés manejados por dueños que hablaban español. Aun cuando el principal distrito de negocios de Los Ángeles se mudó de la plaza hacia el suroeste de la ciudad, la plaza proporcionaba a los mexicanos vivienda barata, posibilidades de hospedaje y proximidad a muchos trabajos.<sup>8</sup>

A diferencia de la situación de las comunidades del norte de California, donde los angloamericanos dominaban política y económicamente, no fue sino hasta la década de los setenta del siglo XIX que los mexicanos tuvieron alguna influencia política y social en Los Ángeles. Sin embargo, el paisaje urbano de la ciudad, el tejido social y la estructura política cambiaron drásticamente con la llegada del fe-

<sup>7</sup> David J. Weber, *Foreigners in their Native Land: Historical Roots of the Mexican Americans* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973), 151; Rodolfo Acuña, *Occupied America: The Chicano Struggle for Liberation* (San Francisco: Canfield Press, 1972), 108-118.

<sup>8</sup> Leonard Pitt, *The Decline of the Californios: A Social History of the Spanish-Speaking Californians, 1846-1890* (Berkeley: University of California Press, 1966), 149, 263; Griswold, *The Los Angeles Barrio...*



rocarril en los primeros años de la década de los ochenta del siglo XIX. Una vez que el pueblo se conectó con los mercados del este, su población se duplicó en una década. Para los residentes mexicanos, estos cambios significaron la pérdida de su supremacía numérica y de su poder político en Los Ángeles.

Casi a diario surgían en el pueblo nuevos negocios y oficinas de profesionales. Los precios de la tierra se dispararon cuando los inversionistas compraron los viejos ranchos y los subdividieron en pequeños lotes y nuevos enclaves urbanos. El *auge* económico resultante impulsó una mayor actividad ferroviaria y de otras industrias especulativas. Los ferrocarriles Southern Pacific y Santa Fe se enfrascaron en una guerra de tarifas por el mercado de pasajeros entre el medio oeste y Los Ángeles.<sup>9</sup> A mediados de 1880, los habitantes del medio oeste podían viajar a Los Ángeles por la módica suma de un dólar. Los promotores exaltaron rápidamente los atributos de la ciudad: su excelente clima, las playas tibias y la proximidad a las montañas panorámicas.<sup>10</sup> Así, personas de todas las clases sociales venían en busca de nueva riqueza y oportunidades.

Fue entonces cuando los angloamericanos y otros colonos europeos que habían cambiado su residencia de la original zona central empezaron a llamar Sonoratown o Little Mexico a la sección de la plaza. Sonoratown seguía siendo pequeña en comparación con las nuevas comunidades residenciales de los anglos y el distrito de negocios. Más adelante, el ferrocarril interurbano y el Santa Fe construyeron depósitos cerca del corazón de la comunidad de la vieja plaza mexicana, atrayendo nuevas industrias y bodegas hacia la zona. El incremento de las construcciones forzó finalmente a los migrantes mexicanos a dispersarse fuera de la vecindad de la plaza.

<sup>9</sup> Earl Pomeroy, *The Pacific Slope: A History of California, Oregon, Washington, Idaho, Utah, and Nevada* (Seattle: University of Washington Press, 1965), 107, 141; Carey McWilliams, *Southern California: An Island on the Land* (Nueva York: Duell, Sloan, and Pearce, 1946), 125-127; Walton E. Bean, *California: An Interpretative History* (Nueva York: McGraw-Hill, 1973), 277.

<sup>10</sup> Véase por ejemplo, Joseph Hergesheimer, "The Magnetic West", *Saturday Evening Post*, no. 195, 6 de enero de 1923, 32, 35, 36, 38; James H. Collins, "Los Angeles Grows by a Formula", *Southern California Business*, no. 12 (septiembre de 1933): 18-19; Garet Garrett, "Los Angeles in Fact and Dream", *Saturday Evening Post*, no. 203, 18 de octubre de 1930, 7, 134 y ss.

Entre 1900 y 1930, Los Ángeles pasó de ser un pueblo de cien mil habitantes a una metrópoli de más de un millón.<sup>11</sup> La ciudad alcanzó este crecimiento espectacular al resolver al mismo tiempo sus problemas de energía, agua, trabajo y distribución. El área de Los Ángeles tenía una abundante fuente de depósitos de petróleo. La explotación de este energético coincidió con el descubrimiento de que podía reemplazar al carbón como combustible para los ferrocarriles, los barcos y la maquinaria industrial. En la década de los veinte, la construcción de las presas del río Colorado, 160 kilómetros al este, abarataron el costo de la electricidad, factor que resultó atractivo a los intereses de los industriales y abasteció de energía eléctrica a toda la ciudad. A pesar de que el río Colorado surtía a la ciudad de agua fresca, sus caudales no eran suficientes para dotar de agua al área urbana; de hecho, como sus alrededores eran líderes en la producción de cítricos y verduras, requerían de otras fuentes proveedoras. Los ingenieros de la ciudad y los líderes municipales acudieron al Owens Valley, en el norte de California, concentraron el agua y dirigieron su cauce hasta Los Ángeles por medio de un canal de 370 kilómetros de largo. El sueño de un puerto de gran calado se volvió realidad al iniciar el siglo, cuando el gobierno federal estuvo de acuerdo en aportar una porción del costo de la construcción. Una vez completado, barcos de todo el mundo atracaban en San Pedro. Hacia 1920, el puerto de Los Ángeles manejaba más tonelaje que ningún otro, con excepción de Nueva York.<sup>12</sup> Así, con un puerto de primera clase, Los Ángeles podía dar cabida al nuevo tráfico generado por la terminación del Canal de Panamá. En el fondo, con industrias reforzadas y redes de comunicación, Los Ángeles emergió como una ciudad exportadora de productos manufacturados, procesadora de productos agrícolas, importadora de maquinaria y tecnología, pro-

<sup>11</sup> U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census of the United States, Taken in the Year 1910*, vol. 1: *Population*, 854-855; *Fourteenth Census of the United States, Taken in the Year 1920*, vol. 4: *Population*, pp. 729-731; y *Fifteenth Census, 1930*, vol. 1: *Population*, pp. 248-250.

<sup>12</sup> Bruce Bliven, "Los Angeles: The City That Is Bacchanalian-in a Nice Way", *New Republic* 51, 13 de julio de 1927, 198-199; Shannon Crandall, "Industrial Los Angeles County", *Southern California Business* 8 (junio de 1928): 9-11. Un excelente análisis de la elevación de Los Ángeles al estatus metropolitano es el de Stephan Thernstrom, *The Growth of Los Angeles in Historical Perspective: Myth and Reality* (Los Ángeles: Institute of Government and Public Affairs, University of California at Los Angeles, 1970).

veedora de mano de obra y distribuidora de capital financiero. En el despertar de esta espectacular transformación económica y en la búsqueda de trabajadores, fueran o no calificados, la industria volteó hacia México como fuente de fuerza laboral que los constructores ferroviarios y los productores de fruta habían utilizado desde hacía varias décadas. Confiable y barata, la fuerza laboral mexicana se había convertido en la base del desarrollo industrial de Estados Unidos.

El crecimiento de las industrias en las áreas periféricas, estimulado por el nuevo comercio portuario y la introducción de un sistema de ferrocarril interurbano, hizo más fácil para los mexicanos residir fuera del corazón central de la ciudad. La posición de Los Ángeles como centro financiero importante y como proveedor de productos manufacturados para los mercados local e internacional contribuyó a un nuevo auge, el cual trajo consigo bodegas, bancos e instalaciones para transporte hasta el corazón central. El área central y el viejo barrio de Sonoratown, prácticamente abandonados veinte años antes por la elite empresarial, se convirtieron en el núcleo de la nueva industria manufacturera y de los intereses financieros. Así, ya en la primera guerra mundial, Los Ángeles enfrentaba una escasez severa de espacio urbano comercial. Sin lugar a dudas, el mejoramiento del transporte urbano aceleró la descentralización de la ciudad, lo que resultaría en que los angloamericanos y las etnias europeas residentes ahí iniciaran su desplazamiento hacia los suburbios. Este movimiento liberó la vivienda en las viejas comunidades étnicas del lado este. Mientras las etnias blancas se iban a la periferia, los mexicanos rentaban casas en los viejos vecindarios italianos, judíos y rusos.

De 1910 a 1920, mientras el flujo del trabajo de los inmigrantes se redujo en otras ciudades estadounidenses, Los Ángeles atrajo a miles de nuevos inmigrantes, fundamentalmente mexicanos. Más que en décadas anteriores, los estadounidenses estaban aterrorizados por el espectro de la “degeneración racial”. La prensa aceptó sin chistar la caracterización nativista de los mexicanos como mestizos flojos y tramposos, inclinados a la violencia.<sup>13</sup> Los restriccionistas ganaron una importante batalla nacional con la aprobación de la Ley de Alfabe-

<sup>13</sup> Maldwyn A. Jones, *Destination America* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1976), 225.

tización de 1917 (Literacy Act). La ley, aprobada como medida para limitar la inmigración no nórdica del sureste de Europa, animó a los nativistas de California a esperar que también detuviera la inmigración de mexicanos. Sin embargo, quedó demostrado que resultaba imposible contener la migración mexicana debido a la frontera abierta. El Congreso, presionado por las compañías ferroviarias, los agricultores y los rancheros, exentó a los mexicanos de la Ley de Alfabetización, a menos de seis meses de su aprobación, cuando la escasez de mano de obra puso en peligro las cosechas y el mantenimiento de los ferrocarriles.<sup>14</sup>

Hacia 1920, las industrias de Los Ángeles habían formado una asociación bien integrada, incluso podríamos hablar de una relación de dependencia con la fuerza laboral mexicana de carácter local. A pesar de que algunas compañías de la ciudad anunciaron públicamente su resistencia a contratar mexicanos, los migrantes hispanohablantes encontraron fácilmente trabajo en labores que no requerían capacidades especiales o en trabajos semiespecializados.<sup>15</sup> Los mexicanos, en su desesperación por encontrar trabajo, aceptaban bajos salarios, horarios irregulares, trabajos temporales y malas condiciones laborales. Estos factores los hacían empleados modelo para las industrias de la construcción y del transporte. No obstante, al aceptar estos puestos, los trabajadores mexicanos se vieron involucrados en críticas violentas y corrieron el riesgo de sufrir agresiones personales a manos de los miembros de los sindicatos y de los trabajadores negros y blancos no sindicalizados.<sup>16</sup> En las pocas industrias de Los

<sup>14</sup> Mark Reisler, *By the Sweat of their Brow: Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1976), 26-28.

<sup>15</sup> Charles S. Johnson en su trabajo no publicado, "Industrial Survey of the Negro Population of Los Angeles, California" (National Urban League, 1926), encontró que los patrones tenían prejuicios en contra de los negros y los mexicanos. Algunos detalles de la encuesta de Johnson me fueron proporcionados por la oficina de la Liga Urbana Nacional de la ciudad de Nueva York a través del profesor Emory Tolbert.

<sup>16</sup> Véase por ejemplo, Emory S. Bogardus, "The Mexican Immigrant and Segregation", *American Journal of Sociology* 36 (julio de 1930): 74-80; Harvey A. Levenstein, "The AFL and Mexican Immigration in the 1920s: An Experiment in Labor Diplomacy", *Hispanic American Historical Review* 48 (mayo de 1968): 206-219; Eva Frank, "The Mexican 'Just Won't Work'", *Nation* 125, 17 de agosto de 1927, 155-157; Ernesto Galarza, "Without Benefit of Lobby", *Survey Graphic* 66, 1 de mayo de 1931, 181; Carl L. May, "Our Anti-Social Mexican Population", *Los Angeles County Employee* 2 (1929): 12-13.

Ángeles donde el trabajo organizado detentaba el poder, los sindicatos se negaron a admitir mexicanos y apoyaron a la Federación Estadunidense del Trabajo (American Federation of Labor) en su campaña por restringir la migración mexicana.

El proceso mediante el cual los barrios y las ciudades del oeste cambiaron drásticamente durante los años de la rápida industrialización urbana preocupó a los historiadores, ya que el oeste se había negado a examinar el impacto del proceso urbano en las comunidades étnicas. Robert Fogelson, por ejemplo, asumió que los mexicanos deseaban estar en Los Ángeles sólo el tiempo necesario para ganar dinero rápidamente y regresar a su patria. Concluía que “tenían poca inclinación a mejorar las condiciones del pueblo económica o socialmente”.<sup>17</sup> Entre 1910 y 1930, los migrantes mexicanos cubrieron el paisaje del suroeste en proporciones récord, y su flujo hacia el norte fue responsable del surgimiento actual de muchos de los barrios en esta región. Aquí analizamos el impacto sobre una de las comunidades urbanas. Además de que es importante entender la naturaleza de la vida en el barrio, es crucial también considerar cómo las fuerzas externas de la industrialización y de la urbanización han afectado la economía, las fronteras físicas y hasta la apariencia social de las comunidades mexicanas.

Uno de los problemas que existen para explicar el origen de los barrios mexicanos al inicio del siglo xx, radica en que la mayor parte de los estudios trata del desplazamiento de los mexicoamericanos a las áreas urbanas como un fenómeno posterior a la segunda guerra mundial, sin tomar en cuenta que tan temprano como en 1930, más de 50 por ciento de la población mexicana en Estados Unidos vivía en comunidades urbanas.<sup>18</sup> Esta distorsión teórica se produjo fundamentalmente debido a que los primeros estudios sobre los mexicanos en Estados Unidos se orientaron principalmente a la inmigración rural y a la colonización. Más aún, debido a que los mexicanos, al menos la gran mayoría, habían llegado en los años de la ola migratoria (1900-1930) —en un momento cuando el oeste se man-

<sup>17</sup> Robert Fogelson, *The Fragmented Metropolis: Los Angeles, 1850-1930* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1967), 188.

<sup>18</sup> Véase Ricardo Romo, “The Urbanization of Southwestern Chicanos in the Early Twentieth Century”, *New Scholar* 6 (1977): 185.

tenía al margen de la región de la costa este tanto política como económicamente—, los encargados de los censos, los funcionarios gubernamentales y los académicos asumieron que eran relativamente pocos en cuanto a número y, por ende, insignificantes. Es justo señalar que los estadounidenses sabían más de los mexicanos en México que de éstos en Estados Unidos.

Considerada una ciudad relativamente “nueva”, sobre todo si se le compara con Nueva York o Chicago, Los Ángeles ha atraído la atención de pocos historiadores. De hecho, las breves menciones que se han hecho varían mucho. En dos de los más recientes estudios sobre la ciudad, un académico la considera fragmentada, mientras otro, al comentar el hecho de que durante el amanecer del siglo xx California recibió algo así como dos millones de recién llegados, “la mayor parte de origen rural”, concluye que “no era ningún accidente que Los Ángeles pareciera un pueblote”.<sup>19</sup> Las comunidades étnicas, que habían sido parte intrínseca de la historia de Los Ángeles, recibieron incluso menor atención. Solamente eventos extraordinarios como los disturbios de Watts, en 1965, llevaron a los científicos sociales a investigar la vida en estas comunidades. En consecuencia, la experiencia de los mexicanos y de otros grupos étnicos ha quedado en la oscuridad.

Robert Fogelson, en *The Fragmented Metropolis...* (relevante contribución a la historiografía de Los Ángeles), se refiere solamente de manera breve a las comunidades étnicas. A pesar de que su estudio está dedicado a los años cruciales que van desde 1850 hasta 1930, cuando Los Ángeles pasó de ser un pueblo mexicano a una metrópoli en expansión, Fogelson ignora completamente el barrio mexicano y caracteriza a los mexicanos como “transitorios”, “desajustados” e “inadaptados”. En otro pasaje, los describe como “no asimilados, no bienvenidos y desprotegidos” y, por ello, “tan profundamente aislados que la mayoría estadounidense pudo mantener inalterada su percepción de una comunidad integrada”.<sup>20</sup>

Como los historiadores saben poco acerca de la urbanización de los mexicanos al inicio del siglo xx, algunos han considerado que los

<sup>19</sup> Nash, *The American West...*, 11.

<sup>20</sup> Fogelson, *The Fragmented Metropolis...*, 138, 187, 188.

barrios mexicanos entran dentro un “modelo de gueto”. Dicho modelo, según un investigador, “sostiene la generalización de que, con algunos huecos en cualquier parte, la tasa de desviación aumenta conforme nos acercamos al centro de la ciudad”.<sup>21</sup> En 1910, los reformadores progresistas dijeron que el barrio mexicano de Los Ángeles era una mancha en la fina reputación de la ciudad. Los autores contemporáneos criticaron a la colonia\* al enfocarse únicamente en las experiencias patológicas de los mexicanos. Los periodistas ligaban al barrio con los vicios y las enfermedades contagiosas. Así, los funcionarios de salud, los administradores escolares y los científicos sociales se sumaron a la condena de la vida del barrio.

El antropólogo mexicano Manuel Gamio, quien visitó los grandes barrios de Los Ángeles, San Antonio y Chicago durante la década de los veinte, concluyó que la urbanización debilitó el carácter y el espíritu de los migrantes. Según Gamio, cuando el mexicano llega a las ciudades estadounidenses, “surge en él un impulso a obtener ayuda de alguna oficina externa y misteriosa, y por ello cae en confusas digresiones; así, el resultado no representa el trabajo total de su cerebro o el esfuerzo total desplegado”.<sup>22</sup> De esta manera, para Gamio y para otros académicos, la urbanización tuvo un impacto negativo sobre la inmigración. Veinte años después, el historiador Carey McWilliams siguió la misma línea de pensamiento al escribir que debido a que los migrantes mexicanos procedían de zonas rurales, “no estaban preparados para una rápida transición a la sociedad que, en cada lugar, negaba el valor de su cultura vernácula”. McWilliams hizo eco de la observación de Gamio al escribir que: “el peón mexicano se preocupa, se confunde y en ocasiones se desmoraliza cuando entra en contacto con una sociedad urbana altamente industrializada”.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> Ralph Thomlinson, *Urban Structure: The Social and Spatial Character of Cities* (Nueva York: Random House, 1969), 194. Una expresión de esta teoría se encuentra en Robert E. Park, “Human Migration and the Marginal Man”, *American Journal of Sociology* 33 (mayo de 1928): 881-893; y Robert E. Park y Ernest W. Burgess, *The City* (Chicago: University of Chicago Press, 1925).

\* Siempre aparece en español en el original (n. de la ed.).

<sup>22</sup> Manuel Gamio, *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment* (Chicago: University of Chicago Press, 1930), 73.

<sup>23</sup> Carey McWilliams, *North from Mexico: The Spanish-Speaking People of the United States* (Filadelfia: J.B. Lippincott, 1949), 212-213.

De hecho, más recientemente, algunos científicos sociales han considerado el barrio de East Los Angeles como estático o, en el mejor de los casos, marginal frente a la gran comunidad de Los Ángeles. Las diferencias entre las diversas comunidades étnicas se han visto disipadas por el surgimiento de una imagen de gueto general que tuvo un significado racial peyorativo. Esta imagen se ha convertido en un modelo pseudocientífico. De acuerdo con esta interpretación, el gueto representa una zona urbana, donde la gente está obligada a vivir por sus características y circunstancias. David R. Hunter, quien calificó a los guetos de “malos desde cualquier punto de vista”, describió a los residentes de estas comunidades como “no calificados, pobres, no blancos, con una mala educación e ignorantes de los medios para salir adelante en la sociedad estadounidense”.<sup>24</sup> Tanto la imagen como el modelo han sido aplicados al barrio mexicano sin ningún cuidado.

Tal estudio propone que la distorsionada imagen de gueto que tienen los barrios ignora el hecho de que la mayoría de los migrantes mexicanos, por razones de idioma, parentesco y costumbres, decidieron vivir juntos en éstos, pues les proporcionaban un sentimiento de identidad nacional y una transición a la sociedad estadounidense. De esta manera, los guetos o barrios modernos no son necesariamente hogar de perdedores o de pecadores. Sam Bass Warner Jr. y Colin B. Burke expresaron la idea de que los guetos han actuado como “agentes de aculturación localizada” y han servido no sólo como hogar a la primera generación de migrantes, sino también como lugar “al que los hijos de los inmigrantes regresaban por la comida típica o al teatro de lengua extranjera o a la iglesia nacional”.<sup>25</sup> No obstante, también es cierto que, si bien algunos mexicanos residentes en barrios como el de East Los Angeles tenían la posibilidad de movilidad espacial a comunidades satélite del barrio, la mayoría se veía impedida a mudarse a barrios blancos debido a juntas de vecinos y a prejuicios restriccionistas.

Aunque algunos inmigrantes europeos han tenido dificultades en asimilarse a la cultura predominantemente anglosajona, algunos académicos que se ocupan de estudiar los patrones residenciales urbanos

<sup>24</sup> David R. Hunter, *The Slums: Challenge and Response* (Nueva York: Free Press, 1968), 59.

<sup>25</sup> Sam Bass Warner Jr. y Colin B. Burke, “Cultural Change and the Ghetto”, *Journal of Contemporary History* 4 (1969): 187.



han visto que la evolución y la caída de los enclaves de los migrantes se explican fundamentalmente a partir de las diferencias económicas derivadas del nativismo y del periodo de arribo. Por ejemplo, en *The Urban Wilderness*, Sam Bass Warner Jr. señala que entre 1870 y 1920 los vecindarios urbanos “dejaron de ser una mezcla de ricos y pobres, inmigrantes y nativos, negros y blancos” en general como lo habían sido en la zona anterior de la gran ciudad; por el contrario, Warner sugiere que los vecindarios de las metrópolis industriales “terminan por reorganizarse en un patrón sistemático de segregación socioeconómica”.<sup>26</sup> Desde la perspectiva de los habitantes negros y blancos o de nuevos y viejos grupos de migrantes, el análisis de Warner puede sostenerse firmemente. Sin embargo, los migrantes mexicanos llegaron a Los Ángeles al comenzar el siglo xx, en un momento cuando los prejuicios raciales limitaban fuertemente sus opciones de vivienda. De 1910 a 1930, el principal enclave mexicano de Los Ángeles, localizado en el interior de la ciudad antes habitada por nativos pobres, europeos recién llegados e inmigrantes asiáticos, perdió sus características heterogéneas y, en lugar de haberse segregado por razones socioeconómicas, lo hizo por motivos raciales.

La evolución de la gran comunidad étnica en una metrópoli como Los Ángeles, que hacia 1900 había ganado fama por su homogeneidad, merece un examen aparte. La afirmación en 1930 de J. Lilly en el sentido de que “Los Ángeles es para mí la ciudad más estadounidense de Estados Unidos”, expresa lo que muchos otros autores contemporáneos dijeron o creyeron acerca de esta ciudad.<sup>27</sup> En efecto, de las ciudades de Estados Unidos, Los Ángeles está entre las tres primeras por su proporción de población blanca nativa. Entre 1900 y 1930, la población nacida en el extranjero nunca rebasó 20 por ciento. En comparación, Nueva York promediaba 35 por ciento de población nacida en el extranjero durante el mismo periodo, con un máximo de 40 por ciento en 1910. La población mexicana de Los Ángeles era aproximadamente de 5 por ciento en 1900 y de 20 por ciento en 1930.<sup>28</sup> Sin

<sup>26</sup> Sam Bass Warner Jr., *The Urban Wilderness* (Nueva York: Harper and Row, 1972), 107.

<sup>27</sup> J. Lilly, “Metropolis of the West”, *North American Review* 232 (septiembre de 1931): 240.

<sup>28</sup> U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census, 1910*, vol. 2: *Population*, 180, 185; *Fourteenth Census, 1920*, vol. 2: *Population*, 125; *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 73-78.

embargo, los promotores de la ciudad difícilmente mencionaron la presencia mexicana. No es de extrañar que, más tarde, se refirieran a los mexicanos como “el secreto mejor guardado de la nación” o como la “minoría invisible”. Ignorados por el resto de la sociedad durante buena parte del inicio del siglo xx, los barrios de Los Ángeles proporcionaron a los inmigrantes un ambiente propicio tanto para la vida familiar como para mantener muchas prácticas y valores de su patria y dotaron a la ciudad de trabajadores que animaban y sostenían el rápido crecimiento, así como la prosperidad.

Un mito, recientemente popularizado por los científicos sociales Leo Grebler, Joan W. Moore y Ralph C. Guzman en su estudio enciclopédico *The Mexican American People* establece que los residentes de California tuvieron una actitud más tolerante hacia los mexicanos que otros estadounidenses. Grebler, Moore y Guzman sugirieron que los mexicanos encontraron en Los Ángeles mejores condiciones ocupacionales que, por ejemplo, en Texas, debido a la ausencia en Los Ángeles de arraigados sentimientos históricos en su contra. Llegaron a la conclusión de que un factor determinante para entender esta tolerancia es el hecho de que la población nativa de Los Ángeles siempre había tenido como origen, en su mayoría, el medio oeste. “A diferencia del nativo de Texas, que era el típico residente de San Antonio, los estadounidenses del medio oeste tenían probablemente pocas ideas preconcebidas sobre los mexicanos. Esto pudo haber significado alguna ventaja para los mexicanos en Los Ángeles”.<sup>29</sup> Sin duda, estos autores no tenían conocimiento alguno de la campaña antiextranjeros y antirradicales en contra de los mexicanos que empezó en 1915 y duró hasta 1919.

La década de los veinte resultó crucial para los estudios sobre migración y asimilación. Las audiencias del Congreso relativas a las leyes de cuotas y la popularidad del movimiento de americanización\* con-

<sup>29</sup> Leo Grebler, Joan W. Moore y Ralph C. Guzman, *The Mexican American People: The Nation's Second Largest Minority* (Nueva York: Free Press, 1970), 301.

\* Americanización (*Americanization*) se utiliza para denominar el movimiento de finales del siglo xix y principios del xx tendiente a la asimilación de los inmigrantes a la cultura estadounidense. Si bien originalmente se refería a los inmigrantes del este y sur de Europa, aquí el término se utiliza más bien para referir los programas destinados a incorporar a los inmigrantes mexicanos durante los años veinte en ciudades de California y Chicago. Dicho movimiento constituyó una campaña integral tanto a nivel educativo como de trabajo social en las comunidades de extranjeros, con el fin de persuadirlos de dejar en el pasado su cultura de origen y proveerles las herra-

firman la preocupación de los estadounidenses por temas como los de la etnicidad y la migración. Las Leyes de Cuotas (Quota Acts) de 1921 y 1924 contribuyeron significativamente a la asimilación de los inmigrantes europeos a través del incremento de la tasa de naturalización.<sup>30</sup> Los mexicanos no se vieron afectados por las Leyes de Cuotas y, a pesar de los matrimonios, la mayor parte de la primera generación, e incluso de la segunda y tercera, los mexicoamericanos mantuvieron su fuerte vinculación con México. En virtud de que la frontera se encuentra a unas cuantas horas por tren o automóvil, muchos mexicanos mantuvieron costumbres y vínculos con su antiguo país durante un tiempo más prolongado que los europeos. Algunos estadounidenses creían que las bajas tasas de naturalización entre los inmigrantes mexicanos mostraban que el grupo únicamente deseaba explotar a Estados Unidos por sus beneficios económicos. De cualquier manera, la ausencia de interacción social entre angloamericanos y mexicanos, así como las políticas de segregación impuestas por los educadores, empleadores y desarrolladores inmobiliarios, detuvieron el proceso de asimilación desafortunadamente.

Un paseo por el barrio de East Los Angeles a inicios del siglo xx revelaba no solamente la influencia del viejo México, sino la diversidad y la adaptación. Mientras los forasteros se referían persistentemente al barrio como Sonoratown o Little Mexico, era evidente que la comunidad estaba lejos de ser una réplica de la patria. Los inmigrantes aceptaron el hecho de que no podían trasplantar todas las tradiciones y valores y, por esa razón, crearon una nueva cultura urbana.<sup>31</sup> Al fre-

---

mientas necesarias —lingüísticas y culturales en general— para convertirlos en miembros productivos de la sociedad, para así obtener la ciudadanía. Aunque hoy la interpretación del proyecto de americanización lo acerca a las tendencias conservadoras que impulsaron las leyes de restricción a la inmigración de 1917 y 1924 (que se desarrollaron de manera paralela), en su origen, fue encabezado por liberales, quienes pretendían mejorar las condiciones de los inmigrantes en Estados Unidos (n. de la ed.).

<sup>30</sup> Robert A. Divine, *American Immigration Policy, 1924-1952* (New Haven: Yale University Press, 1957); Emory S. Bogardus, "The Mexican Immigrant and the Quota", *Sociology and Social Research* 12 (marzo-abril de 1928): 371-378.

<sup>31</sup> Algunas de las características de la nueva cultura urbana mexicoamericana se reflejan en la composición de corridos. Véase por ejemplo, "El radio y chicanos" (1926), analizado por Ricardo Romo, "Los chicanos del oeste en el siglo xx", en *Las culturas hispánicas en los Estados Unidos de América* (Madrid: Asociación Cultural Hispano Norteamericana, 1978), 43.

cuentar los restaurantes mexicanos, pertenecer a las asociaciones de la comunidad, asistir a los servicios religiosos en la vieja iglesia de la plaza mexicana y conservar la lengua española, los mexicanos vivían en Los Ángeles un poco de su vieja cultura. Adicionalmente, los festivales religiosos y la observancia de las fiestas mexicanas en la ciudad unían a los residentes, les proveían de circunstancias favorables para mantener sus lazos de afinidad y patrióticos. Una variedad de instituciones de la comunidad dio a los recién llegados la oportunidad de adoptar algunos elementos y no otros de la sociedad angloamericana. De cualquier manera, la adaptación ocurrió en diferentes niveles. Los migrantes mexicanos adoptaron, por ejemplo, algunos deportes tradicionalmente estadounidenses, como el beisbol y el basquetbol, pero no hicieron mucho caso del golf o del futbol americano. El barrio de Los Ángeles, como muchas otras comunidades étnicas, actuó básicamente como estación de aculturación, donde los inmigrantes recién llegados encontraban su propio ajuste económico o social a la vida estadounidense, a un ritmo mejor que el favorecido por los programas de americanización y por los guardianes de la cultura.

Al explorar las diferencias entre las comunidades de los guetos, los historiadores se han enfocado en los europeos y los negros. Mientras los barrios mexicanos y los guetos europeos y negros compartían muchas características, varios factores distinguían los asentamientos mexicanos. Con pocas excepciones, la mayor parte de las comunidades mexicanas se localizaba al interior de una franja a 322 kilómetros de distancia de la frontera con México. La distancia y las restricciones migratorias, especialmente después de 1921, impidieron a la mayor parte de los guetos europeos alcanzar un alto crecimiento poblacional. Al mismo tiempo, la lengua española y las costumbres mexicanas florecieron en los barrios mexicanos. En Los Ángeles y en otros barrios de la zona de la frontera, los mexicanos no solamente desarrollaron y mantuvieron sus propias estaciones radiofónicas de lengua española, sino que continuaron escuchando la radio transmitida desde el otro lado de la frontera. Los periódicos de su lugar de origen se mantienen hasta estos días.<sup>32</sup> De esta manera, la proximidad con el país de ori-

<sup>32</sup> Para un análisis completo de la persistencia de la lengua nativa entre los inmigrantes de habla hispana, véase Joshua A. Fishman, *Language and Loyalty in the United States: The*

gen y la continua migración han influido fuertemente en el carácter de los barrios mexicanos a lo largo del presente siglo.

Esta investigación sobre comunidades específicas como el barrio mexicano de Los Ángeles debe contribuir a un mejor entendimiento de las experiencias urbanas de los mexicanos en Estados Unidos. Un atributo único del barrio de Los Ángeles fue su función como centro de distribución laboral de mexicanos no calificados. En esa ciudad, los agentes laborales arreglaron que los trabajadores mexicanos se embarcaran rumbo a Alaska, fueran en ferrocarril al medio oeste y en camiones hacia los ricos campos agrícolas del Valle de San Joaquín. En los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial, este barrio adquirió la reputación de ser el principal sitio nacional para las actividades culturales y artísticas, un estatus que ha mantenido hasta el presente. Los mexicanos que viven en otros barrios del estado buscaban los periódicos de Los Ángeles editados en español. La ciudad era considerada como termómetro en materia de teatro y música. Adicionalmente, la localización del barrio dio a los residentes una perspectiva única de cómo otros grupos étnicos, incluyendo a negros, chinos, rusos e italianos, manejaron las complejidades de la aculturación y la asimilación.

Como la mayoría de los barrios del periodo 1900-1930, el de Los Ángeles se vio fuertemente impactado por el crecimiento urbano y la industrialización. De hecho, la fuerte inmigración, la dispersión residencial, el desorden racial y la intensificación de las políticas de segregación eran, probablemente, evidentes en la mayoría de los barrios de las primeras tres décadas del siglo xx. Sin embargo, lo que resulta único y lo que es común a los barrios mexicanos no podrá ser determinado sino hasta que existan más estudios sobre las comunidades mexicanas. Espero que este trabajo sea una contribución a lograr tal fin, así como el examen de un barrio importante y que redunde en un mejor entendimiento de las experiencias urbanas de los mexicanos en Estados Unidos durante los años formativos del siglo xx.



## Preludio al barrio

Las actividades del teniente Edward O.C. Ord y de William Rich Hutton en Los Ángeles durante los meses del caluroso verano de 1849 debieron haber impactado a los habitantes por ser tan poco comunes. Durante dos meses, ellos caminaron por el pueblo lleno de polvo, contando sus pasos, observando cuidadosamente a través de sus catalejos y haciendo bosquejos del mapa de la ciudad. En las tardes, mientras Ord se sentaba a hacer un recuento de su trabajo, Hutton se daba tiempo para dibujar el paisaje de las escenas más pintorescas del pueblo. Como si ignorara la historia de la ciudad, que había sido pueblo indio, villa española y asentamiento mexicano, Ord impuso nombres en inglés a muchas de las calles que los residentes de Los Ángeles habían denominado en español durante largo tiempo. Así, por ejemplo, la calle de la Eternidad que llevaba al cementerio pasó a ser Broadway y la calle de las Chapules, Pearl Street. Una vez acabado el trabajo, la ciudad entregó a Ord un pago por tres mil dólares e inmediatamente procedió a subastar públicamente la propiedad inmobiliaria de la comunidad. Las ventas se hicieron tan rápidamente que los líderes cívicos de la ciudad olvidaron apartar una extensión de terreno para oficinas públicas y en un breve lapso tuvieron que comprar para tal propósito muchas de las mismas propiedades vendidas. La totalidad de las cuatro leguas que pertenecieron a la ciudad como patrimonio español fue vendida en unas cuantas semanas.<sup>1</sup> Como el mapa de Ord, muchas tareas de los colonos anglosajones, de los historiadores contemporáneos y de los funcionarios de la ciudad han sido intentos por borrar las influencias indias, españolas y mexicanas en Los Ángeles.

<sup>1</sup> Véase William Wilcox Robinson, "Story of Ord's Survey as Disclosed by the Los Angeles Archives", *Historical Society of Southern California Quarterly* 19 (septiembre-diciembre de 1937): 121; Carl I. Wheat, ed., "The Ord Maps of Southern California", *Historical Society of Southern California Quarterly* 18 (marzo de 1936): 20.

En 1769, el grupo de Gaspar de Portolá —primer contingente de europeos que pasó por lo que en un futuro sería el asentamiento de Los Ángeles— llegó a un pueblo indio de gran tamaño que el padre Juan Crespi, miembro del grupo de Portolá, describió como habitado por “amigables paganos”. “Viven en este delicioso paraje entre los árboles del río —escribió—. Su jefe trajo algunos collares de conchas y nos arrojaron tres manojos de ellos. Algunos ancianos que fumaban pipas de barro cocido nos echaron tres bocanadas de humo. Les dimos un poco de tabaco y cuentas de vidrio y se fueron muy contentos”. Sin intromisión alguna por parte de los indios, los españoles viajaron unos cuantos kilómetros al norte del pueblo, donde encontraron más oriundos, quienes les ofrecieron comida para continuar su trayecto.<sup>2</sup>

Los pobladores indios que se encontraron con Portolá decían que sus ancestros se habían asentado en esa región aproximadamente unos cincuenta mil años antes. Conforme el grupo de Portolá avanzaba hacia el norte, Pedro Fages, miembro de la expedición, contó siete pueblos en la ruta de la costa, entre lo que se conoce actualmente como El Toro y el extremo norte del valle de San Fernando. A pesar de que no más de dos mil indios vivían en esa zona, Fages describió los pueblos como “bien poblados, algunos de ellos tanto que si los indios se hubieran levantado en armas, nos hubieran infundido temor”.<sup>3</sup> Los gabrielinos, como se conocería a los oriundos de la cuenca de Los Ángeles, después de la fundación de la Misión de San Gabriel en 1770, reubicaban sus pueblos muy frecuentemente, debido a la necesidad de buscar comida. Su conocimiento del terreno y sus maneras pacíficas permitieron el éxito de los esfuerzos misioneros en el despoblado sur de California.

Felipe de Neve, primer gobernador de la Alta California, se hizo cargo personalmente de la fundación de Los Ángeles: en 1777, tras explorar la costa entera desde San Diego hasta San Francisco, selec-

<sup>2</sup> “Diary of Juan Crespi”, en Herbert E. Bolton, *Fray Juan Crespi, Missionary Explorer* (Berkeley: University of California Press, 1927), 146-154. Véase también John Caughey y LaRee Caughey, *Los Angeles: Biography of a City* (Berkeley: University of California Press, 1976), 50.

<sup>3</sup> Citado por Donald C. Cutter, “Report on Rancho El Encino”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 43 (junio de 1961): 201. Véase también Francisco Palou, *Historical Memoirs of New California*, trad. y ed. de Herbert E. Bolton (Berkeley: University of California Press, 1926), vol. 2: 137-138; y Pedro Fages, *A Historical, Political and Natural Description of California*, trad. y ed. de Herbert I. Priestly (Berkeley: University of California Press, 1937).



cionó el lugar —la cuenca situada al oeste de la Misión de San Gabriel, cerca del río Porciúncula— en razón de que —como lo anotó en su diario— “había mucha agua fácil de tomar desde cualquiera de las dos orillas y tenía hermosas tierras”. Neve deseaba que el pueblo cumpliera lo más pronto posible una de sus principales metas: el suministro de alimentos y materiales al enclave costero, eliminando con ello la necesidad de enviar estos bienes desde el interior de México. Los padres querían que el asentamiento quedara cerca de la Misión de San Gabriel para tener influencia sobre su crecimiento y su desarrollo. Sin embargo, con el fin de que el pueblo tuviera una identidad independiente, el gobernador planeó que se levantara a catorce kilómetros al oeste de la Misión de San Gabriel y a buena distancia de San Juan Capistrano.<sup>4</sup>

El gobernador Neve quería que los nuevos pobladores (colonos) de Los Ángeles establecieran un asentamiento libre de la influencia de la misión en un lugar donde los indios, exentos de obligaciones con la misión, quisieran en algún momento reubicarse. De hecho, escogió un terreno cercano en su parte más alta al poblado indio que durante largo tiempo había sido ocupado por el pueblo de Yang-Na. Si bien el padre Junípero Serra, superior de las misiones de California, se opuso a los planes de Neve y argumentó que los nuevos pueblos eran prematuros y constituían una amenaza potencial a la conversión de los indios, la Corona aprobó el proyecto. Así, el asentamiento de Los Ángeles se estableció formalmente en un momento cuando la Corona española había asumido una postura defensiva como consecuencia del inicio de la guerra con Inglaterra en junio de 1779. Los padres misioneros, bajo la dirección de Serra, respetaron a regañadientes los deseos de la Corona de establecer un pueblo cercano a la Misión de San Gabriel. Y aunque los misioneros dieron al gobernador un tratamiento amable y respetuoso durante el año que pasó en el sur de California planeando el nuevo asentamiento, no le ayudaron. Inmediatamente después de que colonos y soldados mexicanos llegaron desde el norte de México a la Misión de San Gabriel,

<sup>4</sup> “Neve’s Instruction to Fages, His Successor”, en Edwin A. Beilharz, *Felipe de Neve: First Governor of California* (San Francisco: California Historical Society, 1971), 165; “Translation of Portion of Order of Governor Felipe de Neve for Founding of Los Angeles”, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 15 (1931): parte 2, 154-155.

Neve partió hacia el norte de México para cumplir con sus deseos de agregar nuevos pueblos a la región.<sup>5</sup>

A fines del siglo XVIII, la Alta California tenía poco atractivo para los colonos mexicanos del norte. Por ello, con una difícil encomienda, el capitán Fernando Moncada y Rivera partió hacia las provincias del norte de México con instrucciones precisas de traer consigo 24 nuevos colonos y auxiliar al padre Serra en la construcción de las misiones de la Channel Island. Uno de los problemas para conseguirlos derivó del requisito impuesto por el gobernador de que “fueran casados y llevaran a sus familias”, así como de que también solicitaba un albañil, un carpintero y un herrero.<sup>6</sup> En Sonora y Sinaloa, Rivera sólo logró reclutar dieciséis pioneros, de los cuales únicamente llegaron once a Los Ángeles. Los términos que se les ofrecía resultaban atractivos: se les garantizaba un pago de cinco años, contados a partir del momento de su enlistamiento, consistente en 116 pesos al año durante los dos primeros años y sesenta anuales durante los últimos tres. Los pobladores, quienes se comprometían por un periodo de diez años de servicio, recibían también una yunta de bueyes, dos vacas, un par de caballos, una mula, dos corderos, dos cabras y los aperos de labranza necesarios, en el entendido de que debían pagar por los animales y utensilios con el producto de sus tierras. Finalmente, Rivera prometió a los colonos pequeños lotes en el pueblo para que erigieran su casa. En un contrato redactado por el gobernador de la Alta California y fechado el 19 de noviembre de 1781, se aprecian otros aspectos de los derechos y obligaciones de los colonizadores:

<sup>5</sup> Véase Walton E. Bean, *California: An Interpretative History* (Nueva York: McGraw-Hill, 1973), 46-47; R.F. Heizer y M.A. Whipple, eds., *The California Indians: A Source Book* (Berkeley: University of California Press, 1971), 71, 119-120, 238. Estudios generales sobre los primeros tiempos de Los Ángeles incluyen a John Steven McGroarty, *Los Angeles from the Mountains to the Sea*, 3 vols. (Chicago: American Historical Society, 1921); Morrow Mayo, *Los Angeles* (Nueva York: Knopf, 1933); Remi A. Nadeau, *Los Angeles: From Mission to Modern City* (Nueva York: Longmans, Green, 1960); Harry Carr, *Los Angeles: City of Dreams* (Nueva York: Grosset and Dunlap, 1935); y James Miller Guinn, *Los Angeles and Environs* (Los Ángeles: Historic Record, 1915).

<sup>6</sup> Theodoro de Croix, “Instructions for the Recruitment of the Original Settlers of the Pueblo of Los Angeles”, trad. de Marion Parks, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 15 (1931): parte 1, 135; Fray Zephyrin Engelhardt, *Upper California*, vol. 2 de *The Missions and Missionaries of California* (Santa Bárbara: 1930), 368.

Adicionalmente al ganado, caballos y mulas distribuidos entre los primeros once colonos, como se consigna, les fueron entregados lotes para construir sus viviendas, las que en este momento están hechas de palizadas, con techo de tierra, así como dos campos con riego para cultivo y dos fanegas de maíz por cada colono. Además un arado, una yunta y un buey, y para la comunidad el número apropiado de carros, vagones y animales de cría, como queda señalado anteriormente, por lo que los colonos deberán cubrir al Tesorero Real el precio fijado.<sup>7</sup>

Aunque existe poca información que revele la vida cotidiana de los primeros colonos mexicanos, se sabe que el pueblo prosperó durante las primeras dos décadas. Apenas después de un año de existencia, Felipe de Neve externaba su preocupación porque el “fomento de estos pueblos [San José y Los Ángeles] requería de atención especial; es indispensable observar de manera especial al pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles”. Al gobernador Neve le inquietaba la pobre cosecha del primer año, por lo que aconsejó a su sucesor que era “necesario tener un hombre activo y exigente que incite a los colonos a que cultiven la tierra, cuiden de sus cosechas y hagan todo lo necesario relativo a la labranza”.<sup>8</sup>

Junto con la población india que vivía cerca del pueblo de Los Ángeles, los mestizos conformaban la mayor parte de los colonos del pueblo. Existe cierta controversia sobre la composición racial de los primeros colonos mexicanos. C.A. Hutchinson señala que el capitán Rivera reclutó ocho indios, ocho mulatos, dos españoles, dos negros, un coyote (indio y mestizo) y un mestizo. Jack Forbes, por su parte, encontró cinco indios, cinco mulatos, un español, un negro, un coyote y un mestizo.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Thomas Workman Temple II, “First Census of Los Angeles”, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 15 (1931): 148-149. Véase también “Translation of Portion of Order of Governor Felipe de Neve for Founding of Los Angeles”, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 15 (1931): parte 2, 154-155.

<sup>8</sup> Beilharz, *Felipe de Neve...*, 165. Véase otro punto de vista similar en Nellie van de Grift Sánchez, *Spanish Arcadia* (San Francisco: Powell Publishing, 1929), 9.

<sup>9</sup> C. Alan Hutchinson, *Frontier Settlement in Mexican California: The Hajar-Padres Colony and Its Origin, 1789-1835* (New Haven: Yale University Press, 1969), 61; Jack D. Forbes, “Black Pioneers: The Spanish Speaking Afroamericans of the Southwest”, en George E. Frakes y Curtis B. Solberg, eds., *Minorities in California History* (Nueva York: Random House, 1971), 24.

Durante las dos primeras décadas, la migración de mestizos al pueblo sobrepasó la de los mulatos y negros. Debe hacerse notar, no obstante, que los datos de la población oficial están alterados por la tendencia de los mestizos, los indios, los negros y los mulatos de elevar su estatus étnico al proporcionar sus datos a los encargados del censo. Los mestizos, por ejemplo, preferían ser considerados españoles, mientras que los indios y los mulatos frecuentemente se registraban como mestizos. En 1790, cuando se celebró el primer censo, había un total de 141 habitantes. De éstos, 73 personas se clasificaron a sí mismas como españolas, 39 como mezcla de español e indio (mestizos), 22 dijeron ser mulatos y solamente siete declararon linaje indio puro; ninguno admitió ser negro.<sup>10</sup>

De acuerdo con el censo de 1790, 28 de los 141 residentes de Los Ángeles eran hombres adultos. Los pobladores habían construido casas de adobe y habían acumulado ganado, alcanzando la cifra de casi tres mil cabezas. Sin embargo, solamente cinco de los 28 hombres eran propietarios de tierras de pastoreo de buen tamaño. Juan José Domínguez, primer soldado del pueblo que solicitó a la Corona un rancho, recibió una generosa dotación de tierra del orden de las treinta mil hectáreas. Pronto, otros cuatro pobladores recibieron tierras y estos individuos empezaron a utilizar tanto a indios como a mestizos para el trabajo de sus ranchos. El padre Vicente Santa María, viajero que visitó Los Ángeles en 1795, proporciona un raro reflejo de su vida pastoral al señalar que en uno de sus ranchos “no se ve nada más que paganos que pasan, calzando zapatos, con sombreros y cobijas, sirviendo como arrieros a los colonos y ranchos, así que si no fuera por los gentiles [indios o mestizos “civilizados”] no habría ni pueblo ni rancho”.<sup>11</sup>

El deficiente historial del pueblo en lo que concierne a la atracción de nuevos inmigrantes forzó a los frailes a depender fuertemente de

<sup>10</sup> Forbes, “Black Pioneers...”, 20-33; Workman, “First Census of Los Angeles”; J. Gregg Layne, “The First Census of the Los Angeles District”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 18 (junio de 1936): 99-105.

<sup>11</sup> Caughey y Caughey, *Los Angeles: Biography of a City*, 75; William Wilcox Robinson, “The Domínguez Rancho”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 35 (diciembre de 1953): 343-346; “The Domínguez Family, 1791-1956”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 38 (diciembre de 1956): 366-372. Las declaraciones de fray Vicente Santa María son citadas por Caughey y Caughey, *Los Angeles: Biography of a City*, 76.

la fuerza laboral de los indios nativos. El historiador Hubert Howe Bancroft observó el impacto de tal situación en la fuerza laboral del sur de California:

los gentiles siguen trabajando por sus salarios en los pueblos y presidios, pero cada año es más difícil conseguirlos y los neófitos [indios], en cambio, obtienen empleos cada vez que se puede celebrar un contrato con los frailes que reciben el salario. La única controversia registrada fue la ocasionada por el retiro de cien trabajadores de Los Ángeles en 1810 a su misión en San Juan Capistrano.<sup>12</sup>

Sin duda, los rancheros y agricultores de Los Ángeles se beneficiaron de la fuerza laboral india de los alrededores de las misiones. La población india de San Gabriel, una de las más grandes de la Alta California, creció de cincuenta habitantes en 1772 (en su segundo año de existencia) a 1 701 en 1814.<sup>13</sup> Los frailes consideraban que los indios estaban bajo su custodia y preferían limitar la interacción entre indios y pobladores. José del Carmen Lugo, ranchero del sur de la California de la época, señala el excesivo poder de los frailes sobre los gabrielinos:

Los indios que pertenecen a las misiones no pueden salir de ellas sin permiso especial y estos permisos se otorgan rara vez. Con frecuencia se les envía a trabajar a los pueblos o a los presidios bajo contrato. No se les paga el trabajo que realizan aunque los padres lo reciban para beneficio de la comunidad [...], pero no sabemos qué parte llega a la comunidad.<sup>14</sup>

Como los colonos ingleses de la costa este que dependían de los sirvientes contratados o de los esclavos negros para hacer prosperar sus pueblos y granjas, los colonos españoles de la Alta California

<sup>12</sup> Hubert Howe Bancroft, *History of California* (San Francisco: A.L. Bancroft, 1884-1890), vol. 19: 175.

<sup>13</sup> *Ibid.*, vol. 20: 643; vol. 19: 354-356. La historia temprana de la Misión de San Gabriel es abordada en John S. McGroarty, *California: Its History and Romance* (Los Ángeles: 1911), 77-78, 95, 167; véase también Fray Zephyrin Engelhardt, *San Gabriel Mission and the Beginnings of Los Angeles* (San Gabriel: Franciscan Herald Press, 1927).

<sup>14</sup> José del Carmen Lugo, "Life of a Rancher", *Historical Society of Southern California Quarterly* 32 (septiembre de 1950): 185-236.

dependían de la fuerza laboral de los indios para el trabajo de los ranchos y las misiones.<sup>15</sup> Los Ángeles tuvo una población india de entre 150 y 350 habitantes durante las primeras dos décadas del siglo XIX, cifra considerable si tomamos en cuenta que, en 1820, la población total del pueblo era de 615 personas. El hecho de que entre un tercio y más de la mitad de los habitantes de los pueblos fueran indios es un indicador de la importancia de este grupo en el pueblo. A pesar de que los colonos de Los Ángeles no intentaron exterminar a los indios, como sí se hizo en muchas partes de Estados Unidos durante un periodo similar, cooperaron con los padres en la explotación del trabajo de los indios.<sup>16</sup>

Durante el periodo mexicano, cientos de indios que estaban en las misiones de San Gabriel y San Fernando fueron a trabajar a las rancherías. Los rancheros requerían la ayuda de vaqueros para que trabajaran seis días a la semana, de sol a sol, ganando apenas un poco más que comida y techo. Era común que los vaqueros pasaran los días pastoreando el ganado, frecuentemente sobre terrenos rodeados de peligrosas barrancas.<sup>17</sup> En los ranchos grandes, los dueños contrataban mayordomos o supervisores, cuyo papel —explica Pío Pico, uno de los rancheros más prósperos del pueblo— era “cuidar el ganado y hacer lo que se les exigiera”, incluyendo la venta y suministro de cabezas de ganado y la supervisión de la fuerza de trabajo.<sup>18</sup>

Las pocas reminiscencias personales de los californios mexicanos, si bien generalmente corresponden a las clases adineradas, nos dan una valiosa visión interior de la vida cotidiana de otros durante el periodo mexicano.<sup>19</sup> Las historias de los californios, registradas déca-

<sup>15</sup> Robert F. Heizer y Alan F. Almquist, *The Other Californians: Prejudice and Discrimination under Spain, Mexico and the United States to 1920* (Berkeley: University of California Press, 1971), 6.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 7. Véase también Tomás Almaguer, *Interpreting Chicano History: The “World System” Approach to 19th Century California* (Berkeley: Institute for the Study of Social Change, 1977), 17-20.

<sup>17</sup> Bancroft, *History of California*, vol. 19: 355.

<sup>18</sup> Citado por Robert G. Cleland, *From Wilderness to Empire* (Nueva York: Macmillan, 1922), 78.

<sup>19</sup> La Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, en Berkeley, tiene la mejor colección de documentos relativos a los californios. Véase por ejemplo Lugo, “Life of a Rancher”; Mariano Guadalupe Vallejo, “Documentos para la historia de California” (1874); Thomas Savage,

das después de la conquista americana, sitúan el relato en una perspectiva más equilibrada que la que se encuentra en las crónicas de viaje de origen anglosajón. José del Carmen Lugo habló a Thomas Savage, su entrevistador, sobre el “modo de vida californiano”, que era cuando la familia entera se levantaba a las tres de la mañana y hombres y mujeres laboraban hasta el anochecer. Las mujeres trabajaban en la cocina muy temprano, “barriendo, limpiando, sacudiendo y otras cosas”. También cocinaban, ordeñaban las vacas y preparaban el queso. Según Lugo, “las tareas de las mujeres duraban hasta las 7 u 8 de la mañana. Después de eso, se ocupaban de cocinar, coser o lavar”. Y los hombres se “pasaban el día en los campos, algunos sembrando semillas, otros cortando madera y trayéndola”.<sup>20</sup> Otra tarea adicional de los rancheros, que requería de mucha habilidad, era destazar animales y salar las pieles para secarlas y venderlas a los *Yankee Clippers*. Mariano Guadalupe Vallejo, trabajador de la época, señalaba que cada rancho “tenía sus *calaveras*, su corral de rastro donde los carniceros indios mataban el ganado y las ovejas. Cada sábado por la mañana se escogían los animales más gordos y se llevaban ahí, y por la noche se extendían las pieles en la parte más alta para que se secan”.<sup>21</sup>

A pesar de que los hombres tendían a dominar las actividades políticas y económicas de los pueblos mexicanos de la frontera, las mujeres participaban en la economía más activamente de lo que antes se les reconoció. En la California mexicana, las mujeres tenían los ranchos bajo su cargo y se ocupaban de la cría del ganado doméstico y del cultivo. Las mujeres también calificaban para la dotación de tierras, como también era el caso de la población india de la comunidad. En 1831, el alcalde de Los Ángeles otorgó una dotación

---

“Documentos para la historia de California” (1876-1879). Dos interesantes biografías que tratan sobre el trabajo en los ranchos son las de Arnold R. Rojas, *The Vaquero* (Charlotte, N.C.: McNally and Loftin, 1964); y Joseph J. Mora, *Californios: The Saga of the Hardriding Vaqueros* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1949).

<sup>20</sup> Lugo, “Life of a Rancher”, 215-216. Para profundizar, véase J.N. Bowman, “Prominent Women of Provincial California”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 39 (junio de 1957): 159; y Terry E. Stephenson, *Don Bernardo Yorba* (Los Ángeles: Glen Dawson, 1941).

<sup>21</sup> Mariano Guadalupe Vallejo, “Ranch and Mission Days in Alta California”, *Century Magazine*, no. 41 (diciembre de 1890): 183.

de cerca de mil quinientas hectáreas a María Rita Valdez de Villa. La ciudad otorgó la dotación bajo los términos de una ocupación conjunta; sin embargo, en unos cuantos años, las autoridades desalojaron a Luciano Valdez, su socio, y prepararon una nueva escritura a nombre de doña María. Parece ser que doña María había reñido con Luciano por diversas causas, entre las cuales destacaba su intención de sembrar viñedos. Durante varias décadas después de su partida, doña María administró el rancho. En la década de 1880, vendió la propiedad Rancho Rodeo de las Aguas a especuladores inmobiliarios. La propiedad, subdividida al final del siglo, se convirtió en un nuevo desarrollo llamado Beverly Hills.<sup>22</sup>

Durante los primeros años del desarrollo de Los Ángeles, la población siguió siendo predominantemente india y mestiza. Dos de los primeros residentes llegaron con el grupo de cazadores del legendario Jedediah Smith, a quien se le reconoce porque en 1826 abrió la ruta desde el Great Salt Lake hasta Los Ángeles. Mientras estuvo en Los Ángeles, los padres de la Misión de San Gabriel atendieron a su grupo dándole comida y refugio. En el pueblo, los hombres de Smith intercambiaban pieles y otras mercancías por caballos y mulas. Cuando finalmente recibió permiso para continuar su viaje hacia el norte, dos de sus hombres, Daniel Ferguson y John Wilson, decidieron quedarse.<sup>23</sup> En 1821, otro cazador, William Wolfskill, llegó a Los Ángeles desde Nuevo México con un grupo de cazadores de pieles estadounidenses y decidieron establecerse en Los Ángeles permanentemente. Wolfskill, quien había obtenido la ciudadanía mexicana mientras estuvo en Nuevo México, tenía amplios privilegios comerciales. En San Pedro, construyó un galeón que utilizó por casi un año para sus cacerías a lo ancho y largo de la costa de California.<sup>24</sup>

El inicio del tráfico de pieles y galeones, junto con el deseo del gobierno mexicano de impulsar el crecimiento de la población en pue-

<sup>22</sup> Clarice Bennett, "A History of Rancho La Brea to 1900" (tesis de maestría, University of Southern California, 1938), 3.

<sup>23</sup> LeRoy R. Hafen y Carl C. Rister, *Western America* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1950), 22; John G. Neihardt, *The Splendid Wayfaring* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1971), 239, 258.

<sup>24</sup> Bancroft, *History of California*, vol. 20: 393; Iris Higbie Wilson, *William Wolfskill, 1798-1866: Frontier Trapper to California Ranchero* (Glendale, Calif.: Arthur H. Clark, 1965), 78.



blos fronterizos como Los Ángeles, atrajo a diversos residentes. Hacia 1835, las autoridades mexicanas confirieron a Los Ángeles la categoría de *ciudad*, y un tercio de los residentes tenía ocupación laboral de carácter urbano. Estos trabajadores urbanos, incluidos dieciséis mercaderes y numerosos artesanos, se ocupaban en trabajar tanto para la población rural como para la población urbana de Los Ángeles. Por ejemplo, seis zapateros, seis sastres y tres sombrereros comerciaban con los marineros visitantes de los *Yankee Clippers*, así como con los propios habitantes. También estaba entre sus planes vestir a los vaqueros y a los soldados de la comunidad. La variedad de ocupaciones se vio después influenciada por el incremento en el flujo de estadounidenses y de otros extranjeros. A mediados de la década de 1830, los mexicanos trabajaron en una variedad de ocupaciones, muchos de ellos especializándose en carpintería, albañilería y en la forja y reparación de metales. Otros encontraron trabajo en los barcos y en el almacenaje de mercancías, incluyendo el manejo y entrega de bienes, así como su administración.<sup>25</sup>

Un puerto libre y el inicio del comercio con Santa Fe a fines de la década de 1820 aseguraron a los residentes del pueblo bajos precios para los bienes de primera necesidad y animaron a algunos californios emprendedores a utilizar los excedentes de mercancías para su distribución al menudeo. Alfred Robinson se refiere a uno de esos mercaderes en su libro *Life in California*. Durante la visita de Robinson a Los Ángeles, en el verano de 1828,

paró en la casa de don Tiburcio Tapia, alcalde constitucional del pueblo, quien había sido alguna vez un soldado modesto pero que con honestidad y trabajo dedicado había acumulado muchos de los bienes de este mundo para convertirse en uno de los hombres más ricos del lugar. Su integridad le ganó crédito absoluto, al grado de ser el principal comerciante y el único oriundo del pueblo de Los Ángeles.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> Marie E. Northrop, ed., "The Los Angeles Padron as Copied from the Los Angeles City Archives", *Historical Society of Southern California Quarterly* 42 (diciembre de 1960): 360-422.

<sup>26</sup> Alfred Robinson, *Life in California* (Santa Bárbara: Peregrine Press, 1970 [1846]), 44. Robinson, oriundo de Massachussets y californiano adoptivo desde 1829, se casó con Ana María de la Guerra y Noriega en 1837 e ingresó así a una familia californiana influyente.

La riqueza creciente, gracias al puerto y al comercio generalizado, impulsó a los residentes de Los Ángeles a construir una nueva plaza en la década de 1820. La plaza, como la de otros pueblos latinoamericanos, servía como una importante zona de la actividad económica y social. En ésta, los mexicanos construyeron sus primeras tiendas de menudeo. En la misma ubicación general, los residentes, utilizando el trabajo de los indios de San Gabriel, construyeron la primera iglesia en 1820. (Antes de esa fecha, los residentes tenían que cabalgar o caminar once kilómetros a la Misión de San Gabriel para poder asistir a los servicios religiosos.) Esto, aunado a la transformación de un pequeño pueblo agrícola en una zona urbana utilizada por ranchos y granjas circunvecinas, permitió a Los Ángeles asumir las formas urbanas características de las ciudades latinoamericanas y de otros lugares en donde España había izado la bandera colonial. Incluso el cambio más drástico que sufriría el pueblo, como fue la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848), no alteró inmediatamente la influencia latina en la ciudad.<sup>27</sup>

Comparados con los estragos y vidas perdidas que caracterizaron la lucha entre las fuerzas mexicanas y estadounidenses en el interior de México y en la campaña de Texas, los californios sobrevivieron la guerra entre México y Estados Unidos con pocas pérdidas físicas. La conquista estadounidense de Los Ángeles costó al pueblo menos de dos docenas de vidas y pocos daños materiales. El general Robert F. Stockton confiscó la casa más confortable y mejor situada en la plaza principal, pero la mayor parte de los mexicanos californianos se las arreglaron para conservar sus ranchos. El gobernador Pío Pico, quien rindió la ciudad a los estadounidenses durante el primer sitio, huyó a México pero regresó dos años más tarde y rápidamente renovó sus lazos empresariales con los que alguna vez habían sido yanquis despreciados.<sup>28</sup> La mayoría de los viejos rancheros californianos

<sup>27</sup> Leonard Pitt, *The Decline of the Californios: A Social History of the Spanish-Speaking Californians, 1846-1890* (Berkeley: University of California Press, 1966), 120-130; David J. Weber, ed., *Foreigners in Their Native Land: Historical Roots of the Mexican Americans* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973), 209-210.

<sup>28</sup> George Tays, ed. y trad., "Pío Pico's Correspondence with the Mexican Government, 1846-1848", *California Historical Quarterly*, no. 13 (junio de 1934): 148-149; Helen Tyler, "The Family of Pico", *Historical Society of Southern California Quarterly* 35 (septiembre de 1953): 221-238.

mostraron intenciones pacíficas y formas de cooperación toda vez que tenían fe en el sistema democrático que les prometía igualdad de derechos y oportunidades. Como lo hizo notar E. Gould Buffum, un viajero que fue a Los Ángeles en 1850: a pesar de que los californios “pelearon con determinación y resistencia frente a las fuerzas navales del comodoro Stockton, se han reconciliado ahora con las instituciones de nuestro país y no tengo duda de que en unos años serán tan buenos demócratas como los que puedan encontrarse en Missouri o Arkansas”.<sup>29</sup>

En los años siguientes a la guerra entre México y Estados Unidos, Los Ángeles experimentó una situación de inestabilidad política y económica. Tres factores contribuyeron a esta dificultad: 1) la presencia de las fuerzas militares de ocupación en la ciudad durante el periodo 1846-1850; 2) el éxodo de trabajadores hacia las minas de oro del norte de California, y 3) la introducción por parte de los estadounidenses de nuevos métodos para la contratación de mano de obra. Tan pronto Los Ángeles fue tomada, y aun antes de la ratificación del Tratado de Guadalupe Hidalgo (1848), los estadounidenses se asentaron en Los Ángeles en número creciente, fenómeno que los mexicanos residentes del pueblo lamentaron aunque no podían evitar. Muchos de los recién llegados eran personal de relevo de los militares y, por primera ocasión, éstos jugaron un papel importante en la selección de los líderes políticos.<sup>30</sup> En 1848, los residentes del pueblo eligieron a dos californianos mexicanos como primero y segundo alcaldes. El coronel J.D. Stevenson, comandante militar de Fort Moore en Los Ángeles, rechazó las dos selecciones porque, en su opinión, los candidatos eran “bien conocidos como dos de los peores ciudadanos, así como muy violentos enemigos de las autoridades estadounidenses”. A solicitud del coronel Stevenson, el gobernador Richard B. Mason invalidó la elección y confirió a Stephen Clark Foster el cargo de alcalde. Foster, oriundo de Maine, había sido comerciante en Nuevo México y Sonora cuando estalló la guerra. Llegó a Los Ángeles en 1846,

<sup>29</sup> E. Gould Buffum, *Six Months in the Gold Mines* (Filadelfia: 1850), citado por Caughey y Caughey, *Los Angeles: Biography of a City*, 120.

<sup>30</sup> John A. Hawgood, “The Pattern of Yankee Infiltration in Mexican Alta California, 1821-1846”, *Pacific Historical Review*, no. 27 (febrero de 1958): 27-37.

como intérprete de un batallón mormón.<sup>31</sup> El nombramiento de Foster enojó seriamente a los mexicanos. Cuando se llevó a cabo la siguiente elección para alcalde, en diciembre de 1848, boicotearon los comicios.<sup>32</sup>

Los militares también se opusieron al flujo de nuevos migrantes mexicanos al territorio. Después de que el coronel Richard B. Mason estableció un gobierno civil de carácter temporal en California, tras la derrota mexicana en Monterey, emitió un bando mediante el cual se negaba a los sonorenses, principales emigrantes mexicanos, el derecho de emigrar a California. Su orden, emitida el 27 de diciembre de 1847, prohibía a los ciudadanos de Sonora entrar a California, con excepción de hacerlo en plan de asuntos oficiales. Esto afectó particularmente a Los Ángeles, pues muchos de los sonorenses que habían emigrado a California ahí se habían asentado. Mason también ordenó a los sonorenses de la Alta California reportarse a las autoridades estadounidenses, fuera en Monterey o en Los Ángeles, con el propósito de informar de sus asuntos y del día de arribo al país.<sup>33</sup>

La naturaleza y el grado de tensión en Los Ángeles durante los años 1846-1848 están ampliamente documentados en una serie de cartas escritas por John S. Griffin, quien como cirujano llegó a California con los Dragones de Kearney en 1846. Él describió las condiciones de Los Ángeles en 1849 en una carta dirigida a su amigo el coronel J.D. Stevenson, antiguo comandante militar, quien se había mudado a San Francisco. La ciudad —escribió— “está atestada de soldados, comisarios, sonorenses, etc., el escenario más viciado y ocioso que vuestros ojos jamás hayan mirado”. So pena de que su carta ocasionara que Stevenson mandara tropas a Los Ángeles, Griffin ofreció la seguridad de que “nuestros hombres están inclinados a mantener la paz entre ellos, y los sonorenses y los californianos parecen tenerles mucho temor”. De hecho —concluyó Griffin—, “rara vez es visto un californiano en las calles de Los Ángeles”. De esta manera,

<sup>31</sup> Stephen Clark Foster, *El Quacheno: How I Want to Help Make the Constitution of California* (Los Ángeles: Dawson's Book Shop, 1949), 7.

<sup>32</sup> Bancroft, *History of California*, vol. 20: 745.

<sup>33</sup> M. Colette Standard, “The Sonora Migration to California, 1848-1856: A Study in Prejudice”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 58 (otoño de 1976): 334.

tras la ocupación militar del pueblo, pasarían meses antes de que los mexicanos sintieran seguridad para caminar sin miedo por las calles.<sup>34</sup>

Otro suceso inesperado ocurrió en 1848, cuando el anuncio de que había sido hallado oro en el norte llegó al pueblo. Los californios se congregaron en las minas. Antonio Franco Coronel, residente de Los Ángeles, partió tempranamente hacia el norte, en agosto de 1848, con un grupo de treinta hombres, sonorenses e indios. Andrés Pico, hermano del anterior gobernador mexicano, también preparó un grupo de mineros, la mayor parte sonorenses.<sup>35</sup> Walter Colton, visitante del valle de Sacramento durante la fiebre del oro, escribió que era posible ver en 1849 a miles de sonorenses, incluyendo muchas mujeres, buscando oro. Un número muy importante de inmigrantes de las provincias del norte de México pasaron por Los Ángeles entre 1849 y 1851. La ley, emitida durante los años de la guerra, que prohibía el flujo de sonorenses, dejó de tener efecto y de ser una restricción a la inmigración mexicana. La libertad de emigrar y el señuelo de la riqueza atraieron a muchos de los ocho mil sonorenses que llegaron a Los Ángeles en el otoño de 1851.<sup>36</sup>

Mientras muchos comerciantes y rancheros del sur de California obtenían utilidades de las actividades mineras en el norte, la fiebre del oro contribuyó a generar un retroceso político en Los Ángeles. Antes de la guerra entre México y Estados Unidos, Los Ángeles había sido el pueblo más grande de California y había funcionado como capital política de la provincia. En contraste, San Francisco tenía una población de menos de quinientos habitantes cuando las fuerzas estadounidenses entraron a California. La población de este estado, que

<sup>34</sup> "Los Angeles in 1849: A Letter from John S. Griffin, M.D., to Col. J.D. Stevenson March 11, 1849", en Carlos Cortés, ed., *Mexicans in California* (Nueva York: Arno Press, 1976), 9.

<sup>35</sup> Antonio Franco Coronel, "Cosas de California", en Richard Morefield, *The Mexican Adaptation in American California, 1846-1875* (San Francisco: RCE, 1971), 140-186. Véase también José Fernández, "A Californian's View of the Gold Rush", en John Caughey, *California Heritage* (Los Ángeles: Ward Ritchie Press, 1962), 218-225.

<sup>36</sup> *Alta California* (marzo de 1851); Standard, "The Sonora Migration...", 348. J.R. Scott, juez de paz, informó en 1850 que una población de 1 610 habitantes "sin contar a los indios que no pagaban impuestos, vivían en 274 viviendas". Marco R. Newmark, comp., "Ordinances and Regulations of Los Angeles, 1832-1888", *Historical Society of Southern California Quarterly* 30 (marzo de 1948): 34.

alcanzaba los quince mil habitantes en 1848, se incrementó a cien mil dos años después, 90 por ciento localizado en la región entre San Francisco y las sierras. Un historiador cuenta que San Francisco se volvió una “ciudad instantánea” y que el “oro era la fuerza vital que había transformado un poblado relativamente salvaje en una gran metrópoli del Pacífico”. La circulación del oro dotó a la ciudad de una base financiera, mientras el crecimiento poblacional le permitió encabezar un nuevo e influyente poder político en el estado.<sup>37</sup>

Sin embargo, mientras la población en la región del oro crecía, la demanda de mercancías del sur de California se incrementó significativamente; los ranchos del sur alcanzaron la mayor prosperidad hasta entonces vista durante la década de 1850.<sup>38</sup> Entre 1849 y 1851, los precios del ganado se triplicaron. En la primera mitad de la década de 1850, los ranchos del sur de California alcanzaron ventas de más de cincuenta mil cabezas de ganado. Al mismo tiempo, Los Ángeles se convirtió en un importante centro de distribución de caballos y mulas traídos al pueblo por vaqueros de los estados del norte de México. Este intercambio atrajo más sonorenses a Los Ángeles y el pueblo se mantuvo predominantemente mexicano hasta bien entrada la década de 1850. W.W. Robinson señala que

Los Ángeles seguía siendo, en 1851, un pueblo mexicano-californiano en su apariencia y sentimiento. Sus casas y tiendas eran construcciones de adobe de un piso alrededor de una desnuda plaza llena de polvo. Nueve décimas de su población de tres mil habitantes hablaban español, fueran californios o sonorenses recién llegados. La otra décima parte eran estadounidenses recién llegados.<sup>39</sup>

Mientras tanto, los rancheros del sur de California enfrentaban problemas derivados de las cargas fiscales que finalmente ocasionarían la pérdida de su poder en la política estatal. Richard Morefield nota

<sup>37</sup> Cleland, *From Wilderness to Empire*, 255; Gunther Barth, *Instant Cities: Urbanization and the Rise of San Francisco and Denver* (Nueva York: Oxford University Press, 1975), 121.

<sup>38</sup> Robert G. Cleland, *A History of California: The American Period* (Nueva York: Macmillan, 1922), 303-321; James M. Guinn, “The Passing of the Cattle Barons of California”, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 1 (1890): 33-39.

<sup>39</sup> William Wilcox Robinson, *Ranchos Become Cities* (Pasadena: San Pasqual Press, 1939), 100; véase también Standard, “The Sonora Migration...”, 348.

que, desde 1851, los doce condados del norte de California, con una población de 119 917 habitantes, tenían 44 representantes en la legislatura estatal, mientras los seis condados del sur, con una población de 6 367 habitantes, sólo tenían nueve. Sin embargo, los condados del sur pagaron más de 41 000 dólares en impuestos durante el año fiscal que concluyó en junio de 1851, mientras que los condados del norte, en el mismo periodo, pagaron únicamente la mitad de tal cantidad. No sorprende que la disparidad impositiva, como resultado de los altos impuestos con que se gravaba el ganado, llevara a los rancheiros del sur a promover una iniciativa de ley en la legislatura que proponía la división del estado en dos territorios. Los condados del norte bloquearon esta propuesta y, hacia la década de 1850, los del sur pagaban impuestos 35 veces más per cápita que su contraparte del norte.<sup>40</sup>

El incremento en el flujo de estadounidenses y la prosperidad que resultó de la posición de la ciudad como centro de distribución de bienes y servicios a las minas y a los especuladores del norte hizo que los angelinos se unieran. En medio de los rápidos cambios que acontecían en el pueblo, los líderes políticos se enfrentaban a numerosas dificultades respecto a la administración de la ciudad. Este punto queda ilustrado claramente por los esfuerzos de los funcionarios electos para resolver los innumerables problemas de educación pública. Entre los asuntos controversiales ligados al establecimiento de escuelas públicas, figuraban el incremento de los impuestos destinados a cubrir los gastos inherentes y la búsqueda de un método para enseñar a una comunidad que era mayoritariamente mexicana, si bien con una creciente población de carácter anglosajón.

Un personaje que tuvo gran influencia en la educación pública fue Antonio Franco Coronel. Coronel fue electo en 1850 como asesor del condado. De acuerdo con la legislación estatal que se aprobó aquel año, el asesor de cada condado tenía facultades para fungir como superintendente *pro tempore* de las escuelas públicas. Las tareas derivadas de su cargo requerían que nombrara una junta directiva constituida por tres miembros; además, ciertamente resultaba pertinente que la tarea de nombrar a la junta de gobierno recayera en él, pues

<sup>40</sup> Morefield, *The Mexican Adaptation...*, 31

Ignacio Coronel, su padre, quien inició su carrera en 1838, fue el primer profesor del pueblo. El más viejo de los Coronel, de hecho, dio clases en su casa hasta 1854, cuando la ciudad construyó la primera escuela pública en un edificio de tabique de dos pisos. Antonio Coronel, quien había sido traído de las minas de oro por los angloamericanos en 1849, escogió dejar atrás el pasado y seleccionó a dos angloamericanos y a un californio de nacimiento, Cristóbal Aguilar, para distinguirlos con su incorporación a la primera junta educativa de la ciudad. Los dos estadounidenses seleccionados, Benjamin Hayes, quien fuera comandante militar de la ciudad, y Abel Sterns, ranchero y comerciante, tenían amplio respaldo entre los líderes de la comunidad.<sup>41</sup>

En 1853, Coronel, quien había sido electo alcalde de Los Ángeles, inició un movimiento para establecer las primeras escuelas públicas en la ciudad. Propuso un sistema que era propiedad y que era controlado por el gobierno de la ciudad. El consejo respaldó esta idea, y ambos nombraron a un superintendente, J.L. Brent, y a una nueva junta directiva escolar, integrada por Brent, Lewis Granger y Stephen C. Foster. La primera escuela abrió sus puertas en 1855.<sup>42</sup>

El Consejo de la Ciudad de Los Ángeles (la mayoría de sus integrantes eran mexicanos) había intentado establecer escuelas bilingües. En 1852, por ejemplo, el consejo señaló que mientras apoyara la apertura de una escuela pública, “tales escuelas debían dar instrucción tanto en inglés como en español”. Los miembros del consejo estaban de acuerdo en que si no se encontraban maestros bilingües, entonces tendrían que construir dos escuelas separadas. Como se publicó en *Los Angeles Star*, el debate se centró en la cuestión relativa al valor de cada lengua. Por una parte, el español era importante para los

<sup>41</sup> La carrera política de Coronel es descrita en “Las familias de California: Antonio Franco Coronel”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 43 (marzo de 1961): 102. Véase también Newmark, comp., “Ordinances and Regulations of Los Angeles”, 36; Marco R. Newmark, “Antonio Franco Coronel”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 36 (1954): 180, 161-162; “Antonio Franco Coronel”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 43 (marzo de 1961): 102; *Los Angeles Star*, 14 de mayo de 1853; Harris Newmark, *Sixty Years in Southern California, 1853-1913*, ed. de Maurice H. Newmark y Marco R. Newmark (Nueva York: Knickerbocker Press, 1916).

<sup>42</sup> Henry Winfred Splitter, “Education in Los Angeles: 1850-1900”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 33 (junio de 1951): 104-105.



mexicanos, pues así podían hacer tratos comerciales y establecer contactos sociales con la vieja generación, cuyos miembros no habían tenido el beneficio de la educación. Por otra parte, los mexicanos, incluida la vieja generación, querían que sus hijos aprendieran el idioma en que se trataban todos los asuntos del gobierno y del Estado; sin embargo, los partidarios de la educación bilingüe perdieron la batalla cuando la junta educativa no encontró a nadie que pudiera enseñar tanto en inglés como en español. Cuando se abrió la Escuela Pública no. 1, sólo se permitía el inglés en la instrucción.<sup>43</sup>

Cuando algunos de los pocos miembros de la elite de los californios se mezclaron con los estadounidenses, la mayoría se mantuvo fuera de la corriente dominante de la sociedad angloamericana. Adicionalmente a la elección de Antonio Coronel como asesor en 1850, los ciudadanos de Los Ángeles eligieron a Francisco Figueroa como tesorero y a Juan Chávez, Cristóbal Aguilar y Manuel Requena como consejeros. En 1853, Coronel fue electo alcalde. Sin embargo, para la siguiente generación, el número de mexicanos electos para cargos públicos descendió drásticamente. Según el historiador Richard Griswold del Castillo, los californios quedaron prácticamente excluidos del crecimiento de Los Ángeles en las tres décadas posteriores a la guerra entre México y Estados Unidos. Para dar un ejemplo: mientras 60 por ciento de los mexicanos en el pueblo eran propietarios en 1850, solamente 24 por ciento de los habitantes que hablaban español en la ciudad se convirtieron en propietarios veinte años después. Griswold informó también sobre un decremento generalizado de la riqueza de los californios durante este periodo.<sup>44</sup>

Dada esta transición entre riqueza y poder, el final de la década de los cincuenta y el inicio de la década de los sesenta del siglo XIX fueron años turbulentos para Los Ángeles en general y para los mexicanos en particular.<sup>45</sup> Francisco Ramírez, quien a la edad de 17 se convirtió en el primer editor de un periódico en español en el sur de

<sup>43</sup> *Ibid.*, 101, 103-104.

<sup>44</sup> Richard Griswold del Castillo, "Myth and Reality: Chicano Economic Mobility in Los Angeles, 1850-1880", *Aztlán*, no. 6 (1975): 153-154.

<sup>45</sup> Pitt, *The Decline of the Californios...*, 183. Véase también Maymie R. Krythe, "Daily Life in Early Los Angeles", *Historical Society of Southern California Quarterly* 36 (marzo de 1954): 28-39.

California, con la publicación de *El clamor público*, observó detalladamente los asuntos cotidianos de los mexicanos para analizar el proceso de cambio que ocurría en la comunidad mexicana. Ramírez publicaba su periódico en inglés, español y francés, y él mismo hacía muchas de las traducciones. Se consideraba a sí mismo como un republicano lincolniiano y un admirador del sistema democrático estadounidense; por ello, no sorprende que luchara por los derechos de los hispanohablantes. También favoreció la emancipación de los negros estadounidenses y peleó para que se diera mejor trato a los grupos indígenas de California.<sup>46</sup> Ramírez trabajó diligentemente por la publicación sistemática, en español, de todas las leyes, en folletos y en periódicos, derecho consagrado en la Constitución estatal, aunque constantemente denegado por legisladores y gobernadores. No obstante que Ramírez era conocido por escribir en favor de las instituciones estadounidenses, demostró ser un apto crítico del sistema. El asesinato de un mexicano a manos del alguacil de la ciudad impulsó a Ramírez a afirmar que “se ha vuelto una costumbre muy común asesinar o insultar a los mexicanos impunemente”.<sup>47</sup> Desafortunadamente, Los Ángeles, que contaba ya con el *Los Angeles Star*, no parecía tener mucho interés o estar preparado para sostener un nuevo periódico. Solamente después de tres años de circulación, Ramírez publicó la última edición de *El clamor público* en 1859.

Muchos rancheros californios fueron a la ruina por los problemas laborales largos, por los litigios tediosos sobre tierras y por el injusto sistema fiscal, el cual había sido denunciado por Ramírez. Las inundaciones y la sequía de los primeros años de la década de los sesenta del siglo XIX fueron una prueba más que tuvo que afrontar este grupo étnico. Una de las peores inundaciones en la historia de Los Ángeles ocurrió a fines de 1861, cuando se registró una precipitación pluvial de 1 270 milímetros cúbicos en el sur de California en menos de un mes. Después, siguió una sequía de más de dos años, en la que la precipitación pluvial en el sur de California ascendió a sólo cincuenta milímetros cúbicos. La sequía causó destrucción generaliza-

<sup>46</sup> *El clamor público*, 1 de marzo de 1856.

<sup>47</sup> *El clamor público*, 26 de julio de 1856. Para una excelente discusión de la carrera de Ramírez, véase Pitt, *The Decline of the Californios...*, cap. 11: 181-194; Rodolfo Acuña, *Occupied America: A History of Chicanos* (Nueva York: Harper and Row, 1981), 109-117.

da en la industria ganadera. Se perdieron más de cincuenta mil cabezas de ganado y murieron miles de mulas, ovejas y otros animales domésticos como resultado de la insuficiencia de alimentos. Al mismo tiempo, bajó la demanda de carne, que había alcanzado su clímax durante la fiebre del oro. Cuando la sequía empezó a asolar, los rancheros, en un intento por recuperar sus pérdidas, comenzaron a ofrecer su ganado a bajos precios. Sin embargo, existía más ganado que compradores y los rancheros que habían vendido la res a setenta dólares la cabeza durante el apogeo de los años mineros no encontraban en 1863 compradores, aun cuando remataban a 1.50 dólares la cabeza.<sup>48</sup>

La severidad de la sequía forzó a muchos de los rancheros a pedir prestado a una exorbitante tasa de entre 3 y 5 por ciento mensual.<sup>49</sup> Julio Verdugo, cuyo rancho se extendía desde el valle de San Fernando hasta parte del noreste de Los Ángeles, perdió una buena porción de su propiedad al saldar una deuda contraída durante esta crisis. En 1861, Verdugo utilizó la propiedad de su rancho como garantía por un préstamo de 3 445.37 dólares a una tasa de interés de 3 por ciento mensual. Ocho años después, sin poder recuperarse de las pérdidas derivadas de los años de la sequía, Verdugo debía 58 750 dólares. Para poder pagar su deuda, vendió parte del extenso Rancho San Rafael, que había sido otorgado a su padre, don José María Verdugo, en la década de 1790.<sup>50</sup>

Así, hacia 1870, la propiedad de los ranchos se convirtió en la base de la enorme especulación inmobiliaria que se suscitó. Fue entonces cuando se sembraron las semillas del futuro trazo urbano del sur de California. Los constructores, que habían adquirido buena parte de esta propiedad durante el periodo 1850-1870, cuando los impuestos, las sequías y las inundaciones habían hecho de la propiedad una

<sup>48</sup> James M. Guinn, "Exceptional Years: A History of California Floods and Droughts", *Historical Society of Southern California Annual Publications* 1 (1890): 36.

<sup>49</sup> Pitt, *The Decline of the Californios...*, 246-248.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 252. Según dice Iris H. Wilson, el libro de William Wolfskill contenía los estados de cuenta de muchos habitantes del pueblo. A fines de la década de 1840 y en 1850, Wolfskill prestó dinero a ciudadanos tan prominentes como Pico, Castro, Sepúlveda, Bandini, Stearns, Carrillo, Lugo, Vallego, Yorba, Olivera, Alvarado y Figueroa. Les prestaba cantidades desde trescientos hasta diez mil dólares a una tasa de interés de entre 1 y 2 por ciento mensual (Wilson, *William Wolfskill...*, 196).

empresa arriesgada, fueron los primeros en subdividirla para propósitos residenciales. En 1870, John G. Downey, uno de los principales constructores de Los Ángeles que parcelaron la tierra, situó en el mercado grandes cantidades de propiedades, incluyendo secciones de 972 hectáreas de terreno que compró a la familia Domínguez, de San Pedro, en 1854. La propiedad de Downey se convertiría en la ciudad de Wilmington.<sup>51</sup> En la primavera de 1874, Charles Maclay y varios socios compraron el vasto Rancho San Fernando, 22 680 hectáreas de tierra que alguna vez pertenecieron a Pío Pico y que comprendían la vieja Misión de San Fernando. A menos de un mes de la venta, los inversionistas habían creado una nueva comunidad y habían vendido cientos de lotes.<sup>52</sup> “Irónicamente, Pío Pico, uno de los habitantes más ricos de la ciudad, vendió buena parte de su rancho durante la década de 1870 para invertir en propiedades urbanas. Pico invirtió más de 35 000 dólares, la mayor parte de los cuales provenía de la venta de sus enormes posesiones, para completar su famoso hotel, la Pío Pico House”.<sup>53</sup>

A pesar de estar influido fuertemente, desde el punto de vista social, por una creciente población anglosajona, Los Ángeles seguía en la década de 1870 impresionando a sus visitantes por su fuerte carácter mexicano. Miriam Follin Leslie escribió, en 1877, que la ciudad era “muy diferente de cualquiera que hayamos visto, pues tenía un aire distintivamente hispano y semitropical, lo que nos hace sentir casi como si estuviéramos en un país extranjero”. Miriam F. Leslie, quien llegó a la ciudad con su esposo, el director del *Leslie's Illustrated Weekly*, después de un largo y extravagante viaje de costa a costa, describió Los Ángeles en 1877, en su libro *California: A Pleasure Trip, from Gotham to the Golden Gate*. Según su opinión, Los Ángeles se había convertido, “en diez años, en una ciudad estadounidense

<sup>51</sup> “The Domínguez Family, 1791-1956”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 38 (diciembre de 1956): 370.

<sup>52</sup> Tyler, “The Family of Pico”, 228-238.

<sup>53</sup> Newmark, *Sixty Years in Southern California...*, 396. Una de las construcciones de adobe más famosas de la ciudad es la de José Antonio Carrillo, que fue demolida para permitir la edificación del hotel de ochenta habitaciones propiedad de Pico. Véase también Oscar Lawler, “The Pico House”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 35 (diciembre de 1953): 335-342; Frank B. Putnam, “Pico's Building: Its Genealogy and Biography”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 39 (marzo de 1957): 74-89.

viva, y en cierto sentido su edad podría ser considerada no mayor de una década”.<sup>54</sup> Otro visitante, David Star Jordan, presidente de la Universidad de Stanford, describió Los Ángeles durante el mismo periodo como “apenas un pueblo predominantemente mexicano [...]”. Jordan, quien no parecía muy impresionado por la subdivisión de propiedades rancheras que había comenzado algunos años antes, observó que “los alrededores eran prácticamente un desierto lleno de cactáceas y de artemisias”.<sup>55</sup>

Cuando el ferrocarril Southern Pacific llevó a Los Ángeles su primera conexión transcontinental en 1886, los impulsores urbanos que habían trabajado en tal terminal consideraron el acontecimiento como uno de los más importantes en la vida de la ciudad. La llegada del ferrocarril Santa Fe al año siguiente disparó una fiera batalla entre los dos gigantes de los ferrocarriles para pasajeros. En algún momento, las tarifas del medio oeste al sur de California cayeron a un dólar, lo que serviría para publicitar las nuevas olas migratorias que empezaron con la guerra de las tarifas. Los ferrocarriles, desesperados por promover sus rutas transcontinentales al sur de California, lanzaron una campaña publicitaria que tuvo un éxito más allá de cualquier expectativa.<sup>56</sup>

Entre 1885 y 1887, los recién llegados a California se contagiaron de la ebriedad consumista masiva, gastando más de doscientos millones de dólares en propiedad inmobiliaria y llevando a la cúspide lo que los historiadores han denominado el auge más espectacular de los bienes y raíces en la historia estadounidense. Los precios de la propiedad se fueron al cielo de la noche a la mañana, incluso algunos lotes cambiaban de propietario varias veces en un solo día. Los terrenos dentro de la ciudad se vendieron primero. Los especuladores y los vendedores hacían negocios también en los valles y las

<sup>54</sup> Citado por Richard Reinhart, “On the Brink of the Auge: Southern California en 1877, As Witnessed by Mrs. Frank Leslie”, *California Historical Quarterly*, no. 52 (primavera de 1973): 65-66.

<sup>55</sup> Citado por Earl Pomeroy, *The Pacific Slope: A History of California, Oregon, Washington, Idaho, Utah, and Nevada* (Seattle: University of Washington Press, 1965), 141. Véase también Henry W. Splitter, “Los Angeles as Described by Contemporaries, 1850-1890”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 37 (junio de 1955): 125-138.

<sup>56</sup> Pomeroy, *The Pacific Slope...*, 143.

colinas adyacentes al viejo pueblo. Surgieron 25 nuevos pueblos a los lados de las vías del ferrocarril Santa Fe, entre Los Ángeles y San Bernardino.<sup>57</sup>

Antes de que colapsara el mercado inmobiliario en 1888, algunos especuladores de empresas ganaron enormes utilidades al ofrecer a los clientes futuras “propiedades portuarias”. Cerca de las actuales Culver City y Marina del Rey, algunos agentes inmobiliarios adquirieron propiedades de los Machado, Talamantes e Higuera, tres familias que se habían establecido y adquirido propiedades antes de la Independencia de México. En junio de 1887 empezó la promoción de Port Ballona. Los anuncios lo llamaban “El futuro puerto del sur de California”.<sup>58</sup> Para no quedarse atrás, un sindicato, encabezado por J.R. Tuffree, quien había comprado recientemente el extenso Rancho Palos Verdes, anunció la construcción del puerto de Catalina en Portuguese Bend.<sup>59</sup> Toda esta especulación no detuvo a Henry Huntington, el terrateniente más importante de la ciudad, a seguir con sus planes de construir el puerto principal de la ciudad en Santa Mónica. Mientras tanto, San Pedro continuó siendo el puerto más utilizado de la ciudad y atrajo un buen número de compradores de terrenos.<sup>60</sup>

La creciente influencia anglosajona en la ciudad ensombreció gran parte de la vida cultural de la comunidad mexicana, aunque las tradiciones hispanomexicanas idealizadas se volvieron populares. Helen Hunt Jackson realizó una serie de entrevistas, en la década de los ochenta del siglo XIX, con la familia de Ygnacio del Valle, del Rancho Camulos, para preparar su famosa novela *Ramona*.<sup>61</sup> Entonces, el ferrocarril Southern Pacific promovía el sur de California como una región romántica, llena de históricas misiones españolas de adobe y

<sup>57</sup> Glenn S. Dumke, *The Auge of the Eighties in Southern California*, 4ª ed. (San Marino, Calif.: Huntington Library, 1955); Newmark, *Sixty Years in Southern California...*, 572.

<sup>58</sup> Hermana Clementia Marie, “The First Families of La Ballona Valley”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 37 (marzo de 1955): 48.

<sup>59</sup> Newmark, *Sixty Years in Southern California...*, 581.

<sup>60</sup> Los esfuerzos de Henry Huntington por construir un puerto importante en Santa Mónica son comentados en Charles D. Willard, *The Free Harbor Contest at Los Angeles* (Los Ángeles: Kingsley-Barnes and Neuner, 1899).

<sup>61</sup> Pitt, *The Decline of the Californios...*, 253; Helen Hunt Jackson, *Ramona: A Story* (Boston: Roberts Brothers, 1887).

poblada de hermosas señoritas\* españolas. Durante la recesión de 1894, la asociación de comerciantes de Los Ángeles patrocinó un nuevo proyecto, la Fiesta de Los Ángeles, utilizando temas hispanomexicanos como estrategia de promoción. En el segundo año de la fiesta, la asociación de comerciantes invitó a un mexicano a su junta de planeación. Charles F. Lummis, originario de Nueva Inglaterra, también se incorporó a la junta. Según el historiador Boyle Workman, Lummis, quien fundó y editó la revista *Out West*, llegó tan lejos en su intento por idealizar el pasado y presente del sur de California que durante un tiempo fue considerado el líder del nativismo cultural de la región.<sup>62</sup>

A fines de 1890, Los Ángeles había logrado la madurez como centro urbano. Una década antes, la población de la ciudad se había más que cuadruplicado, aumentando de 11 183 habitantes a cincuenta mil en 1890. Este crecimiento urbano fue de 350 por ciento, tasa superior a la de cualquier otra ciudad en el país. (En contraste, durante un periodo similar, San Francisco alcanzó solamente 28 por ciento de crecimiento poblacional.) Durante este lapso, la mayor parte de los inmigrantes eran originarios de otras regiones de Estados Unidos, principalmente del medio oeste. En 1890, Los Ángeles tenía uno de los porcentajes más bajos de extranjeros blancos de entre todas las ciudades de la nación: 22 por ciento, en comparación con 39 por ciento de Nueva York y 41 por ciento de Chicago. La población mexicana (incluidas todas las personas de “origen mexicano”) se duplicó desde 1880 hasta 1900, aunque seguía por debajo de 5 por ciento del total de la población de la ciudad en 1900.<sup>63</sup>

Los residentes de Los Ángeles, a finales del siglo, seguían enclaustrados en lo que podría considerarse el ambiente de una “ciudad peatonal”. Los alrededores inmediatos daban a los angelinos amplias oportunidades de interactuar y trabajar juntos, independientemente

\* En español en el original (n. de la ed.).

<sup>62</sup> Newmark, *Sixty Years in Southern California...*, 605-607; Boyle Workman, *The City that Grew*, ed. de Caroline Walker (Los Ángeles: Southland Publishing, 1935), 261. Los trabajos de Charles F. Lummis incluyen *The Land of Poco Tiempo* (Nueva York: Scribner's, 1893). Se dice que Lummis es el primer académico que denominó como suroeste a la región fronteriza con México. Véase también Christina Weilus Mead, “Las fiestas de Los Ángeles”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 31 (1949): 61-113.

<sup>63</sup> U.S. Bureau of the Census, *Population, Thirteenth Census of the United States Taken in the Year 1910*, vol. 1, 207-213.

de las diferencias raciales y de clase. La siguiente generación prometía transformaciones asombrosas. Anticipos de esto se reflejaban en las nuevas subdivisiones y extensiones de la transportación interurbana. En la década de los noventa del siglo XIX, los líderes de la ciudad hablaban de un puerto para servir al comercio mundial. Los caminos pavimentados y las chimeneas de las fábricas recordaban a los angelinos que habían entrado a una nueva era. Los siguientes 25 años prometían a los industriales una nueva ola de migrantes capaces de inyectar músculo al sector manufacturero y dólares a las empresas comerciales. Los recién llegados contaban con el beneficio del rápido transporte interurbano y de la vivienda barata. Los líderes de Los Ángeles enfrentaban decisiones cruciales relativas a la falta de agua y de carbón y la escasez de capital y de trabajo. Durante los siguientes treinta años, el problema laboral fue un reto para los industriales y, en este contexto, los inmigrantes mexicanos jugarían un papel determinante.



# De la patria al barrio

## I

Cincuenta años después de terminada la guerra entre México y Estados Unidos y de la aprobación del tratado con el que Estados Unidos ganó la mitad del territorio de su vecino del sur, los inmigrantes mexicanos iniciaron la “reconquista” pacífica del suroeste. La migración mexicana a Estados Unidos ha sido tema de numerosos ensayos, monografías y novelas. México es único entre la mayoría de los países del mundo por el hecho de que una alta tasa de la población emigrante, 90 por ciento, lo ha hecho hacia Estados Unidos. Pocos mexicanos van hacia otras regiones de América Latina o de Europa. Y aun así la migración hacia el norte ha sido selectiva; de hecho, ciertos estados del país contribuyeron mayoritariamente a tal flujo. Académicos recientes sugieren que es necesaria una investigación sobre “las fuentes de fractura y emigración” para lograr una mejor comprensión de las causas y consecuencias de ésta.<sup>1</sup> Maldwyn A. Jones hace esta afirmación sucinta al señalar que los “emigrantes deben ser vistos no como si provinieran de países de origen vagamente definidos, sino de provincias y regiones particulares que tienen su propia respuesta, o ausencia de ella, a las fuerzas que configuran la migración”.<sup>2</sup>

La emergencia de Los Ángeles como centro metropolitano coincidió con una ola migratoria de mexicanos que comenzó a fines de la década de los noventa del siglo XIX y continuó sin detenerse hasta la Gran Depresión. Al principio, mucha gente abandonaba México para pasar largas estancias en Estados Unidos debido a las presiones del crecimiento poblacional y a la introducción de procesos mecánicos

<sup>1</sup> Donald Fleming y Bernard Bailyn, “Dislocation and Emigration: The Social Background of American Immigration”, *Perspectives in American History*, no. 7 (1973): vi.

<sup>2</sup> Maldwyn A. Jones, “The Background to Emigration from Great Britain in the Nineteenth Century”, *Perspectives in American History*, no. 7 (1973): 3-4.

en minas y textiles. La industrialización produjo desempleo cíclico en las regiones abatidas por la baja producción agrícola y pocas oportunidades comerciales. Estas regiones también padecieron la creciente expropiación de pequeñas granjas por parte de hacendados y especuladores de tierra extranjeros, la cual más tarde provocó el desarraigo de las familias de campesinos.

Mientras la clase gobernante hablaba de progreso y de una nueva era industrial en el periodo de 1880-1910, las masas de mexicanos recibían poco en términos de mejoría de sus condiciones de vida y laborales. En efecto, la inflación, especialmente el incremento de los precios de la comida, y la concomitante caída de los salarios reales produjeron una migración masiva entre los campesinos de los estados más poblados del interior. La industrialización contribuyó al crecimiento de la economía nacional, pero también ocasionó violentas huelgas y una prolongada inquietud social en las zonas urbanas. Al comienzo del siglo, los exiliados políticos en Estados Unidos fraguaron y financiaron un ataque en contra del vetusto y corrupto dictador Porfirio Díaz. Hacia 1911, el país entero estaba inmerso en la Revolución. Las fracturas masivas de la población, causadas por la Revolución, dispararon una crisis en la producción de alimentos y en la producción industrial.

México se recuperó lentamente durante los años que siguieron a la Revolución de 1910. Los principales problemas eran el desempleo crónico y una persistente inflación. Al mismo tiempo, la tasa de natalidad, que había caído durante este lapso, se elevó nuevamente y la distribución de la tierra se desarrolló lentamente. Incluso surgieron conflictos políticos y religiosos durante la década de la reconstrucción, acontecimientos que llevaron a muchos residentes a buscar fortuna al norte del Río Bravo. La proximidad de Los Ángeles y la riqueza de las vecinas regiones agrícolas, junto con información favorable que llegaba sobre los salarios y las condiciones de vida en Estados Unidos, dieron lugar a una masiva migración hacia el norte.

El esfuerzo de Los Ángeles por atraer nuevos inmigrantes, tanto locales como extranjeros, había comenzado con la llegada del ferrocarril transcontinental a mediados de 1880, al mismo tiempo que la comunicación ferroviaria con los centros de población más grandes de México abrió al suroeste estadounidense una fuente relativamente

accesible de mano de obra barata. Bajo las leyes liberales que se aplicaban a la propiedad extranjera en el México de fines del siglo XIX, en 1885 el Southern Pacific formó el Mexican International Railroad, una línea que una década más tarde se adentró unos 1 448 kilómetros en México y unió el fronterizo pueblo texano de Eagle Pass con Durango, México. Ese mismo año, el Southern Pacific completó también su famosa ruta Sunset, que ofrecía conexiones ferroviarias directas de Nueva Orleans a Los Ángeles. A lo largo de 1 930 kilómetros, la vía Sunset corría paralela a la frontera entre México y Estados Unidos. Los pasajeros que lo abordaban en San Antonio con dirección a la costa oeste podían hacer paradas en El Paso, Nogales, Mexicali y Tecate. Durante el mismo periodo, el Santa Fe Railroad, fuerte competidor del Southern Pacific, unió la costa oeste de Estados Unidos con México, vía Guaymas, puerto situado en la parte continental del Mar de Cortés. Cuando el Southern Pacific adquirió el derecho de vías del Sonora Railway hasta Guaymas en 1898, presentó un plan al gobierno mexicano para extender la línea hasta Guadalajara. En 1909, se formó en México la compañía del Southern Pacific Railroad Company of Mexico que, hacia 1927, había completado su línea a Guadalajara, mediante la construcción de 2 204 kilómetros de camino. El trayecto Nogales-Guadalajara abrió nuevas rutas comerciales desde el suroeste hasta la ciudad de México. La línea mexicana del Southern Pacific demostró ser de inmenso valor para los industriales de Los Ángeles.<sup>3</sup>

## II

Cada región de México respondió a su manera a las fuerzas que daban forma a la emigración. El atractivo de emigrar a Estados Unidos, en contraste con hacerlo en el interior de las fronteras nacionales, va-

<sup>3</sup> Matías Romero, *Geographical and Statistical Notes on Mexico* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1898), I; *Southern Pacific Bulletin* (diciembre de 1967): 23-24; Alfredo B. Cuéllar, *La situación financiera de los ferrocarriles nacionales de México con relación* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1935), 1-24; Francisco R. Calderón, "Los ferrocarriles", en Daniel Cosío Villegas, ed., *Historia moderna de México*, vol. 1: *El porfiriato: La vida económica* (México: Hermes, 1965), 483-491; Frederick C. Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1968), 95-96.

riaba de acuerdo con la posición geográfica, las oportunidades económicas y las condiciones materiales en cada una de las comunidades rurales que alimentaban el flujo migratorio. Manuel Gamio, antropólogo mexicano, y Paul S. Taylor, economista de Berkeley, investigaron el origen de los emigrantes mexicanos en la década de los veinte y encontraron que la mayoría provenía de los estados del centro de México. A partir de 23 846 giros postales, Gamio advirtió que 50 por ciento de los emigrantes a Estados Unidos provenían de Michoacán, Guanajuato y Jalisco, en ese orden.<sup>4</sup> Taylor examinó 3 132 registros de empleados en Gary, Indiana, y llegó a la misma conclusión, sólo que con diferente orden: Jalisco, Michoacán y Guanajuato. A la ciudad de México, que contribuyó con 5 por ciento de los migrantes en el estudio de Gamio, correspondió 6 por ciento en el estudio de Taylor.<sup>5</sup> En contraste, Anna C. Lofstedt, quien estudió 947 casos, concluyó que Michoacán y Guanajuato juntos sólo representaban 9 por ciento del total de la migración mexicana a Los Ángeles. En efecto, en los barrios de Los Ángeles, Chihuahua, Zacatecas y Durango representaban el estado de origen de 63 por ciento de los inmigrantes. Sonora, estado que había tenido preeminencia en la migración al sur de California durante el siglo xix, contribuyó en 1922 con sólo 7 por ciento de los migrantes mexicanos a Los Ángeles.<sup>6</sup> Así, de manera general, la población mexicana inmigrante a Los Ángeles provenía de los estados del centro y del norte.

El norte de México tiene algunas características peculiares que explican su persistente importancia en los anales de los patrones migratorios de México a Estados Unidos. Obviamente, la cercanía a la frontera con Estados Unidos y la existencia de una frontera abierta, antes de la creación de la patrulla fronteriza estadounidense en 1925, influyeron en los patrones de migración de los mexicanos. Para quienes deseaban emigrar a Los Ángeles el norte era el trampolín lógico.

<sup>4</sup> Manuel Gamio, *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment* (Chicago: University of Chicago Press, 1930), 13. Véase también ídem, *Quantitative Estimate: Sources and Distribution of Mexican Immigration into the United States* (México: 1930).

<sup>5</sup> Paul S. Taylor, "Mexican Labor in the United States: Chicago and the Calumet Region", *University of California Publications in Economics* 7, no. 2 (1932): 49.

<sup>6</sup> Anna Christine Lofstedt, "A Study of the Mexican Population in Pasadena, California" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1922), 3.

Más aún, en el norte muchos de los inmigrantes podían participar en los grupos de trabajo temporales que eran utilizados tanto por los agricultores e industriales del sur de California como por los rancheros y mineros del norte de México. La existencia de algunas de las minas más productivas de México actuó también como imán de nuevos capitales y fuerza de trabajo. Durante los últimos años del siglo xix, los metales preciosos constituían más de la mitad del total de las exportaciones nacionales.<sup>7</sup> Cuando las compañías mineras descubrieron enormes depósitos de carbón, al inicio de 1880, en la región norte de Coahuila y en otros lugares cerca de la frontera con Estados Unidos, el futuro industrial del norte quedó asegurado. Al entrar el nuevo siglo, Monterrey, en el estado de Nuevo León, se había convertido en la primera ciudad manufacturera de México. Entre sus actividades industriales estaban las fundidoras, los molinos de algodón y harina, las cervcerías, los talleres de ferrocarriles y maquinaria y las fundidoras de acero.<sup>8</sup> Más aún, hacia el cambio del siglo, Estados Unidos compraba tres cuartas partes de las exportaciones mexicanas, muchas de las cuales eran transportadas por ferrocarril a los estados del norte.

En los ranchos de Chihuahua, Sonora y Durango, los campesinos y los vaqueros ganaban salarios superiores en 10 o hasta 50 por ciento a los que se pagaba a los trabajadores no capacitados de los estados del centro. La investigación de Friedrich Katz ha mostrado que, en el México prerrevolucionario, los trabajadores rurales del norte se encontraban probablemente en mejores condiciones que en otras regiones del país. Los hacendados pagaban mejores salarios en el norte que en el sur y los granjeros del norte ofrecían contratos de arrendamiento para la explotación compartida de tierras, que superaban hasta en 25 por ciento los términos previstos en otras partes de México.<sup>9</sup> Quienes trabajaban la tierra bajo esa modalidad tenían oport-

<sup>7</sup> Romero, *Geographical and Statistical Notes...*, 28, 254; Robert Glass Cleland, *The Mexican Year Book* (Los Ángeles: Mexican Year Book Publishing, 1922), 201.

<sup>8</sup> Percy F. Martin, *Mexico of the Twentieth Century*, vol. 2 (Londres: E. Arnold, 1907). Véase en particular el capítulo 45, "State of Nuevo León", 81-90.

<sup>9</sup> Friedrich Katz, "Labor Conditions on Haciendas in Porfirian Mexico: Some Trends and Tendencies", *Hispanic American Historical Review* 54 (febrero de 1974): 33; Florence C. Lister y Robert H. Lister, *Chihuahua, Storehouse of Storms* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1966), 177; Fernando Rosenzweig, "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911", *El Trimestre Económico*, no. 33 (julio-septiembre de 1965): 450.

tunidades de empleo que no se ofrecían a sus contrapartes en otras regiones del país. En el caso de que hubiera una mala cosecha, podían ir a trabajar a las minas o cruzar la frontera para encontrar trabajo temporal en áreas de expansión económica, como el sur de California. De capital importancia fue el hecho de que muchos de los agricultores de tierra de explotación compartida podían ocuparse en empleos casuales o temporales sin tener que dar por terminada su relación de trabajo con el hacendado y sin tener que movilizar a su familia.<sup>10</sup>

Durante el periodo de 1890-1930, Durango, uno de los estados del norte de México, contribuyó significativamente a la integración de la comunidad mexicana de Los Ángeles. Gran parte de la riqueza de Durango está ligada a la agricultura y a la plata, si bien hacia fines del siglo xix y principios del xx el estado atrajo también inversiones en numerosas fábricas de tejido de algodón, curtidoras, molinos de harina y otras que producían jabón, procesaban semilla de algodón y glicerina. Al iniciar la crisis mundial de la plata en 1893, Durango empezó a sufrir los altibajos de los ciclos económicos. En 1903, por ejemplo, la industria minera de Durango empleaba a 10 481 personas. No obstante, con la caída de las compras de plata durante las crisis económicas mundiales que se presentaron desde 1906 hasta 1907, la fuerza laboral descendió a 5 256 en 1907.<sup>11</sup>

Independientemente del crecimiento desigual de una de sus principales industrias, Durango continuó experimentando incremento poblacional. Entre 1895 y 1910, Durango registró un crecimiento de 45 000 personas en el grupo de la población masculina de 16 a 59 años. La fuerza laboral agrícola del estado aumentó notablemente desde 1900 hasta 1910, de 71 821 hasta 125 227.<sup>12</sup> A pesar de todo, al aumentar las exportaciones agrícolas —lo que generó la necesidad de más trabajadores—, el número de pequeños agricultores disminuyó. Para los campesinos, la mala distribución de la tierra y la entrada

<sup>10</sup> Katz, "Labor Conditions...", 33.

<sup>11</sup> Paul Eiser-Viafora, "Durango and the Mexican Revolution", *New Mexico Historical Quarterly* 49 (1974): 221, 225. Para una breve referencia sobre la situación de la minería en los estados del norte, véase Stanton Davis Kirkham, *Mexican Trails: A Record of Travel in Mexico, 1904-1907* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1909), 273-284.

<sup>12</sup> La producción agrícola e industrial de Durango es comentada en Herman Schnitzler, ed., *The Republic of Mexico: Its Agriculture, Commerce and Industries* (Nueva York: N.L. Brown, 1924), 21-22, 84-88, 182-183, 222-224, 312-314, 353-354, 468-469.

de compañías extranjeras a la producción agrícola a gran escala se convirtieron en temas candentes antes del estallido de la Revolución. En la región de La Laguna, la zona agrícola más rica de Durango, los propietarios de las haciendas controlaban más de 4.5 millones de hectáreas de tierra, o sea la mejor tierra del estado.<sup>13</sup>

La mayoría de los empleados en las haciendas de Durango trabajaban para compañías sin incorporar, pero con acciones controladas por capital extranjero. En contraste con lo que ocurría en el sistema hacendario del siglo xix, estas compañías favorecían la formación de fuerza de trabajo proletaria flotante. Los trabajadores agrícolas empleados por esas compañías ganaban un salario promedio diario de entre 51 y 57 centavos de 1909 a 1911; sin embargo, a diferencia de los campesinos de las haciendas tradicionales, se las ingeniaron para actuar con suma libertad.<sup>14</sup> En la región de La Laguna, el algodón dominaba la economía agrícola. Su cultivo requería solamente de fuerza laboral de temporada, lo que eliminaba la necesidad de arraigar a los trabajadores mediante el sistema de peonaje.

Mientras Durango registró un crecimiento laboral significativo durante los últimos años del Porfiriato, en comparación, Guanajuato, uno de los principales estados del centro, registró pérdidas poblacionales durante el periodo de 1895 a 1910 de casi 22 000 en el grupo masculino de 16 a 50 años de edad. Un típico emigrante, Juan Berzúnzolo, nativo de Ojos de Agua, Guanajuato, dejó el estado en 1908 y se asentó en Los Ángeles, donde encontró trabajo en la ladrillera Simons. Cuando joven había trabajado con su padre en una pequeña granja que les retribuía con parte de la cosecha. Después de la muerte prematura de su padre, lo contrataron como peón ganando 25 centavos (12 centavos de dólar) al día, trabajando del amanecer al atardecer. En 1908, sus amigos lo animaron a emigrar al norte. Después de cruzar la frontera en El Paso, Texas, aceptó un trabajo en la línea del

<sup>13</sup> El Colegio de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato: fuerza de trabajo y actividad económica por sectores* (México: El Colegio de México, s.f.), 30-31; Schnitzler, ed., *The Republic of Mexico...*, 84-88.

<sup>14</sup> El Colegio de México, *Estadísticas...*, 38-44, 147; W.E. Weyl, "Labor Conditions in Mexico", *United States Bureau of Labor Bulletin*, no. 7 (enero de 1902): 1-94. Véase también John H. Coatsworth, "Railroad, Agrarian Protest, and the Concentration of Landholding in the Early Porfiriato", *Hispanic American Historical Review* 54 (1974): 48-71.

Southern Pacific para realizar trabajo de mantenimiento de vías. Con el tiempo se fue a Los Ángeles, donde encontró trabajo en la industria ladrillera y de mosaicos.<sup>15</sup>

Las estadísticas del gobierno mexicano proporcionan claves para entender el tremendo volumen de migración interna, común en todas las zonas rurales entre 1895 y 1910. Las tasas de migración fueron resultado, en gran medida, del crecimiento de los pueblos y centros industriales concentrados. Observadores y académicos contemporáneos no han logrado documentar adecuadamente la migración interna de los mexicanos, dando en cambio mayor atención al flujo de trabajadores que se dirigían a la frontera con Estados Unidos. Albert Alexander Graham, abogado y empresario de Topeka, Kansas, pasó dos meses en México en 1906. Cuando viajó hacia el norte desde la ciudad de México a la ciudad de El Paso, Graham quedó impresionado con los trenes atestados de pasajeros que se dirigían a Estados Unidos: “Los vagones contenían hasta doscientos trabajadores mexicanos [...] hombres que dejan el país en contra de la voluntad del gobierno y del deseo de los terratenientes, con una enorme cantidad de obstáculos a todo lo largo de su recorrido”.<sup>16</sup> Los patrones de migración interna de los trabajadores rurales en México durante el periodo de 1900 a 1910 indican claramente que los mexicanos que se dirigieron al norte lo hicieron como último recurso. Durante esa década, cuatro estados de la frontera norte de México absorbieron, en total, una población de 159 000. En el mismo periodo, los cuatro estados más poblados de la meseta central registraron un flujo de más de 360 000 nuevos habitantes (Jalisco, 97 386; Guanajuato, 102 696; Zacatecas, 112 949; Michoacán, 48 802).<sup>17</sup> No obstante, los dueños y administradores de los ferrocarriles, las minas y las fábricas argumentaban que encontraban difícil conseguir suficientes trabajadores. En la medida en que los salarios agrícolas seguían siendo de un tercio o la mitad de los pagados en el trabajo industrial, no podía esperarse

<sup>15</sup> Manuel Gamio, *The Life Story of the Mexican Immigrant* (Chicago: University of Chicago Press, 1931), 145.

<sup>16</sup> Albert Alexander Graham, *Mexico with Comparisons and Conclusions* (Topeka: Crane, 1907), 58.

<sup>17</sup> Moisés González Navarro, *México: el capitalismo nacionalista* (México: B. Costa Amic, 1970), 26-27.



que terminara el movimiento masivo de la población rural de los estados del centro y del sur a regiones más industrializadas.

La migración de trabajadores a otros estados significó un paso importante. N.O. Winter comentó, en 1900, que “un número constantemente creciente de peones se traslada a los centros industriales”.<sup>18</sup> La principal causa de esta migración en los años prerrevolucionarios estaba ligada con las tasas diferenciales de los crecimientos industrial y urbano.

En 1883, el Congreso mexicano expidió una nueva ley de tenencia de la tierra que otorgó poderes a las compañías inmobiliarias para revisar terrenos públicos con el propósito de propiciar asentamientos y subdivisiones. El gobierno de Díaz, convencido de que estas leyes provocarían la colonización extranjera del México rural, dio a las compañías inmobiliarias el derecho a reclamar un tercio de la tierra inspeccionada y a comprar los dos tercios restantes en condiciones sustancialmente más bajas que las del precio del mercado. La ley resultó desastrosa para los habitantes de las villas o ejidos. Mientras muchos de estos pequeños granjeros habían vivido de la tierra toda su vida, lo mismo que sus ancestros, pocos tenían títulos legales de propiedad y por eso se convirtieron en víctimas de las expropiaciones masivas que sucedieron entre 1883 y 1910. Si bien la medida generó mayores salarios que los que habían prevalecido en la meseta central, esta expropiación de tierras comunales de los pueblos tuvo graves consecuencias sociales y económicas. George McCutchen McBride estimó que, hacia 1910, los habitantes rurales de México que no tenían propiedad individual eran probablemente más numerosos de lo que lo habían sido en cualquier otro momento de la historia moderna del país.<sup>19</sup> En Jalisco, Michoacán y Guanajuato —tres estados que contribuyeron con un significativo número de migrantes mexicanos a Los Ángeles—, la población rural alcanzó el tope de 2.5 millones (2 537 625) en 1910.<sup>20</sup> El porcentaje de jefes de fa-

<sup>18</sup> N.O. Winter, *Mexico and Her People of To-day* (Boston: L.C. Page, 1907), 194-195.

<sup>19</sup> George McCutchen McBride, *The Land Systems of Mexico* (Nueva York: American Geographical Society, 1923), 155.

<sup>20</sup> Para un acucioso análisis de las condiciones económicas prerrevolucionarias, véase T. Esquivel Obregón, “Factors in the Historical Evolution of Mexico”, *Hispanic American Historical Review* 2 (mayo de 1919): 135-172; “The Mexico of 1909”, *American Review of Reviews* 40 (1909): 492-493.

milia propietarios individuales promediaba sólo 3.2 en 1910.<sup>21</sup> La pérdida de tierra, en su mayoría ocurrida entre 1876 y 1910, forzó a la mayoría de los trabajadores rurales al arrendamiento agrícola, al trabajo migratorio o a emplearse en las minas. En el país, durante el Porfiriato, más de cinco millones de campesinos perdieron su derecho a hacer uso de las tierras comunales.<sup>22</sup>

Para los trabajadores remunerados por debajo de la escala salarial, el subempleo y la inflación fueron los problemas más severos. A pesar de que el gobierno informó de un aumento en los salarios de 1890 a 1910, ciertamente los salarios reales cayeron drásticamente debido a la inflación; y los precios, durante todo el gobierno de Díaz, se incrementaron cuando menos en 30 por ciento.<sup>23</sup> Agobiados por la naturaleza temporal de su trabajo, los 1.5 millones de trabajadores de la región —la mitad de toda la fuerza laboral nacional en estas tareas— padecieron otros problemas debido a la permanente eliminación de las pequeñas unidades agrícolas. Las grandes plantaciones requerían de una fuerza adicional de trabajo, factor que contribuyó al subempleo. De esta manera, la mayoría de los trabajadores se consideraban afortunados de encontrar trabajo seis meses al año.

Aun cuando los terratenientes recibían favorables exenciones anuales y concesiones fiscales, explotaban a quienes trabajaban la tierra a cambio de una porción de la cosecha. Elías Garza, trabajador cementero en Los Ángeles, recordaba los peligros de la tenencia agrícola durante sus años de juventud en Michoacán: “Los dueños nos daban las semillas, los animales y la tierra, pero resultaba que, cuando se recolectaba la cosecha, no quedaba nada para nosotros a pesar de lo duro que habíamos trabajado. Eso era terrible. Esos terratenientes eran unos ladrones”.<sup>24</sup> Lo que más temían los arrendatarios eran las visitas imprevistas y la confiscación de la cosecha de los terratenientes. Contra tales acciones, los arrendatarios no podían esperar fallos judiciales realistas a estos problemas.

<sup>21</sup> McBride, *The Land Systems...*, 154-155.

<sup>22</sup> John Womack Jr., *Zapata and the Mexican Revolution* (Nueva York: Knopf, 1968), 42-43; Carlos B. Gil, ed., *The Age of Porfirio Díaz* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1977).

<sup>23</sup> Katz, “Labor Conditions...”, 24, 44; Roger D. Hansen, *The Politics of Mexican Development* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1971), 23.

<sup>24</sup> Gamio, *The Life Story...*, 149.

Probablemente ningún otro estado contribuyó con tantos migrantes a Los Ángeles como Jalisco. Esto parece irónico, dado que Jalisco es uno de los más ricos y productivos de la república. De hecho, los mexicanos se refieren mucho a éste como el granero de la nación, ya que encabezaba al país en la producción de maíz, frijol y leche. Incluso durante los últimos años del Porfiriato produjo tanto maíz que se exportaron más de doscientas mil toneladas a otras regiones, incluyendo una buena porción a Estados Unidos. Jalisco también encabezaba a la nación durante los últimos años de Díaz en el valor del ganado, a pesar de que sólo contaba con un cuarto de tierra de pastoreo en comparación con Chihuahua, su segundo competidor.<sup>25</sup>

La imposibilidad de Jalisco de mantener a sus habitantes en su tierra natal se debía a tres causas principales: 1) la concentración de la población en la tierra, que había sido dividida en forma creciente; 2) la expropiación masiva de las tierras comunales, y 3) a una caída en los salarios reales e incrementos en el precio de la comida. El primer factor, el de la concentración poblacional, también afectó a muchos otros estados del centro de México, pero, para Jalisco, el segundo estado más poblado de la república, la sobrepoblación o su amenaza alcanzó graves proporciones después de 1890. Hacia 1910, con una población de 1.2 millones, Jalisco tenía diez veces más habitantes que su vecino Aguascalientes.<sup>26</sup> Friedrich Katz ha afirmado recientemente que “el número de trabajadores disponibles en las haciendas mexicanas del centro se incrementó notablemente de 1876 a 1910, conforme las expropiaciones masivas de aquel periodo crearon un proletariado desposeído de tierra, que no podía absorber la limitada industria de la mayor parte del centro de México”.<sup>27</sup> Más aún, la costumbre de dividir en forma equitativa la herencia y la tendencia entre los jaliscienses de tener grandes familias generó una creciente subdivisión de la tierra. Durante los años del cambio de siglo, miles permanecían sin tierra en una sociedad que otorgaba gran valor a la tenencia de ésta y a la agricultura. Finalmente, los precios de los alimentos se incrementaron a niveles récord cuando las compañías

<sup>25</sup> Cleland, *The Mexican Year Book...*, 248.

<sup>26</sup> Dirección General de Estadística, *Censo general de población: resumen 1930* (México: DGE), 33.

<sup>27</sup> Katz, “Labor Conditions...”, 28.

privadas convirtieron las regiones tradicionalmente productoras de alimentos en zonas de cultivo de azúcar, henequén y algodón, las exportaciones más importantes de México.<sup>28</sup> Al mismo tiempo, el salario diario en Jalisco durante los años de 1907 a 1910 llegó a ser el equivalente a veinte centavos de dólar.<sup>29</sup>

Para el sector de la clase media, Jalisco había resultado estable hasta fines del siglo XIX, y las oportunidades en comercio, agricultura y servicios profesionales estaban al alcance de la mano. Jalisco ocupaba el segundo lugar, sólo detrás del Distrito Federal, en cuanto al número de empleados en el comercio y en ocupaciones profesionales. En 1910, el estado no era solamente el primero en la producción agrícola, sino también estaba a la cabeza en la construcción. A diferencia de Colima y Nayarit —donde, en 1910, las oportunidades económicas estaban limitadas a la agricultura y un poco a la cría de ganado—, Jalisco tenía una economía diversificada, que proporcionaba algún grado de movilidad social ascendente a los miembros de las clases medias instruidas.<sup>30</sup> Sin embargo, es muy probable que, hacia 1910, una nueva generación de jóvenes del sector no agrícola se haya convertido en víctima por las limitadas posibilidades y de subempleo en la industria y en los servicios profesionales.

Además, la consecuencia de las inversiones de capital, el comercio exterior y la expansión industrial en los estados del centro y del norte desde 1880 hasta 1910 generaron nuevos problemas a los trabajadores semiagrícolas e industriales, quienes constituían buena parte de la fuerza de trabajo.<sup>31</sup> Asimismo, durante los años iniciales de la industrialización y la creación de unidades de capital intensivo, fueron

<sup>28</sup> DGE, *Anuario estadístico*, 1930, 155.

<sup>29</sup> Nathan L. Whetten, *Rural Mexico* (Chicago: University of Chicago Press, 1948), recuadro 50, 261.

<sup>30</sup> El Colegio de México, *Estadísticas...*, 52, 57; John H. Coatsworth, "Anotaciones sobre la producción de alimentos durante el Porfiriato", *Historia Mexicana* 26 (octubre-diciembre de 1976): 167-187.

<sup>31</sup> Perspectivas contemporáneas sobre inversiones extranjeras estadounidenses en México se encuentran en Edward M. Conley, "The Americanization of Mexico", *American Review of Reviews* 32 (diciembre de 1905): 724-725; Elisha Hollingsworth Talbot, "The American Invasion of Mexico", *World's Work* 17 (febrero de 1909): 274, 278; David Pletcher, *Rail, Mines, and Progress: Seven American Promoters in Mexico, 1867-1911* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1958).

frecuentes las fluctuaciones cíclicas que constituyeron una plaga para las industrias en desarrollo. El resultado fue que los trabajadores enfrentaron largos periodos de desempleo o subempleo.

Las consecuencias de las fluctuaciones cíclicas se ilustran de inigualable manera en la industria minera. En 1899, se empleó en México un número récord de mineros: 106 536 (casi la mitad en los estados del norte). En un breve lapso de tres años, el número disminuyó a 85 333; y cerca de 90 por ciento de las pérdidas laborales ocurrieron en los estados del norte y del centro. El estatus impredecible de esta industria fue a contracorriente del propósito de los trabajadores de tener empleo en forma estable y plena.<sup>32</sup> Mientras en 1900, 92 176 personas encontraron trabajo en la minería, en 1921 solamente 26 890.<sup>33</sup> Las industrias en el suroeste de Estados Unidos experimentaron fluctuaciones cíclicas similares durante aproximadamente el mismo periodo, pero la economía en expansión hacia el norte de la frontera proporcionó a los trabajadores numerosas opciones de empleo que no encontraban en México.

La migración hacia el norte se incrementó también como consecuencia del cierre de plantas manufactureras durante la última década de Díaz en el poder. Las fábricas que producían aguardiente registraron una baja: de 2 211 en 1899 a sólo 1 674 diez años después. De igual manera, las tabacaleras registraron una caída en el número de plantas: de 766 en 1899 a 437 en 1908. En cuatro de las cinco regiones más importantes de México, disminuyó el número de personas empleadas en la industria manufacturera. Más aún, incluso cuando las fábricas no cerraban, la baja en la producción tuvo un impacto decisivo sobre la fuerza de trabajo. Entre 1899 y 1909, por ejemplo, el número de fábricas textiles declinó ligeramente de 144 a 142. Sin embargo, durante el mismo periodo, el número de trabajadores empleados pasó de los 50 132 en 1901 a apenas 26 149 un año más tarde. En promedio,

<sup>32</sup> DGE, *Quinto censo de población, 1930*, 72. Las difíciles condiciones de trabajo en la industria son descritas en H.A. Franck, "Working in a Mexican Mine", *Century Magazine* 92 (septiembre de 1916): 673-683.

<sup>33</sup> DGE, *Quinto censo de población, 1930*, 72; El Colegio de México, *Estadísticas...*, 32. A pesar de que la industria minera sufrió ciclos con altibajos, el promedio de títulos registrados por el gobierno fue de nueve mil en 1898 y 1899 y se elevó a más de treinta mil en 1909, con un pico en esos diez años de 32 251 en 1908 (El Colegio de México, *Estadísticas...*, 126).

el número de trabajadores textiles permaneció en un nivel entre 27 000 y 33 000. Estas cifras demuestran ciertamente la inestabilidad de la economía industrial mexicana en esta década.<sup>34</sup>

Ése no fue el caso de la agricultura. En la misma década, 1899-1909, la producción de azúcar creció más de 100 por ciento: de 68 218 toneladas a 145 790. La producción de algodón también llegó a un nivel histórico, al aumentar de 20 702 toneladas en 1899 a 41 277 en 1909.<sup>35</sup>

En algunos de los estados del centro de México, la producción agrícola avanzó con el desarrollo de las grandes plantaciones. La creación del sistema de plantaciones, sin embargo, eliminó de manera general la necesidad de que el agricultor tuviera su pequeña propiedad. En manos de intereses extranjeros, estas unidades agrícolas funcionaban de manera muy similar a las fábricas. A fines del siglo, Carlos Ibáñez, quien había vivido como peón en Zacatecas antes de emigrar a Los Ángeles, recibía por su trabajo una pequeña porción de alimentos y algunos centavos al día; una paga tan pequeña que “ni siquiera recuerdo a cuánto ascendía”, afirmó 25 años más tarde en Los Ángeles, donde se empleó como trabajador. Citó los bajos salarios como la principal razón para decidirse a “dejar México en busca de fortuna” en California.<sup>36</sup>

Cuando Díaz permitió a los monopolios extranjeros expropiar las tierras comunales de los indios a escala masiva y autorizó la esclavitud de miles de trabajadores, no consideró las consecuencias a largo plazo: el desplazamiento de los pequeños granjeros y la subsecuente creación de un nuevo grupo de trabajadores no calificados, pues muchos de los trabajadores rurales desplazados se congregaron en las ciudades, donde sólo podían encontrar trabajo ocasional. Sin capacitación y mal instruidos, el proletariado sin tierra se halló en una posición muy difícil para poder negociar. Muchos de ellos encontraron empleo en las fábricas textiles de la ciudad de México y en la región de la costa este, mientras otros se colocaron en las esquinas de las

<sup>34</sup> El Colegio de México, *Estadísticas...*, 106, 108, 48, 113, 119.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 71 (producción de algodón), 124 (azúcar). Un comentario relativo al nivel de la producción industrial de México es analizado brevemente en “The Mexico of 1909”, *American Review of Reviews* 40 (1909): 492-493.

<sup>36</sup> Citado por Gamio, *The Life Story...*, 45.

calles a ofrecer sus servicios como trabajadores eventuales. Éstos padecieron particularmente durante los periodos de fluctuaciones en la producción. El sector industrial empleó a tres mil personas menos en 1910 que en 1900. El porcentaje total de trabajadores agrícolas se elevó varios puntos entre 1895 y 1910, cuando llegó a 68.1 por ciento.<sup>37</sup>

Muchos trabajadores urbanos que no podían ganar su sustento en la agricultura emigraron a Estados Unidos. Percy F. Martin, autor inglés que visitó México en 1906, observó que, durante algunos años, había habido una gran escasez de albañiles que trabajaran la piedra y el ladrillo, así como de carpinteros, pintores y otros trabajadores calificados en la industria de la construcción. Concluyó que muchos de los trabajadores urbanos habían emigrado a Texas, donde los campos de algodón y los ferrocarriles absorbieron a “muchos miles de trabajadores mexicanos debido a los altos salarios que ofrecían”.<sup>38</sup> Martin llegó a México durante una época especialmente dura. Los años de 1905 y 1907 estuvieron marcados en la ciudad de México y en otras zonas urbanas por una fuerte inflación, particularmente en los alimentos y las rentas, así como por la ausencia de incrementos salariales.

La emigración no se limitaba a los peones. En la relativamente pequeña clase media, otras razones que no eran la penuria económica fueron determinantes para la decisión de emigrar al norte. Por ejemplo, Ramón Lizárraga, cuyo padre era propietario de un pequeño rancho en Sonora, no sufría hambre ni problemas políticos cuando siguió a su profesor de música a Los Ángeles en 1901. Allí trabajó en los cobertizos de las empacadoras frutales durante el día y tocando el bajo por las noches en una orquesta mexicana. Permaneció menos de dos años en su primer viaje al otro lado de la frontera y, después de regresar a México en 1903, esperó otros veinte años antes de volver a Los Ángeles. Otro emigrante, Abundio Chacón, hijo de un exitoso comerciante de tabaco, dejó México en 1910, justo unos meses antes del estallido de la Revolución a pesar de las súplicas de su padre para que no abandonara Guanajuato. Chacón, quien tenía a la sazón dieciséis

<sup>37</sup> Para un comentario útil sobre la situación de los trabajadores durante el Porfiriato, véase Rodney D. Anderson, “Mexican Workers and the Politics of Revolution, 1906-1911”, *Hispanic American Historical Review* 54 (febrero de 1974): 112-114. Véase también El Colegio de México, *Estadísticas...*, 45-47.

<sup>38</sup> Martin, *Mexico of the Twentieth Century*, 2: 214-215.

años, se animó a emigrar cuando oyó hablar a su mejor amigo sobre los altos salarios y la buena vida en Estados Unidos. Después recordaría el principal argumento de su padre para que no fuera hacia allá: “te morirás de hambre”. De cualquier modo, Chacón persistió y, finalmente, con sus míseros ahorros de cuarenta pesos (veinte dólares), partió con un amigo que había radicado en Estados Unidos como trabajador ferroviario.<sup>39</sup>

El éxodo de tantos mexicanos causó problemas a los funcionarios mexicanos, aunque sabían que podían hacer muy poco para remediarlo. A.A. Graham observó que las autoridades mexicanas realizaban todos los esfuerzos posibles para desalentar la migración hacia el norte, incluso proporcionando información falsa en el sentido de que no obtendrían trabajo en Estados Unidos y “contando relatos de los grandes sufrimientos que padecían los mexicanos” al otro lado de la frontera. Estos informes, sin embargo, no los detuvieron, señala Graham, en virtud de “que no tenían trabajo remunerado en casa y ciertamente no podían verse influenciados, en vista de las condiciones locales, por el sufrimiento que les decían se padecía del otro lado”.<sup>40</sup>

La consecuencia de la intensa inversión de capital extranjero y la expansión industrial desde 1880 hasta 1910 propició serios problemas tanto a la fuerza de trabajo semiagrícola e industrial como al presidente Díaz, quien fue criticado crecientemente por los ciudadanos mexicanos en razón de haber proporcionado a los extranjeros concesiones tan generosas. En una biografía de tal personaje, publicada en 1908, Rafael de Zayas Enríques profetizó:

México va directo a la Revolución. El descontento, el odio hacia los funcionarios públicos y hacia los extranjeros, a quienes tantos privilegios se ha concedido, arraigados durante mucho tiempo pero adormecidos, son ahora abiertamente manifiestos. Un chispazo puede encender una conflagración que al mismo tiempo que devore a las clases gobernantes, destruya los frutos de la industria y dé marcha atrás al progreso del país.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Entrevista con Ramón Lizárraga, Los Ángeles, 10 de abril de 1972; entrevista con Abundio Chacón, Los Ángeles, 15 de agosto de 1972.

<sup>40</sup> Graham, *Mexico with Comparisons and Conclusions*, 61

<sup>41</sup> Rafael de Zayas Enríques, *Porfirio Díaz*, citado en un artículo de *Outlook*, 12 de diciembre de 1908, 837.



En 1910, Díaz invitó a periodistas europeos y de Estados Unidos a la celebración del Centenario de la Independencia de México. El gobierno hizo todo lo posible por impresionar a los miles de visitantes extranjeros que acudieron a las ceremonias. Era un momento cumbre para Díaz. El capital mexicano mismo constituía un monumento a los logros del régimen porfiriano. Trolebuses eléctricos, elegantes restaurantes que ofrecían cocina francesa y una población llena de vida demostraban el ingreso de México al club occidental de las naciones industrializadas.<sup>42</sup> Ninguno de los presentes hubiera imaginado que el gobierno de Díaz estaba por terminar en unos cuantos meses. Mientras él y su gabinete divertían a sus invitados en medio de la opulencia, exiliados políticos en Los Ángeles, San Antonio y otras ciudades de Estados Unidos se preparaban a pelear en contra del Porfiriato.<sup>43</sup> Se respiraba revolución en el ambiente.

### III

La Revolución mexicana fue la circunstancia más espectacular de entre las que promovieron la emigración a Estados Unidos durante el periodo de 1900 a 1930. Sin embargo, no fue la causa principal. Desde 1910 hasta 1930, aproximadamente 925 000 mexicanos cruzaron la frontera hacia Estados Unidos. Durante la década de los veinte, emigró casi el doble de los que abandonaron el país durante la Revolución. Durante el periodo de 1910 a 1920, el promedio anual de mexicanos que cruzaron la frontera hacia Estados Unidos fue de 25 000. Irónicamente, de 1913 a 1915, periodo considerado por los historiadores mexicanos como el peor de la lucha armada, la emigración mexicana de hecho declinó, en tanto las batallas se hacían más frecuentes y viajar por México resultaba más peligroso, si no

<sup>42</sup> F. León de la Barra, "Present Conditions in Mexico", *Independent* 70 (1911): 545-546.

<sup>43</sup> Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution: Genesis under Madero* (Austin: University of Texas Press, 1952), 117-119. Para una revisión de las actividades de los exiliados mexicanos durante los últimos años de Díaz en el poder, véase, por ejemplo, James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913* (Austin: University of Texas Press, 1971), en especial las páginas 40, 69, 176; y John M. Hart, *Anarchism and the Mexican Working Class, 1860-1931* (Austin: University of Texas Press, 1978), en particular 88-89.

imposible, debido a la destrucción prácticamente total de la red de transporte ferroviario.<sup>44</sup>

En el periodo de 1910 a 1920, la emigración a ciudades como Los Ángeles era, en parte, una respuesta a la crisis generada por la guerra: sobre los solteros se cernía la amenaza de la leva, las familias estaban mermadas por la escasez de alimentos, la inflación ocasionaba dificultades económicas, los trabajadores estaban impacientes con la lentitud del gobierno para cumplir la promesa de mejoramiento de vida de la clase trabajadora. Adicionalmente, los factores decisivos en la determinación de la emigración en la década anterior —la pérdida de la tierra, el desempleo cíclico y la inflación desatada— persistieron durante 1910, lo mismo que las condiciones que atraían a los trabajadores al suroeste de Estados Unidos: la expansión agrícola, minera y ganadera y la industria urbana.<sup>45</sup>

Los mexicanos que llegaron a Los Ángeles durante la Revolución eran en general muy diferentes de quienes habían llegado antes: muchos nunca habían salido de su pueblo natal. Algunos, presionados a realizar el servicio militar en contra de su voluntad, cruzaron la frontera clandestinamente, aun cuando nunca antes habían considerado seriamente salir de México. Como las anteriores generaciones de inmigrantes alemanes e irlandeses y un posterior grupo de refugiados cubanos, la mayoría llegó con la intención de quedarse solamente por poco tiempo. Eran optimistas a propósito de encontrar trabajo y casa temporales en el sur de California. Algunos eran desertores de los ejércitos mexicanos en conflicto, que en conjunto sumaban algo así como trescientos mil hombres y mujeres; otros formaban parte de la gran

<sup>44</sup> Un excelente tratamiento del periodo revolucionario se encuentra en John Womack Jr., "The Mexican Economy during the Revolution, 1910-1920: Historiography and Analysis", *Marxist Perspectives* (invierno de 1978). Para un análisis conceptual del periodo de 1895 a 1929, véase también Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana: la formación del nuevo régimen* (México: 1973); y James W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910* (Berkeley: University of California Press, 1967).

<sup>45</sup> Aparentemente, los refugiados mexicanos no tenían problemas para cruzar la frontera con Estados Unidos durante la Revolución. Entre los estudios que documentan esta inmigración están: Andrés Landa y Piña, *El servicio de migración en México* (México: Talleres Gráficos de la Nación, 1930); Gamio, *Mexican Immigration...*; Enrique Santibáñez, *Ensayo acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos* (San Antonio: Clegg, 1930); John Martínez, "Mexican Emigration to the United States, 1910-1930" (tesis doctoral, Berkeley, University of California, 1957).

mayoría de los quince millones de habitantes de la nación que se vieron desplazados por las presiones generadas por fuerzas políticas sobre las que tenían poco control.

El reclutamiento obligatorio de potenciales combatientes en la zona de guerra y las frecuentes deserciones del ejército tuvieron un impacto sobre los recursos laborales de los empleadores en ambos lados de la frontera. Cuando el Ejército Liberal de Baja California se apoderó de Tijuana, bajo el control de las tropas federales, en mayo de 1911, se interrumpió la construcción del ferrocarril que conectaba Imperial Valley con San Diego. La construcción de la línea ferroviaria suponía la de setenta kilómetros de vías dentro del territorio mexicano. Cuando las fuerzas rebeldes mexicanas atacaron Tijuana, la constructora de Los Ángeles Sherer and Company perdió 80 por ciento de su fuerza laboral cuando sus trabajadores huyeron tras los rumores de que “el gobierno mexicano pretendía enlistar a todos los ciudadanos en el ejército”. En cierta ocasión, un sargento rebelde pronunció un inflamatorio discurso a trabajadores que llegaban como sustitutos y convenció a 22 de que se unieran a él y a sus camaradas.<sup>46</sup> La búsqueda de nuevos reclutas llevó frecuentemente a los representantes de los ejércitos beligerantes a puntos del otro lado de la frontera. El diario *The Los Angeles Times* informó en diversas ocasiones sobre mexicanos que vivían en la ciudad y que habían sido llamados para que regresaran a México a unirse a la Revolución.<sup>47</sup>

Para los estadounidenses de las comunidades fronterizas del suroeste, la violencia asociada a la Revolución se convirtió en algo tan común que llegó a afectar su propia vida. En la primavera de 1910, Margaret L. Holbrook Smith registró en la revista *Overland Monthly* sus experiencias como testigo de la captura de la “Tía Juana”, por fuerzas rebeldes, cerca de San Diego. Después de la batalla, escribió:

<sup>46</sup> Patrick O'Bannon, “Railroad Construction in the Twentieth Century: The San Diego and Arizona Railway” (manuscrito inédito, University of California at San Diego, Special Collections Central Library, 1977), 20, 25.

<sup>47</sup> “Exiles Long for Home”, *The Los Angeles Times*, 27 de marzo de 1914; “Refugees Rush Back to Mexico”, *The Los Angeles Times*, 2 de enero de 1916; “Missing Mexicans a Remarkable Mystery: Five Thousand Quit Work and Disappear from Los Angeles County”, *The Los Angeles Times*, 1 de abril de 1917.

En el lado estadounidense, cerca de la aduana, muchos federales heridos fueron atendidos por [...]. También en nuestro lado estaba el campamento de refugiados. Con frecuencia, familias enteras se hacinaban bajo un pedazo de tela, estirado al máximo para ofrecer cobijo [...]. Muchas mujeres pobres caminaron los 29 kilómetros a San Diego con sus hijos en brazos.<sup>48</sup>

Otras víctimas de la insurrección huyeron a Ensenada, una ciudad costera 129 kilómetros al sur.

Las ciudades fronterizas no resultaron siempre el paraíso que los refugiados buscaban. La frontera registró inusitada actividad durante los años de la guerra civil.<sup>49</sup> En 1911, cuatro meses después de la entrada de Madero a México, el gobierno de Estados Unidos ordenó a veinte mil soldados dirigirse “sin demora, a puntos de la frontera”.<sup>50</sup> Los Ángeles, San Antonio y Galveston fueron centros de coordinación del movimiento masivo. Fort Rosencrans, en San Diego, 201 kilómetros al sur de Los Ángeles, sirvió como cuartel general para el personal del ejército de Estados Unidos acuartelado para proteger los 19 kilómetros de frontera entre Tijuana y San Diego. Los integrantes de las tropas en Fort Rosencrans, muchos de los cuales fueron reclutados y entrenados en Los Ángeles, hicieron huir a las fuerzas rebeldes en Tijuana entre 1911 y 1913. Marion Ethel Hamilton describió en *Overland Monthly*, de manera muy vívida, la captura de fuerzas rebeldes durante una batalla en la que soldados de la Compañía 115 y la 8 de Infantería de Estados Unidos capturaron a 105 “insurrectos” en Tijuana. Conforme la guerra continuó, los residentes de los pueblos fronterizos mexicanos afectados se volvieron impacientes y muchos de ellos prefirieron salir de allí en busca de puntos más alejados del conflicto.<sup>51</sup>

<sup>48</sup> Margaret L. Holbrook Smith, “The Capture of Tia Juana”, *Overland Monthly* 58 (julio de 1911): 4-5. Para otros ejemplos, véase George Marvin, “The Quick and Dead on the Border”, *World's Work* 33 (enero de 1917): 297-302.

<sup>49</sup> Oscar J. Martínez, *Border Boom Town: Ciudad Juárez since 1848* (Austin: University of Texas Press, 1978), 38-56. Véase también James Hopper, “Twin Towns of the Border”, *Collier's* 57 (19 de agosto de 1916): 5-7.

<sup>50</sup> “Troops Massed on the Mexican Border”, *Independent* 70, 16 de marzo de 1911, 537.

<sup>51</sup> Marion Ethel Hamilton, “Insurrecto Prisoners Captured by Uncle Sam”, *Overland Monthly* 62 (noviembre de 1913): 432-433.

Las comunidades fronterizas como San Diego y Los Ángeles sirvieron como primer alto en el camino a los refugiados y a nuevos inmigrantes. El diario *The Los Angeles Times* comentó el 27 de marzo de 1914 que “33 mexicanos, entre los que se encuentran los habitantes más ricos de Hermosillo, Sonora, quienes fueron expulsados por la fuerza hacia Estados Unidos hace unos días, comentaron ayer sus problemas con el cónsul Juan R. Orci, a través de una delegación. Más refugiados llegarán hoy a Los Ángeles”. La llegada de exiliados políticos y de trabajadores migrantes corresponde a los funcionarios estadounidenses de migración, pero como aquéllos han contribuido de manera fundamental a resolver las necesidades laborales de las más importantes industrias y de la agricultura comercial, se impusieron pocas restricciones a su entrada.<sup>52</sup>

Algunos de los inmigrantes que llegaron a Los Ángeles durante el periodo revolucionario expresaron no desear regresar a México una vez que el conflicto hubiese terminado. Pedro Nazas, trabajador de corrales de ganado de Los Ángeles durante la década de los veinte, dejó su hogar en Zapotlán, Jalisco, en 1918, después del colapso de su pequeño negocio. Su padre había sido granjero en el mismo lugar; sin embargo, cuando sus padres murieron, la familia sufrió grandes pérdidas para manejar la pequeña propiedad. Trató de ganarse la vida con una tienda de su propiedad, pero las altas tasas de intereses y la inflación lo obligaron a cerrarla. Había llegado el momento, señaló, “de ir a buscar fortuna a Estados Unidos”. En Los Ángeles, ganaba 35 dólares a la semana, suficiente para sostenerse y para concluir: “No quiero regresar a México porque no puedo ganar allá lo que estoy acostumbrado a ganar en Los Ángeles y, además, uno puede comprar más cosas con un dólar que con un peso mexicano”.<sup>53</sup>

La destrucción de las líneas ferroviarias mexicanas que conectaban el interior del país con ciudades del suroeste estadounidense, como Los Ángeles, durante la etapa revolucionaria canceló las esperanzas de muchos emigrantes potenciales y dificultó a otros abandonar su lugar de origen. Desde 1913, ciertos informes revelaron que numerosos pueblos en los estados centrales habían quedado incomunicados

<sup>52</sup> “Exiles Long for Home”, *The Los Angeles Times*, 27 de marzo de 1914.

<sup>53</sup> Gamio, *The Life Story...*, 49.

con los pueblos fronterizos. Como los informes sobre las condiciones en que se encontraban las vías eran a menudo imprecisos; y los viajeros aprendieron a esperar retrasos y peligros. Un corresponsal escribió en 1915: “Miles de kilómetros de vías ferroviarias han sido destruidas, puentes y estaciones han sido quemados a cada paso”.<sup>54</sup> David Lawrence, reportero de *The New York Evening Post*, viajó al lugar en que estaba asentado el Congreso Constituyente en el verano de 1917 y encontró condiciones mucho más favorables, a pesar de que “a lo largo de la línea ferroviaria, unas cuantas estaciones incendiadas daban testimonio de la devastación de la Revolución [...]. Los trenes, por supuesto, no salían a tiempo; llevaban a menudo retrasos de entre 18 y 24 horas [y] la carga no se movía”.<sup>55</sup> La mermada condición del transporte sobre la que informaron estos periodistas forzó sin duda a muchos de los que emigraban a viajar a pie o en carreta. Un reportero estadounidense escribió:

Si alguien tiene alguna duda sobre el volumen de esta clase de inmigrantes, una visita al sur de Texas le dará la respuesta. En una jornada diaria por automóvil a través de esa región, uno rebasa a centenares de mexicanos con rumbo al norte, a pie, montados en burros y en primitivos carros de dos ruedas. Son tantos que podrían llenar las carreteras y los caminos laterales. Cuando se les pregunta, muchos de ellos contestan que salieron de México huyendo del hambre. En gran número de casos, estos refugiados tienen amigos o parientes en este país, quienes les han hablado de la riqueza y de la prosperidad del maravilloso *Estados Unidos*.<sup>56</sup>

El tardado viaje en bote y las inadecuadas condiciones del servicio de transporte forzaron a muchos de los trabajadores temporales que se encontraban en Estados Unidos a permanecer por más tiempo del que habían previsto originalmente.

La suspensión del transporte ferroviario entre México y la frontera dio origen a nuevos problemas tanto para los habitantes rurales como para los urbanos. La incertidumbre en el suministro de alimentos y

<sup>54</sup> George Edward Hyde, “A Plain Tale from Mexico”, *New Republic* 2, 13 de febrero de 1915, 38.

<sup>55</sup> David Lawrence, “Mexico Rebuilding”, *Independent* 91, 28 de julio de 1917, 126-127.

<sup>56</sup> “Three Years of Revolution in Mexico”, *Outlook*, 2 de diciembre de 1914, 759.

la inestabilidad del peso mexicano elevaron los precios mucho más allá de lo que la clase trabajadora podía permitirse. *The New York Times* informó sobre incrementos en los precios del orden de dos mil por ciento para el maíz y el frijol entre julio de 1914 y julio de 1915. Como respuesta a la incapacidad de muchos mexicanos de dar de comer a su familia, la Cruz Roja abrió en 1917 comedores de asistencia en la ciudad de México. En sólo un mes, los voluntarios dieron de comer a seis mil familias. Sin embargo, muchos en las zonas rurales veían las ciudades como paraísos. Como resultado del gran flujo de personas, las rentas en la ciudad de México se elevaron a más de 50 por ciento en 1915 y miles de trabajadores vivían aterrorizados por la hambruna.<sup>57</sup> El escritor Thomas Edward Gibbon señaló que los funcionarios del gobierno trataron de desanimar a los nuevos inmigrantes de acudir a las zonas urbanas, pero que habían tenido poco éxito, dado que muchos campesinos creían “que no [era] seguro que vivieran fuera en el campo y trabajaran sus tierras”.<sup>58</sup>

Durante los primeros años de la Revolución, las facciones beligerantes hicieron numerosos intentos por ganar el control de las ciudades y de los centros de producción más importantes de la república. Jalisco, que contribuía a la producción nacional de alimentos y era importante fuente para el reclutamiento, se convirtió en campo de guerra en la primavera de 1914. En una de las principales batallas, el ejército constitucionalista de Carranza rodeó Guadalajara, ciudad capital, en un esfuerzo por obligar a los federales a retirarse. Doce mil soldados federales protegían la ciudad pero, en la siguiente batalla, los constitucionalistas les derrotaron de manera contundente.<sup>59</sup> Murieron dos mil soldados federales y otros seis mil fueron tomados prisioneros. Para las fuerzas constitucionalistas, la victoria en Guadalajara limpió Jalisco de federales, así el camino a la ciudad de México se volvió más

<sup>57</sup> Edwin Walter Kemmerer, *Inflation and Revolution: Mexico's Experience of 1912-1917* (Princeton: 1940), 48-49; Francisco Bulnes, *The Whole Truth about Mexico: President Wilson's Responsibility* (Nueva York: M. Bulnes Book, 1916), 312.

<sup>58</sup> Thomas Edward Gibbon, *Mexico under Carranza* (Garden City, N.Y.: Doubleday-Page, 1919), 8. Algunos observadores internacionales sugirieron la idea de ofrecer asilo en territorios neutrales dentro de la república. Véase “The Mexican War: Prisoners and Refugees”, *Outlook*, 24 de enero de 1914, 147.

<sup>59</sup> Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution: The Constitutionalist Years* (Austin: University of Texas Press, 1972), 139.

expedito. Los ganadores, no obstante, habían destruido las líneas ferroviarias en una zona muy amplia de la región central, dejando a los habitantes de Jalisco sin conexión con la ciudad de México. Una vez cortada la comunicación con la capital, que a esas alturas había caído bajo el control de Francisco Villa, los refugiados huyeron hacia el norte.

En 1914, la Revolución llegó por primera vez hasta Monterrey, la ciudad más importante del norte de México. Después de una batalla de tres días, un testigo comentó que “una nube de oscuridad y miedo se adueñó de la ciudad”. El ataque tomó a los habitantes por sorpresa, pues sólo unos cuantos esperaban que las recientemente organizadas fuerzas constitucionalistas tomaran las zonas urbanas del norte como campo de batalla. Meses después, los habitantes seguían viviendo con miedo. Los informes confirmaron el impacto y la fractura causados por la lucha. “La ciudad está ahora llena de tropas”, escribió un reportero.<sup>60</sup> Los soldados ocupaban los edificios públicos, los teatros, las casa privadas desocupadas; los oficiales se acomodaban por doquier. Las fuerzas rebeldes fallaron en sus intentos por capturar la ciudad. Lo que sí consiguieron, en cambio, fue volar las vías ferroviarias fuera de la ciudad, cortando de ese modo la comunicación entre Monterrey y la ciudad de México. El peligro de viajar y de recorrer el campo durante esos días forzó a muchos regiomontanos a permanecer en la ciudad hasta después de 1915, cuando los frentes de batalla se trasladaron a otras localidades.<sup>61</sup>

En la región de la meseta central, de donde eran originarios la mayor parte de los primeros inmigrantes a Los Ángeles, la Revolución tuvo un impacto momentáneo. Las haciendas cerraron, debido a que los campesinos desaparecieron, ya fuera para unirse a los ejércitos rebeldes o para buscar sustento en otras zonas más estables de la nación. En 1913, un año antes de que los rebeldes iniciaran las etapas militares cruciales del conflicto, un observador de *Outlook* comentó los devastadores efectos de la lucha sobre la economía de la región central.<sup>62</sup> Al norte de Zacatecas, uno de los estados mine-

<sup>60</sup> H. Hamilton Fyfe, *The Real Mexico: A Study on the Spot* (Londres: Heinemann, 1914), 5; véase también “Three Years...”, 759-761.

<sup>61</sup> Fyfe, *The Real Mexico...*, 53. Para una descripción de la guerra en la región oeste, véase Arthur Dunn, “War on the West Coast”, *Sunset* 33 (julio de 1914): 145-151.

<sup>62</sup> “The Situation in Mexico”, *Outlook*, 30 de agosto de 1913, 1003-1004.



ros más ricos de la república, no existía “una sola mina o industria manufacturera de cualquier tipo que [se mantuviera] trabajando, y al sur de Zacatecas no había nada funcionando a dieciséis kilómetros del ferrocarril”.<sup>63</sup>

Enrique F. Vásquez, entrevistado en Los Ángeles cincuenta años después de emigrar a Estados Unidos, recordó haber perdido su trabajo en Zacatecas, su estado natal, porque la Revolución causó el colapso de la industria minera.<sup>64</sup> Aun así permaneció tres años en diversos trabajos haciendo un esfuerzo por sostener a su familia. Por veinte centavos al día (doce centavos de dólar) trabajó como conductor de mulas para llevar naranjas a los mercados locales; después, como velador en una hacienda. Aun cuando estaba disponible 24 horas al día, siete días a la semana, ganaba menos de dos pesos a la semana, el salario normal en Zacatecas para trabajo no calificado. En 1913, a la edad de 23, partió a Estados Unidos. Luego de trabajar varios años en el medio oeste, al principio en los campos ferroviarios y luego como comerciante, se asentó en Chicago. Su estancia en Estados Unidos llegó a un final abrupto en 1931, cuando se convirtió en uno de los miles que fueron repatriados a México por el gobierno de Estados Unidos.<sup>65</sup>

En coincidencia con la nueva situación militar dentro de México, los agentes ferroviarios intensificaron el reclutamiento de trabajadores mexicanos. De 1913 a 1915, la guerra redujo el número de emigrantes que iban por su cuenta a Estados Unidos. En nombre de las compañías ferrocarrileras, estos agentes visitaron pueblos jaliscienses y docenas de otras comunidades en el centro de México en busca de trabajadores para la construcción de las vías ferroviarias. Paul S. Taylor observó que habían sido reclutados varios trabajadores de Arandas, Jalisco, unos meses antes de la batalla de Guadalajara y que los agentes los habían llevado en automóvil al depósito del ferrocarril

<sup>63</sup> *Ibid.*, 1004. Véase también Clarence Senior, *Land Reform and Democracy* (Gainesville: University of Florida Press, 1958), 49.

<sup>64</sup> Entrevista con Enrique Félix Vásquez (Los Ángeles: 1 de febrero de 1972).

<sup>65</sup> El programa de repatriación del medio oeste es abordado por Neil Betten y Raymund A. Mohl, “From Discrimination to Repatriation: Mexican Life in Gary, Indiana, during the Great Depression”, en Norris Hundley, ed., *The Chicano* (Santa Bárbara, Calif.: Clio Books, 1975), 124-143.

para ponerlos en el tren que iba al norte. Los agentes pagaron los gastos de los parroquianos a la frontera, a pesar de que estas prácticas estaban prohibidas por las leyes de inmigración de Estados Unidos.<sup>66</sup>

Ernesto Galarza, escritor y sindicalista, recuerda que su familia fue reclutada para trabajar en el ferrocarril en circunstancias similares. Galarza vivía con su madre y dos tíos en Tepic, Nayarit, durante los primeros meses de la Revolución. Él recuerda la noche cuando su tío Gustavo anunció “que había hablado con un reclutador de trabajadores del Southern Pacific Railroad”. El agente contrató a los dos tíos de Galarza. “El arreglo fue que Gustavo y José nos darían el anticipo del Southern Pacific para que subsistiéramos temporalmente”. Con estas medidas, el reclutamiento continuó hasta fines de la década de los veinte.<sup>67</sup>

Con la tensión de la rebelión, la economía mexicana se salió de control. En un momento cuando las industrias y la agricultura de Los Ángeles absorbían a miles de trabajadores anualmente y ofrecían un salario a los no calificados de entre diez y veinte dólares semanales, los salarios en México disminuyeron año tras año durante el periodo de 1910 a 1920.<sup>68</sup> Las estadísticas de este periodo son escasas y los investigadores deben basarse en estimaciones proporcionadas por observadores de la época. Además, los salarios variaban significativamente en las distintas regiones de México. En marzo de 1916, E.D. Trowbridge, al referirse a las empresas de servicio público en la ciudad de México, observó que la percepción diaria de casi tres mil empleados era menor a ocho centavos de dólar.<sup>69</sup> Un buen número de académicos que visitaron México varios años después encontraron perfiles semejantes. Paul S. Taylor estimó que, en el periodo de 1914 a 1915, los trabajadores agrícolas ganaban entre doce y dieciséis centavos al día. Francisco Bulnes, designado por el régimen de Díaz, estimó que los salarios de los peones habían disminuido a 18 centavos, aproximada-

<sup>66</sup> Paul S. Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Community: Arandas in Jalisco, Mexico* (Berkeley: University of California Press, 1933), 36.

<sup>67</sup> Ernesto Galarza, *Barrio Boy* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1971), 99.

<sup>68</sup> “Mexican Invaders Relieving Our Farm-Labor Shortage”, *Literary Digest*, no. 66, 17 de julio de 1920, 54.

<sup>69</sup> E.D. Trowbridge, *Mexico To-day and To-morrow* (Nueva York: Macmillan, 1920), 169; Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Community...*, 24; Bulnes, *The Whole Truth...*, 312.

mente nueve centavos de dólar, mientras que los trabajadores calificados podían esperar obtener un salario apenas superior a un peso.

Un gran número de inmigrantes, que llegaron a Los Ángeles durante la década de los diez, dejaron su país con la idea de trabajar fuera durante un breve lapso, ahorrar y regresar a México cuando la paz se hubiera restablecido. Como lo expresó un observador: “Veían a sus hermanos y amigos regresar de Estados Unidos calzando zapatos y buena ropa”.<sup>70</sup> Un refugiado de guerra, Jesús Moreno, llegó a Los Ángeles en 1915 a la edad de nueve años con sus padres y tres hermanos. Sus experiencias son comunes a muchos de los que llegaron en ese periodo. Su recuerdo de El Paso, donde su familia permaneció algunos meses antes de asentarse en Los Ángeles, es el de una ciudad en constante flujo. “Íbamos huyendo de la rebelión —expresó Moreno—, [y] había muchos [otros] refugiados mexicanos en aquel momento en El Paso”. La familia Moreno rentó una pequeña casa en el barrio de East Los Angeles, en espera de que la Revolución “terminara en unos cuantos meses”. No inscribieron a sus hijos en las escuelas públicas de Los Ángeles durante casi un año porque creían que regresarían a México en cualquier momento. Jesús asistió a la escuela solamente durante dos años y finalmente aceptó un trabajo como mensajero en una farmacia. Como cientos de otros inmigrantes en Los Ángeles, la familia decidió no regresar a México cuando la lucha terminó en 1920.<sup>71</sup>

Si bien los contratistas contribuyeron al desplazamiento de trabajadores hacia Los Ángeles, también influyó el hecho de que el gobierno mexicano no impusiera una política restrictiva a la emigración. Durante la Revolución, los gobiernos de Victoriano Huerta y de Venustiano Carranza concentraron su atención en otras prioridades. Ninguno de los dos líderes contaba con recursos para detener el éxodo de trabajadores mexicanos fuera del país. Manuel Gamio, influyente

<sup>70</sup> Fyfe, *The Real Mexico...*, 67-68; véase también “The Mexican Invaders of El Paso”, *Survey* 36, 8 de julio de 1916, 380-381.

<sup>71</sup> Entrevista con Jesús Moreno (Los Ángeles: 15 de noviembre de 1972). Algunos empresarios estadounidenses en México informaron, en mayo de 1924, que en el norte de la ciudad de México los trabajadores ganaban entre 1.50 y dos dólares al día y “con sólo cruzar la frontera con Estados Unidos, los salarios son cerca del doble de lo que se paga en el norte de México”. Véase “Mexican Labor and Foreign Capital”, *Independent*, no. 112, 24 de mayo de 1924, 276.

integrante de la Secretaría de Fomento durante el gobierno de Carranza, sugirió en su estudio *Forjando patria* (1916) que el gobierno podía mejorar la economía si enviara a “nuestros trabajadores a centros industriales extranjeros para que incorporen las experiencias extranjeras en sus aptitudes industriales tradicionales”.<sup>72</sup> Hacia 1918, el gobierno mexicano creía que si algún trabajador hubiera seguido las sugerencias de Gamio, ya habría regresado. Ese año *La Prensa de Los Ángeles* publicó numerosos artículos que subrayaban las excelentes oportunidades que tenían en México los trabajadores oriundos. Tal propaganda se ligaba a los exitosos esfuerzos del gobierno mexicano por encontrar empleos para “miles de mexicanos que regresaron a nuestro país durante los últimos meses”. Los gobernadores de Baja California y de Coahuila declararon que había trabajo para más de ocho mil hombres. “Para los trabajadores que no deseen permanecer en los estados de Durango y Chihuahua se han hecho todos los arreglos, incluyendo transporte y comida, para trabajar en Yucatán, donde se pagan los salarios más altos de México”.<sup>73</sup>

Carranza reconoció que los mexicanos que emigraron a Estados Unidos encontraron muchas privaciones allá y como presidente hizo diversos intentos para llegar a un acuerdo entre el movimiento laboral de México y el de Estados Unidos. Por exigencias del presidente del AFL, Samuel Gompers, los representantes de Carranza viajaron a Washington en 1916 para asistir a una reunión en que se discutió la integración de un sindicato internacional de trabajadores. El propósito detrás de la creación de esta organización era facilitar la sindicalización de mexicanos en el suroeste de Estados Unidos y de los estadounidenses en México. Sin embargo, cuando la guerra en Europa llegó a su fin, Gompers, preocupado porque los extranjeros habían ocupado miles de trabajos que pertenecían a los estadounidenses, perdió interés en la aventura de cooperación laboral con México.<sup>74</sup>

<sup>72</sup> Manuel Gamio, *Forjando patria*, 2ª ed. (México: Porrúa, 1960 [1916]), 147. Los esfuerzos de Carranza por lograr la estabilidad interna son analizados por Douglas W. Richmond, “El nacionalismo de Carranza y los cambios socioeconómicos: 1915-1920”, *Historia Mexicana* 26 (julio-septiembre de 1976): 107-131.

<sup>73</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 23 de febrero de 1928.

<sup>74</sup> “For a Pan American Movement”, *Survey* 36, 15 de julio de 1916, 402-404; “Mexican Labor Conference in Washington”, *Survey* 36, 8 de julio de 1916, 382. Gompers observó que, en las huelgas mineras de Arizona de 1915, los trabajadores estadounidenses y mexicanos habían

La primera guerra mundial (1914-1918) dio un ímpetu sin precedente a la actividad económica en el sur de California e incrementó por ende la necesidad de trabajadores no calificados en esa región. Esto contribuyó a la decisión de muchos trabajadores mexicanos de abandonar las zonas urbanas de México para buscar mejores perspectivas en Los Ángeles y en otras ciudades de Estados Unidos. Esta inmigración se hizo evidente particularmente en 1917 y 1918 cuando, a pesar de la esperanza creciente entre los mexicanos de que la Revolución llegaba a su fin, las condiciones de vida en México no habían mejorado. Thomas Edward Gibbon, residente de Los Ángeles, visitó la ciudad de México en 1918 e informó que su población había alcanzado el millón de habitantes, factor que generaba incrementos en los precios de las rentas y de la alimentación.<sup>75</sup> Otros informes muestran que, alrededor de 1917, los comercios se encontraban en desventaja “por la falta de un sistema de crédito y por las restricciones de circulante”, el cual, de acuerdo con fuentes informadas, representaba apenas la mitad del volumen total del periodo prerrevolucionario.<sup>76</sup>

La primera guerra mundial estimuló la exportación de petróleo, algodón y henequén a Estados Unidos, pero el número de personas adicionales que requirieron estos sectores de la economía tuvo sólo un leve impacto en disminuir las cifras de desempleo. Efectivamente, en 1917, la mayoría de los trabajadores en los campos petroleros eran estadounidenses. El incremento en la exportación de bienes, la mayor parte a través del ferrocarril, mantuvo abierto el tránsito entre México y Estados Unidos, lo que dio a los inmigrantes la oportunidad de utilizar los trenes para viajar al norte. Las ventas de suministros para la guerra a Estados Unidos provocaron también la necesidad de mantenimiento y reparación de las vías que conectaban los campos petroleros y las zonas altamente productivas de algodón y henequén.

---

“permanecido hombro a hombro” y que le hubiera gustado ver extenderse esta clase de cooperación en ambos lados de la frontera. (“For a Pan American Movement”, 402). Para un análisis completo de esta interacción, véase Ricardo Romo, “Responses to Mexican Immigration, 1910-1930”, *Aztlán: International Journal of Chicano Studies Research* 6 (1975): 173-194.

<sup>75</sup> Gibbon, *Mexico under Carranza*, 31.

<sup>76</sup> “The Present State of Mexico”, *American Review of Reviews* 56 (septiembre de 1917): 281.

Un comentarista observó que “se siguió proporcionando el servicio regular del tren de Laredo a México durante algunos meses [en 1917], sólo con algunas interrupciones”.<sup>77</sup>

La recuperación económica de México, que tuvo un estímulo durante los años de la guerra, fue más evidente en la producción de materias primas. Durante esos años de guerra, el algodón alcanzó una producción récord de 79 000 toneladas métricas en 1918, tres veces más de lo que se había producido al final del siglo bajo el mandato de Díaz.<sup>78</sup> La demostración más fehaciente de la recuperación de México en el terreno económico fue la extracción de petróleo crudo. Ésta, que sumó un total de doce millones de barriles en 1911, llegó a los 156 000 000 de barriles en 1920.<sup>79</sup> La industria de la guerra abrió nuevos puestos para los trabajadores mexicanos, no obstante que los de estas industrias continuaron explorando la posibilidad de vender su trabajo al norte del Río Bravo.

La primera guerra mundial fue también beneficiosa para la industria mexicana del henequén. Aunque crece principalmente en dos estados, Yucatán y Campeche, éste se encontraba en segundo lugar después del algodón como el producto agrícola más importante entre las décadas de 1880 y 1920. Antes de la primera guerra, el henequén era utilizado exclusivamente para amarrar costales de las cosechas de trigo estadounidense y europeo. Cuando estalló la conflagración, su demanda se intensificó para ser utilizado también en los barcos y en las industrias de empaque. Mientras la producción fue alta, muchos de los trabajadores que habían huido de las plantaciones durante la Revolución decidieron no regresar.<sup>80</sup>

<sup>77</sup> *Ibid.*

<sup>78</sup> Charles C. Cumberland, *Mexico: The Struggle for Modernity* (Nueva York: Oxford University Press, 1968), 372.

<sup>79</sup> Chester Lloyd Jones, *Mexico and Its Reconstruction* (Nueva York: D. Appleton, 1921), 206-208. Véase las cifras de producción de petróleo como claro indicador del crecimiento económico en Wilkie, *The Mexican Revolution...*, 197.

<sup>80</sup> Cleland, *The Mexican Year Book...*, 242; Schnitzler, ed., *The Republic of Mexico...*, 63, 145, 167; Kemmerer, *Inflation and Revolution...*, 41.

## IV

Después de la muerte de Zapata en 1919 y de Carranza en 1920, comenzó a menguar la violencia que acompañó la Revolución. Una nueva era se inició con las elecciones de 1920. No obstante, las fuerzas que llevaron a un número récord de mexicanos a abandonar su patria en la década posterior a la Revolución demostraron que, para millones de campesinos sin tierra, el final de ésta no les prometía sino pálidamente un mejor futuro; los factores económicos siguieron constituyendo la más importante y única razón para que abandonaran México, si bien otros factores de “presión” revistieron cierta importancia.<sup>81</sup>

En la década de los veinte, los líderes mexicanos, con la Constitución, prometieron a las masas mayores privilegios laborales, libertad religiosa a través de la separación de la Iglesia y el Estado y la redistribución de la tierra. Sin embargo, de acuerdo con un historiador mexicano, “mientras las principales metas de los trabajadores estaban plasmadas nominalmente en las leyes, los empresarios locales y las empresas extranjeras disfrutaban de privilegios especiales”.<sup>82</sup> Ciertamente, en el terreno laboral, los líderes mexicanos prometieron mejores días por venir. “La verdad es —dijo el presidente Plutarco Elías Calles a un reportero de *El Demócrata* el 18 de abril de 1924— que, hasta ahora, la industria, la agricultura y la minería en México han sido fundadas y desarrolladas a costa del estómago de los trabajadores, es decir, sobre la base del salario más bajo que permitiera a los trabajadores seguir viviendo”. Calles reconoció que las garantías que ofrecía al trabajo la Constitución de 1917 no eran tan amplias como para que mejorara considerablemente. En una reunión de partido en Morelia, Michoacán, en 1924, Calles dijo: “Quiero ver a las industrias florecer y desarrollarse. Sólo les pido que las relaciones entre industriales y trabajadores se establezcan sobre bases más humanas. Pido a los industriales que consideren al trabajador

<sup>81</sup> Wayne A. Cornelius, *Mexican Migration to the United States: Causes, Consequences, and U.S. Responses* (Cambridge, Mass.: Center for International Studies, MIT, 1978), 13-18. Véase también Samuel Taylor Moore, “Smuggled Aliens”, *Independent*, no. 112, 24 de mayo de 1924, 273-274, 296.

<sup>82</sup> Ramón Eduardo Ruiz, *Labor and the Ambivalent Revolutionaries: Mexico, 1911-1923* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976), 31.

como algo menos que una máquina y como algo más que una bestia [...]”.<sup>83</sup>

El nivel de salarios es la mejor demostración de las condiciones en que se encontraban los trabajadores mexicanos durante los veinte. En la deprimida economía mexicana de principios de esa década, los trabajadores agrícolas ganaban menos de un peso (aproximadamente 50 centavos de dólar) al día. En 1925, Nathan L. Whetten encontró que los trabajadores rurales peor pagados en México —los que provenían de los estados centrales de Guanajuato y Michoacán, quienes recibían un salario diario de 35 a 41 centavos de dólar en México (el más bajo en la república)— difícilmente ganaban lo necesario para mantener a una familia promedio. Las estadísticas gubernamentales de México indican que los mineros, que estaban entre los trabajadores industriales mejor pagados, ganaban solamente 1.25 dólares al día durante la década de los veinte. En Arandas, Jalisco, Paul S. Taylor calculó que los salarios de los trabajadores urbanos, que en 1915 habían alcanzado el récord máximo de 75 centavos de dólar debido al surgimiento de las industrias de guerra, realmente se habían incrementado muy poco: en promedio un dólar al día hacia 1928.<sup>84</sup> Ernest H. Gruening, senador de Estados Unidos quien visitara México en 1928, halló que los trabajadores urbanos ganaban de 3 a 4 pesos al día si tenían empleos no calificados y de 6 a 10 pesos diarios si estaban calificados.<sup>85</sup>

José Novoa, quien se ganaba la vida en Los Ángeles a fines de los veinte como trabajador de la compañía ferrocarrilera de Santa Fe, fue uno de los muchos emigrantes que abandonaron México durante la década posrevolucionaria. En 1924, año de su emigración, trabajaba como recolector de basura para el municipio de Maravilla, Zacatecas. Como laboraba siete días a la semana por un salario diario de 1.25 pesos, equivalente a 62 centavos de dólar, Novoa partió en busca de una vida mejor. Con la ayuda de un tío que ya trabajaba en Estados

<sup>83</sup> De la colección de discursos de Calles publicada en Plutarco Elías Calles, *Mexico before the World* (Nueva York: New York Academy Press, 1927), 59.

<sup>84</sup> Whetten, *Rural Mexico...*, 261; Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Community...*, 24. Los mexicanos enfrentaron también épocas difíciles a principios de la década de 1920. Véase, Lawrence A. Cardoso, “La repatriación de braceros en época de Obregón: 1920-1923”, *Historia Mexicana* 26 (abril-junio de 1977): 576-595.

<sup>85</sup> Ernest H. Gruening, *Mexico and Its Heritage* (Nueva York: Century, 1928), 347.



Unidos, y acompañado por su abuelo, un ferrocarrilero temporal, el joven José cruzó la frontera norte por Ciudad Juárez, Chihuahua.<sup>86</sup>

No era poco frecuente que los migrantes a Los Ángeles hubieran sido parte del flujo migratorio en su propio país, como fue el caso de Carlos Almazán, quien creció en una pequeña granja en Zamora, Michoacán, y de muy joven partió a la ciudad de México, donde se dedicó a administrar una carnicería. Más adelante se volvió comerciante de frutas. Cuando perdió todos los recursos invertidos en ese negocio, emigró al norte. Cruzó El Paso en 1923 y siguió su camino hacia Los Ángeles, donde después de dos días encontró empleo como trabajador manual en la compañía Simons Brick del barrio de East Los Angeles.<sup>87</sup>

Los críticos del gobierno mexicano vieron la emigración como signo de la incapacidad de México para resolver sus problemas. Uno de esos críticos, Marcelo Villegas, escribió en 1928: “El pueblo de México, con el deterioro de las industrias y la falta de cultivo de las tierras, está destrozado, hambriento y se ve empujado a abandonar su propio país”.<sup>88</sup> Una severa disminución de la población en muchos estados de México, entre 1910 y los primeros años de la década de los veinte, reflejó la fuerte emigración de trabajadores a Estados Unidos. Excepto dos, todos los estados que padecieron una importante emigración registraron pérdidas poblacionales. La emigración más importante fue de Guanajuato, Michoacán, Jalisco y San Luis Potosí, los cuales contribuyeron grandemente a la integración de la colonia mexicana de Los Ángeles. Las dos excepciones, el Distrito Federal y Coahuila, perdieron pobladores que emigraron a Estados Unidos y, sin embargo, registraron pequeños aumentos poblacionales entre 1921 y 1930. Durango, que había registrado un crecimiento poblacional de 2.64 por ciento entre 1900 y 1910, sufrió una baja de 3.22 por ciento entre 1910 y 1921 y experimentó un incremento poblacional casi normal, de 2.16 por ciento entre 1921 y 1930. Al mismo tiempo, Baja California\* registró un incremento poblacional casi dos veces supe-

<sup>86</sup> Entrevista con José Novoa, Los Ángeles, 8 de septiembre de 1972.

<sup>87</sup> Gamio, *The Life Story...*, 87-88.

<sup>88</sup> Marcelo Villegas, “The Soviet System, Mexican Style: The Red Thread in the Mexican Maze”, *Outlook*, 17 de octubre de 1928, 969.

\* El estado de Baja California fue proclamado constitucionalmente en 1952, antes era el Territorio de Baja California Norte (n. del trad.).

rior a cualquiera de los principales estados del interior de México que registraron importantes emigraciones.<sup>89</sup>

Pocas mujeres solteras emigraron a Los Ángeles durante la década de los veinte. En casi cada ciudad que registró inmigración mexicana, los hombres constituían una mayor proporción frente a las mujeres, y difícilmente éstas salían solas de México. En la mayoría de los casos, la familia emigraba en grupo o el esposo cruzaba solo a Estados Unidos y mandaba traer a su mujer e hijos cuando había encontrado trabajo y lugar donde vivir. Había, no obstante, sus excepciones, como es el caso de Elisa Silva, quien en 1924, a la edad de veinte años, dejó su casa en Mazatlán, Sinaloa, con su madre viuda y dos hermanas. Su decisión de vender todas sus pertenencias para emigrar a Estados Unidos derivó de la información que recibió en el sentido de “que había buenas oportunidades para ganar dinero en Los Ángeles, trabajando como extras en las películas y de otras formas”.<sup>90</sup>

Durante la década de los veinte, el descontento laboral seguía inquietando a los líderes políticos de la república. En 1925, Moisés Sáenz, subsecretario de Educación Pública, proporcionó datos estadísticos que mostraban una disminución en el número de huelgas en los años de 1922 a 1925, como prueba del “creciente bienestar de la clase trabajadora”. Aun cuando Sáenz afirmaba que los salarios de los trabajadores habían aumentado, concluía que “si bien ha habido un claro mejoramiento de los salarios, lo que recibe el promedio de los trabajadores no es suficiente para atender las elementales necesidades del hombre civilizado”.<sup>91</sup> El punto central, como muchos lo veían, se refería al número de concesiones que el gobierno estaba dispuesto a dar a los trabajadores. Como manifestó el historiador Ramón Eduardo Ruiz, el presidente Álvaro Obregón “mantuvo intacto el sistema capitalista, favoreció generalmente a los patrones, entorpeció el desarrollo de los sindicatos, pervirtió las ideas del federalismo y burló los ideales de la Revolución”<sup>92</sup> durante los primeros años de la déca-

<sup>89</sup> DGE, *Quinto censo de población, 1930*, 33.

<sup>90</sup> Gamio, *The Life Story...*, 159.

<sup>91</sup> Moisés Sáenz y Herbert I. Priestley, *Some Mexican Problems* (Chicago: University of Chicago Press, 1926), 44, 50.

<sup>92</sup> Ruiz, *Labor...*, 94.

da de los veinte. Todas estas políticas actuaban en contra de los incrementos a los salarios reales de los trabajadores de la industria.

Adicionalmente a la debilidad del movimiento laboral, las inequidades del sistema educativo contribuyeron fuertemente a los bajos salarios de los trabajadores y consecuentemente a su tendencia a emigrar a Estados Unidos. En los años prerrevolucionarios, sólo las clases altas se habían dado el lujo de una educación más allá de la elemental. En 1920, los líderes mexicanos destinaron un número de recursos sin precedente a los educadores con el propósito de terminar con el analfabetismo. Los obstáculos para educar a las masas y eliminar el analfabetismo eran verdaderamente formidables. Las estadísticas del gobierno mostraban que, durante esos años, 60 por ciento de la población no sabía leer ni escribir. Más aún, en la década posterior a la Revolución, sólo una pequeña minoría de la población mexicana tenía la oportunidad de asistir a clases en la universidad.<sup>93</sup>

La reforma de los años posrevolucionarios estaba ligada no sólo a la educación sino a prácticamente todas las instituciones nacionales de envergadura. Inmediatamente después de que la nación había conmemorado sus primeros cinco años de paz, comenzaron las dificultades con el pleito entre la Iglesia Católica Romana y los reformistas políticos en el gobierno. El conflicto religioso atrapó a México por casi tres años, enfrentando a dos poderosos grupos sobre la cuestión de “quien controlaba al pueblo mexicano”. La jerarquía católica y los políticos se disputaban la educación, la distribución de la tierra y la organización del trabajo.

El decreto del 14 de junio de 1926, del presidente Plutarco Elías Calles, que ordenó la aplicación estricta de las disposiciones constitucionales sobre la religión, detonó la confrontación entre la Iglesia y el Estado. Estas disposiciones hacían ilegal que los ministros extranjeros participaran en actos religiosos, prohibían la participación de la Iglesia en la educación y dejaban fuera de la ley el funcionamiento de las órdenes monásticas y los conventos. Los católicos mexicanos “respondieron con vehemencia a la publicación del decreto”.<sup>94</sup> La

<sup>93</sup> William English Walling, *The Mexican Question* (Nueva York: Robin Press, 1927), 69; véase también Rafael Nieto, “Mexico Yesterday and Today”, *Living Age*, no. 326, 4 de julio de 1925, 7-11.

<sup>94</sup> Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929* (Bloomington: Indiana University Press, 1973), 176.

controversia afectaba distintas cuestiones y ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder. Un académico de la época señaló que el clero católico había acusado al presidente Calles de aplicar políticas bolcheviques que intentaban cambiar completamente la vida y el régimen legal del pueblo mexicano. En la convención anual de los Caballeros de Colón, los líderes católicos convocaron a los integrantes de la organización para reunir un millón de dólares con el fin de lanzar una campaña de educación “tendiente a eliminar las políticas de la Rusia soviética de la filosofía de la vida mexicana”.<sup>95</sup> La Iglesia financió y organizó un boicot económico que produjo escasos resultados tangibles, de hecho no hubo alteración en los negocios. El gobierno de Estados Unidos, que durante esa época sostenía reuniones de alto nivel con México sobre las implicaciones de la Constitución de 1917 sobre los privilegios de los estadounidenses relativos a la propiedad y la perforación de pozos petroleros, decidió asumir una postura muy cuidadosa respecto al conflicto religioso. Sin embargo, el 15 de agosto de 1926, los agentes del gobierno de Estados Unidos se alinearon con Calles al arrestar en San Diego, California, al líder de la facción católica, el general Enrique Estrada, secretario de la Defensa en tiempos del presidente Obregón, junto con 174 seguidores. La mayor parte de los hombres habían sido reclutados cerca de Los Ángeles.<sup>96</sup>

En Jalisco, hogar de miles de emigrados a Los Ángeles durante la década de 1920, la Iglesia agrupó a muchos seguidores y el Estado se convirtió en campo de batalla de la confrontación religiosa conocida como movimiento cristero. Relatos sobre la actividad de los rebeldes en Jalisco circularon por todo México, mientras los funcionarios mexicanos tenían que enfrentar rumores en el sentido de que la administración de Coolidge “estaba haciendo planes para fomentar una revolución en México o para entrar en guerra con esa nación”.

<sup>95</sup> Charles W. Hackett, “Mexican President Accused of Bolshevism by Church”, *Current History* 25 (octubre de 1926): 120, 121; véase también ídem, “Mexican Government Frees Imprisoned Catholics”, *Current History* 26 (septiembre de 1927): 958-960. En Los Ángeles, el presidente provisional anterior, Adolfo de la Huerta, emitió una declaración el 5 de mayo de 1927 en el sentido de que había más de treinta mil hombres armados peleando en contra del gobierno de Calles. Véase “Mexico”, *Current History* 26 (julio de 1927): 637.

<sup>96</sup> Hackett, “Mexican President Accused”, 121.

En julio de 1927, oficiales del ejército mexicano declararon “zona neutral” una extensión de 12 872 kilómetros cuadrados en Los Altos, Jalisco, y ordenaron que todos se concentraran “en doce pueblos específicos a riesgo de ser considerados rebeldes”. Carleton Beals, antropólogo estadounidense que hacía trabajo de campo en Jalisco durante el conflicto, informó que las consecuencias de esta acción militar habían resultado en una pesada carga sobre los pequeños agricultores y sobre la clase trabajadora en general. La gente pobre, señaló Beals, “tiene que dejar su casa y su seguridad. Todo lo que ha dejado atrás quedó a merced absoluta de bandas de asaltantes y de soldados pillos”.<sup>97</sup> En Arandas, Jalisco, Paul S. Taylor encontró que un gran número de personas emigraron a Estados Unidos durante el movimiento cristero. Estimó que cuatrocientas personas se marcharon de Arandas en 1926, seiscientas en 1927 y doscientas en 1928.<sup>98</sup>

El movimiento cristero alcanzó su punto más álgido en abril de 1927. Lo que cambió todo fue el ataque de los rebeldes al tren de pasajeros que iba de Guadalajara a la ciudad de México. Los rebeldes, unos quinientos, descarrilaron el tren y le prendieron fuego, matando a guardias y pasajeros, luego echaron gasolina al vagón de pasajeros quemando tan seriamente a varias personas que quedaron imposibilitadas para moverse. Los rebeldes huyeron después de haber tomado 150 000 pesos del vagón de correo y todo el equipaje. La confirmación del campamento rebelde de que el ataque había sido encabezado por dos sacerdotes produjo un predecible escándalo en la prensa. El número de pasajeros y de guardias asesinados nunca fue determinado, las estimaciones varían entre cien y ciento cincuenta muertos.<sup>99</sup> A partir de entonces, las fuerzas católicas se tornaron masivamente impopulares y se convirtieron en el blanco de las represalias del gobierno.

Estos conflictos internos formaban parte de los problemas del gobierno mexicano en su reorganización administrativa. El presidente

<sup>97</sup> Carleton Beals, “Civil War in Mexico”, *New Republic*, no. 51, 6 de julio de 1927, 166; véase también “Mexico and Central America”, *Current History* 26 (mayo de 1927): 310.

<sup>98</sup> Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Community...*, 39.

<sup>99</sup> Quirk, *The Mexican Revolution*, 208; véase también Victor Alba, *The Mexicans: The Making of a Nation* (Nueva York: Praeger, 1967), 161-162; y David C. Bailey, *¡Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1974), 141-142.

Calles se quejó, durante la controversia con la Iglesia de que las cuestiones clericales habían surgido en un momento cuando estaba “profundamente preocupado con la solución de los grandes problemas nacionales”, que incluían “la educación pública, el desarrollo industrial y agrícola del país y el movimiento social contemporáneo”.<sup>100</sup>

El gobierno enfrentó su mayor reto y disfrutó su menor éxito en la cuestión de la reforma agraria. La Constitución de 1917 había prometido tierra a los campesinos. Bajo el mandato del presidente Obregón, el Congreso mexicano había aprobado la Ley Ejidal, que prometía distribuir dieciséis millones de hectáreas controladas por el gobierno a los campesinos. No obstante, hacia mediados de la década de los veinte, el gobierno había distribuido solamente 3.2 por ciento de esos terrenos.<sup>101</sup> Frank Tannenbaum, historiador estadounidense que estaba de visita en México en 1928, escribió que “incluso hoy, aproximadamente 75 por ciento de todas las comunidades de México está ubicado dentro de propiedad privada y [...] en algunos de los estados la proporción puede ser del orden de 90 por ciento del total de los lugares habitados”.<sup>102</sup> Tan alta concentración de tierra en tan pocas manos y el hecho de que más gente trabajaba más duro en el campo durante la década de los veinte que en la precedente probaban la ausencia de cambios fundamentales en los dos primeros mandatos presidenciales de la república. En efecto, buena parte de la tierra distribuida durante esta década como medio para paliar el descontento agrario era tierra que no había sido cultivada anteriormente. Carentes de equipo moderno y de suficientes sistemas de riego, los pequeños campesinos se percataron de que las pequeñas parcelas recibidas difícilmente podrían proporcionarles más que un nivel mínimo de subsistencia.<sup>103</sup>

<sup>100</sup> Calles, *Mexico before the World*, 125. Sobre la cuestión agraria, véase Ricardo J. Zevada, *Calles el presidente* (México: Nuestro Tiempo, 1971), en especial los capítulos 6 y 7; y Frank Tannenbaum, *Peace by Revolution: An Interpretation of Mexico* (Nueva York: Columbia University Press, 1933), 187-257.

<sup>101</sup> Sáenz y Priestley, *Some Mexican Problems...*, 123.

<sup>102</sup> Frank Tannenbaum, “Making Mexico Over”, *New Republic*, no. 55, 18 de julio de 1928, 216.

<sup>103</sup> Eyler Simpson, *The Ejido, Mexico's Way Out* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1937), 34-35; Frank R. Brandenburg, *The Making of Modern Mexico* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1964), 69.

En una reunión pública de su partido en Morelia, Michoacán —región lacerada por el alto desempleo y una reforma agraria casi inexistente— el presidente Plutarco Elías Calles expuso que todos los grandes terratenientes percibirían grandes utilidades por medio de la distribución de tierras entre todos los pueblos de la república, “porque, entonces [los terratenientes] estarían impelidos a cultivar toda la tierra que les resta, convirtiéndose a sí mismos en verdaderos agricultores bajo la espuela de la necesidad”.<sup>104</sup> Esta lógica resultaba de poco peso para quienes estaban acostumbrados a poseer enormes haciendas. La distribución de la tierra no se volvería una realidad en México a menos que el gobierno pusiera todos sus recursos para apoyarla.

Un caso particular, el de Ramón García, ilustra lo que ganaban los pequeños agricultores en la meseta central durante 1920. García, nacido en 1906, pasó su primera juventud ayudando a su padre a cuidar un pequeño número de cabezas de ganado y cosechando alimento. A pesar de que la familia sobrevivió el periodo revolucionario sin mayores complicaciones, los años de la posguerra la dejaron con la sola promesa de un futuro apenas mejor. Cuando Ramón García cumplió 18 años, su familia había crecido hasta quedar integrada por once personas. Entonces, la responsabilidad de Ramón había crecido y él se sentía atormentado por no poder contribuir más al ingreso familiar. Por primera vez escuchó con interés los relatos de varios de sus amigos sobre la abundancia de trabajos al otro lado de la frontera. Ese año, 1924, decidió dejar Jalisco. Primero viajó a Aguascalientes en mula, ahí pagó 36 pesos (18 dólares) y abordó un tren a la frontera. Llegó finalmente a Los Ángeles, donde consiguió un trabajo en la compañía ferroviaria Southern Pacific. Tuvo más suerte que otros, debido a que en Los Ángeles su trabajo era permanente. Ramón García dejó México con el sueño de regresar en algún momento a su patria. Sin embargo, prefirió cumplir sus sueños en Estados Unidos y no regresó a México sino de visita hasta mediados de la década de los cincuenta. La decisión de García de emigrar se relacionaba con la falta de oportunidades económicas y las pobres condiciones materiales

<sup>104</sup> Calles, *Mexico before the World*, 58. Puede encontrarse un análisis externo sobre los problemas de México con la distribución de la tenencia de la tierra en “Mexico’s Land Problem”, *Outlook*, 20 de agosto de 1924, 592-593.

del ambiente rural, así como por la promesa de condiciones más favorables en otras partes.<sup>105</sup>

En contraste con las dificultades experimentadas por trabajadores, como Ramón García, de los estados centrales, los del norte de México encontraron empleos más estables y salarios una cuarta o una tercera parte más altos. Los estados norteros de Baja California, Sonora, Tamaulipas y Nuevo León registraron altos aumentos en los índices de población, debido sobre todo a la inmigración, signo que mostraba que estaban pasando por periodos de prosperidad. Baja California reflejó un aumento de 25 por ciento en el total de personas que integraban la fuerza laboral entre 1900 y 1930. Durante el mismo periodo, Zacatecas, en la región central, registró una brusca caída en el número de personas que tenía un trabajo de tiempo completo. Como lo hizo notar un autor en 1924:

Los salarios siempre han sido más altos en el norte de México que en el sur y siempre ha existido un permanente flujo de sur a norte en busca de trabajo. Actualmente, en el sur de México, un trabajador calificado gana entre 1.50 a dos dólares al día y no tiene sino que cruzar la frontera con Estados Unidos para encontrarse con salarios de casi el doble que en el norte de México.<sup>106</sup>

A lo largo de todo el siglo xx, la región norte le ofreció a los mexicanos amplios trabajos en la minería, los ranchos y el transporte. De 1900 a 1930, la población de Sonora creció alrededor de 30 por ciento y la de Tamaulipas alrededor de 36.4 por ciento; en contraste, la población de Jalisco creció únicamente 8.1 por ciento y Guanajuato decreció 6.9. Estas estadísticas muestran claramente los enormes cambios demográficos generados por los acontecimientos económicos.<sup>107</sup> Los nuevos trabajadores que migraron al norte generaron, por su parte, nuevas demandas de producción de alimentos y de otros bienes. A lo largo del Río Bravo, los pequeños distribuidores comerciales encontraron a los pueblos de la frontera listos para la explotación

<sup>105</sup> Entrevista con Ramón García, Los Ángeles, 15 de octubre de 1972.

<sup>106</sup> "Mexican Labor and Foreign Capital", *Independent*, no. 112, 24 de mayo de 1924, 276.

<sup>107</sup> Calculado a partir de DGE, *Quinto censo de población, 1930*, 3; e ídem, *Anuario estadístico, 1930*, 34, 50-52.



comercial. El norte, que también había sufrido por la Revolución, rápidamente reconstruyó sus pueblos y abrió conexiones ferroviarias en el interior y con la frontera de Estados Unidos. Hizo rápidos ajustes al quebrantamiento de los ranchos de ganado. Al inicio de la década de los veinte, los rancheros en el norte vendían nuevamente a clientes mexicanos y estadounidenses. Más aún, las mercancías mexicanas y estadounidenses enviadas al interior de México desde la región de la frontera requerían de una legión de distribuidores y empaques, mientras que los artesanos ganaban buenos salarios.

No obstante, a pesar de que las condiciones en los estados del norte eran mucho mejores que en otras partes del país, los trabajadores seguían emigrando a Estados Unidos. Por ejemplo, Manuel Terrazas, habitante del estado fronterizo de Chihuahua, consideró por vez primera la posibilidad de abandonar la casa a sus 18 años cuando un amigo trató de persuadirlo de emigrar con él a Estados Unidos. Era 1919 y la ciudad de Chihuahua había sido devastada por la Revolución. Incapaz de convencer a su mamá de que le permitiera ir al norte, permaneció en su lugar natal hasta que, en 1926, su familia tuvo la oportunidad de ir a Ciudad Juárez para una estancia temporal. Una vez asentado en la ciudad fronteriza, Manuel Terrazas cumplió su sueño de trabajar en Estados Unidos cuando cruzó de Ciudad Juárez a El Paso hacia fines de 1926. Como había escuchado que existía gran demanda de trabajadores ferroviarios para integrar la tripulación, rechazó una oferta para trabajar como tal y en su lugar aceptó un trabajo en El Paso como jornalero. Se enteró de oportunidades de trabajo en el sur de California a través de un amigo y en un año había firmado como enganchador (contratista de trabajadores) para trabajar en el estado dorado (*golden state*). Finalmente, consiguió un empleo con una compañía petrolera en Los Ángeles como trabajador no calificado, el cual conservó por cerca de 25 años.<sup>108</sup>

El tremendo flujo de migrantes mexicanos a los estados del norte durante y después de la Revolución tuvo grandes consecuencias en el crecimiento de las comunidades urbanas fronterizas. Como muestra el cuadro 1, algunas ciudades registraron notables aumentos entre 1910 y 1930.

<sup>108</sup> Entrevista con Manuel Terrazas, Los Ángeles, 10 de noviembre de 1972.

CUADRO 1  
CRECIMIENTO POBLACIONAL EN LAS PRINCIPALES  
CIUDADES FRONTERIZAS, 1910-1930

<i>Ciudad</i>	<i>Población 1910</i>	<i>Población 1930</i>	<i>% de crecimiento</i>
Juárez	10 621	39 666	273.5
Mexicali	462	14 842	3 112.6
Tijuana	7 330	8 384	14.4
Piedras Negras	8 518	15 878	86.4
Matamoros	4 444	6 001	35
Villa Acuña	933	5 350	473.4
Villa Frontera	2 109	5 601	165.6
Nogales	3 117	14 061	351.1
Nuevo Laredo	8 143	21 636	165.7
Monterrey	75 528	132 577	75.5

Mexicali, en la frontera con California, creció a más de 3 000 por ciento, beneficiado por la expansión de las conexiones del ferrocarril en la región. En los años anteriores a que los ferrocarriles mexicanos llegaran a Tijuana, Mexicali era uno de los principales puertos de entrada con destino a California. En aquellos tiempos, Ciudad Juárez y Nuevo Laredo, los pueblos mexicanos más grandes de la frontera, no crecieron de manera espectacular, pues la población de estas dos comunidades se dispersó sobre las ciudades gemelas de El Paso y Laredo, Texas.

Durante la década de los veinte, la mayoría de los emigrantes mexicanos que llegaron a Los Ángeles pasaron por los pueblos texanos de la frontera. Durante el mismo periodo, el flujo de migrantes impulsó también el acelerado crecimiento de nuevos pueblos en aquella región. Entre 1921 y 1940, el número de pueblos en el norte creció de 14 637 a 27 655, una tasa de crecimiento significativamente mayor que la de los pueblos de la región del centro.<sup>109</sup>

<sup>109</sup> DGE, *Anuario estadístico*, 1942, 321.

Los emigrantes que llegaron a Los Ángeles antes de la Revolución mexicana frecuentemente regresaban a México durante los meses de invierno, cuando era difícil encontrar trabajo en los campos agrícolas o escaseaba el empleo en los ferrocarriles. Durante los años de la Revolución, esta migración de temporada se volvió peligrosa, si no imposible, debido a las operaciones militares. Los datos del censo mexicano enlistan la entrada de inmigrantes en dos categorías diversas: 1) *repatriados, nacionales e inmigrantes extranjeros*, y 2) *visitantes, inmigrados, turistas nacionales y extranjeros y transmigrantes*. En 1910, por ejemplo, México registró una entrada de 86 909 inmigrantes de Estados Unidos en la primera categoría. Esta cifra bajó a 20 381 en 1914, año más difícil de la contienda, y llegó a su punto máximo en 1924, cuando 159 507 personas (la mayoría ciudadanos mexicanos) ingresaron a México. Al paso de los años, el porcentaje de migrantes empleados en trabajos temporales varió de 30 a 50 por ciento. A pesar del alto número que iba y venía a uno y otro lado de la frontera, un número muy considerable permaneció en Estados Unidos. El censo de Estados Unidos de 1930 proporciona datos cuantitativos que consignan que la población mexicana creció casi 100 por ciento: de 729 992 en 1920 a 1 422 533 en 1930.<sup>110</sup>

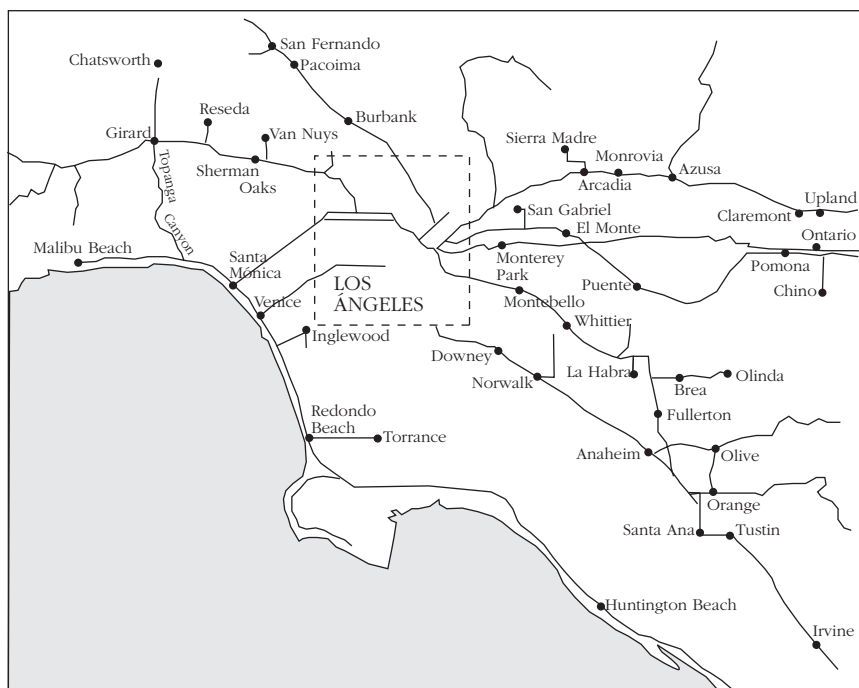
## V

En síntesis, puede decirse que, de 1900 a 1930, la insatisfacción con las condiciones económicas y sociales de México y el relativamente fácil acceso a Estados Unidos ocasionaron que miles de mexicanos emigraran a Los Ángeles. Durante este periodo, México sufrió una transformación enorme. Quienes dejaron México durante esa generación lo hicieron en una época de tiranía y despotismo. La migración creció con la caída de la dictadura y alcanzó su cúspide durante los años del conflicto civil, cuando las industrias del suroeste de Estados Unidos empezaron a procesar grandes pedidos derivados de la

<sup>110</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States: 1930, Abstract of the Census*, 130; Lawrence A. Cardoso, *Mexican Emigration to the United States, 1897-1931: Socio-Economic Patterns* (Tucson: University of Arizona Press, 1980), 53, 94.

primera guerra mundial. La década de la reconstrucción vio llegar a Los Ángeles un número récord de mexicanos, impacientes con las instituciones de la reforma y el retraso en la estabilización de la economía. Más que en ningún otro periodo anterior, el desempleo, la inflación, el conflicto religioso, los bajos salarios y el desorden civil empujaron a los mexicanos a investigar los informes de amigos, parientes y contratistas que decían que había mejores oportunidades de vida cruzando la frontera. Estos mexicanos asentados en Los Ángeles, que planeaban regresar a su patria con una nueva fortuna y en una situación política más estable, empezaron a darse cuenta de que el regreso no era tan fácil ni tan deseable como alguna vez les había parecido.

MAPA 1  
LOS ÁNGELES Y ZONAS ALEDAÑAS



# La creación del barrio en el lado este

Durante el primer cuarto del siglo xx, la mayoría de los habitantes blancos de Los Ángeles no había prestado atención sobre la diversidad étnica que existía. En 1926, en las audiencias del Congreso donde se abordaron las restricciones a la inmigración mexicana, Charles P. Bayer de la Cámara de Comercio de Los Ángeles, rindió el siguiente testimonio: “En el sur de California no tenemos tal diversidad de nacionalidades, como ocurre en algunas de las grandes ciudades del este”.<sup>1</sup> No obstante, Bayer estimaba que la población mexicana de la ciudad era de noventa mil y admitía que la mayor parte del trabajo no calificado era realizado por este grupo. Por su parte, Garet Garret advertía en 1930 a los lectores del *Saturday Evening Post* que los residentes de Los Ángeles eran “casi en su totalidad estadounidenses de origen”, mayoritariamente del medio oeste.<sup>2</sup> La permanencia de la población hispanohablante también fue tema de los debates sobre las restricciones. Muchos estadounidenses suponían que los mexicanos eran trabajadores temporales que, cual “golondrinas”, volverían a su lugar de origen después de una corta estancia de trabajo en Estados Unidos. Se trataba de una visión equivocada, porque en Los Ángeles, hacia 1930, los mexicanos habían creado la ciudad mexicana más grande de Estados Unidos, una comunidad creciente y estable que rivalizaba en tamaño con las principales ciudades de la mayoría de los demás estados.

Durante el periodo de 1910 a 1930, la acelerada suburbanización y el crecimiento industrial empujaron a los residentes mexicanos de la comunidad de la vieja plaza hacia el este, donde el barrio registró

<sup>1</sup> U.S. Congress, House Committee on Immigration and Naturalization, *Hearings on Seasonal Agricultural Laborers from Mexico*, 69th Cong., 1ª ses. (1925-1926), 128.

<sup>2</sup> Garet Garrett, “Los Angeles in Fact and Dream”, *Saturday Evening Post*, no. 203, 18 de octubre de 1930, 142.

un crecimiento espectacular. Cuatro factores explican el desarrollo de esta concentración residencial de los mexicanos. Primero, el vertiginoso crecimiento migratorio de mexicanos, el cual generó la necesidad de nuevas viviendas, puesto que en los años comprendidos entre 1910 y 1920, la población mexicana de la ciudad creció de cinco mil a más de treinta mil; hacia 1930, esta cifra se había incrementado más de tres veces.<sup>3</sup> Segundo, la introducción de la industria y el comercio en la vieja plaza mexicana desplazó de allí las zonas residenciales. Luego de la construcción de un puerto de gran calado y de la terminación del Canal de Panamá, aumentó significativamente la demanda de espacios industriales y comerciales en la zona central empresarial. En el norte y en el sur de la plaza, los depósitos de los ferrocarriles atrajeron bodegas, distribuidores al mayoreo e industria ligera. Un tercer factor fue el desarrollo de transporte interurbano, que contribuyó a la descentralización de las industrias y de las casas de las clases medias y altas. Long Beach casi triplicó su población: de 55 593 en 1920 pasó a 142 032 en 1930, y Hollywood aumentó a 150 000 residentes durante el mismo periodo.<sup>4</sup> Finalmente, el incremento de la tensión racial y los esfuerzos por segregar a los residentes mexicanos impidieron el movimiento de estos migrantes hacia las secciones norte y oeste de la ciudad. En los años de la posguerra, estos factores afectaron drásticamente el cambio físico en Los Ángeles.

La nueva ola migratoria de mexicanos durante el primer cuarto del siglo xx forma parte de una migración general que transformó los pequeños pueblos del suroeste en centros urbanos industriales. Los mexicanos venían a Los Ángeles por tren directamente desde México a través de Nogales, Tijuana o Mexicali o indirectamente desde otros puntos del suroeste como El Paso, Douglas, Laredo y Del Río. Pocos llegaron en barco, desembarcando en San Diego o San Pedro, y unos cuantos viajaron en automóvil. El crecimiento industrial, generador de la expansión de los servicios ferroviarios hacia el

<sup>3</sup> U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census of the United States Taken in the Year 1910, Abstract of the Census*, 211, 602; *Fourteenth Census of the United States Taken in the Year 1920*, vol. 2: *Population*, 123-125; *Fifteenth Census of the United States Taken in the Year 1930*, vol. 1: *Population*, 67.

<sup>4</sup> William J. Dunkerley, *Know Los Angeles County* (Los Ángeles: County Board of Supervisors, 1930), 74-75.

este y del otro lado de las fronteras internacionales, fue un incentivo importante para atraer trabajadores mexicanos.

La composición de la población de Los Ángeles en el periodo de 1900 a 1920 indica que los mexicanos constituyeron uno de los pocos grupos relevantes de extranjeros en la ciudad. En 1900, solamente uno de cada cinco residentes (18 por ciento) provenía de un país extranjero, cifra considerablemente menor a la de otras grandes ciudades de Estados Unidos. No obstante, los mexicanos no debieron haberse sentido fuera de lugar en su calidad de migrantes, ya que dos terceras partes de la población procedía, en 1900, de otras regiones de Estados Unidos. Mientras que Nueva Inglaterra era el lugar de origen de la mayoría de los migrantes californianos (más que cualquier otra parte de la nación en 1880), hacia 1900, la mayoría de los recién llegados a Los Ángeles venía del corazón del medio oeste. Entre los que llegaron en 1900 prevalecían especialmente los granjeros del oeste de Missouri.<sup>5</sup> Los mexicanos tenían poco en común con estos migrantes estadounidenses del este y del medio oeste durante 1910 y 1920; sin embargo, intercambiaron algunas experiencias con los diversos inmigrantes que llegaron a California del suroeste estadounidense.

Mientras miles de anglosajones recién llegados consideraron a Los Ángeles como un lugar celestial, la visión que tenían los emigrados de México era muy distinta. Carey McWilliams observó que “después de 1900, la ola de migrantes [anglosajones] que arribó al sur de California representó crecientemente a gente de escasos recursos que llegaba al oeste a retirarse, a disfrutar de cierta calma, más que a divertirse”.<sup>6</sup> En contraste, 90 por ciento de quienes cruzaban la frontera desde México hacia Estados Unidos de 1910 a 1925 estaban por debajo de los 45 años y buscaban empleos y mejores situaciones económicas que las que podían encontrar en México.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> U.S. Census Office, *Report on Population of the United States at the Eleventh Census: 1890*, parte I, 580-583; U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census, 1910*, vol. 2: *Population*, 180, 185; *Fourteenth Census, 1920*, vol. 2: *Population*, 125; *Fifteenth Census, 1930*, vol. 3: *Population*, 287; Oscar O. Winther, “The Rise of Metropolitan Los Angeles, 1870-1900”, *Huntington Library Quarterly*, no. 10 (agosto de 1947): 391-405.

<sup>6</sup> Carey McWilliams, *Southern California: An Island on the Land* (Nueva York: Duell, Sloan, and Pearce), 165-182.

<sup>7</sup> Leo Grebler, *Mexican Immigration to the United States: The Record and Its Implications*, Advance Report 2, Mexican American Study Project (Los Ángeles: Graduate School of Business

Durante los años de la posguerra, la reputación de Los Ángeles como ciudad constituida por anglosajones del medio oeste y del este fue bien aprovechada por la Cámara de Comercio de tal estado. En efecto, Los Ángeles atrajo a una gran cantidad de estos migrantes y había mucho de verdad en esa imagen. Edgar Lloyd Hampton escribió, en 1926, que de toda la gente que se mudó al oeste de las Montañas Rocallosas durante los años 1916-1926, un tercio se estableció a no más de ochenta kilómetros de Los Ángeles. No obstante, independientemente de su imagen de pueblo angloamericano, esta ciudad albergaba a varias comunidades étnicas: migrantes del norte y del oeste de Europa formaban el grupo de extranjeros más grande desde 1900 a 1930, aunque la población que provenía del sur y del este europeo se duplicó entre 1920 y 1930; los rusos y los italianos representaban cerca de 60 por ciento de los europeos que se asentaron en la ciudad;<sup>8</sup> las otras comunidades étnicas, principalmente negros, judíos y mexicanos, se encontraban en las secciones del este y del sur de la ciudad.

La evolución de un distrito negro muy distintivo, como el del barrio mexicano, puede rastrearse a partir de las primeras dos décadas del siglo xx; y si bien los historiadores consignan el repunte inmobiliario de 1887-1888 como el inicio de la migración negra a la ciudad (en 1890, los negros representaban 2.5 por ciento de la población total, sumando apenas 1 258), fue hasta las siguientes dos décadas cuando la población negra creció a 7 599, no más de 2.3 por ciento de la población total. Había, pues, pocos indicios de que los negros se concentrarían en cantidades significativas en algún área. Cuando los trabajadores mexicanos de la construcción se levantaron en huelga en 1903, el ferrocarril Southern Pacific importó al lugar dos mil negros. Esta situación no significó una tendencia y, hacia 1920, la población negra aumentó solamente a 15 579 residentes.<sup>9</sup>

---

Administration, UCLA, 1966), calculado a partir del cuadro 5, p. 45. Véase también T. Wilson Longmore y Homer L. Hitt, "A Demographic Analysis of First and Second Generation Mexican Population of the United States: 1930", *Southwestern Social Science Quarterly*, no. 24 (septiembre de 1943): 138-149.

<sup>8</sup> Edgar Lloyd Hampton, "Los Angeles, a Miracle City", *Current History*, no. 24 (abril de 1926): 42.

<sup>9</sup> Lawrence B. de Graaf, "The City of Black Angels: Emergence of the Los Angeles Ghetto, 1890-1930", *Pacific Historical Review* 39 (1970): 323-326; Charles Wollenberg, "Working on El



En los primeros años de Los Ángeles, los blancos, como los mexicanos, vivieron en unas cuantas comunidades aisladas. En la parte este, los negros ocuparon una sección adyacente a la comunidad mexicana de Boyle Heights. El área, si bien pequeña, contaba con dos mil residentes en la década de los veinte y consistía en una vecindad colindante al norte con Brooklyn Avenue y al este con el cementerio Evergreen, al sur con Michigan Avenue y al oeste con la calle Mott. Un académico de la época describió el área como “un territorio originalmente indeseable, una zona barata, localizada cerca del distrito empresarial del centro y rodeada, en su surgimiento, por patios de ladrillos, patios del ferrocarril y plantas manufactureras”.<sup>10</sup>

En la década de los veinte, Central Avenue se convirtió en el corazón de la comunidad negra. Alrededor de 40 por ciento de los negros de la ciudad vivían en el distrito de Central Avenue en 1920. Según el *California Eagle*, un periódico negro de Los Ángeles, los recién llegados se sintieron atraídos por esa avenida, gracias a las bajas rentas y a los hoteles baratos, donde podían residir hasta encontrar una vivienda más definitiva. Había, adicionalmente, tiendas, teatros, clubes y billares propiedad de negros, así como algunas iglesias negras. Durante la primera guerra mundial, los residentes blancos —muchos de los cuales eran inmigrantes judíos de una generación anterior—, iniciaron un éxodo de esa área que continuó hasta 1930, cuando la población negra llegó a los 38 894. Hacia mediados de la década de los veinte, la comunidad negra de Central Avenue se había convertido en un gran gueto. Una superficie de treinta cuadras de largo por quince cuadras de ancho al sur del centro de Los Ángeles se convirtió en la comunidad más grande del oeste.<sup>11</sup>

---

Traque: The Pacific Electric Strike of 1903”, en Norris Hundley, ed., *The Chicano* (Santa Bárbara: Clio Books, 1975), 103; U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census, 1910*, vol. 1: *Population*, 854-855; *Fourteenth Census, 1920*, vol. 4: *Population*, 729-731; *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 248-250.

<sup>10</sup> Max J. Bond, “The Negro in Los Angeles” (tesis doctoral, Los Ángeles, University of Southern California, 1936), 34.

<sup>11</sup> Lawrence Brooks de Graaf, “Negro Migration to Los Angeles, 1930-1950” (tesis doctoral, UCLA, 1962), 19; James McFarlane Ervin, “The Participation of the Negro in the Community Life of Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles University of Southern California, 1931), 13-14, 40.

Los negros que vivían en Los Ángeles durante la década de los veinte encontraron allí oportunidades económicas muy superiores a las que habían hallado en el sur. En algunas industrias, los nuevos emigrados encontraron poca resistencia a su participación y desarrollo, incluso podían aspirar a ocupar puestos de trabajo calificado. Esto tal vez debido a que los trabajadores mexicanos eran más numerosos y los patrones tenían actitudes negativas hacia ellos. Se prefería a los negros en lugar de los mexicanos en ciertas industrias. Como lo observó un representante de una compañía empacadora de carne: “No existe oposición al trabajo de los negros por parte de la compañía. Son mejores carniceros que los mexicanos y no tienen problemas con los diversos grupos raciales”.<sup>12</sup> No obstante, conforme creció su población, las oportunidades para los negros en trabajos calificados y medianamente calificados se redujeron. En muchas instancias, aun en los trabajos no calificados, se encontraron con que se les cerraban las puertas. Como lo explicó un vocero de la compañía Los Angeles Railway, las razones para no contratar a los trabajadores negros eran muy simples: “Utilizamos a pocos negros como ayudantes. Utilizamos principalmente a mexicanos porque trabajan mejor por menos”.<sup>13</sup> Algunos académicos suponen que la intolerancia y los prejuicios profundamente arraigados de los contratistas blancos fueron los responsables de que el porcentaje de trabajos industriales para trabajadores negros fuera menor en Los Ángeles que en la mayor parte de las ciudades del norte durante la década de los veinte. Estos retrocesos en el mercado laboral del oeste pusieron en desventaja al trabajador negro en el mercado inmobiliario de Los Ángeles. Una familia negra enfrentaba discriminación para encontrar vivienda o sobreprecios por una casa fuera del gueto. Como resultado, sólo unos cuantos pudieron instalarse en áreas fuera del distrito de Central Avenue.

Durante la misma época, cuando los negros creaban un hogar urbano en la costa oeste —al cruzar el pueblo en la parte este—, los inmigrantes judíos iniciaban esfuerzos similares. Aun cuando los primeros judíos se habían instalado en Los Ángeles durante la fiebre del

<sup>12</sup> McFarlane, “The Participation of the Negro...”, 40.

<sup>13</sup> *Ibid.* Charles S. Johnson encontró actitudes similares entre los trabajadores blancos. Véase su ensayo “Negro Workers in Los Angeles Industries”, *Opportunity: A Journal of Negro Life* 6 (agosto de 1928): 234-240.

oro, dos historiadores de la comunidad judía postularon que, en 1900, “no había suficientes para formar un distrito definitivamente judío”.<sup>14</sup> Entre 1900 y 1910, periodo de considerable inmigración judía, esta población se duplicó en Los Ángeles, pues pasó de 2 500 a 5 795. De hecho, la comunidad judía tuvo su origen en el este de Los Ángeles en los años de 1910 a 1920, y su crecimiento se debió a la expansión industrial en el corazón del centro de Los Ángeles, donde muchos judíos se habían asentado. En un breve lapso de seis años, entre 1917 y 1923, la comunidad judía aumentó sustancialmente: de diez mil a 43 000. No obstante que las leyes sobre cuotas de 1921 y de 1924 disminuyeron a más de la mitad el flujo de judíos a Estados Unidos, la comunidad de Los Ángeles siguió prosperando en los años veinte. Los judíos que salieron del centro de Los Ángeles en la década de los diez y a comienzos de la de los veinte, se reubicaron en tres comunidades principales: la sección de Brooklyn Avenue y Boyle Heights, la sección de la calle Temple y la sección de Central Avenue. Boyle Heights, que contaba con tres familias judías en 1908, aumentó a un estimado de 1 842 hogares judíos en 1920 y cerca de diez mil en 1930. Hacia 1920, los judíos consideraban Boyle Heights el corazón de su comunidad. Al menos un tercio de los 65 000 judíos que vivían en Los Ángeles a mediados de los veinte residían ahí. Atraídos a esta zona por la vivienda barata y la perspectiva del fácil acceso al centro por el tren interurbano, la mayor parte de los judíos de Boyle Heights trabajaba en los negocios del centro y en el distrito industrial. Las oportunidades de trabajo en estas áreas hicieron de la comunidad de Boyle Heights un foco de atracción para otros grupos de extranjeros. Además de constituir el sitio del asentamiento judío, Boyle Heights se convirtió en una comunidad de inmigrantes, donde italianos, rusos blancos, polacos y mexicanos vivían lado a lado.<sup>15</sup>

Un segundo enclave judío, que se desarrolló durante el mismo periodo, al norte de Brooklyn Avenue es la sección conocida como City

<sup>14</sup> Max Vorspan y Lloyd Gartner, *History of the Jews and Los Angeles* (San Marino, Calif.: Huntington Library, 1970), 117.

<sup>15</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census, 1920*, vol. 3: *Population*, 125; Carey McWilliams, *Brothers under the Skin* (Boston: Little, Brown, 1944), 280, 290; Harris Newmark, *Sixty Years in Southern California, 1853-1913*, ed. de Maurice H. Newmark y Marco R. Newmark (Nueva York: Knickerbocker Press, 1916), 396, 608, 618, 643, 644.

Terrace. Los judíos de Boyle Heights consideraban a estos grupos como más prósperos. Los nuevos residentes de City Terrace eran más “ortodoxos” en sus creencias religiosas y, con mayor frecuencia, propietarios de sus casas. Otras familias judías ricas se asentaron en áreas del oeste, especialmente en comunidades de Wilshire, West Adams y Hollywood. West Adams informó de 1 534 hogares judíos en 1926, un incremento de más de 100 por ciento en el lapso de una década. Wilshire creció todavía más rápido, pasando de 310 hogares judíos en 1914 a 2 410 en 1926.<sup>16</sup>

La comunidad rusa de Los Ángeles estaba integrada por dos grupos: los molokanes o peregrinos del pueblo ruso, quienes vivían cerca de Boyle Heights, y la colonia rusa de Hollywood. Los dos grupos eran muy distintos. Con un total de alrededor de mil quinientos durante la década de los veinte, la mayor parte de los emigrados de Hollywood representaban la elite cultural de la vieja aristocracia. A mediados de los veinte, según consigna George M. Day, se organizaron alrededor de la Iglesia Ortodoxa rusa y, se dice, acostumbraban mostrar solidaridad grupal. Day, quien estudió la colonia de Hollywood durante los veinte, mientras cursaba el doctorado en la Universidad del Sur de California, observó que encarnaban una “cultura remanente que moriría con la presente *kulturtraeger*”, por haber adoptado apasionadamente la “causa de supeditar la cultura del viejo régimen a la estadounidense”.<sup>17</sup>

La colonia rusa más grande y mejor conocida de Los Ángeles vivió en una zona llamada *flats* en Boyle Heights, un área localizada entre Los Angeles River al oeste y Boyle Avenue al este. Esta comunidad surgió en 1905, cuando algunos molokanes dejaron Rusia como consecuencia de la intempestiva guerra entre su país y Japón para evitar el enlistamiento forzoso y la persecución religiosa. Guiados por ideales de la libertad religiosa y la formación de una comunidad colonial, emigraron en grandes contingentes. Cerca de siete mil molokanes, casi mil familias, llegaron a Los Ángeles en menos de dos años. Recién llegados, se asentaron cerca del Instituto Bethlehem en la calle

<sup>16</sup> Vorspan y Gartner, *History of the Jews...*, 118, 203; U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 3: *Population*, parte I, 267-269.

<sup>17</sup> George M. Day, “Races and Cultural Oases”, *Sociology and Social Research* 18 (marzo-abril de 1934): 334.

Vigres.<sup>18</sup> Más tarde, al crecer el asentamiento, se mudaron al sitio mencionado, que se encontraba a unos pasos del distrito de la Plaza Central y conformaba una comunidad congestionada pero agradable, cercana al centro; anteriormente este lugar había sido ocupado por una mayoría de inmigrantes asiáticos y después por mexicanos. Pauline Young, visitante de ese lugar en la década de los veinte, escribió:

La vida ahí se ha vuelto un extraño conglomerado de personas inmigrantes que viven lado a lado pero que hablan una verdadera Babel de lenguas. Los de afuera perciben sobre todo a los mexicanos, que son muy numerosos y notorios en cualquier parte. Los niños mexicanos pululan por las calles por falta de cuartos en sus casas. Las viejas mexicanas de piel oscura, con un chal sobre su cabeza y la mirada extraviada y lejana, vagan por las desordenadas calles o exploran el mercado.<sup>19</sup>

Siglos de persecución en Rusia habían cohesionado fuertemente al grupo de los molokanes y en Los Ángeles lucharon para mantenerse igualmente unidos. Entre la primera generación de inmigrantes, pocos se casaron fuera del propio grupo. Casi todos en la comunidad estaban ligados entre sí por vía consanguínea o marital. En los años iniciales de la fundación de la comunidad rusa, el grupo también participó en una limitada esfera ocupacional. Lillian Sokoloff encontró que “hasta la irrupción de la guerra, del total de los rusos en la ciudad, cerca de 75 por ciento de los hombres estaba empleado en trabajos en los parques, pero, entonces la mayoría ingresó a la industria de la construcción de barcos”. El conglomerado residencial del grupo quedó de manifiesto en la concentración de sus iglesias, negocios y clubes sociales y en el hecho de que alrededor de 40 por ciento del estudiantado de la Escuela Utah (una matrícula total de mil) eran rusos molokanes.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Pauline V. Young, “Russian Molokan Community in Los Angeles”, *American Journal of Sociology* 35 (1929): 395.

<sup>19</sup> Pauline V. Young, *Pilgrims of Russian-Town* (Chicago: University of Chicago, 1932), 19.

<sup>20</sup> Lillian Sokoloff, “The Russians in Los Angeles”, *Sociology Monograph* 3, no. 2 (marzo de 1918): 10; véase también Young, “Russian Molokan Community...”, 393-402.

Los molokanes y los mexicanos no interactuaban socialmente, aunque estaban relacionados en cuestión de negocios. Los molokanes consideraban la propiedad de la casa como uno de los objetivos más importantes y muchas veces los mexicanos rentaban las viviendas de éstos o se convertían en sus huéspedes. Sokoloff observó lo siguiente: “casi todos los rusos, propietarios de su inmueble, no ocupan más que los cuartos absolutamente necesarios [...] Rentan a otros los cuartos restantes. En casi todos los casos, dos o tres familias ocupan una casa”. Cuando Sokoloff descubrió que, de un grupo de 50 familias, 26 eran propietarias, los molokanes llevaban en Los Ángeles menos de quince años. El valor de estas casas oscilaba entre ochocientos y cuatro mil dólares.<sup>21</sup>

Los molokanes se asentaron originalmente en los *flats*, debido a que encontraron vivienda y lotes baratos, una atmósfera que aceptaba a los extranjeros y daba fácil acceso a las diversas industrias y tiendas comerciales localizadas inmediatamente al este del centro. Hacia mediados de la década de los veinte, sin embargo, la vida en los barrios rusos había comenzado a cambiar. Lo más notorio era la expansión de los terrenos del ferrocarril junto a su comunidad y la construcción de docenas de bodegas y fábricas en los alrededores de la vecindad de Boyle Heights. Esto amenazaba con convertir la zona residencial en un distrito comercial. A partir de este crecimiento industrial, los molokanes se quejaron de la invasión de casas de diversión barata y cantinas en su barrio y comunidades adyacentes.<sup>22</sup>

Después de la introducción de un moderno sistema de ferrocarril interurbano, la dispersión de las comunidades étnicas se incrementó. Mientras la mayoría de los inmigrantes europeos cambiaron sus residencias en el interior de la ciudad por casas habitación en los suburbios, nuevos grupos de inmigrantes, en muchos casos mexicanos, ocuparon los viejos lugares en comunidades como Boyle Heights, Lincoln Heights y la comunidad adyacente a Hollenbeck Park.<sup>23</sup> El desarrollo del sistema ferroviario interurbano contribuyó seriamente

<sup>21</sup> Sokoloff, “The Russians in Los Angeles”, 6.

<sup>22</sup> Day, “Races and Cultural Oases”, 333; véase también ídem, “The Russian Colony in Hollywood” (tesis doctoral, Los Ángeles, University of Southern California, 1930).

<sup>23</sup> El líder religioso Robert N. McLean informó sobre la llegada de familias mexicanas a estas comunidades desde 1916 y habló ya de un “movimiento masivo” a la zona en 1922 (cita-

al proceso de cambio que ocurrió en las comunidades que absorbieron a los residentes mexicanos entre 1900 y 1930.

Los tranvías que aparecieron en 1887 tuvieron un modesto comienzo. Inversionistas interesados en la especulación inmobiliaria abrieron la línea Hollywood, que iba de la zona del centro a una cercana sección rural al oeste de las calles Vermont y Pico. Encabezados por Charles J. Howland, algunos inversionistas intentaron promover la venta de terrenos en esta sección del pueblo. Y si bien aumentaron las ventas de propiedades, no lo suficiente como para que la nueva línea resultara un negocio exitoso. A pesar de que la línea Hollywood fracasó, la idea persistió y, en los siguientes diez años, otros individuos invirtieron en diversos proyectos relacionados con el transporte interurbano.<sup>24</sup> La línea más rentable, operada por Eli Clark y Moses Sherman, conectaba el centro de Los Ángeles con Pasadena. Luego del éxito de la línea Pasadena, Sherman y Clark establecieron una línea a Santa Mónica. Este nuevo tranvía incrementó de manera importante el valor inmobiliario de Santa Mónica, así como su población. El sistema de ferrocarril interurbano había llegado a Los Ángeles aunque no contaba con el soporte financiero necesario para moldear un nuevo futuro. El tan necesitado empujón finalmente llegó con la participación de los financistas de San Francisco Collis P. Huntington, presidente del Southern Pacific; su sobrino Henry E. Huntington, visible heredero de Collis, y el banquero Isaias W. Hellman. Después de la muerte de Collis Huntington, Henry Huntington vendió las acciones del Southern Pacific que había heredado e invirtió el dinero en construir un emporio inmobiliario y ferroviario en el sur de California.<sup>25</sup>

Aun cuando Huntington vendió su parte del sistema de tranvías en 1910, cuando era ya un hombre rico gracias a la compra y venta de propiedades en sitios donde llegaban sus líneas de ferrocarril interurbano, dejó su huella en el sistema de transporte de la ciudad. Hacia 1910, el impacto de la red interurbana en la dispersión residen-

---

do por Mabelle Ginn, "Social Implication of the Living Conditions of a Selected Number of Families Participating in the Cleland House Program" [tesis de maestría, University of Southern California, 1947], 17).

<sup>24</sup> Spencer Crump, *Ride the Big Red Cars: How Trolleys Helped Build Southern California* (Los Ángeles: Trans-Anglo Books, 1962), 149.

<sup>25</sup> Rufus Steele, "The Red Cars of Empire", *Sunset* 31 (octubre de 1913): 710-717.

cial ya era evidente. Pasadena, por ejemplo, triplicó su tamaño: de una población de 9 117 en 1910 pasó a tener 30 291 habitantes diez años más tarde. Otras ciudades la duplicaron o más: Santa Mónica, Maywood y Redondo Beach crecieron a más del doble entre 1900 y 1910. En la misma década, la población de Long Beach registró una verdadera explosión poblacional al pasar de menos de 2 500 a 17 809. En la década de los veinte, el servicio de tranvías interurbanos ofrecía a los pasajeros 27 rutas y más de 1 609 kilómetros de vías cruzaban la ciudad. En el auge de la operación de los tranvías, en 1924, los “carros rojos” transportaron más de cien millones de pasajeros. Las líneas se extendieron a San Pedro y Santa Mónica en el oeste, a Balboa y Santa Ana en la costa sur, a La Habra, Covina y Glendora en el este y a Glendale y Mount Lower en el norte.<sup>26</sup> Huntington diseñó la ruta hacia la zona este, la cual se extendía hacia Boyle Heights y Maravilla. Las líneas que iban a estos alrededores dieron lugar al éxodo de los mexicanos de la Plaza hacia la zona este. Muchos de ellos eran trabajadores que dependían de un sistema de transporte público barato para llegar de sus viviendas en la zona este a su empleo en las industrias urbanas.

La construcción de estas líneas interurbanas dio empleo a miles de trabajadores mexicanos sin capacitación. Como una de las industrias de mayor envergadura de la ciudad, el Pacific Electric Railway de Huntington introdujo la práctica de reclutar trabajadores de México. La mayoría llegaron a través de El Paso, donde miles de trabajadores no calificados estaban listos para aceptar cualquier empleo en el ferrocarril. A pesar de que las compañías ferroviarias, incluyendo la Pacific Electric Company pagaban salarios un poco más bajos respecto de las otras industrias, les ofrecían transporte gratuito y proporcionaban una vivienda de la compañía a los trabajadores y sus familias. En el sur de California, las compañías ferroviarias pagaban a los trabajadores mexicanos un dólar y 1.25 dólares por diez horas, mientras que ofrecían a trabajadores de otras nacionalidades hasta 1.75 por un trabajo similar. En algunos lugares del sur de California, los mexicanos que laboraban para el Southern Pacific ganaban un pro-

<sup>26</sup> Crump, *Ride the Big Red Cars...*, 235; J. Lilly, “Metropolis of the West”, *North American Review*, no. 232 (septiembre de 1931): 239-245; James H. Collins, “Los Angeles: Ex-Crossroads Town”, *World's Work*, no. 59 (agosto de 1930): 53-56.



medio de 1.25 dólares al día, mientras que los griegos ganaban 1.60 y los japoneses 1.45 por el mismo trabajo. En Los Ángeles, donde Huntington tuvo que competir con el Southern Pacific y el Ferrocarril de Santa Fe por trabajadores para el mantenimiento de las vías, la Pacific Electric pagó inicialmente a los mexicanos 1.85 dólares al día.<sup>27</sup>

Los trabajadores mexicanos reclutados en Los Ángeles por el Electric Pacific se convirtieron en el primer grupo de inmigrantes residentes cuyas viviendas estaban localizadas de acuerdo con las rutas del transporte interurbano. En cada uno de los cruces principales o al final de las líneas, la compañía construyó campos de trabajo para los empleados de vías. En Santa Mónica, comunidad que se promovió como lugar de descanso, un campamento de trabajo en la periferia del pueblo mantuvo en operación la línea desde allí hasta el centro. En Pasadena, Long Beach y Santa Mónica, los campamentos crecieron lentamente durante los años de la posguerra. Muchos trabajadores dejaron su trabajo en el ferrocarril y se unieron a otras industrias, pero mantuvieron su residencia en las comunidades de los campamentos. Al crecer las comunidades alrededor de los campamentos, los pequeños oasis de residentes mexicanos se vieron rodeados por residentes suburbanos de distintas clase y nacionalidad. En la mitad de los suburbios, estas pequeñas comunidades mexicanas evolucionaron hasta convertirse en barrios satélite, urbanos y aislados, fuera de las corrientes políticas y culturales.<sup>28</sup>

El desarrollo de Watts en tanto enclave mexicano en Los Ángeles tuvo un inicio de ese tipo desde 1902. Los ferrocarriles reclutaron a cuatrocientos trabajadores mexicanos para laborar en la construcción de vías que se extendían desde el centro de Los Ángeles hasta Long Beach y del Puerto de Los Ángeles a San Pedro, así como la expansión de otras dos líneas a Santa Ana y Redondo Beach. De acuerdo

<sup>27</sup> Samuel Bryan, "Mexican Immigrants in the United States", *Survey* 7 (septiembre de 1912): 728; Victor S. Clark, "Mexican Labor in the United States", *U.S. Bureau of Labor Statistics Bulletin* 78 (septiembre de 1908): 478.

<sup>28</sup> Para un breve comentario sobre los barrios satélite, véase Christine Lofstedt, "The Mexican Population of Pasadena, California", *Journal of Applied Sociology* 7 (mayo-junio de 1923): 260-268; Samuel Maldonado Ortégón, "The Religious Status of the Mexican Population of Los Angeles" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1932); y Helen Walker, "The Conflict of Cultures in First Generation Mexicans in Santa Ana, California" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1928).

con un antiguo residente anglosajón de Watts, los trabajadores mexicanos “vivían primero en los carros del ferrocarril con sus familias, después en tiendas y, finalmente, en casas de cuatro cuartos, cada una de las cuales la ocupaban dos familias, éstas tenían un techo que las mujeres compartían los días de lavado”, se trataba del “Latin Camp”.<sup>29</sup> Las compañías propietarias de estas casitas reubicaron el campamento en otra sección de Watts. En la nueva colonia, algunos investigadores encontraron que de 76 hogares, únicamente una familia vivía en “buenas condiciones”. Se encontró que 31 por ciento vivía en pequeñas casas de tres cuartos. El inspector de la Junta Sanitaria determinó: “Debido al bajo nivel y a los bajos salarios de la familia mexicana es imposible aplicar la ley estatal” relativa al espacio de las casas propiedad de la Pacific Electric Company.<sup>30</sup>

Surgieron desacuerdos sustanciales entre quienes investigaban las necesidades de vivienda de los mexicanos; ciertamente, los “expertos” no se ponían de acuerdo en las categorías frecuentemente utilizadas de condiciones “buenas”, “regulares” y “pobres”. Otros problemas concernían a cuestiones de espacio y localización de la comunidad mexicana. John Emmanuel Kienle, secretario ejecutivo de la Comisión de Vivienda de Los Ángeles, realizó, en 1912, el primer estudio sobre la situación habitacional de los mexicanos. Después de visitar setecientas viviendas, informó que 18 por ciento de las familias vivía en casas de un cuarto y 60 por ciento en dos cuartos. Sólo 16 por ciento habitaba viviendas de tres cuartos y 6 por ciento, de más de tres cuartos.<sup>31</sup>

Animadas por la llegada de los tranvías interurbanos, las inmobiliarias subdividieron la tierra rural adyacente a las vías del tren y vendieron los lotes a precios bajos. Los agentes inmobiliarios de Watts hicieron grandes esfuerzos para vender a la población mexicana de Los Ángeles, incluso, ofrecieron, en 1916, planes de financiamiento de un dólar de enganche y un dólar por semana.<sup>32</sup> Se pusieron a la venta lotes de casas por un pequeño enganche y mensualidades tan reducidas como

<sup>29</sup> Clara G. Smith, “The Development of the Mexican People in the Community of Watts, California” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1933), 7.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 37.

<sup>31</sup> John Emmanuel Kienle, “Housing Conditions among the Mexican Population of Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1912).

<sup>32</sup> Smith, “The Development of the Mexican People...”, 8.

25 dólares mensuales. La periodista Berta H. Smith al promover Watts con la grandilocuencia de un agente de relaciones públicas, escribió, en 1916, que la comunidad estaba constituida por “[...] el tipo de vivienda que Los Ángeles ha adoptado para resguardarse de los peligros que son la maldición de otras grandes ciudades”.<sup>33</sup> Otro viejo residente describió Watts como “indeseable, barato, un lugar bajo, arenoso y húmedo”. Aun así, los lotes se vendieron a buen ritmo, gracias a que las inmobiliarias alentaban a los compradores a construir cuartos temporales mientras se las arreglaban para construir la “casa de sus sueños”.<sup>34</sup>

Con ganancias ahorradas a partir de salarios diarios de 2.65 dólares, en 1922 un trabajador mexicano adquiría en Watts dos lotes para la “casa de sus sueños”. Compraba los lotes en quinientos dólares pagando cien de enganche y quince semanales; construía una casa de cuatro cuartos, donde vivía con su esposa y seis hijos; cocinaban sus comidas en una estufa de madera, usaban una lámpara de queroseno para alumbrarse y cuidaban un pequeño jardín aledaño a la casa.<sup>35</sup>

La mayoría de la población mexicana de Los Ángeles, sin embargo, no se cambió a Watts o a otros suburbios sino hasta la década de los veinte. Antes, quienes iban llegando de México seguían asentándose en el área de la vieja plaza mexicana. Esta zona atrajo también a buena parte de la población extranjera no mexicana, que representaba a más de veinte diferentes grupos étnicos. Los mexicanos y los italianos constituían los principales grupos, pues representaban aproximadamente 76 por ciento de la población de la comunidad del distrito de la Plaza.<sup>36</sup> Cuando inició la primera guerra mundial, la inmigración europea se detuvo y los mexicanos empezaron a reemplazar a rusos, italianos, judíos e incluso a los anglosajones en Sonoratown. De esta manera, se convirtieron nuevamente en el mayor grupo étnico de esta sección, reconquistando de hecho la Plaza.

Un examen del Registro Civil de los años de 1917 a 1918 confirma algunas investigaciones recientes que colocan el centro de la comunidad mexicana durante los años de la guerra en la comunidad de la

<sup>33</sup> Bertha H. Smith, “Dollar Down Can Build a Town”, *Sunset* 36 (marzo de 1916): 37.

<sup>34</sup> Bond, “The Negro in Los Angeles...”, 44.

<sup>35</sup> Smith, “The Development of the Mexican People...”, 41.

<sup>36</sup> Olive P. Kirschner, “The Italian in Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1920), 7.

Plaza (Macy School Section).<sup>37</sup> Una muestra de 275 familias mexicanas en Los Ángeles desde 1917 hasta 1918 sugiere que un gran número de personas vivía en esta sección, más que en ninguna otra en particular, y además que el mayor porcentaje (60 por ciento) vivía al oeste de Los Angeles River. El registro de matrimonios revela que antes de la década de los veinte, la comunidad mexicana residía mayoritariamente en grupos étnicos heterogéneos y sin embargo había logrado tener un impacto significativo en la zona al oeste de Los Angeles River. El corazón del distrito empresarial mexicano estaba en el distrito North Main (la Plaza).<sup>38</sup> La zona tenía también numerosas agencias religiosas y de autoayuda para los inmigrantes. En el centro del distrito estaba la iglesia católica de Nuestra Señora de Los Ángeles, principal iglesia de la comunidad mexicana. Un investigador de la Universidad del Sur de California, en un estudio sobre la población mexicana en la ciudad, observó que un promedio de cuatrocientos mexicanos visitaba el parque de la Plaza en un domingo típico.<sup>39</sup> El Centro Comunitario de la Plaza (Plaza Community Center), el Proyecto de Bloom Street (Bloom Street Project) y la Misión Internacional de Bauchet Street (Bauchet Street International Mission) atendían a la comunidad mexicana. Entre otros centros comunitarios y oficinas de ayuda para inmigrantes de la zona, estaban el Hibernian Center, la Garibaldi Society, los Maccabees, la Druid Society, la Sirian Society, St. Peter's Benefit y el Sons of Italy Hall.

El crecimiento de la zona de la Plaza había llegado a su fin con el desarrollo industrial y con la intrusión por parte de establecimientos comerciales. La vieja sección mexicana se deterioró en cierto grado y, según algunos relatos recientes, perdió su atractivo como vecindario familiar. Una revisión de las encuestas realizadas por las compañías de seguros en los años de 1905 a 1921 muestra el aumento de tiendas comerciales, bodegas y pequeños hoteles.<sup>40</sup>

<sup>37</sup> Datos calculados a partir de las solicitudes de licencia de matrimonio en la ciudad de Los Ángeles. La información se tomó de una muestra total de 406 solicitudes de matrimonio de residentes mexicanos de la ciudad.

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> William W. McEuen, "A Survey of the Mexican in Los Angeles (1910-1914)" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1914), 73-75.

<sup>40</sup> George William Baist, *Baist's Real Estate Atlas of Surveys of Los Angeles* (Filadelfia, 1905), ilustraciones 5-12. Véase también Eshref Shevky y Marilyn Williams, *The Social Areas of Los Angeles: Analysis and Typology* (Berkeley: University of California Press, 1949), 23-25.

Como se mencionó anteriormente, una de las principales fuerzas que propició el incremento del número de trabajadores mexicanos en Los Ángeles durante los años de la primera guerra mundial y la década de los veinte fue las compañías ferroviarias. Los mayores empleadores de mexicanos fueron la Southern Pacific, Santa Fe, San Pedro y Los Angeles-Salt Lake y la Pacific Electric. Una encuesta de la Comisión de Vivienda de Los Ángeles reveló, en 1916, que unos 267 de los 928 empleados en el distrito de la Plaza mexicana se ganaban la vida en la industria ferroviaria.<sup>41</sup> Frecuentemente las compañías ferrocarrileras proporcionaban pequeñas cabañas, vagones de ferrocarril y lotes sin costo para los trabajadores. En 1912, John Kienle encontró trabajadores viviendo en la Plaza en condiciones deplorables y observó que

uno de los motivos por el que las compañías ferroviarias ofrecen vivienda gratis o a precios muy reducidos es porque desean mantener a los trabajadores cerca de los campos en caso de emergencia nocturna. Además, resulta más barato construir casas deficientes para esta gente que añadir unos centavos a sus salarios. La diferencia ha resultado en un ahorro para las compañías ferroviarias.<sup>42</sup>

Casi veinte años después, Emory S. Bogardus, sociólogo de la Universidad del Sur de California, llegó a la conclusión de que la tendencia de muchos trabajadores mexicanos a vivir en vagones de ferrocarril derivaba del hecho de que estaban “en mudanza continua”. De cualquier manera, ya sea que vivieran en vagones de ferrocarril o en casas de la compañía a “lo largo de las vías”, las condiciones de vivienda eran paupérrimas.<sup>43</sup>

A pesar de que los mexicanos residían también en campamentos del ferrocarril, casas privadas, pensiones, apartamentos y hoteles baratos, los investigadores mostraron particular interés en las condiciones de quienes habitaban las vecindades. En estos sectores, de tres a trein-

<sup>41</sup> G. Bromley Oxnam, “The Mexican in Los Angeles from the Standpoint of the Religious Forces of the City”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 93 (enero de 1921): 131.

<sup>42</sup> Kienle, “Housing Conditions...”, 11.

<sup>43</sup> Emory S. Bogardus, *The Mexican in the United States* (Los Ángeles: University of Southern California Press, 1934), 37.

ta casas ocupaban un lote común y los residentes compartían un patio, así como un sanitario y lavabos. Las vecindades de la comunidad de la Plaza, por ejemplo, ponen en evidencia el hacinamiento y la pobreza de tales instalaciones de la ciudad. Una vecindad allí consistía generalmente en diez o veinte casas, divididas a ambos lados del terreno, con un excusado en el centro. Los lotes de terreno eran normalmente de 12 por 52 metros y ofrecían un reducido espacio de juego para los niños o para actividades sociales. En 1920, los inquilinos pagaban seis dólares al mes por una casa de 92 metros cuadrados. Los residentes de una vecindad típica disponían de diez tomas de agua con lavabo y seis retretes. La sobrepoblación era constante: en una vecindad, por ejemplo, en donde había 57 residentes —20 hombres, 19 mujeres, diez niños y ocho niñas— sólo 19 de las 27 casas estaban ocupadas.<sup>44</sup>

Un trabajo de investigación registró, en 1913, la existencia de 630 vecindades para diez mil residentes, con 3 700 casas individuales. “Mexicanos, rusos, italianos, eslovenos, austriacos, chinos, japoneses y de otras veinte nacionalidades dispersas” vivían en éstas.<sup>45</sup> Y si bien los funcionarios de la ciudad no promovieron la construcción de vecindades, las consideraron la respuesta a la creciente escasez de vivienda en la ciudad. En 1912, en el número setecientos de la calle New High, considerada en ese entonces como el corazón del barrio mexicano, las inmobiliarias construyeron 22 viviendas de un piso en terrenos que ocupaban una superficie de 13 por 52 metros. Como exigía la ley, los propietarios dejaron libres nueve metros cuadrados del lote, sin embargo, en el interior de la vecindad la colindancia de los lotes no tenía ningún espacio. A cada lado del terreno se levantaban diez casas, todas de dos pisos, de 4.5 metros de ancho por 3.6 de profundidad. El costo total de la vecindad se fijó en mil dólares y la renta por cada casa suponía seis dólares mensuales, es decir 132 dólares mensuales para el propietario.<sup>46</sup> En estas reducidas habitaciones,

<sup>44</sup> McEuen, “A Survey of the Mexican in Los Angeles...”, 12-15, 62-63; Emory S. Bogardus, “House-Court Problem”, *American Journal of Sociology* 22 (noviembre de 1916): 391-399; Elizabeth Fuller, “The Mexican Housing Problem in Los Angeles, Studies in Sociology”, *Sociological Monograph* 5, no. 17 (noviembre de 1920), 3.

<sup>45</sup> William H. Matthews, “The House Courts of Los Angeles”, *Survey* 5, 5 de julio de 1913, 461.

<sup>46</sup> McEuen, “A Survey of the Mexican in Los Angeles...”, 62.

regularmente vivían cuatro o más familias de ocho a nueve personas cada una. Los reglamentos de la ciudad requerían que cada vecindad tuviera al menos un retrete para hombres por cada diez de ese sexo y uno para mujeres por la misma cantidad. Existían también viejas vecindades, en las que una fuerte lluvia o una noche fría podía hacer miserable la vida de sus residentes.<sup>47</sup>

Y aunque conseguir viviendas adecuadas continuó siendo un problema, formar una familia en Los Ángeles era algo que deseaban los inmigrantes. No obstante, se sabe, porque grupos de empleadores testificaron ante el Congreso, que los mexicanos llegaban como trabajadores solteros. Un estudio de enero de 1915, que comprendía 1 202 vecindades de la ciudad, muchas ocupadas por mexicanos, reveló que albergaban a una población de 6 490 hombres, 4 920 mujeres y 5 100 niños.<sup>48</sup> En 1920, Elizabeth Fuller realizó una encuesta en cincuenta hogares mexicanos en el distrito de la Plaza Central y encontró un promedio de 5.78 personas por hogar (incluyendo 3.10 niños menores de diez años). Fuller concluyó que el mexicano “viene aquí como joven esposo, joven padre” no como soltero. Fuller creía que la familia encontraría “una mejoría constante” con la “influencia de la iglesia, de la escuela, de la misión o del establecimiento”. En las cincuenta casas encuestadas por Fuller, los inquilinos mexicanos pagaban una renta mensual promedio de 9.80 dólares, cantidad considerable si se toma en cuenta los bajos salarios y la irregularidad en el empleo.<sup>49</sup>

La fuerte inmigración mexicana durante los años de la guerra generó en Los Ángeles una sobreabundancia de fuerza de trabajo no calificada. Investigadores estatales revisaron el patrón laboral de los residentes de la comunidad de la Plaza en 1915 y concluyeron que el desempleo era elevado y que quienes trabajaban tenían empleos mal remunerados en tareas que requerían de trabajo manual pesado. Encontraron, por ejemplo, que de 246 mexicanos varones empleados potenciales, 106 ya disponían de trabajo, 131 eran desempleados y los nueve restantes o bien no fueron tomados en cuenta o se encontraban fuera de su casa. Exactamente cien de estos trabajadores se gana-

<sup>47</sup> Matthews, “The House Courts of Los Angeles”, 462-463.

<sup>48</sup> Bogardus, “House-Court Problem”.

<sup>49</sup> Fuller, “The Mexican Housing Problem...”, 3-4.

ban la vida en empleos de cuello azul y 93 en trabajos que no requerían de calificación. Solamente un pequeño porcentaje de las mujeres mexicanas en la comunidad trabajaba fuera de casa. De las 25 mexicanas empleadas, ocho laboraban en lavanderías y siete se mantenían gracias a pensiones alimenticias y de apoyo para la vivienda.<sup>50</sup>

A pesar de que 33 de las principales industrias de la comunidad de la Plaza empleaban a un total de 1 499 personas en 1915, los trabajadores podían esperar largos periodos de desempleo o subempleo. Una encuesta entre 359 familias, realizada para el lapso de 1914 a 1915, reveló que 228 hombres no tenían empleo; sólo 146 confirmaron estar trabajando;<sup>51</sup> 62 por ciento de los trabajadores ganaba menos de quince dólares a la semana o menos de 2.50 al día en semana de seis días; sólo una pequeña minoría, 21 trabajadores, ganaba salarios semanales de 22.50 dólares o de entre tres y cuatro dólares al día.<sup>52</sup> El estudio, realizado durante los cuatro meses que van de diciembre de 1914 a marzo de 1915, incluyó sin duda a muchos empleados temporales que trabajaban durante la época de las cosechas en las afueras de la ciudad y que habían vuelto a asentarse en ésta con la esperanza de encontrar un trabajo ocasional. La industria ferrocarrilera también registraba meses flojos durante el invierno y, como la comunidad colindaba con las vías de los ferrocarriles Southern Pacific y Santa Fe, es probable que entre los desempleados se haya contabilizado a trabajadores ferroviarios.

El hecho de que los residentes inmigrados de la Plaza tuvieran la capacidad de lograr metas, considerando sus magros ingresos y sus irregulares empleos, es un crédito a su voluntad y fortaleza para hacer grandes sacrificios. Incluso quienes trabajaban regularmente obtenían bajos ingresos. En 1916, entre las industrias más grandes de la comunidad había dos empacadoras de carne que empleaban a 876 hombres,

<sup>50</sup> California, Commission of Immigration and Housing (CIH), *Second Annual Report* (Sacramento: CIH, 1916), 252-254.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 259-261.

<sup>52</sup> John McDowell, *A Study of Social and Economic Factors Relating to Spanish-Speaking People of the United States* (Filadelfia: Home Missions Council, 1927), 16. Oxnam encontró que, antes de la guerra, los trabajadores mexicanos ganaban entre 1.60 y 2.80 dólares al día. Después de la guerra, supone el salario promedio diario en 3.45 dólares. Véase "The Mexican in Los Angeles...", 14). McEuen encuestó a 63 trabajadores mexicanos en cinco vecindades y observó que 45 ganaban entre 1.75 y 2.25 dólares en 1914. Véase "A Survey of the Mexican in Los Angeles...", 26.



la compañía Los Angeles Pressed Brick que empleaba a 143 hombres y Los Angeles Gas Works a 182. Los salarios diarios oscilaban en promedio entre 1.75 y cuatro dólares en las empacadoras de carne, entre dos y cuatro dólares en la compañía Los Angeles Pressed Brick y entre dos y 2.40 en la compañía de gas. A manera de comparación, una fresadora y fundidora que ocupaba únicamente a pocos mexicanos pagaba 35 centavos de dólar la hora o 3.50 por una jornada de diez horas de trabajo. Sin embargo, la fresadora clasificó a cuarenta de sus 58 empleados en la categoría de calificados.<sup>53</sup> Los líderes de la ciudad culpaban al desempleo y a los bajos salarios por el incremento de los problemas sociales en el barrio de la Plaza.

Para desazón de los habitantes locales, el área al norte de la Plaza se convirtió, al final del siglo, en la principal zona roja de la ciudad. Mediante leyes de zonificación y prácticas corruptas, los funcionarios gubernamentales habían permitido a casi todos los burdeles y las casas de apuestas y a un tercio de las cantinas de la ciudad establecerse en el espacio entre la Plaza y el corazón del Barrio Chino (inmediatamente al noroeste de la Plaza). Como respuesta a las quejas de los líderes eclesiásticos y civiles, los reformadores progresistas —incluida la comisión local de vivienda, bajo el auspicio del Departamento de Salud— se las ingeniaron para cerrar la mayoría de las “casas de pecado” a mediados de 1910 y ordenaron la demolición de cientos de viejos edificios y casas.<sup>54</sup> Esto animó a la industria ligera a mudarse al espacio creado por la limpia urbana. Durante las primeras dos décadas del siglo xx, las casas de la Plaza y las propiedades comerciales se vendieron a precios razonables, por lo que buena parte de éstas fueron compradas por los locales de reparación del ferrocarril y por depósitos, factor que atrajo crecientemente a bodegas, rastros e industrias afines.

<sup>53</sup> Smith, “The Development of the Mexican People...”, 41; G. Bromley Oxnam, *The Mexican in Los Angeles: Los Angeles City Survey* (Los Ángeles: Interchurch World Movement of North America, 1920), 14; Gladys Patric, *A Study of the Housing and Social Conditions in the Ann Street District of Los Angeles, California* (Los Ángeles: 1918), 11.

<sup>54</sup> Leonard Pitt, *The Decline of the Californios: A Social History of the Spanish-Speaking Californians, 1846-1890* (Berkeley: University of California Press, 1966), 264. Véase también K.F. Tom, “The Participation of the Chinese in the Community Life of Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1944).

El desplazamiento del distrito central de negocios fuera de la Plaza coincidió no sólo con el incremento de transporte interurbano y la aparición de la industria ligera, sino también con la construcción masiva de casas suburbanas. Durante septiembre de 1910, se otorgaron novecientos permisos de construcción en la ciudad, 60 por ciento de los cuales fueron para casas habitación. En referencia al significativo crecimiento de la vivienda, un promotor urbano comentó que: “ciudades con cinco veces la población de Los Ángeles no registran un logro de tales proporciones”.<sup>55</sup>

En los años de la guerra, la comunidad de la Plaza, sobrepoblada debido al flujo de migrantes, se expandió aún más ocupando el área inmediatamente al este del río. Esta expansión inició con el nuevo siglo, cuando la Pacific Electric construyó un depósito de carga a una cuadra al norte de la Plaza y a dos cuadradas del agua. En las cercanías, las primeras industrias que se establecieron incluían dos fábricas de macarrones, la compañía Pacific Biscuit, la cervecería Maier and Zo-belein y los dos más grandes aserraderos de la ciudad. Dos de los mayores empleadores de mexicanos en la era previa a 1910 fueron la Cudahy Packing Company y la Southern Pacific Yards, que mantenían sus tiendas en la comunidad de la vieja plaza. En el extremo opuesto, otras nuevas industrias —entre ellas la Lewellyn Iron Works, la Southern Refining Company y las instalaciones de la Standard Oil— ofrecieron trabajo adicional a los trabajadores no calificados. Finalmente, la Western Lumber Company y la Los Angeles Framing and Milling Company establecieron sus oficinas a dos cuadradas al sur del Barrio Chino, junto a la propiedad de don Manuel Requeña. Éste, cuya familia estaba allí antes de la conquista anglosajona, era uno de los pocos mexicanos que conservaban su propiedad en la zona del centro.<sup>56</sup>

Luego del estallido de la primera guerra mundial, la economía de Los Ángeles se expandió como resultado del crecimiento de las industrias ligadas a la guerra. Esta época incrementó la producción y venta de bienes, de barcos e incluso de frutas, generando una nueva

<sup>55</sup> Walter V. Woehlke, “Los Angeles—Homeland”, *Sunset* 36 (enero de 1911): 11.

<sup>56</sup> George William Baist, *Baist's Real Estate Atlas...*, ilustraciones 4, 5, 12; John Steven McGroarty, *History of Los Angeles County* (Chicago: American Historical Society, 1923), vol. 1: 13, 281.

demanda de trabajadores. Sin posibilidad de encontrar vivienda en la colonia de la Plaza, los mexicanos recién llegados fueron al noreste en busca de barrios habitacionales. En unos cuantos años, el barrio del Parque Elysian (también denominado distrito de Ann Street), al norte de la Plaza (limitado por el Parque Elysian, North Broadway al oeste, Avenue 20 al este y la Alhambra al sur), aumentó su reputación de comunidad heterogénea de trabajadores. Algunos investigadores encontraron que, hacia 1916, mexicanos e italianos constituían 80 por ciento de los grupos étnicos en este barrio. En una encuesta realizada por la Sociedad para la Prevención de la Tuberculosis de Los Ángeles (Los Angeles Society for the Study and Prevention of Tuberculosis), unas 1 650 personas en 331 hogares fueron interrogadas acerca de su condición de salud. Del total de los encuestados, 51 por ciento era mexicano y 30 por ciento, italiano. Como en otras comunidades mexicanas, la juventud era el común denominador. Solamente 2 por ciento de los residentes mexicanos tenía más de treinta años de edad, en comparación con 13 por ciento de otros grupos. Sin embargo, la familia mexicana promedio estaba integrada por cinco miembros, más de la mitad de los cuales vivía en pequeños departamentos en conjuntos habitacionales. El hacinamiento en la vivienda y la falta de espacio para actividades recreativas afectaron a los mexicanos, puesto que 56 por ciento de los 855 miembros de este grupo se encontraba entre los cinco y los nueve años. La movilización hacia este barrio ilustra el hecho de que la comunidad mexicana se movió en dirección noreste, al mismo tiempo que comenzó a hacerlo en mayor medida hacia el este.<sup>57</sup>

Desde 1920, numerosos signos apuntaban al desplazamiento de los mexicanos hacia el este del pueblo. G. Bromley Oxnam sugirió en 1920 que: “es bastante probable que los mexicanos, ahora localizados alrededor de la Plaza y en el distrito Macy School, serán forzados a ir a otras partes de la ciudad en los próximos cinco años”.<sup>58</sup> Ya era un hecho que la comisión estatal del ferrocarril había considerado situar la estación de pasajeros de Union Pacific en el área adyacente a la comunidad de la Plaza. Esta área, con casas de asistencia, peque-

<sup>57</sup> Patric, *A Study of the Housing and Social Conditions...*, 7.

<sup>58</sup> Oxnam, “The Mexican in Los Angeles...”, 23.

ños hoteles y barracas, casuchas de una o dos recámaras, había sido muy popular entre los nuevos inmigrantes. Aunque un grupo cívico propuso la construcción de la terminal de pasajeros en el área este de Los Angeles River, este plan alternativo nunca gustó a los gigantes ferroviarios. Para Oxnam, era probable que el lugar de la Plaza sería el elegido. Él explicó las consecuencias:

esto significa que entre cinco mil y diez mil mexicanos tendrán que mudarse a otras secciones de la ciudad. Puede pensarse que un buen número se irá a la región de Palo Verde [...] que otro numeroso grupo cruzará el río y se asentará alrededor de la avenida Stephenson, en lo que podría denominarse la sección de South Boyle Heights. Otro grupo más buscaría el nuevo distrito industrial, justo al sur de los límites de la ciudad.<sup>59</sup>

Trabajo, vivienda barata y vida comunitaria fueron factores del desplazamiento de los mexicanos hacia el este. Este asentamiento, sin embargo, hubiera sido de escasas consecuencias sin el servicio regular y las bajas tarifas del sistema de ferrocarril interurbano. El tranvía interurbano eléctrico hizo posible que los mexicanos se extendieran hacia las áreas residenciales a varios kilómetros del distrito central de negocios y de las áreas industriales. El desplazamiento de los mexicanos hacia el “nuevo” lado este ocurrió al tiempo que Los Angeles Pacific Electric Railway abrió líneas a Brooklyn Heights, Boyle Heights y Ramona. En efecto, la disponibilidad del servicio de ferrocarril a comunidades exteriores como Maravilla y Belvedere hizo posible que muchas familias de clase trabajadora pasaran a las viejas comunidades asentadas inmediatamente al este de Los Angeles River. Estas dispersas comunidades del lado este pronto se volvieron una sola. En contraste con la población total de Los Ángeles, que “vivía en una metrópolis fragmentada por excelencia”, la comunidad mexicana emergió alrededor de 1930 como un grupo estrechamente ce-rado tanto residencial como socialmente.

Los mexicanos construyeron el sistema del ferrocarril interurbano y eran los usuarios más constantes. Pero, mientras los mexicanos se-

<sup>59</sup> *Ibid.*

guían utilizando este medio de transporte, la población anglosajona prefirió cada vez más el automóvil. El auge y popularidad de este nuevo medio tuvo un gran impacto en la estructura urbana de Los Ángeles. El registro de automóviles se elevó notablemente, en especial durante los años posteriores a la primera guerra mundial. De hecho, hacia mediados de la década de los veinte, uno de cada siete estadounidenses era propietario de un automóvil; de los californianos, uno de cada cuatro y, en Los Ángeles, considerada como la capital mundial del automóvil, la tasa era de un carro por cada 2.25 personas. Los propietarios de autos gozaban de una gran movilidad y conforme se incrementaba el registro de éstos, la población gravitó en forma natural hacia zonas más lejanas.<sup>60</sup> Como otras ciudades en Estados Unidos, Los Ángeles incorporó muchas de las nuevas comunidades. En 1910, Los Ángeles era una ciudad de 161 kilómetros cuadrados y hacia 1930 contaba con 710 kilómetros cuadrados.<sup>61</sup> Así, en tanto las zonas pobladas de la ciudad se extendían, emergieron vastas regiones de casas habitación. Hacia los veinte, el automóvil había contribuido no sólo a un desplazamiento masivo de las familias hacia las zonas periféricas, sino a incrementar la dispersión de las industrias manufactureras.

A pesar de que la nueva colonia mexicana en el este empezó a crecer, otros enclaves mexicanos seguían sobreviviendo el encierro creado por el desarrollo suburbano. Una de estas comunidades, dividida en tres secciones, se localizaba en Pasadena, uno de los suburbios más grandes de Los Ángeles y un área predominantemente anglosajona. De acuerdo con una encuesta de 1922, los tres barrios de Pasadena contaban con 1 736 mexicanos o 395 familias. Christine Lofstedt, investigadora universitaria, describe una de las secciones del sur de Pasadena: “[estaba] localizada en esa estrecha franja de tierra al sur de la avenida Colorado, atravesada transversalmente por dos líneas de ferrocarril, con tanques de gas, plantas de energía eléctrica, diversas fábricas, lavanderías y un heterogéneo amontonamiento de adobes”.<sup>62</sup>

<sup>60</sup> Ashliegh E. Brilliant, “Some Aspects of Mass Motorization in Southern California, 1921-1929”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 47 (1965): 191-206.

<sup>61</sup> James H. Collins, “Los Angeles Grows by a Formula”, *Southern California Business* 12 (septiembre de 1933): 18-19; Los Angeles Chamber of Commerce, *Los Angeles To-Day: City and County* (Los Ángeles: Los Angeles Chamber of Commerce, 1927), 3-5.

<sup>62</sup> Lofstedt, “The Mexican Population of Pasadena”, 260.

En Pasadena, los mexicanos que vivían en la sección sur y en otros barrios encontraron trabajo agrícola temporal en las granjas y los ranchos aledaños de cítricos. “La mayor parte de su trabajo —escribió Lofstedt— está en los huertos, en la recolección de fruta, la jardinería, el trabajo de cantera, las cementeras, la excavación, la albañilería y la lavandería”.<sup>63</sup>

En otro barrio de Los Ángeles, otra investigadora, Elizabeth F. Hymer, observó que las condiciones de vivienda eran un poco mejores que las de la colonia mexicana de Watts y que los residentes parecían gozar de una mejor situación económica. La comunidad, escribió, es un “grupo racial heterogéneo, integrado predominantemente por judíos, negros y por mexicanos de clase alta”. Para el visitante ocasional, los residentes de este barrio parecen tener una “clara disposición al ahorro, aspiraciones y respeto a sí mismos”. La encuesta de Hymer reveló que la tercera parte quería vecinos “estadunidenses”, un indicador de que tenían el “deseo definitivo de llegar a formar parte del orden social estadunidense”.<sup>64</sup>

Cuando Los Ángeles diversificó sus industrias, se desarrollaron nuevas áreas y otras desaparecieron. La industria llantera y las empackadoras de carne, por ejemplo, encontraron lugares ideales para ubicar sus plantas: tierra barata, bajos impuestos y amplia fuerza laboral de las áreas periféricas. Para compañías que dependían de la marina mercante, la zona portuaria que rodeaba San Pedro y Wilmington (al sur de Los Ángeles) resultaba la alternativa lógica. A las compañías que realizaban la mayor parte de su actividad por ferrocarril, el área justo al este del centro de la ciudad les ofrecía muchas ventajas.

El rápido desarrollo de la industria llantera se ubicó predominantemente en el lado este. La industria había arrancado en los años posteriores a la primera guerra mundial, cuando el automóvil se popularizó en Estados Unidos, en particular en el sur de California. Hacia mediados de la década de los veinte, la industria empleaba ocho mil trabajadores y tenía una nómina anual de catorce millones de dólares.

<sup>63</sup> *Ibid.*, 262.

<sup>64</sup> Elizabeth Hymer, “A Study of the Social Attitudes of Adult Mexican Immigrants in Los Angeles and Vicinity, 1923” (tesis de maestría, Los Ángeles University of Southern California, 1924), 2, 3, 25.

Una de las principales fábricas, la Samson Tire, adquirió dieciséis hectáreas del Union Pacific Industrial Park en el Atlantic Boulevard. A principios de los veinte, esa área registraba una gran concentración de mexicanos y continuaba expandiéndose.<sup>65</sup>

La migración creciente de trabajadores mexicanos influyó en el crecimiento de todas estas comunidades. A mediados de los veinte, la inusitada inmigración de familias mexicanas a Los Ángeles contribuyó a convertirla en la nueva “capital mexicana” de Estados Unidos. Desde 1920 hasta 1930, la población mexicana de Los Ángeles se triplicó, pasando de 33 644 a 97 116. Tal crecimiento hizo de Los Ángeles la ciudad líder, por primera vez sobre San Antonio, que era tradicionalmente la ciudad mexicana más grande de la nación. Además, tomando en cuenta todo el condado, había en Los Ángeles 167 000 mexicanos, cifra significativamente superior a la de casi todas las ciudades de México.<sup>66</sup> El mayor crecimiento ocurrió en las áreas del este y del sur del centro de Los Ángeles, especialmente en el Central Plaza District y en Boyle Heights (correspondientes a los distritos electorales 60 y 61 de 1930). En el distrito 60, que en 1930 incluía la Plaza Central, Lincoln Heights y algunas secciones de Boyle Heights, la población mexicana sumaba casi 35 000 o aproximadamente el doble del segundo barrio más grande localizado en el distrito 61. Éste colindaba con la comunidad anglosajona del sur de Pasadena, la comunidad predominantemente mexicana de Belvedere y un pequeño distrito negro, extensión del barrio de Central Avenue.<sup>67</sup>

Una vez que se movilizó la población mexicana hacia el este, también lo hicieron muchos de los centros religiosos y sociales ligados a este grupo. El Brownson House Settlement, el centro más antiguo para los inmigrantes mexicanos de Los Ángeles, reubicó sus instalaciones en 1928 a Pleasant Avenue, en el lado este, para continuar atendiendo a la población mexicana. Construida en 1901, la original

<sup>65</sup> John C. Austin, “Pioneering the World’s Second Tire Center”, *Southern California Business* 8 (febrero de 1929): 9, 10, 47.

<sup>66</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 266; Ricardo Romo, “The Urbanization of Southwestern Chicanos in the Early Twentieth Century”, *New Scholar* 6 (1977): 185.

<sup>67</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 3: *Population*, 287 y vol. 6: *Population*, 181.

Brownson House estaba localizada cerca de la plaza, justo al oeste de Los Angeles River. Mary J. Desmond, jefa de residentes del asentamiento, recuerda que cuando se estableció por primera vez “estaba en un valle, rodeado de encantadoras casas y atractivos jardines, pero, en años recientes, la invasión de empresas comerciales fue tan contundente que el asentamiento se encontró completamente rodeado de fábricas y funcionaba justo debajo de tres enormes torres que eran tanques de gas”.<sup>68</sup>

Hacia el final de la década de los veinte, la comunidad de Belvedere, con treinta mil residentes de origen mexicano, tenía la concentración más grande de mexicanos en la metrópoli de Los Ángeles, mayor que otras comunidades más cercanas al centro, como Boyle Heights y Lincoln Heights.<sup>69</sup> Los mexicanos habían comenzado a mudarse a Belvedere a fines de la década de los diez, un periodo cuando los terrenos y las casas de ese lugar eran significativamente más baratos que en Boyle Heights, que entonces era un distrito judío e italiano. Lo mismo que a Santa Ana, a esta comunidad del lado este la atendía el sistema de tren interurbano, el cual abarató el transporte al interior de la ciudad y lo hizo relativamente rápido.<sup>70</sup> A comienzos de los veinte, una línea del Pacific Electric que iba desde la intersección Slauson (cerca del centro de Los Ángeles) hasta el Orange County, vía Belvedere, Los Nietos y La Habra, abrió grandes opciones a los mexicanos que buscaban adquirir propiedades. Belvedere, todavía más cerca del corazón central que Watts o Santa Mónica, floreció en la década siguiente a la primera guerra mundial. A diferencia de las comunidades del suroeste de Los Ángeles, donde mexicanos y negros juntos constituían la mayoría, en Belvedere solamente había trece habitantes negros registrados por el censo de 1930. En Belvedere, en 1920, los residentes blancos nativos y los blancos de procedencia mixta extranjera estaban representados en la misma proporción. El hecho de que hubiera pocos negros en el lado este presumiblemente aumentó las oportunidades de empleo para los trabajadores mexicanos, en particular para quienes buscaban empleo en

<sup>68</sup> Mary J. Desmond, “New Brownson House”, *Playground* 22 (noviembre de 1928): 456.

<sup>69</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 6: *Population*, 181.

<sup>70</sup> Crump, *Ride the Big Red Cars...*, 236.



las plantas manufactureras de ladrillo, madera, barro e industria pesada en distritos adyacentes.<sup>71</sup>

Conforme las industrias se reubicaron en las comunidades al este y al sur de Belvedere, los residentes mexicanos satisficieron una importante laguna laboral. Las compañías restringidas a áreas fuera de las zonas residenciales —como las empacadoras de carne, acero y armadoras de autos—, así como las que buscaban permanecer cerca de las líneas ferroviarias más largas del lado este, establecieron cuarteles manufactureros en Vernon, Marywood, Commerce, Bell y Cudahy. Dichas plantas ofrecieron a los mexicanos oportunidades de trabajo en empleos relacionados con la industria; sin embargo, a pesar de lo que parecía abrir un amplio abanico de empleos, la trabajadora social Mary Lanigan observó que la segunda generación de mexicanos en Belvedere seguía desilusionada a fines de los veinte, puesto que se “había acostumbrado a la segregación y a [referirse a] los estadounidenses como gente blanca”. Habían llegado a entender, escribió Lanigan, “que existen ciertos tipos de trabajos para los mexicanos y otros para los estadounidenses”. En cuanto a la integración, llegó a la conclusión de que “Estados Unidos ha rechazado al inmigrante mexicano en cada paso que ha dado para alcanzar este objetivo”.<sup>72</sup>

La mayoría de las nuevas subdivisiones de Los Ángeles, unas mil cuatrocientas en el condado, sólo en la década de los veinte, fueron hechas para complacer a los angloamericanos nativos y a los inmigrantes provenientes del norte de Europa. En un artículo intitulado “The Land of Sunny Homes”, un promotor de Los Ángeles advertía:

Para el hombre cuyo capital consiste principalmente en sus manos desnudas, las oportunidades en el sur de California son limitadas, a pesar de que el distrito ha tenido un notable crecimiento económico gracias al precio barato del combustible y la energía eléctrica, aun cuando el número de fábricas se duplica cada cinco años, a pesar de que el flujo laboral normalmente excede la demanda.<sup>73</sup>

<sup>71</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 259-263.

<sup>72</sup> Mary Lanigan, “Second Generation Mexicans in Belvedere” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1932), 45.

<sup>73</sup> Walter V. Woehlke, “The Land of Sunny Homes”, *Sunset* 34 (1915): 472.

Así, la mayor parte de las “oportunidades doradas” que existían en Los Ángeles beneficiaron a trabajadores calificados y semicalificados. Las utilidades obtenidas, posibles gracias al trabajo barato de trabajadores no calificados, permitieron a muchos angloamericanos de cuello azul y blanco pasar a formar parte de subdivisiones cada vez más acomodadas.

El Movimiento Mundial Intereclesiástico (Interchurch World Movement) de Los Ángeles encontró considerables mejoras en la situación de la vivienda en 1920, a pesar de que las comunidades mexicanas seguían siendo aisladas y hacinadas. El estudio de este movimiento descubrió que 1 por ciento de las familias mexicanas vivía en habitaciones de un cuarto y 50 por ciento, en residencias de cuatro y cinco cuartos; una mejora respecto a las condiciones señaladas por el estudio hecho la ciudad en 1912, que había mostrado sólo 5 por ciento en residencias de gran tamaño. Estos avances parecían realmente notables y fueron refutados más tarde por otros estudios. No obstante, aunque la encuesta de la Iglesia había encontrado progresos en la vivienda, recomendó que “debía asignarse un presupuesto razonable para investigar las rentas exorbitantes que hoy se cobra a los mexicanos”.<sup>74</sup>

El crecimiento acelerado de los negocios mexicanos en el barrio, que alcanzó la cifra de 239 en 1922, reflejaba un sentido de permanencia, lo que desdibujó el mito de que los mexicanos contribuían a la economía de Los Ángeles únicamente a través del trabajo eventual. La mayoría de los establecimientos mexicanos, al menos hasta la primera guerra mundial, operaron para la comunidad de la Plaza. Al desplazarse la comunidad mexicana hacia East Los Angeles, durante los años de la posguerra, muchos de los negocios la siguieron, pues también enfrentaban los problemas derivados de las altas rentas y la falta de espacio. Más aún, grandes oportunidades de negocios aguardaban a los mexicanos en las nuevas comunidades. Esto era particularmente notorio en el caso de las tiendas de barrio como las tortillerías. Hacia 1920, diez de cada 66 tiendas de abarrotes propiedad de mexicanos estaban localizadas en Brooklyn Avenue en el lado este y docenas más se abrieron durante el mismo periodo en calles

<sup>74</sup> Oxnam, “The Mexican in Los Angeles...”, 8. Para el estudio de 1912, véase la nota 31.

cercanas a Brooklyn. El negocio de abarrotes era el más popular para los mexicanos; estas tiendas constituían una cuarta parte de toda la actividad comercial de la comunidad. Los siguientes dos negocios más populares para los mexicanos en los veinte eran los restaurantes y los establecimientos de limpieza. La popularidad de estos dos negocios puede derivar de la presencia de tantos hombres solteros en los barrios.<sup>75</sup>

El área de la Plaza, sin embargo, seguía dominando las actividades culturales y recreativas. Los trabajadores mexicanos frecuentaban los salones de billar, los cines y las tiendas de “maquinitas” tragamonedas de la zona del centro. Los mexicanos favorecían especialmente los billares de North Main como lugar de reunión. En una tarde típica, cerca de 150 hombres jugaban billar o simplemente acudían a divertirse a los billares de la zona. Estos sitios resultaban atractivos para un grupo étnico en particular y, si bien las políticas de segregación no fueron la regla, los mexicanos preferían reunirse en lugares donde había otros de su misma clase y formación. Durante el periodo posterior a la primera guerra mundial, los mexicanos frecuentaban cuatro salas de billar administradas por japoneses. Adicionalmente, cinco de los teatros mexicanos más populares en la ciudad estaban localizados en North Main. En 1910, el Teatro Hidalgo registró las mayores audiencias: para la función del sábado, por ejemplo, un investigador informó que 525 clientes abarrotaron el teatro y que 75 por ciento eran mexicanos.<sup>76</sup>

Datos demográficos demuestran que el desplazamiento de los mexicanos al área urbana de California tuvo un marcado impacto sobre la población en general. De acuerdo con el *Monthly Labor Review*, en 1929, los mexicanos en California sumaban 17.7 por ciento del total de nacidos en el estado. El excedente de nacimientos sobre fallecimientos entre la población blanca de la zona desincorporada del condado de Los Ángeles en los años de 1921 a 1927 era de sólo 241, mientras que entre los mexicanos fue de 4 070. En un periodo similar, de 1918 a 1927, el excedente total de nacimientos respecto a las muertes en Los Ángeles fue de 43 066, de los cuales 10 189 (20 por ciento), eran mexicanos. Un estudio entre 769 familias mexicanas en el mismo

<sup>75</sup> Cifras calculadas a partir de datos publicados por Los Angeles Directory Company, *Los Angeles City Directory* (Los Ángeles: Southern California Publishing Company, 1920-1930).

<sup>76</sup> McEuen, “A Survey of the Mexican in Los Angeles...”, 74-77.

periodo confirma la alta tasa de crecimiento de las familias mexicanas, éste reveló que el número promedio de hijos por familia examinada fue de 4.3. De hecho, 45.3 por ciento de las familias tenía cinco o más hijos, mientras que 40.4 por ciento tenía menos de tres.<sup>77</sup>

El estudio confirmó también los bajos salarios obtenidos por la clase trabajadora mexicana en Los Ángeles. De las 701 familias mexicanas sobre las que se disponía información respecto del promedio de su ingreso mensual, 69.2 por ciento promedió menos de cien dólares al mes, 10.5 por ciento entre cien y ciento cincuenta dólares, 5.9 por ciento entre ciento cincuenta y doscientos dólares y únicamente 4.4 por ciento ganaba doscientos dólares o más. Como resultado, todas las personas capacitadas en estas familias eran alentadas a contribuir al ingreso familiar. Un estudio entre 435 familias reveló que 35.2 por ciento tenía hijos que trabajaban al menos tiempo parcial.<sup>78</sup>

Mientras algunas de las comunidades de la periferia seguían atrayendo a blancos lo mismo que a mexicanos, se hicieron claramente visibles los distintos patrones de los barrios mexicanos y los de los blancos con el incremento de la población mexicana. Por ejemplo, en Watts, según Clara G. Smith, “Main Street dividía la comunidad en dos secciones; el norte de Main se vio ocupado por blancos, la mayoría de los cuales se segregaba por su propia cuenta, mientras que la parte más grande al sur fue ocupada básicamente por mexicanos y, después, tanto por mexicanos como por negros”.<sup>79</sup> A pesar de que había mexicanos habitando en todos los distritos de Los Ángeles, la discriminación en vivienda por parte de los angloamericanos en contra de los mexicanos prevaleció en muchos de los distritos de las comunidades del sur de California. Antes de la primera guerra mundial, los residentes angloamericanos de la plaza del distrito de Central Avenue resistieron exitosamente la “invasión” de mexicanos, así como la de negros y asiáticos, a través de esfuerzos personales o bien echando mano de cláusulas restrictivas en contratos de hipoteca. Más al sur en Watts, Smith concluyó, “cuando el mexicano compra propie-

<sup>77</sup> U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, “Labor and Social Conditions of Mexicans in California”, *Monthly Labor Review* 32 (enero de 1931): 86-87.

<sup>78</sup> *Ibid.*, 89.

<sup>79</sup> Smith, “The Development of the Mexican People...”, 10.

dades en el distrito blanco se vuelve un exiliado para su antiguo grupo y es rechazado por sus vecinos estadounidenses”.<sup>80</sup>

Como los negros y los asiáticos, los mexicanos sufrieron segregación en la vivienda en casi cada una de las secciones de la ciudad y en su periferia. En Santa Ana, una mujer explicaba cómo fue que la población mexicana llegó a vivir cerca de las vías del ferrocarril en un área conocida como el distrito Santa Fe:

Los mexicanos se fueron a vivir allá porque las rentas eran baratas y porque existía también un sentimiento horrible entre la gente blanca de Santa Ana, no les gustaba vivir cerca de los mexicanos. Un blanco prefería dejar su casa desocupada antes que rentarla a un mexicano, aunque éste y su familia fueran limpios y pagaran la renta. De modo que, les gustara o no vivir en un distrito sólo para ellos, los mexicanos tenían que hacerlo. No había otro lugar en el que consiguieran una casa para vivir.<sup>81</sup>

En la comunidad de Santa Ana, el deseo de los mexicanos de “ubicar a sus hijos en escuelas con los estadounidenses” generó otros cambios en los patrones residenciales de la nueva población migrante. Según Helen Walker, trabajadora social en la comunidad, “muchos de los mexicanos sentían que las escuelas mexicanas, con sus edificios viejos y feos, no eran tan buenas como las escuelas a las que acudían los estadounidenses”.<sup>82</sup>

En 1927 la Cámara de Comercio de Los Ángeles solicitó a las ciudades circundantes conurbadas que informaran sobre cuestiones tales como crecimiento poblacional e industrias. Las respuestas recabadas arrojaron mucha luz al problema de la segregación y las actitudes de los líderes de la comunidad hacia el desplazamiento de residentes mexicanos a sus distritos. La ciudad costera de El Segundo declaró en forma por demás arrogante que su ciudad “no tenía negros ni mexicanos”. Lynwood, una de las nuevas zonas industriales al sureste de

<sup>80</sup> *Ibid.*, 61.

<sup>81</sup> Citado por Walker, “The Conflict of Cultures...”, xiv.

<sup>82</sup> *Ibid.*, xv. Véase también Helen Walker, “Mexican Immigrants and American Citizenship”, *Sociology and Social Research* 13 (mayo de 1929): 465-471.

la zona central, informó en 1930: "Lynwood, si bien restringida a la raza blanca, puede proporcionar amplio trabajo de la mejor calidad".

Todas las ciudades que deseaban atraer a nuevos residentes se sentían aparentemente obligadas a congratularse por tener pocos extranjeros o grupos raciales mixtos. Long Beach, una comunidad que a fines de la década de los veinte tenía de hecho una extensa población mexicana de cerca de trece mil, se anunciaba con orgullo: "Long Beach tiene una población de 140 mil habitantes, 98 por ciento de los cuales son de raza anglosajona".<sup>83</sup>

La mayor parte de esta hostilidad se dirigía contra los inmigrantes mexicanos pobres de clase trabajadora. Los agentes inmobiliarios y los propietarios de casas trataban de burlar las reglas no escritas de la segregación cuando parecía que la minoría interesada había llegado a la clase "adecuada". Una vez que habían consolidado sus carreras cinematográficas, Ramón Navarro y Dolores del Río, dos de las estrellas más exitosas de Hollywood en los veinte, compraron casas cerca del lado oeste, casi totalmente blanco. Otros cuantos ricos mexicanos se asentaron en la zona oeste, en medio de casas a la moda en los bulevares Adams y Wilshire. Estos residentes del oeste, que habían sido integrantes de la elite gobernante durante la presidencia de Porfirio Díaz, vivían de manera confortable en casas privadas con espaciosos jardines, reminiscencia del México prerrevolucionario. *The Los Angeles Times* publicó que en West Adams, cerca del popular Centro Hispanoamericano, las señoritas mexicanas se llevaban con la crema y nata de la ciudad.<sup>84</sup> Muchos de los exiliados más ricos de México hicieron sus casas en Los Ángeles durante el periodo de 1910 a 1930, incluyendo a Luis Terrazas, el ex terrateniente de Chihuahua, quien poseyó un imperio de ganado y minas valuado en doscientos millones de dólares, y a los ex gobernadores de Baja California y Oaxaca.<sup>85</sup>

Es difícil medir el impacto que esta segregación tuvo sobre los residentes mexicanos. Ciertamente, algunos de los recién llegados esco-

<sup>83</sup> Expedientes de la Cámara de Comercio de la ciudad de Los Ángeles, sobre todo cartas localizadas en la Biblioteca del Ayuntamiento bajo el título "Industrial Surveys of Los Angeles Chamber of Commerce", Box R330-979. Las cartas fueron escritas por los secretarios y presidentes de la Cámara de Comercio local al cuartel general en Los Ángeles.

<sup>84</sup> *Los Angeles Times*, 22 de noviembre de 1922.

<sup>85</sup> *Ibid.*, 2 de enero de 1916.

gieron vivir en comunidades segregadas racialmente, y tal selección pudo haber sufrido ajustes para facilitar los nuevos estilos de vida. En una conferencia sobre el tema de la inmigración, Orfa Jean Shontz, ex árbitro de la corte juvenil de Los Ángeles, habló sobre las “Relaciones de las familias mexicanas en una atmósfera de cambio social”. En su opinión, educar a los niños en Estados Unidos no era más fácil que en México y, en términos generales, descubrió a los mexicanos en California como “los de mejores modales, los más obedientes y menos conflictivos entre todas las nacionalidades”. La vida de la familia mexicana con la presión de un nuevo ambiente urbano e industrial parecía unirlos, debido a que, como lo hizo notar Shontz, “los mexicanos tienen un respeto universal por los niños y los adultos”, y las relaciones familiares entre ellos son “cercanas, cálidas y más sagradas que entre nosotros”.<sup>86</sup> Sin duda, vivir en el barrio ayudó a los mexicanos a mantener estas relaciones.

El modo como los medios y el público veían a los mexicanos afectó las respuestas de agencias e instituciones hacia este grupo. A la Asociación para el Desarrollo de California (California Development Association), entre otras, le hubiera gustado que la sociedad creyera que los mexicanos que trabajaban en el estado estaban principalmente ligados a la agricultura, por lo que regresarían a México al término de la cosecha. Sus falsas apreciaciones o esfuerzos para confundir a la sociedad derivaron de la atención concedida por el Congreso de Estados Unidos al tema de la restricción de la inmigración de México. El argumento de la Asociación en el sentido de que “los mexicanos que llegan a California han mostrado escasa tendencia a quedarse en colonias permanentes” fue reforzado cuando se aseguró al Congreso que no había mucha necesidad de ubicar a México en la lista de cuotas, como se había hecho con los países de Europa del Este.<sup>87</sup>

Parte de esta falsa percepción de los residentes de Los Ángeles respecto a la población mexicana repercutió en los muchos intentos de los industriales locales de identificar a los mexicanos como fuerza de trabajo eventual. La Cámara de Comercio de Los Ángeles contribuyó a construir el mito de los mexicanos como trabajadores nómadas.

<sup>86</sup> Orfa Jean Shontz, “The Land of ‘Poco Tiempo’”, *Family 8* (mayo de 1927): 74-75.

<sup>87</sup> *Ibid.*, 78-79.

Un amplio informe, escrito en 1928 por el doctor George P. Clements, prominente vocero de la Cámara, dirigido al profesor de la Universidad Vanderbilt, Roy Garis, revela los prejuicios de los angelinos, así como sus intentos por confundir a quienes favorecían las cuotas de inmigración. De las tres categorías de trabajadores que existen —permanentes, eventuales y temporales—, ubicó a los mexicanos en las dos últimas, haciendo notar que los trabajadores mexicanos eventuales podían satisfacer la demanda tanto de la agricultura como de los servicios públicos, mientras que “los empleos temporales requieren de un tipo de trabajador que tenga la habilidad y el hábito indispensables para enfrentarse a las condiciones que impone el desierto”. Clements afirmó que la necesidad de trabajos eventuales en la región es “definitivamente no estadounidense, en la medida en que son itinerantes, y la cubren los mexicanos, tanto inmigrantes como ciudadanos estadounidenses de origen mexicano”. La última parte de su documento revela una confusión común: que incluso los estadounidenses por nacimiento cuyo origen era mexicano no tenían derechos en la sociedad estadounidense. A la pregunta formulada por Garis: “En las industrias, ¿hasta qué grado han reemplazado los trabajadores migrantes baratos y sin capacitación (especialmente mexicanos) a los trabajadores estadounidenses?”, Clements respondió: “En la industria en general, el trabajo extranjero —especialmente de mexicanos— está diseñado para atender un segmento pequeño del mercado industrial. Un trabajador estadounidense dispuesto a trabajar recibe la preferencia”. Los mexicanos, concluyó Clements, “vienen fundamentalmente a Estados Unidos para vender su trabajo a cambio de dinero estadounidense que mandarán a México y para ser ciudadanos residentes”.<sup>88</sup> Como la mayoría de sus contemporáneos, Clements ignoró la realidad de que los mexicanos formaban familias, compraban casas, enviaban a sus hijos a la escuela y se habían convertido en un creciente y estable contingente en la fuerza de trabajo de Los Ángeles.

En un estudio publicado en 1929, Robert N. McLean, líder religioso y autor, cuestionó la caracterización de los mexicanos como individuos nómadas que regresaban a México durante los meses del invierno. En una docena de asentamientos habitacionales desde San

<sup>88</sup> George P. Clements Papers (Los Angeles Department of Special Collections, UCLA).



Antonio a Los Ángeles, McLean encontró que 1 021 personas estudiaban, 833 habían estado en el país por cinco años o más. Del mismo grupo, 982 subrayaban que pretendían vivir permanentemente en Estados Unidos, quince no estaban seguros y 24 dijeron que deseaban volver a México en algún momento. De este grupo, “ni uno solo afirmó tener el hábito de pasar el invierno en México”.<sup>89</sup> Un estudio anterior (1918), a cargo de Gladys Patric, reveló que 31 por ciento de 495 mexicanos encuestados en una comunidad del noreste de Los Ángeles había vivido en la ciudad de cinco a nueve años, mientras que 34 por ciento lo había hecho de diez a 19 años. De este grupo, solamente el 8 por ciento había nacido en Estados Unidos.<sup>90</sup>

Una visión respecto de los patrones de asentamiento y migración de los mexicanos surgió a partir de una encuesta realizada a mediados de la década de los veinte, en la que 50.7 por ciento respondió que esperaba regresar a México a vivir. Otro 35 por ciento decidió no contestar la pregunta. Como respuesta a una pregunta relacionada, 29 por ciento expresó su deseo de “permanecer definitivamente en Estados Unidos, mientras que 49.2 por ciento decidió no contestar esta pregunta”.<sup>91</sup>

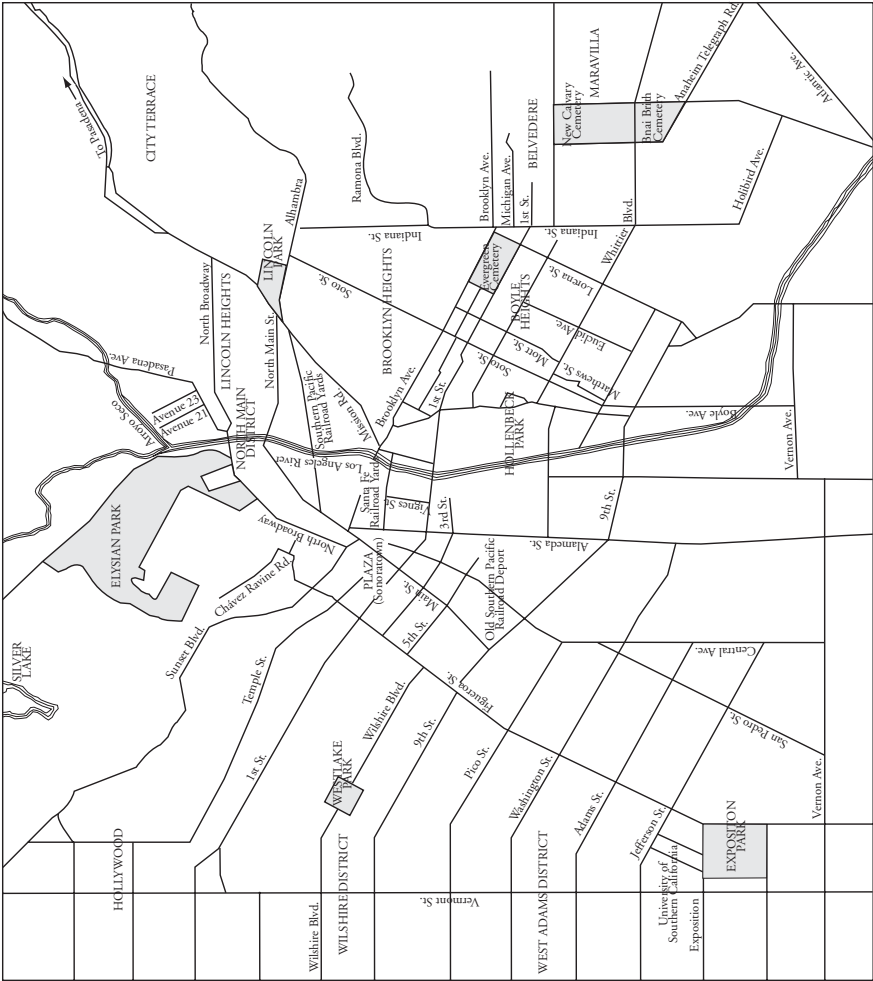
Los Ángeles había abordado el asunto de restringir la inmigración mexicana en un congreso patrocinado por “Amigos de los Mexicanos”, celebrado los días 11 y 12 de noviembre de 1927. El vicescñsul mexicano Joel Quiñones y el profesor Malbone W. Graham del Departamento de Ciencia Política de la UCLA y Emory S. Bogardus, director de la Escuela de Bienestar Social de la Universidad del Sur de California, presentaron ahí discursos clave. Asimismo, los participantes en el congreso expresaron su preocupación por “la tendencia de los trabajadores mexicanos a concentrarse en Los Ángeles, San Bernardino y otros centros” y la imposibilidad de mantener instalaciones apropiadas para la vivienda. De cualquier manera, reconocieron que la incertidumbre de tener empleo regular en las zonas rurales era lo que forzaba a muchos trabajadores inmigrados a ir a las zonas urbanas, y estuvieron de acuerdo en que la población mexicana del suroeste

<sup>89</sup> Robert N. McLean, “Mexican Workers in the United States”, en *National Conference of Social Work, Proceedings* (Chicago, 1929), 530-531.

<sup>90</sup> Patric, *A Study of the Housing and Social Conditions...*, 7-9.

<sup>91</sup> Hymer, “A Study of the Social Attitudes...”, 52.

MAPA 2  
EL CENTRO Y EL ESTE DE LOS ÁNGELES, 1915-1930



requería básicamente ser más “adecuadamente distribuida”. Un comité especial concluyó que la sociedad requería tener datos más precisos sobre la población mexicana. Al final del congreso, los delegados advirtieron que la opinión pública podría propiciar inmediatamente leyes drásticas en detrimento de la agricultura, la industria y el transporte. Hicieron numerosas recomendaciones sobre el establecimiento de niveles de salarios mínimos y “estándares mínimos de higiene, así como sanitarios en las viviendas y en la vida de los trabajadores mexicanos”.<sup>92</sup>

Con el cambio de las condiciones económicas, los mexicanos llegaron a ver su propia migración y asentamientos de una nueva manera. En los años previos a la primera guerra mundial, cuando los empleos industriales eran escasos y mal pagados, muchos mexicanos descubrieron que sus familias solamente podían vivir hacinadas en casas inadecuadas. En la década de los veinte, los promotores del desarrollo suburbano encontraron rentable dirigirse al mercado de bajos ingresos y específicamente a los compradores mexicanos. Si bien sólo una proporción de mexicanos mucho más pequeña que la de angloamericanos y europeos era propietaria de su casa, muchos encontraron en los nuevos barrios del lado este al menos una oportunidad parcial de ofrecer una vida mejor a su familia.

<sup>92</sup> “Report of the Seventh Annual Conference of the Friends of the Mexicans” (Pomona College, noviembre 11 y 12, 1927), George P. Clements Papers, Box 63, 6-7; véase también Alberto Rembao, “What Should Be Done for Juan García?”, *Pomona College Magazine* 17 (enero de 1929): 145-148.



## La amenaza morena

Luego de 1910, la acelerada urbanización e industrialización de Los Ángeles supuso un cambio en la base social y demográfica. El enorme número de inmigrantes mexicanos asentados en la ciudad durante el periodo de 1910 a 1920 contrastaba con los patrones tradicionales de inmigración. Antes de 1900, la mayoría de los inmigrantes que llegaban a California provenían del norte de Europa, particularmente de Inglaterra, Irlanda, Escandinavia y Alemania. Una década más tarde, la mayoría de los recién llegados al estado dorado era de México y del sur de Europa. El flujo de personas de distintos lugares de Estados Unidos, así como esta creciente inmigración extranjera tuvieron como consecuencia un rápido crecimiento poblacional en Los Ángeles.<sup>1</sup>

Estos factores, junto con otras condiciones sociales imperantes en 1910 —una depresión económica, la transición de una economía de comercio e intercambio a una de industria y manufactura, el gran flujo de población extranjera, sobre de todo mexicanos que abarrotaron las viejas comunidades y establecieron prominentes enclaves étnicos, el conflicto en la frontera México-Estados Unidos, las crisis laborales y la histeria relacionada con la guerra— generaron una situación que hizo surgir fuertes sentimientos nativistas. Los años de 1910 a 1921 atestiguaron, desde la óptica nacionalista, el surgimiento de movimientos laborales radicales y de organizaciones extremistas que manifestaban odio racial, así como la aprobación de ciertas cuotas de inmigración basadas en la raza y la nacionalidad y una gran represión política.<sup>2</sup>

Algunos académicos consideran el nativismo como un movimiento social cuya aparición está estrechamente vinculada con el nivel

<sup>1</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census of the United States Taken in the Year 1920*, vol. 3: *Population*, 53, 133; Christopher Rand, *Los Angeles: The Ultimate City* (Nueva York: Oxford University Press, 1967), 101.

<sup>2</sup> Paul Murphy, "Normalcy, Tolerance, and the American Character", *Virginia Quarterly Review* 40 (1964): 457.

de desilusión de la mayoría de la población. En estas circunstancias, su principal objetivo fue “liberar a la sociedad de los indeseables extranjeros o de los elementos culturales de origen externo, o de ambos”.<sup>3</sup> Otros académicos ven el nativismo sencillamente como una ideología que los propagandistas han manipulado de acuerdo con sus propósitos. En cualquier caso, los nativistas culpan a los extranjeros de la mayoría de los males que aquejan a la sociedad. Así, cuando surgen sentimientos nativistas, se generan cruzadas en contra de los extranjeros que generalmente tienen como resultado la creciente represión política de una minoría. En periodos de crisis social o de creciente estrés individual, el nativismo se traduce en un “celo por destruir a los enemigos de un sistema de vida distinto al *American way of life*”.<sup>4</sup>

La mezcla única de nativismo, que emergió en California durante la segunda mitad del siglo xix, afectó la vida de los residentes mexicanos del sur de dicho estado durante principios del siglo xx. Los californianos, la mayoría de los cuales eran también inmigrados, manifestaron una profunda xenofobia, que se expresó en el nativismo de la época de la fiebre del oro y, más tarde, en las demandas para crear leyes contra los chinos durante las décadas de los setenta y los ochenta del xix.<sup>5</sup> También pronto comenzó una cruzada nativista contra los mexicanos, desligada de la campaña antiasiática, dirigida contra los extranjeros mexicanos y radicales. Ésta registró peculiaridades en la costa oeste. Durante la primera guerra mundial, se acusó a los mexicanos, entre otras cosas, de estar a punto de iniciar una revolución para reclamar todo el suroeste estadounidense para México. Con el fin de comprender las causas y el significado de este fenómeno en Los Ángeles, debemos tomar en consideración tres factores principales: el miedo al radicalismo político y laboral asociado con la inmigración mexicana; la ansiedad de que la Revolución mexicana

<sup>3</sup> *International Encyclopedia of Social Sciences* (Nueva York: Macmillan, 1968), II: 75-79; véase también John Blum, “Nativism, Anti-Radicalism, and the Foreign Scare, 1917-1920”, *Midwest Journal* 3 (1950-1951): 47-53.

<sup>4</sup> John Higham, *Strangers in the Land* (Nueva Brunswick: Rutgers University Press, 1955), 4.

<sup>5</sup> Alexander Saxton, *The Indispensable Enemy: Labor and the Anti-Chinese Movement in California* (Berkeley: University of California Press, 1971); William M. Mason, “The Chinese in Los Angeles”, *Museum Alliance Quarterly* 6 (otoño de 1967): 15-20.

se extendiera y la preocupación que generaba ésta entre los mexicanoamericanos en el suroeste; así como la sospechosa colaboración de mexicanos con Alemania, dentro y fuera de Estados Unidos, especialmente durante los años de la guerra.

A nivel nacional, los intentos por restringir la inmigración japonesa entre 1905 y 1907, la aprobación de una ley de extranjería en 1931, la invocación de un sistema de deportaciones más activo y la creación de leyes de exclusión representaron una cara del nativismo en California.<sup>6</sup> Adicionalmente, durante 1910, los californianos, influidos por un sentimiento común en todo Estados Unidos, empezaron a asociar extranjero con radical. La represión política de los líderes laborales y de los radicales mostrada en acciones policiacas en contra de los integrantes de los Trabajadores Industriales del Mundo (Industrial Workers of the World, iww) y de los socialistas en California desde 1910 hasta 1921 tenía elementos de histeria y de violencia desconocidos en el estado dorado desde el movimiento antichino de mediados de la década de los setenta del siglo xix.<sup>7</sup> En California, en Los Ángeles en particular, lo que muchos historiadores del suroeste han considerado un periodo de transición —la calma antes de la tormentosa era del terror rojo— constituye en realidad una etapa muy representativa de la represión de extranjeros y radicales. Así, durante el periodo de 1913 a 1918, se propagó la histeria por el miedo a los morenos —la amenaza morena—, que se manifestó en contra de los mexicanos que vivían en Los Ángeles y que fue tan grande como el originado por los comunistas y por otros radicales de cualquier parte.

Al crecer el sector industrial de Los Ángeles y por lo tanto al realizar amplios ajustes, surgió frecuentemente el desempleo, así como violentas disputas laborales por esta causa. Un ejemplo de tal clima de zozobra data de 1911, cuando una misteriosa explosión destrozó

<sup>6</sup> Roger Daniels, *The Politics of Prejudice: The Anti-Japanese Movement in California* (Berkeley: University of California Press, 1962); Stuart Creighton Miller, *The Unwelcome Immigrant: The American Image of the Chinese, 1785-1882* (Berkeley: University of California Press, 1969); Alexander Saxton, "Race and the House of Labor", en Gary B. Nash y Richard Weiss, *The Great Fear: Race in the Mind of America* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1970), 98-120.

<sup>7</sup> Hyman Weintraub, "The iww in California, 1905-1931" (tesis de maestría, UCLA, 1947); Elmer Clarence Sandmeyer, *The Anti-Chinese Movement in California* (Urbana: University of Illinois Press, 1939).

el edificio del diario *Los Angeles Times*, el cual se había vuelto un crítico muy severo del trabajo organizado en la ciudad. Entonces, sus editoriales recalcaron la sospecha generalizada de que había partidarios de los trabajadores detrás de este lamentable suceso. En extrañas y todavía inexplicables circunstancias, dos líderes de los trabajadores asumieron la responsabilidad de la bomba.<sup>8</sup> Esta violencia ocasionó un enorme retroceso laboral. Durante los siguientes tres años, el sector manufacturero ganó una prolongada batalla por una ciudad abierta a la oferta y la demanda. En su esfuerzo por reducir el peso de las organizaciones laborales, los industriales del sur de California intensificaron el reclutamiento de trabajadores mexicanos. Los nativistas, sin embargo, trataron de contener el flujo de inmigración que provenía de México, argumentando que los mexicanos no se adaptaban y eran propensos a ocasionar conflictos laborales. A pesar de que en ocasiones ambos grupos se descalificaban mutuamente, en los años de 1914 a 1918, los mexicanos se convirtieron en los “chivos expiatorios” en Los Ángeles; se les consideró agitadores laborales y generadores de disrupción social y política.<sup>9</sup>

Durante esta transición industrial, el nativismo puso especial atención en los asuntos exteriores de Estados Unidos. Cuando este país entró en la primera guerra mundial, emergió el temor a la intriga alemana en México, en particular en las comunidades mexicanas de Estados Unidos, como una “amenaza” adicional a la seguridad de los ciudadanos estadounidenses. Era una época, como lo ha señalado un historiador, cuando los individuos buscaban “la unidad nacional, alarmados y amenazados por asuntos de clase, raza o ideología”.<sup>10</sup> Los líderes nativistas, especialmente los políticos, demandaban restricciones y la intervención militar en México.

La creciente inmigración mexicana no escapó a la atención de los nativistas. Además, ésta se dio paralela a la confrontación política relativa a la inmigración japonesa. Es más, el desplazamiento de los

<sup>8</sup> F. Palmer, “Otistown of the Open Shop”, *Hampton* 26 (enero de 1911): 29-44; Walter V. Woehlke, “Terrorism in America”, *Outlook*, 17 de febrero de 1912, 359-367; Herbert Shapiro, “The McNamara Case: A Crisis of the Progressive Era”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 59 (otoño de 1977).

<sup>9</sup> Véase, por ejemplo, Samuel Bryan, “Mexican Immigrants in the United States”, *Survey* 7 (septiembre de 1912): 726-730.

<sup>10</sup> Higham, *Strangers in the Land*, 195.



mexicanos en Los Ángeles ocurrió durante un periodo de intensa migración de las áreas rurales hacia las urbanas. En el sur de California, los trabajadores mexicanos vinieron a llenar el vacío creado en numerosas comunidades agrícolas por las restricciones a los trabajadores asiáticos.

Durante la Depresión de 1913-1914, los nativistas de California encontraron en los inmigrantes un inmejorable chivo expiatorio. Empleos que el año anterior eran considerados menores o sin valor atrajeron a cientos de solicitantes angloamericanos en esta época. Así, las restricciones a la inmigración tenían mayores implicaciones que sólo las del trabajo, sobre todo en la medida en que los nativistas utilizaron los fantasmas de la enfermedad, el analfabetismo y los altos costos de los programas sociales como sus principales armas para influenciar a la opinión pública.<sup>11</sup> A menudo hacían referencia a las “bien fundamentadas opiniones” de investigadores y académicos para sustentar sus ideas. Por ejemplo, Samuel Bryan de la Universidad de Stanford escribió en 1912: “Desde el punto vista social y político, la presencia de grandes cantidades de mexicanos en este país da origen a serios problemas”.<sup>12</sup> Bryan visitó la comunidad mexicana de Los Ángeles y llegó a la conclusión de que sus barrios se habían convertido en el “caldo de cultivo” de “la enfermedad y el crimen”. Resumió sus descubrimientos de esta forma:

Sus bajos estándares de vida y morales, su ignorancia, su grave falta de un interés político adecuado, el efecto retardatorio de su forma de trabajo sobre la escala salarial de otras razas más progresistas y, finalmente, su tendencia a formar colonias en los centros urbanos, con reprobables resultados, se combinan para etiquetarlos como una clase indeseable de residentes.<sup>13</sup>

Para los nativistas, la afluencia de mexicanos representaba un grave problema. En un artículo periodístico sobre la penosa situación de

<sup>11</sup> John A. Fitch, “Old and New Labor Problems in California”, *Survey* 32, 19 de septiembre de 1914, 609-610; E. Guy Talbott, “The Armies of the Unemployed in California”, *Survey* 32, 22 de agosto de 1914, 523.

<sup>12</sup> Bryan, “Mexican Immigrants...”, 729.

<sup>13</sup> *Ibid.*; véase también “Army and Navy Ordered to Be Ready to Invade Mexico”, *Los Angeles Times*, 16 de abril de 1912.

los cientos de refugiados que la Revolución mexicana llevó a Estados Unidos, el diario *Los Angeles Times* advirtió que dar atención y cuidado a “los huéspedes no invitados” sería demasiado costoso, puesto que funcionarios de los departamentos de Estado y de Guerra “luchaban por diferentes medios para sufragar los gastos que suponía la manutención de estos miles de extranjeros”. Luego de regañar a quienes no habían obtenido fondos federales, el *Times* especuló sobre el hecho de que los funcionarios de Los Ángeles fueran reticentes a acudir al Congreso a solicitar financiamiento, por miedo a que una acción de esa naturaleza “pudiera precipitar una discusión indeseable en el Congreso sobre el problema mexicano en su conjunto”.<sup>14</sup>

Los refugiados políticamente activos causaron una alarma aún mayor. Inicialmente, los angelinos blancos se percataron de la actividad radical de los mexicanos en su ciudad a través de la presencia del Partido Liberal Mexicano (PLM), cuyos miembros exiliados establecieron su cuartel general en Los Ángeles en 1907.<sup>15</sup> Originalmente dedicados a derrocar a Díaz, los miembros del PLM trabajaron en hacer posible una reforma política y social en México durante la década de la revolución. En efecto, durante el periodo de 1907 a 1911, el PLM, encabezado por Ricardo Flores Magón, era la organización más activa contra Díaz que operaba en México y en Estados Unidos. Flores Magón y otros propusieron la creación de células secretas del PLM en México para obtener el apoyo financiero que requerían los periódicos opositores y los empobrecidos o perseguidos liberales”.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> *Los Angeles Times*, 20 de enero de 1914.

<sup>15</sup> Para un enfoque sobre el destino que enfrentaron los miembros del PLM en México, véase William Dirk Raat, “The Diplomacy of Suppression: Los Revoltosos, Mexico and the United States, 1906-1911”, *Hispanic American Historical Review* 56 (noviembre de 1976): 529-550.

<sup>16</sup> Para un análisis de los años de formación de Flores Magón en Estados Unidos, véase, por ejemplo, Ricardo Flores Magón, *Epistolario revolucionario íntimo* (México: Ediciones Antorcha, 1978); John M. Hart, *Anarchism and the Mexican Working Class, 1860-1931* (Austin: University of Texas Press, 1978); Juan Gómez-Quinones, *Sembradores: Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, a Eulogy and Critique* (Los Ángeles: Chicano Studies Center, UCLA, 1973). A propósito de sus actividades en México, véase James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution* (Austin: University of Texas Press, 1968), 111-115. Ricardo Flores Magón, *¿Para qué sirve la autoridad? y otros cuentos* (México: Ediciones Antorcha, 1978); Ricardo Flores Magón, *Antología*, ed. de Gonzalo Aguirre Beltrán (México: UNAM, 1972). Para un examen de la postura política del PLM, véase, por ejemplo, Rafael Carrillo Azpeitia, *Ricardo Flores Magón: esbozo biográfico* (México: Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero, 1976), 35-44.

En cuanto llegaron a Los Ángeles, los magonistas iniciaron la publicación de *Revolución*, un periódico bilingüe que clamaba por la reforma política y social de México.<sup>17</sup> En mítines auspiciados por el Partido Socialista de Los Ángeles, Flores Magón incitó a sus compatriotas a regresar a México para derrocar a Díaz. Desde allá, los líderes del PLM prepararon los planes para la primera ofensiva en contra de la dictadura porfirista. El PLM percibía que el régimen de Díaz estaba en problemas políticos y, en 1907, convocó a una revuelta para el 16 de septiembre. Mientras los miembros del PLM en México y en Los Ángeles trabajaban para llevar a cabo sus planes, detectives privados arrestaron a varios de sus líderes. Sin preocuparse por presentar órdenes de aprehensión, los policías irrumpieron en el cuartel general del barrio de East Los Angeles y se llevaron a la cárcel de la ciudad a tres miembros de la junta.<sup>18</sup> La policía acusó a los miembros del PLM de ser fugitivos de la justicia. Flores Magón pasó casi dos años en la cárcel del condado de Los Ángeles, mientras su abogado, Job Harriman, litigaba en contra de los esfuerzos de extradición del gobierno mexicano.

En 1911, los magonistas trataron nuevamente de influenciar el curso del destino político de México desde su paraíso en Los Ángeles. Las actividades políticas del PLM en el despertar de la Revolución mexicana, especialmente la invasión socialista de Baja California en 1911, ocuparon los titulares en Los Ángeles durante casi medio año. Los angelinos se enteraron de que el PLM había unido fuerzas con un pequeño ejército del IWW y con miembros del Partido Socialista para lanzar un ataque a las principales ciudades de Baja California.<sup>19</sup> La Embajada de México advirtió al Departamento de Estado estadounidense en febrero de 1911 que información periodística ubicaba al líder de la IWW, Simón Berthold, en Los Ángeles, “reclutando aventureros” para incursionar en Ensenada y Mexicali, en Baja California.<sup>20</sup> El cónsul

<sup>17</sup> Ellen Howell Myers, “The Mexican Liberal Party, 1903-1910” (tesis de doctorado, Universidad de Virginia, 1970), 200-201.

<sup>18</sup> Armando Bartra, *Regeneración, 1900-1918: la corriente más radical de la revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate* (México: ERA, 1977), 57.

<sup>19</sup> Peter Gerhard, “The Socialist Invasion of Baja California, 1911”, *Pacific Historical Review* 15 (septiembre de 1946): 295-304.

<sup>20</sup> U.S. Department of State, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1911* (Washington, D.C.: Department of State, 1918), 409, documento fechado el 23 de febrero de 1911, archivo no. 812.00/848.

mexicano en Los Ángeles informó al secretario de Relaciones Exteriores de México dos semanas más tarde (9 de marzo de 1911) que Flores Magón proporcionaba armas a los rebeldes en Baja California y que contaba en ese momento con cuando menos tres cajas de armas y municiones.<sup>21</sup>

Una vez que el ejército socialista rebelde cruzó la frontera hacia Baja California, las autoridades mexicanas intensificaron sus esfuerzos para poner a Flores Magón fuera de combate. Antonio Lozano, cónsul mexicano en Los Ángeles, contrató al detective privado Fred F. Rico como “espía del servicio secreto”. Luego de un viaje de Rico a la región fronteriza, el cónsul mexicano emitió un informe a la Secretaría de Relaciones Exteriores en México que situaba claramente a Flores Magón como líder de la invasión a Baja California. Lozano advirtió al embajador que con su “vil conducta, Ricardo Flores Magón, el «pseudo socialista», finalmente se las había arreglado para despertar la sed de justicia de los mexicanos” en la jurisdicción de su consulado.<sup>22</sup>

Flores Magón no se unió personalmente a las fuerzas rebeldes en Baja California, por el contrario, permaneció en Los Ángeles esforzándose en recolectar fondos y armas. También preparó un Manifiesto, publicado en inglés y en español, que describía su postura política. En él, reconocía el papel del PLM en la “insurrección de facto” en México “con el deliberado y firme propósito de expropiar la tierra y los medios de producción para entregarlos al pueblo”. La Junta del PLM criticaba al presidente Taft por haber enviado veinte mil soldados a la frontera con México y conminaba a los trabajadores a despertar de su letargo incitándolos a la “rebelión individual de los obreros con conciencia de clase; a la rebelión colectiva de las organizaciones laborales y/o de grupos organizados para la propaganda liberal; a la agitación sistemática de la prensa laboral y librepensadora; a la rebelión en las calles, en el teatro, en los tranvías, en los mítines [...] en cualquier lugar donde hubiera oídos dispuestos a escuchar, conciencias capaces de experimentar indignación y corazones que no se hayan endurecido por la injusticia”.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> Documento fechado el 9 de marzo de 1911, reimpresso en Pablo L. Martínez, *El magonismo en Baja California* (México: Editorial Baja California, 1958), 16-17.

<sup>22</sup> Documento fechado el 24 de mayo de 1911, reimpresso en Martínez, *El magonismo...*, 21.

<sup>23</sup> *Manifiesto* de 1911 publicado por el PLM en Los Ángeles (documento consultado en la Universidad de California, Los Ángeles, Colecciones especiales).

Hacia 1914, Flores Magón se había convertido en uno de los principales organizadores políticos de las comunidades mexicanas del sur de California. En una reunión para celebrar el 4 de julio, habló de la división de clases y de la injusticia racial en Estados Unidos: “¿Saben ustedes cuántas veces un trabajador mexicano ha recibido una bala en mitad del pecho de un jefe estadounidense cuando ha ido a recoger su salario?”.<sup>24</sup> Asimismo, señaló varios incidentes de nativismo racial en contra del trabajador mexicano: “[como mexicanos] ¡deberían saber bien que en este país no valemos nada!”. Luego de recordar a la audiencia la quema en la hoguera de Antonio Rodríguez, en Rock Springs, Texas, preguntó si no habían escuchado que en Texas y en otros estados estaba “prohibido a los mexicanos viajar en las secciones del tren destinadas para los blancos [y que] Las leyes de Jim Crow negaban también la entrada a los mexicanos a lugares para comer, hoteles, barberías y playas públicas”.<sup>25</sup>

Finalmente, habló del extraordinario número de mexicanos sentenciados a muerte. Advirtió que si las autoridades daban un paso más para colgar a más mexicanos, “¡nosotros, los trabajadores, pondremos nuestras manos en la garganta de los *burgueses*! ¡Ahora o nunca! La oportunidad se nos presenta sola para detener esta serie de actos infames que se cometen en este país en contra de la gente de nuestra raza, por la única razón de que somos mexicanos y pobres”.<sup>26</sup> Las frases apasionadas de Flores Magón describían con exactitud las condiciones en que vivía la mayoría de los mexicanos en Estados Unidos.

Poco después de que Flores Magón pronunciara estos discursos, un jurado federal en Los Ángeles aceptó escuchar su testimonio sobre sus actividades y las de otros líderes del PLM. Estaban particularmente interesados en el papel que habían desempeñado los magonistas en la captura de Tijuana durante el verano anterior. Finalmente, el gran jurado presentó acusaciones en contra de miembros del PLM y les ordenó someterse a juicio por la violación de las leyes de neutralidad. La corte buscaba probar que el PLM había conspirado para enlistar a hombres en su cuartel de Los Ángeles con el propósito de derrocar al go-

<sup>24</sup> De un ensayo publicado en *Regeneración*, reimpresso en Bartra, *Regeneración, 1910-1918...*, 346.

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> *Ibid.*

bierno mexicano. Después de un largo y farragoso proceso, en el que los magonistas y sus seguidores abarrotaban diariamente el salón de la corte para oír los testimonios, el jurado, integrado en su totalidad por blancos, sentenció a los acusados por los cargos que se les imputaban. Flores Magón fue declarado culpable de cuatro cargos y sentenciado a 23 meses en la cárcel federal de MacNeil Island en Washington.<sup>27</sup>

Los mexicanos que se habían ido al norte cruzando la frontera y se habían asentado en comunidades como Los Ángeles hicieron todos los esfuerzos posibles para mantenerse al tanto de los asuntos políticos de su antigua patria. Muchos deseaban ayudar a sus parientes y amigos que permanecían en México, por ello, recaudaron fondos entre la comunidad y reunieron tanto comida como medicinas para las víctimas de la Revolución desde el otro lado de la frontera. Y como los simpatizantes de Díaz convivían en Los Ángeles cotidianamente con sus opositores y con seguidores de otras opciones políticas, activos y pasivos, los conflictos entre ellos eran frecuentes.<sup>28</sup>

En los años siguientes al estallido de la Revolución mexicana, las fuerzas rebeldes mantuvieron algún contacto con las comunidades fronterizas al norte del Río Bravo. Los estadounidenses sospechaban que los revolucionarios dependían de Estados Unidos en lo relativo a armas y otros suministros. En efecto, Francisco (Pancho) Villa vendía lotes de ganado confiscados a los rancheros del sur de Texas y mantenía cuentas bancarias en varios pueblos de la frontera con Estados Unidos; el presidente provisional Venustiano Carranza frecuentaba las ciudades de la frontera del lado estadounidense con el propósito de comprar armas y municiones. Así, un embargo de armas impuesto por el presidente Wilson contribuyó de alguna manera a la caída de Victoriano Huerta, el sucesor de Francisco Madero.<sup>29</sup> Y la drástica limitación de armas a los villistas en 1915 causó, en parte, sus primeras derrotas. La presencia constante de fuerzas rebeldes a lo largo de la línea internacional y los informes de las batallas en la región del norte

<sup>27</sup> Thomas C. Langham, "An Unequal Struggle: The Case of Ricardo Flores Magón and the Mexican Liberals" (tesis de maestría, San Diego, San Diego State University, 1975), 80-90.

<sup>28</sup> *Los Angeles Times*, 15 de septiembre de 1913.

<sup>29</sup> Las dificultades de Huerta con sus enemigos en México, así como con Wilson, son abordadas en el magnífico estudio de Michael Meyer, *Huerta: A Political Portrait* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1972).

incrementaron las preocupaciones de los residentes de los estados fronterizos, en el sentido de que la revolución podía extenderse hasta el lado estadounidense.

Las actividades políticas de los miembros del PLM en la frontera mexicana y una serie de artículos en los periódicos de Los Ángeles durante el otoño de 1913 generaron inquietud respecto de una invasión de la frontera. El 15 de septiembre, el diario *Los Angeles Times* informó que la caballería de Estados Unidos había capturado a diversos miembros de una banda de filibusteros mexicanos en Texas. Las autoridades obtuvieron una confesión de uno de los líderes, Barney Cline, quien reveló “la primera sospecha de que existía un movimiento generalizado para proclamar una nueva revolución en favor de la rama socialista de Flores Magón con sede en Los Ángeles”. El artículo no aclaraba si la revolución ocurriría en Estados Unidos o en México. Los carrancistas que se oponían a Flores Magón aumentaron la vigilancia en la zona fronteriza, como lo hicieron las autoridades militares de Estados Unidos en el lado estadounidense.<sup>30</sup>

A pesar de que la distancia entre la frontera mexicana y Los Ángeles era de 225 kilómetros, las noticias sobre los conflictos en esa área afectaron seriamente a los habitantes locales. Luego del asesinato de Madero, y como consecuencia directa del incremento de la violencia en México, la prensa de Los Ángeles comenzó a dar amplia cobertura de lo que sucedía en ese país y en la región fronteriza. El *Times* del 9 de noviembre de 1913 comentó la pérdida de negocios para las industrias de Los Ángeles por las actividades de los rebeldes en el norte de México. Las compañías madereras locales que habían enviado suministros a las comunidades mineras de Sonora y Sinaloa experimentaron una drástica disminución de sus ventas como consecuencia de la revolución. Otro artículo que apareció el mismo día relacionado con ese tema señalaba que la Junta local carrancista con sede en Los Ángeles pensaba que el presidente Wilson reconocería oficialmente al gobierno recién constituido por Carranza —información que procedía de los informes que el agente carrancista Emi-

<sup>30</sup> *Los Angeles Times*, 15 de septiembre de 1913. Una perspectiva mexicana de la guerra civil es abordada por las siguientes fuentes: Y. Bonillas, “Character and the Progress of the Revolution”, *Annals of the American Academy* 69 (enero de 1917), apéndice: 18-21; G. Mandujano, “Mexican Revolution”, *Pan American Magazine* 31 (mayo de 1920): 13-19.

liano Ocampo había hecho circular en “los barrios mexicanos” el día anterior al buscar partidarios carrancistas.<sup>31</sup>

Con pocas excepciones, la cobertura de las noticias que realizó el diario *Los Angeles Times* sobre la Revolución mexicana estuvo libre de amarillismo. Sin embargo, a principios del otoño de 1913, el *Times*, junto con otros periódicos de la costa oeste, comenzaron a utilizar la revolución para promover sus ventas, apelando a los sentimientos nativistas. Durante septiembre, el *Times* informó sobre la experiencia de Robert Aylward, un mercenario que había peleado en la guerra de los bóers en Sudáfrica. Aylward describió la guerra civil en México “no [como] guerra sino como asesinato”, donde ninguno de los dos bandos tomaba prisioneros en esa “región de terror”. Según él, los ejércitos en retirada abandonaban a sus heridos “amontonados con los muertos o cremados”.<sup>32</sup>

El *Times* tampoco se limitó a describir la situación mexicana en un editorial del 16 de noviembre de 1913, sino que dijo que los estadounidenses que vivían en la frontera podían esperar lo peor y alertó sobre el hecho de que “El Paso está prácticamente a merced de Villa”, quien podía “saquearlo y después regresar y pertrecharse en suelo mexicano”, antes siquiera de que Estados Unidos pudiera reaccionar con “una fuerza adecuada para enfrentarlo”. Y en cuanto a su rival, Carranza, se encontraba en “la misma situación” respecto de las comunidades fronterizas de Caléxico, El Centro y San Diego, en California, y Yuma, Douglas y Tucson, en Arizona. Si bien el *Times* confiaba que una fuerza militar pudiera obligar a volver a México a quienes invadieran la frontera, aunque “mientras tanto el daño estaría hecho, y las ciudades y pueblos de la frontera ya habrían sido saqueados”. El editorial terminaba con una observación de que el pueblo mexicano estaba “desesperado y desesperanzado”, lo cual podía en gran medida crear “la perspectiva de que de incursionar en nuestras ciudades fronterizas podían obtener riqueza”.<sup>33</sup> Sin duda, este tipo de adver-

<sup>31</sup> “Revolutions Injure Los Angeles Business”, *Los Angeles Times*, 9 de noviembre de 1913; “Local Carranza Junta Predicts Recognition: Getting Ready to Send Force into Mexico as Soon as Wilson Acts”, *ibid.*

<sup>32</sup> *Los Angeles Times*, 13 de septiembre de 1913; véase también “The Situation in Mexico”, *Outlook*, 30 de agosto de 1913, 1003-1006; “Killing Foreigners in Mexico”, *Literary Digest* 50, 27 de marzo de 1915, 674-675.

<sup>33</sup> “Danger on the Border”, *Los Angeles Times*, 16 de noviembre de 1913.



tencias intensificaron el miedo e incrementaron también la venta de los periódicos.

Al día siguiente de que se publicó este editorial del *Times* que alertaba sobre una invasión en la frontera, la policía de Los Ángeles comenzó a arrestar mexicanos, y agentes del gobierno aumentaron la vigilancia en las comunidades mexicanas. Algunos documentos informaron que “los simpatizantes locales de Carranza” querían “sacar provecho de un posible rompimiento entre Estados Unidos y México”. El *Times* se refería a mexicanos involucrados en este asunto como “rojos y cholos” al comentar, por ejemplo, que “el número de cholos” arrestados por portar armas prohibidas se había quintuplicado.<sup>34</sup> El cónsul mexicano hizo poco por serenar los temores de los nerviosos funcionarios estadounidenses. Colocado en esa posición por el archienemigo de Carranza —el presidente Victoriano Huerta—, el cónsul expresó también su preocupación por los sucesos de la semana y señaló que su oficina había obtenido información sobre “numerosos rojos [que] han abandonado su trabajo en la ciudad y en los distritos del condado de los alrededores” y que se dirigían a Los Ángeles en “espera de que algo sucediera”.<sup>35</sup>

Las autoridades locales tomaron la amenaza en serio y solicitaron al Departamento de Justicia ayuda para hallar a esos revolucionarios. Los agentes de la policía revisaron las colinas de Santa Mónica en busca de “munitiones de guerra escondidas” que habían sido reportadas, mientras “otros agentes secretos” vigilaban a quienes se sospechaba eran líderes de los movimientos en la ciudad. El *Times*, que había advertido dos días antes que los rebeldes deseaban “saquear” los pueblos de la frontera, informó nuevamente que, “debido a los esfuerzos de varios revolucionarios que esparcieron la noticia, quizás habría oportunidad para saquear” en medio de la “confusión que pudiera producir el estallido de hostilidades en la frontera”.<sup>36</sup>

<sup>34</sup> “Los Angeles Is Watching: Mexican «Reds» Arrested for Carrying Weapons”, *Los Angeles Times*, 8 de noviembre de 1913. El artículo advertía sobre “Cholos descontentos en las calles y carrancistas aparentemente activos”. Se cree que el término cholo, como sinónimo de peón de clase baja, fue introducido a California durante la fiebre del oro y fue utilizado por la policía, en este caso, de una manera despectiva.

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Ibid.*

Los nativistas expresaron su interés en una intervención militar en México dos años antes de la famosa incursión de Villa a Columbus, Nuevo México, en 1916. Ellos apelaban a la superioridad de las instituciones y la cultura de Estados Unidos y esperaban que el presidente Wilson manejara la situación con México como lo había hecho McKinley con Cuba en 1898. Los nativistas de la costa oeste recibieron gran parte de su apoyo de los propietarios de negocios que deseaban la seguridad de sus inversiones. Al interior del Partido Republicano, elementos nacionalistas argumentaban que sólo una intervención armada por parte de Estados Unidos podía restaurar la paz y el orden.<sup>37</sup> La intervención estadounidense se produjo en abril de 1914 con el llamado incidente de Tampico y la ocupación estadounidense de Veracruz, el más importante puerto de México. En la ocupación de este último, 19 estadounidenses perdieron la vida y se informó de 71 heridos. De los mexicanos, murieron cerca de doscientos hombres y tuvieron cuando menos trescientos heridos, muchos de los cuales eran civiles que quedaron atrapados en el fuego cruzado.<sup>38</sup>

Los angelinos formaron su impresión de los mexicanos a partir de la prensa local, que, en 1914, dio extensa cobertura a la Revolución. Por ejemplo, en las semanas posteriores al incidente de Veracruz, el periodista Arthur Dunn de la revista *Sunset* (publicada en Los Ángeles) viajó a la costa occidental de México para investigar la situación imperante. Inició su artículo con esta afirmación: “Había guerra en el México rojo”. Los angelinos, interesados en la revolución, se enteraban según el artículo de Dunn que “es más fácil robar y matar, si es necesario, que trabajar y cultivar la tierra”. Dunn consideraba que la mitad de México era hostil a Estados Unidos, “al haber recibido su inspiración de la ciudad de México y de gobernadores rojos, como el de Colima [un estado importante en la costa occidental]”.<sup>39</sup>

El diario *Los Angeles Times*, que se convertiría en el principal impulsor, en el oeste, de la intervención de Estados Unidos en México,

<sup>37</sup> Sin embargo, el *Century Magazine* puso en duda la pertinencia de que Estados Unidos pretendiera resolver solo la guerra civil mexicana y, en cambio, se manifestó en favor de involucrar a otras potencias mundiales, como la única solución práctica. Véase W.M. Shuster, “Mexican Menace”, *Century Magazine* 87 (febrero de 1914): 602.

<sup>38</sup> Howard F. Cline, *The United States and Mexico* (Nueva York: Atheneum, 1968), 187-188.

<sup>39</sup> Arthur Dunn, “War on the West Coast”, *Sunset* 33 (julio de 1914): 150-151.

había mostrado cierta moderación en años anteriores. Durante la época de Díaz, el dueño del *Times*, Harrison Gray Otis, era también presidente de una compañía de Los Ángeles que controlaba 344 000 hectáreas de tierra en México. En 1908, México había entregado a Otis 81 000 hectáreas adicionales de terrenos públicos en la extensión mexicana del Valle Imperial.<sup>40</sup> William Randolph Hearst, propietario del diario *Los Angeles Examiner*, también tenía intereses inmobiliarios en México, entre los cuales destacaba un rancho ganadero en Chihuahua, que hacia 1916 no había sido destruido por los revolucionarios.<sup>41</sup> Mientras muchos de los periódicos en el oeste demandaban que Estados Unidos desempeñara un papel más activo en México, los ánimos de los editoriales del *Times* se mantenían asombrosamente serenos. El 11 de enero de 1914, por ejemplo, los editores hicieron caso omiso de las declaraciones de Benjamin Ide Wheeler, presidente de la Universidad de California, relativas a la situación en México. A su regreso, después de siete meses fuera, Wheeler señaló que las naciones europeas favorecían la intervención de Estados Unidos en aquel país. “Las potencias europeas estarían encantadas de que esta nación corrigiera las dificultades en México”.<sup>42</sup> Más aún, durante la ocupación de Veracruz, el *Times* propuso de hecho un honorable retiro de nuestras fuerzas de la región, a fin de asegurar que “fueran pagadas las justas reclamaciones por daño a las propiedades y por las vidas de los estadounidenses”. Los editores recomendaban: “dejemos a México hacer sus propias leyes inmobiliarias y escoger sus propias reglas”.<sup>43</sup>

Cuando el asunto de Veracruz no produjo la salida del presidente Huerta, el clamor por una mayor intervención de Estados Unidos se hizo más fuerte. El *Independent*, crítico de las fallas del gobierno mexicano en cuanto a proteger la vida y la propiedad de los residentes extranjeros, especialmente de los ciudadanos estadounidenses, advirtió que “llegará el momento en que una mano fuerte provenien-

<sup>40</sup> Howell, “The Mexican Liberal Party...”, 229.

<sup>41</sup> Véase la mención del rancho de Hearst en Friedrich Katz, “Pancho Villa and the Attack on Columbus, New Mexico”, *American Historical Review* 78 (febrero de 1978): 115.

<sup>42</sup> “For U.S. to Intervene: Benjamin Ide Wheeler Declares Europe Is Waiting on America to Quiet Mexico”, *Los Angeles Times*, 11 de enero de 1914.

<sup>43</sup> *Los Angeles Times*, 19 de junio de 1914; *ibid.*, 9 de junio de 1914. Más adelante, ese año un editorial del *Times* señaló que “la única solución plausible es que el presidente planee otra «invasión pacífica» en caso de que sea necesaria” (11 de diciembre de 1914).

te del exterior tenga que poner en orden a las facciones beligerantes para que pueda restaurarse la paz". En Washington, circularon informes en el sentido de que los oficiales del Ejército y de la Marina esperaban que la intervención en México fuera "necesaria en cualquier momento para Estados Unidos".<sup>44</sup> Incluso los ciudadanos mexicanos, observaba el *Laredo Times*, vieron como inminente la hostilidad entre Estados Unidos y México. Según dicho periódico, "la mayor parte de los mexicanos educados aquí y en el norte de México creen que la intervención es inevitable, ya sea que inicie a partir de las hostilidades en su país o por el espíritu humanitario de los estadounidenses". Asimismo concluía que el éxodo de estadounidenses y de mexicanos era la evidencia del empeoramiento de las condiciones en México.<sup>45</sup>

Gran parte de la oposición a la intervención traicionó los fundamentos nativistas. En un artículo sobre el tipo de guerra que emprendería México en contra de Estados Unidos, en el caso de una intervención, un periodista advertía que una guerra con México sería absurda porque sus pobladores harían todo lo que estuviera a su alcance para repeler a los "invasores gringos", incluso devastar el país, envenenándolo "con plagas y pesticidas" y hasta "sacrificando a sus mujeres"; es más, se preguntaba, ¿qué harían los soldados estadounidenses con los mexicanos, "los casi catorce millones que no saben leer ni escribir, que son de la misma clase de seres que el Tío Sam pone en reservas y coloca soldados para cuidarlos?"<sup>46</sup>

Con el sentimiento bélico a flor de piel, el Departamento de Justicia se unió a las autoridades de Los Ángeles y al gobierno mexicano en la vigilancia de las actividades políticas de los miembros del PLM. En 1914, Ricardo Flores Magón habló durante una reunión en el Italian Hall que, en la parte este, congregó entre setecientas y mil personas, de las cuales 90 por ciento eran mexicanas. Un observador, William W. McEuen, identificó al PLM como "una organización de radicales que lucha por generar interés en la Revolución mexicana entre los mexicanos de aquí, enfatizando el carácter social y univer-

<sup>44</sup> "Mexican Anarchy and American Duty", *Independent* 81, 22 de marzo de 1915, 407.

<sup>45</sup> *Literary Digest* 51, 18 de septiembre de 1915, 577.

<sup>46</sup> "How Mexico Would Fight Us", *Literary Digest* 51, 11 de septiembre de 1915, 543. Las afirmaciones son atribuidas a Harry Dunn, un periodista que "había pasado siete años en México y lo conoce bastante bien".

sal de esa revolución”. A pesar de que McEuen no pudo estimar la cantidad precisa de miembros del partido, afirmó que contaba con un número importante de seguidores, lo que era evidente por el hecho de que *Regeneración*, el órgano oficial del PLM, tenía una distribución de 10 500 ejemplares. McEuen dijo también que mientras podían encontrarse partidarios de cada líder mexicano alrededor de la plaza de Los Ángeles, había descubierto “poca evidencia que los mexicanos de la ciudad apoyaran activamente”.<sup>47</sup>

Los residentes de la región fronteriza, afectados por la violencia y la discordia racial, se enteraron, en los primeros meses de 1915, de un movimiento de invasión e insurrección planeado en la frontera que sería dirigido por mexicoamericanos y perpetrado gracias a la ayuda de negros e indígenas estadounidenses. Las autoridades texanas descubrieron el “Plan de San Diego” en febrero de 1915. Hacia el verano de ese año, la prensa estadounidense le había dado una extensa cobertura. El *Chicago Tribune* se refirió a la posibilidad de una guerra racial en el suroeste. “La anarquía mexicana —advertía— extiende ahora su mano roja a través de nuestra frontera y con malsana insolencia pretende llevar hasta los hogares de los ciudadanos estadounidenses la destrucción que ha desatado en contra de los estadounidenses y de sus propiedades en el extranjero”.<sup>48</sup>

Los angelinos se enteraron de la conspiración mexicana cuando la prensa confirmó que agitadores radicales locales, encabezados por Ricardo Flores Magón, tenían efectivamente planeada una insurrección en el suroeste. El 19 de septiembre de 1915, en un enorme auditorio de East Los Angeles, Flores Magón expuso los “planes para una insurrección general de la población mexicana del sur de California; la confiscación y ocupación de tierras por la fuerza de las armas, seguidas de un programa de terrorismo con pistolas y median-

<sup>47</sup> William W. McEuen, “A Survey of the Mexican in Los Angeles 1910-1914” (tesis de maestría, Los Ángeles University of Southern California, 1914), 16.

<sup>48</sup> “The Mexican «Invasion» of Texas”, *Literary Digest* 51, 18 de septiembre de 1915, 576. Véase también William Hager, “The Plan of San Diego: Unrest on the Texas Border in 1915”, *Arizona and the West* 5 (invierno de 1963): 327-336; Michael Meyer, “The Mexican-German Conspiracy of 1915”, *Americas* 23 (julio de 1966): 76-89; James Anthony Sandos, “The Mexican Revolution and the United States, 1915-1917: The Impact of Conflict in the Tamaulipas-Texas Frontier upon the Emergence of Revolutionary Government in Mexico” (tesis doctoral, Berkeley, University of California, 1978), capítulos 4 y 8.

te asesinatos con bombas; manifestaciones y movilizaciones anarquistas; así como la liberación masiva de reos”.<sup>49</sup> El “programa rojo”, del que se afirma fue propuesto por los magonistas, incluía la anexión a México de Texas y de California inmediatamente después del anticipado estallido de las hostilidades entre Estados Unidos y México. Un reportero presente durante la intervención de Flores Magón observó que el mitin había conglomerado a un gran contingente de mujeres y niños, igual que de hombres. Comentó que el público pedía frecuentemente a los oradores que “no continuaran hablando hasta apaciguar el griterío con comida llevada para ese propósito. La anexión era la idea central”.<sup>50</sup>

Poco menos de dos semanas después, Flores Magón publicó un extenso informe sobre la volátil situación en Texas, en el que cuestionó la veracidad del artículo de *Los Angeles Tribune* del 7 de septiembre de 1915, el cual afirmaba que un territorio del tamaño del estado de Illinois estaba sitiado por fuerzas rebeldes y que la población estaba “sometida por miedo a los asaltos de media noche, la quema de ranchos y los asesinatos”. Flores Magón se refería al informe de los Texas Rangers que confirmaba la muerte de más de quinientos mexicanos a todo lo largo del Río Bravo (del lado texano) en las tres semanas anteriores. “Justicia, no balas, es lo que merecen los revolucionarios en Texas”, proclamó Flores Magón.<sup>51</sup>

El reclutamiento y las actividades para recaudar fondos, realizadas por los refugiados mexicanos en Los Ángeles, aumentaron los temores de los angloamericanos. De hecho, cuando unos ladrones cometieron una serie de robos en Long Beach, la policía culpó a los miembros del ejército de Villa. En diciembre de 1915, un encabezado de un artículo de prensa rezaba: “Hombres de Villa sospechosos del crimen en Long Beach”, al tiempo que la policía informaba que, en un intento por poner freno al “imperio del crimen”, habían “acorralado” a un

<sup>49</sup> “Plan Uprising of Anarchists: Would Seize California and Empty All the Jails”, *Los Angeles Times*, 20 de septiembre de 1915. Al mes siguiente, los magonistas se trasladaron a los linderos del lado este, donde establecieron una comuna para treinta de sus más cercanos compañeros. Véase Howell, “The Mexican Liberal Party...”, 357.

<sup>50</sup> “Plan Uprising of Anarchists...”.

<sup>51</sup> Citado por Guillermo Pérez Velasco, *Ricardo Flores Magón: semilla libertaria* (México: 1975), 329-330.

número de mexicanos que vagaban por la ciudad, “de quienes se sospecha forman parte del ejército de Villa”.<sup>52</sup> Estos incidentes poco hacían para disminuir la angustia de los ciudadanos de Los Ángeles respecto a que los revolucionarios mexicanos tuvieran en ese momento actividades del lado norte de la frontera. Los angelinos veían a la población mexicana local con creciente suspicacia.

No queda duda: la intriga política entre las facciones revolucionarias mexicanas se había extendido hacia el lado estadounidense de la frontera. Bajo el gobierno de Carranza, los cónsules vigilaban de cerca las actividades de las facciones anticarrancistas. Así, cuando los seguidores de Villa llegaron a Los Ángeles en enero de 1916, Adolfo Carrillo, el entonces cónsul mexicano, trató de minar sus actividades de recaudación de fondos, mediante el hostigamiento y acusándolos ante el Departamento de Justicia de Estados Unidos para que sus actividades en el sur de California fueran investigadas. Carrillo informó a las autoridades que los villistas no estaban ahí “por razones de salud, como comúnmente se había señalado”. Su presencia probablemente no hubiera llamado la atención del Departamento de Justicia si Carrillo no hubiera alertado a los funcionarios notificándoles que los “exiliados están preparando algo y utilizan el sur de California como incubadora”.<sup>53</sup>

Tal vez ningún otro acontecimiento externo, salvo la guerra europea, recibió más atención en la prensa de Los Ángeles durante 1916 que el ataque del 9 de marzo a cargo de quinientos jinetes mexicanos al pueblo fronterizo de Columbus, Nuevo México. Si bien la denuncia nunca se fundamentó totalmente, observadores señalaron que era Villa quien iba a la cabeza de los jinetes. Este ataque costó a los mexicanos cien hombres y dejó setenta estadounidenses muertos. La reacción nacional al ataque de Villa fue prácticamente unánime en favor de una postura de total firmeza.<sup>54</sup>

<sup>52</sup> *Los Angeles Times*, 10 de diciembre de 1915.

<sup>53</sup> *Los Angeles Times*, 23 de enero de 1916; *ibid.*, 6 de febrero de 1916.

<sup>54</sup> A propósito de algunas reacciones típicas ante la incursión de Villa, véase: “The Invasion of the United States from Mexico”, *Outlook* 112, 22 de marzo de 1916, 642-645; “The Mexican Bandits”, *Los Angeles Times*, 5 de abril de 1916; “The President Calls Out the National Guard to Patrol Our Mexican Border”, *Current Opinion* 61 (julio de 1916): 1-2; George Marvin, “Invasion or Intervention”, *World's Work* 32 (mayo de 1916): 40-62; J. Hopper, “Wilson and the Border”, *Collier's* 57, 8 de julio de 1916, 7-8.

En Los Ángeles, la sociedad expresó rabia y alarma ante este suceso. Con la teoría de que Villa había maquinado una suerte de “estallido”, la policía ordenó la extensión y el reforzamiento de un cordón alrededor de los barrios mexicanos.<sup>55</sup> Cuatro días después del asalto villista, la policía arrestó a tres mexicanos, “anarquistas confesos”, acusándolos de portar armas prohibidas. Oficiales de la policía arrestaron también a W.V. Nicovich, identificado como anarquista sospechoso de “tratar de incitar a los mexicanos a atacar estadounidenses”.<sup>56</sup> La histeria se apoderó de la comunidad a partir del anuncio del alcalde en el sentido de que había recibido una noticia anónima de alguien “de adentro” sobre una intriga de villistas locales “para dinamitar el edificio federal, la corte, las plantas de energía y los edificios de los diferentes periódicos”.<sup>57</sup> El jefe de policía Snively anunció que se tomarían precauciones “extremas” a fin de contener cualquier desorden en que incurrieran los villistas. Luego impuso las siguientes restricciones a la comunidad mexicana: “No se venderán bebidas alcohólicas a mexicanos que muestren el menor signo de intoxicación ni se venderán pistolas a los mexicanos. Todos los distribuidores que han puesto armas en sus escaparates han recibido la orden de retirarlas de allí y de no mostrarlas a los mexicanos hasta que sea levantado el embargo”.<sup>58</sup>

Al día siguiente de la prohibición local de venta de armas y alcohol, Snively creó un grupo especial de fuerza civil o milicia como medida preventiva ante la posible insurrección de los seguidores de Villa. Quejándose de haber recibido amenazas de los villistas locales, Snively envió dos mil formas de reclutamiento para lo que denominó “policías especiales”. Mientras tanto, en la comunidad central mexicana conocida como Sonoratown, el jefe triplicó el número de patrullas y advirtió que la fuerza policiaca en ese distrito debía reforzarse.<sup>59</sup>

<sup>55</sup> “Draw Teeth of War Breeders: Police Take Drastic Action to Curb Villa Adherents”, *Los Angeles Times*, 14 de marzo de 1916.

<sup>56</sup> *Ibid.*; James Sandos, “German Involvement in Northern Mexico, 1915-1916: A New Look at the Columbus Raid”, *Hispanic American Historical Review* 50 (febrero de 1970): 70-88.

<sup>57</sup> “Draw Teeth of War Breeders...”.

<sup>58</sup> *Ibid.*

<sup>59</sup> “Organizes for City’s Safety: Police Chief Prepares for an Outbreak of Villistas: Seeks Two Thousand Citizens for Emergency Work”, *Los Angeles Times*, 15 de marzo de 1916.



A la luz de las extraordinarias circunstancias, los líderes de la ciudad agradecieron al jefe de la policía haber tomado tan drásticas medidas de prevención. El *Times* informó que al menos 10 por ciento de los 35 000 mexicanos de la ciudad eran conocidos por la policía como “rabiosos simpatizantes del forajido Villa” y que muchos otros habían diseminado material tan subversivo que “esos agitadores, de tener las manos libres, habrían iniciado la lucha”.<sup>60</sup> Los editoriales locales alababan a Snively por haber organizado la fuerza especial para mantener a los mexicanos de la ciudad bajo vigilancia. El *Times* advirtió que “los incendiarios, que no son pocos, deben ser vigilados y perseguidos; los predicadores de la insurrección deben ser recluidos y confinados”.<sup>61</sup>

La prohibición de venta de bebidas alcohólicas y armas a los mexicanos y el enlistamiento de la milicia especial generaron mayor incomodidad a los angelinos anglosajones respecto a la presencia de mexicanos en la ciudad y provocaron una época de tenso nativismo y discordia racial. En consecuencia, poco puede sorprender que, cuando la policía descubrió una “gran bola de metal” frente a los escalones del edificio de la corte el 18 de marzo, se llamara a los expertos en desactivar bombas y se organizara una búsqueda por toda la ciudad de “dos hombres que se suponían mexicanos”, a quienes se había visto huir de la escena minutos después de que el objeto hubiera sido encontrado. Los diputados fueron alertados de la amenaza de que edificios públicos habían sido dinamitados “por mexicanos encolerizados por la expedición punitiva del Ejército de Estados Unidos” a México en busca de Villa.<sup>62</sup> La policía nunca culpó a nadie del “crimen” y los siguientes números del *Times* no comentaron el incidente.

Durante las semanas posteriores al suceso de Villa, los líderes civiles de la ciudad de Los Ángeles recibieron muchas sugerencias ten-

<sup>60</sup> *Los Angeles Times*, 16 de marzo de 1916.

<sup>61</sup> *Ibid.* Véase también “Villa’s Invasion”, *Literary Digest*, no. 52, 18 de marzo de 1916, 700.

<sup>62</sup> *Los Angeles Times*, 19 de marzo de 1916. La expedición punitiva es comentada por Clarence Clendenen, *The United States and Pancho Villa: A Study in Unconventional Diplomacy* (Ithaca: Cornell University Press, 1961); “Mobilizing Against War with Mexico”, *Survey* 36, 8 de julio de 1916, 379; J.G. Cannon, “We Are at War with Mexico”, *Independent* 87, 10 de julio de 1916, 55; “The Pursuit of Villa”, *Los Angeles Times*, 11 de abril de 1916.

dientes a mitigar la tensión en la ciudad alrededor de los asuntos mexicanos; algunas favorecían la deportación de los radicales, mientras otras recomendaban que se metiera a los mexicanos en reformatorios. Jim Goodheart, identificado como el “famoso superintendente de la Misión de Rescate Sunshine de Denver”, propuso el establecimiento de una “casa de trabajo y de un campo de aislamiento municipales”, los cuales, creía, podían ser de gran ayuda para “resolver el problema de los mexicanos refugiados”. Decía Goodheart que un gran porcentaje de los 75 000 mexicanos que viven en el condado de Los Ángeles “son una amenaza a la salud y a la moral de cualquier comunidad. Ociosos y aquejados por enfermedades prácticamente incurables, como ocurre a muchos de ellos, deberían ser aislados si es que no pueden ser deportados”.<sup>63</sup>

Antes de que transcurriera un mes después de la incursión de Villa, los supervisores del condado de Los Ángeles adoptaron una resolución exigiendo una acción federal para la deportación de cholos (mexicanos de la clase baja trabajadora) que eran potencialmente una “carga pública” y para informar a las autoridades federales de “los peligros que suponen posteriores inmigraciones de refugiados mexicanos”. Los supervisores llamaron la atención del gobierno federal sobre la “prevalencia de enfermedades, pobreza e inmoralidad entre esa gente” y exigieron la “deportación de todos los indeseables de ese tipo que han llegado aquí durante los tres últimos años”.<sup>64</sup> Las autoridades federales desecharon la petición y los mexicanos no tuvieron que enfrentarse a deportaciones sino hasta después de la primera guerra mundial.

Durante el resto de 1916, la campaña en contra de los mexicanos en el sur de California se debilitó en la medida en que los estadounidenses se ocupaban más de los sucesos que acontecían en Europa.<sup>65</sup> No obstante, un pequeño número de policías mantuvo vigilancia sobre los radicales y revolucionarios mexicanos. En 1917, durante las celebra-

<sup>63</sup> *Los Angeles Times*, 12 de abril de 1916; “Workhouse as Refugee Cure: Would Solve Problem of What to Do with Mexicans”, *Los Angeles Times*, 16 de abril de 1916.

<sup>64</sup> “Would Deport Many ‘Cholos’: Supervisors Adopt Resolution Asking Federal Action”, *Los Angeles Times*, 12 de abril de 1916.

<sup>65</sup> No obstante, *The New York Times* informó que el general del Ejército Funston había solicitado “refuerzos de caballería para ayudar a custodiar la frontera” (12 de junio de 1916).

ciones del 5 de mayo en Los Ángeles, la policía mantuvo la plaza mexicana bajo constante vigilancia, luego de que circularan rumores de que agitadores mexicanos harían una aparición en el lugar.<sup>66</sup>

Dicha celebración, que conmemora la derrota de los franceses ante las fuerzas mexicanas en Puebla el 5 de mayo de 1862, atrajo a varios miles de mexicanos a la plaza para un jubileo de tres días. Las unidades policiacas informaron el primer día que habían “patrullado la plaza tan intensamente que los revoltosos mexicanos [presuntamente miembros del PLM] no habían intentado siquiera generar problemas”.<sup>67</sup> Durante el segundo día del festival, agentes de la policía arrestaron a tres miembros del PLM cuando intentaban dirigirse a una multitud de casi mil personas. Sin posibilidades de pagar la fianza, los tres mexicanos fueron encarcelados.<sup>68</sup>

El arresto de estos tres líderes generó la indignación de la comunidad. Una semana después de que la policía aprehendiera a “los agitadores mexicanos”, un grupo de mexicanos distribuyó una circular llamando a la comunidad a unirse para exigir su liberación. Más que un apoyo a la rebelión, la circular reflejaba preocupación por la seguridad de los mexicanos en la ciudad. El arresto de estos miembros de la comunidad por su postura política alarmó a algunos de los activistas en la colonia. Al advertir mayores peligros si la comunidad no lograba una cierta unidad, el documento acusaba a la policía de “una serie de abusos” en contra de los trabajadores mexicanos; alertaba que si la comunidad no “deseaba ser víctima de peores malos tratos e injusticias” por parte de los “perros que se llaman a sí mismos guardianes del orden público” era necesario organizar un frente opositor. De no conseguir la unidad, la comunidad podía alentar a “esos salvajes” a “asesinarnos sin causa”. La colonia debe demostrar, concluía, que “no estamos dispuestos a pasar por alto esos abusos en silencio” por parte de la policía.<sup>69</sup>

<sup>66</sup> *Los Angeles Times*, 6 de mayo de 1917.

<sup>67</sup> “Police Eyes on Mexican Jollity: Special Squads of Officers Patrol the Plaza”, *Los Angeles Times*, 6 de mayo de 1917.

<sup>68</sup> *Ibid.* Véase también “Nip Incipient Riot in Bud”, *Los Angeles Times*, 7 de mayo de 1917.

<sup>69</sup> “Mexicans Face Deportation: Two Held by Government for Advising Revolt”, *Los Angeles Times*, 15 de mayo de 1917.

Las autoridades siguieron alarmándose por la más mínima actividad política al interior de la comunidad mexicana. Unos días después de que Estados Unidos declarara la guerra a Alemania, en abril de 1917, el alguacil de Los Ángeles, John C. Cline, señaló la inexplicable desaparición de más de cinco mil trabajadores mexicanos de la ciudad; él declaró que aparentemente la mayoría de ellos se había ido a Baja California. Asumió que lo habían hecho “creyendo que con todos los preparativos que allí se hacían habría un conflicto entre México y Estados Unidos”. El alguacil dijo a los ciudadanos sureños que no se preocuparan y añadió: “Tengo aquí un ejército que podría liquidar a todo México”. Mientras sus agentes reportaban que “los mexicanos están abandonando [su empleo] en todo el país sin razón aparente, no están desplazándose [...] El único problema es la falta de fuerza de trabajo”.<sup>70</sup> Una investigación del *Times* sobre este asunto encontró que los mexicanos no tenían “ningún movimiento serio organizado en contra de esta parte del país [...]. Tendría éxito popular entre los mexicanos, pero no tienen armas ni comandantes ni la cantidad ni tampoco los medios de transporte para llevarlo a cabo”.<sup>71</sup> De manera más inquietante, la misma investigación concluía que “la mayoría de los agitadores, que son de su misma raza, han estado trabajando entre los mexicanos de por aquí, urgiéndolos a regresar a México y enlistarse en su ejército”.<sup>72</sup> Dos residentes de Los Ángeles que habían regresado recientemente de México propusieron una explicación al éxodo de trabajadores. Observaron que los salarios de los mineros en Arizona, Sonora, Sinaloa y Chihuahua se habían elevado a 1.75 dólares al día, mientras que la tasa correspondiente al trabajo de los mexicanos en Los Ángeles y sus alrededores era de 1.25 dólares al día. Otra probable causa del éxodo masivo derivaba del aviso de que todos los extranjeros debían registrarse para el enlis-

<sup>70</sup> “Missing Mexicans a Remarkable Mystery: Five Thousand Quit Work and Disappear from Los Angeles County”, *Los Angeles Times*, 11 de abril de 1917.

<sup>71</sup> *Ibid.* Véase también “Villistas Much Nearer than First Reported”; *Los Angeles Times*, 6 de abril de 1917.

<sup>72</sup> “Missing Mexicans a Remarkable Mystery...”; véase también “Exodus of Mexicans Is Reported by Sheriff”, *Los Angeles Times*, 7 de abril de 1917. El artículo señalaba que el sheriff supo que los hombres que se habían ido “estaban armados y se les había pagado para ir a luchar en México contra los estadounidenses”.

tamiento en el Ejército de Estados Unidos y ser elegibles para pelear en las fuerzas armadas de los aliados. De cualquier manera, siguieron circulando rumores sobre insurrección e invasiones en la zona de Los Ángeles.<sup>73</sup>

Los angelinos, como el resto del pueblo estadounidense, habían leído sobre las influencias alemanas en México durante varios años antes de la entrada de Estados Unidos a la primera guerra mundial. La confrontación en Veracruz, en 1914, cuando infantes de marina y marineros estadounidenses impidieron al barco alemán Ypiranga entregar armas y municiones a los huertistas, dio credibilidad al vínculo entre México y Alemania. Al año siguiente, los estadounidenses se enteraron del Plan de San Diego y tanto las autoridades de ese país como las mexicanas lo explicaron como parte del trabajo de agentes alemanes en México. Algunos historiadores observan que muchos residentes fronterizos ligaron la incursión de Villa en Columbus, Nuevo México, a un complot alemán de mayor envergadura diseñado para confrontar a Estados Unidos con México. Un artículo del diario *The New York Times*, del 23 de junio de 1916, señaló que “La influencia alemana en México” ejemplificaba tal argumento. Ese periódico consideró que los motivos alemanes para apoyar a Carranza eran dos: “Quizá los alemanes quieran que entremos [Estados Unidos] en guerra con México para que sus submarinos puedan maniobrar libremente. Más aún, una guerra así limitaría el suministro de municiones y pertrechos a los aliados y de petróleo mexicano a Inglaterra”.<sup>74</sup>

Conforme la guerra en Europa adquiría proporciones mundiales, el miedo generalizado de que los mexicanos apoyaran a Alemania en contra de los aliados y colaboraran con alemanes subversivos intensificó la histeria angloamericana. En 1916, cuando el presidente Carranza recibió el reconocimiento del káiser, se agudizaron las sospechas

<sup>73</sup> Cornelius C. Smith Jr. hace una referencia al súbito éxodo de trabajadores mexicanos en abril de 1917 en *Emilio Kosterlitzky: Eagle of Sonora and the Southwest Border* (Glendale, Calif.: A.H. Clark, 1970), 284.

<sup>74</sup> “German Influence in Mexico”, *The New York Times*, 23 de junio de 1916. El artículo señala que los diplomáticos que representaban a las potencias aliadas en México eran de la opinión de que “las influencias alemanas han actuado sobre Carranza en un esfuerzo por generar una situación que ponga en conflicto a los enemigos de los poderes centrales”. Véase también “German Efforts in Mexico”, *World's Work* 35 (diciembre de 1917): 207-210.

de una coalición entre México y Alemania, y circularon rumores en Washington y en la ciudad de México de que los alemanes intentaban establecer bases para sus submarinos en las costas mexicanas.<sup>75</sup>

El 25 de febrero de 1917, los ingleses informaron al presidente Wilson que habían interceptado un telegrama de Arthur Zimmermann, secretario de Asuntos Exteriores de Alemania, en el que instruía al ministro alemán en México para que, en el caso de una guerra entre Estados Unidos y Alemania, estaba autorizado a ofrecer una alianza a México.<sup>76</sup> El apoyo de los poderes centrales de México sería recompensado con la oportunidad de recuperar “el territorio perdido en Nuevo México, Texas y Arizona”<sup>77</sup> (no se hacía referencia a California). México también estaba considerado para invitar a Japón a integrarse a la alianza. Como lo explica Karl M. Schmitt, cuando la nota de Zimmermann vio la luz pública, Carranza evitó cumplir la exigencia de Washington de repudiar la oferta alemana, pero tampoco dio respuesta alguna a los alemanes. Si bien Carranza no desechó tal oferta de mala manera, parece “que no consideró seriamente participar en una alianza con Alemania”.<sup>78</sup>

Mientras tanto, el *Outlook* del 21 de febrero de 1917 daba voz a la preocupación de muchos estadounidenses al informar que, como Estados Unidos había roto relaciones con Alemania, los agentes alemanes habían “sido arrojados hacia México” y “mexicanos antialemanes temían que los agentes del káiser y sus aliados mexicanos consiguieran enredar a su país en un conflicto con Estados Unidos, financiando con dinero alemán incursiones en la frontera”.<sup>79</sup> En abril, *Los Angeles Times* publicó un discurso del representante del Congre-

<sup>75</sup> Véase, por ejemplo, “The Terror on the Border”, *Los Angeles Times*, 10 de mayo de 1916; “Villista Bandits Not Soldiers”, *ibid.*, 30 de mayo de 1916; “Talks of Mexico as Germany’s Ally”, *The New York Times*, 22 de junio de 1916; “Teuton Plot Rumor Unworthy of Denial”, *ibid.*, 26 de junio de 1916.

<sup>76</sup> Karl M. Schmitt, *Mexico and the United States, 1821-1973* (Nueva York: John Wiley and Sons, 1974), 151.

<sup>77</sup> J. Joseph Huthmacher, *Trial by War and Depression: 1917-1941* (Boston: Allyn and Bacon, 1973), 17. Para un comentario más completo de la nota de Zimmermann, véase Barbara W. Tuchman, *The Zimmermann Telegram* (Nueva York: Macmillan, 1966).

<sup>78</sup> Schmitt, *Mexico and the United States...*, 151.

<sup>79</sup> *Outlook*, 21 de febrero de 1917, 315. El diario *Los Angeles Times*, 6 de abril de 1917, informó que “Oficiales alemanes han estado entrenando soldados mexicanos desde hace varios meses”.

so Clarence B. Miller, del Comité de Relaciones Exteriores, en el que afirmaba que “los reservistas alemanes en Estados Unidos” habían sido remitidos masivamente a México con el propósito de ayudar en la manufactura de armas y de servir en las fuerzas armadas. Villa, según afirmaba Miller, “hoy está rodeado por un número importante de oficiales alemanes y el gobierno de Carranza está siendo actualmente controlado fuertemente por los alemanes”.<sup>80</sup>

Después de que Wilson hiciera pública la nota de Zimmermann, el 1 de marzo de 1917, se produjo una ola de sentimientos antialemanes por toda la nación que fue particularmente fuerte en la frontera. La prensa y los funcionarios públicos acusaron a los agentes alemanes no sólo de agravar las dificultades con México, sino también de hacer lo mismo entre los trabajadores mexicanos en Los Ángeles. El día anterior a que el presidente Wilson diera lectura de la declaración de guerra ante la sesión conjunta del Congreso, el diario *Los Angeles Times* advirtió a sus lectores una vez más sobre “conspiraciones alemanas” que se gestaban en la comunidad mexicana:

Si la gente de Los Ángeles supiera lo que está pasando en nuestra frontera, no dormirían por las noches. Se respira sedición, conspiración y planes en el aire. Las líneas telegráficas están intervenidas y los espías van y vienen a su gusto. Los alemanes se codean con bandidos mexicanos, agentes japoneses y renegados de este país. Mensajes cifrados se envían de un lugar a otro a lo largo de la frontera, y a menudo pasan por seis u ocho personas entre el remitente y el receptor. Los Ángeles es el cuartel general de este vicioso sistema, y es allí donde frecuentemente se celebran los tratos entre los representantes de México y de Alemania.<sup>81</sup>

Cuando Estados Unidos entró a la guerra en Europa, la supuesta conspiración alemana en México creció en perspectiva. En 1917, la prensa estadounidense hizo circular informes de que oficiales alemanes habían asumido la responsabilidad del entrenamiento de los ejérci-

<sup>80</sup> “Unpublished Part of the Zimmermann Note Reveals German Bases”, *Los Angeles Times*, 6 de abril de 1917; véase también H.W. van Loon, “The Way of Germany and the Way of Mexico”, *New Republic* 7, 22 de julio de 1916, 304.

<sup>81</sup> *Los Angeles Times*, 1 de abril de 1917.

tos de Obregón y Villa. Irónicamente no ha habido otra fuerza armada que estuviera tan opuesta a la otra como ocurría con las de estos dos líderes militares. Obregón, un brillante general de campo bajo el mando de Carranza, se había enfrentado a las fuerzas de Villa infligiéndoles severas derrotas en 1916. Era ilógico pensar que al ayudar a Villa los alemanes quedaran bien con Carranza, quien era considerado en México, en esta coyuntura, el jefe de Estado. Villa negó astutamente las acusaciones a los reporteros del *Times* y aseguró a Estados Unidos que su ejército de veinte mil efectivos cooperaría para “eliminar de México la amenaza alemana”.<sup>82</sup> Y, aun cuando Obregón negó también la presencia de cualquier influencia alemana en su ejército, Carranza tuvo mayores problemas para convencer al pueblo estadounidense de su posición neutral o en favor de los aliados, ya que si bien, al controlar los pozos petroleros y los mayores puertos de México, proporcionaba a los ingleses la mayor parte de sus requerimientos de petróleo, también lo daba a los alemanes. El diario *Los Angeles Times* extendió el vínculo México-Alemania al afirmar, en abril de 1917, que “el oro alemán hecho en Estados Unidos” ha sido derramado en México con el propósito de financiar el trabajo de agentes alemanes entre los rebeldes mexicanos. Entre otras cosas, estos “conspiradores alemanes” tenían planes para cometer actos de sabotaje en los ricos campos petroleros de Tampico y Tuxpan. La destrucción de estos campos petroleros, sugería el *Times*, contribuiría al colapso de las fuerzas inglesas de desplazamiento.<sup>83</sup>

Según el historiador californiano Cornelius C. Smith Jr., el Departamento de Justicia sospechó que agentes alemanes en Los Ángeles reclutaban mexicanos para servir como espías y saboteadores. En su biografía de Emilio Kosterlitzky, a quien describió como mercenario y antiguo rural (soldado federal mexicano empleado en las áreas rurales) durante el gobierno de Díaz, Smith se refiere brevemente al papel de Kosterlitzky en la comunidad mexicana de Los Ángeles durante el periodo de 1916 a 1918. El Departamento de Justicia consideraba a Los Ángeles como un “hervidero de intriga alemana”, y reclutó

<sup>82</sup> *Ibid.*, 15 de abril de 1917.

<sup>83</sup> “German Efforts in Mexico”, *World's Work* 35 (diciembre de 1917): 212; *Los Angeles Times*, 15 de abril de 1917; H. Wray, “America's Unguarded Gateway: New Mexico”, *North American Review* 208 (agosto de 1918): 312-315.



a Kosterlitzky como agente secreto, le asignaron vigilar las actividades de agentes alemanes en la zona y “arrestarlos en el momento preciso, lo que no siempre resultaba fácil”. El Departamento de Justicia veía la zona fronteriza entre Los Ángeles y Tijuana, hasta Mexicali y Tecate, como región vulnerable de infiltración para los agentes alemanes. Smith caracterizó Los Ángeles como el “centro alemán de reclutamiento de mexicanos para la guerra contra Estados Unidos”. Creía que hombres como Kosterlitzky podían contrarrestar exitosamente tales actividades.<sup>84</sup>

La primera guerra mundial produjo desequilibrio e inestabilidad sin igual en Estados Unidos desde la Guerra Civil. Inmediatamente después de la declaración de hostilidades entre Estados Unidos y Alemania, el presidente firmó las siguientes leyes: Ley del Servicio Selectivo (Selective Service Act), Ley de Espionaje (Espionage Act), Ley de Control de Suministros Alimenticios y Combustibles (Lever Food and Fuel Control Act) y la Ley de Impuestos de Guerra (War Revenue Act). La Ley del Servicio Selectivo exigía el registro de todos los hombres que tuvieran entre 18 y 45 años, mientras que la Ley de Espionaje establecía serias penalizaciones a las personas que fueran encontradas culpables de ayudar al enemigo, obstruir el reclutamiento o causar insubordinación, deslealtad o resistencia al servicio en las fuerzas armadas.<sup>85</sup> Todas estas leyes produjeron gran confusión en el barrio de Los Ángeles y en otras comunidades mexicanas del suroeste, sobre todo en la medida en que muchos de los inmigrantes no se habían naturalizado. Miles de mexicanos se unieron a las fuerzas armadas, pero probablemente un número similar regresó a México en lugar de pelear en ultramar. La Ley de Espionaje, que ampliaba las facultades del director general del Servicio Postal para retirar del correo periódicos, boletines y otras publicaciones que contuvieran elementos que pudieran ser considerados una traición o sediciosos, proporcionó a las autoridades gubernamentales la licencia para arrestar y perseguir a refugiados políticos, dirigentes de los trabajadores y pacifistas mexicanos. El presidente estableció también un Comité

<sup>84</sup> Smith, *Emilio Kosterlitzky*..., 265.

<sup>85</sup> Paul L. Murphy, *The Constitution in Crisis Time, 1918-1969* (Nueva York: Harper and Row, 1972), 46-52; Thomas F. Carroll, “Freedom of Speech and of the Press in Wartime: The Espionage Act”, *Michigan Law Review* 17 (junio de 1919): 622 y ss.

para la Información Pública (Committee on Public Information), con el propósito de unir al pueblo estadounidense en los esfuerzos de guerra.<sup>86</sup>

En 1917, el gobierno estatal de California emprendió numerosas acciones diseñadas para mitigar el miedo de los californianos preocupados por un conflicto en la frontera. En un discurso ante pobladores de Los Ángeles, el 1 de mayo de 1918, el gobernador William D. Stephens propuso, según la recomendación del Consejo Estatal de Defensa, la creación de la Guardia de Defensa Estatal. Esta unidad debía “entrar en operación” en el caso de que la Guardia Nacional tuviera que atender cuestiones peligrosas “que rebasaran los límites del Estado”. La Guardia de Defensa Estatal “podría ser llamada en cualquier momento para hacer frente franca y definitivamente a conspiraciones enemigas en cualquier parte dentro de nuestro estado o en caso de disturbios de este lado de la línea fronteriza”. Terminó su discurso encomendando a las autoridades de las ciudades de California a que “emprendieran medidas drásticas para suprimir disturbios sediciosos e inciertos”.<sup>87</sup>

El temor en contra de alemanes y de radicales orientado hacia los mexicanos en Los Ángeles sirvió como pretexto para desatender las legítimas quejas de los trabajadores mexicanos. Industriales y líderes civiles culparon a los agentes alemanes de casi cualquier problema laboral o huelga que ocurrió durante la guerra. En el verano de 1917, el Departamento de Estado de Estados Unidos solicitó a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México que revisara una carta publicada por un cónsul mexicano que aconsejaba a sus connacionales permanecieran fuera de Estados Unidos, debido a que “individuos, compañías e incluso las autoridades” los sometían “a abusos y malos tratos”. La Embajada de Estados Unidos rechazó tal carta al hacer notar que había sido publicada en un “periódico proalemán”.<sup>88</sup> La guerra forzó

<sup>86</sup> Véanse H.C. Peterson y Gilbert C. Fite, *Opponents of War: 1917-1918* (Madison: University of Wisconsin Press, 1957); y Harry N. Scheiber, *The Wilson Administration and Civil Liberties, 1917-1921* (Ithaca: Cornell University Press, 1960).

<sup>87</sup> William D. Stephens, *California in the War: War Addresses, Proclamations and Patriotic Messages of Governor William D. Stephens* (California Historical Survey Commission, War History Dept., s/f). Los panfletos incluyen discursos del gobernador Stephens durante el periodo de 1917 a 1920.

<sup>88</sup> *The New York Times*, 25 de julio de 1917.

al pueblo estadounidense a aferrarse a una aparente contradicción respecto a los inmigrantes mexicanos. Por una parte, los intereses de los industriales y de los agricultores consideraban importante la fuerza de trabajo de los mexicanos para las tareas de guerra; por otra, el nativismo había convertido en causa pública su oposición a la importación de trabajadores mexicanos. A solicitud de los empleadores del suroeste, el Departamento de Estado solicitó al Congreso en 1917 que eliminara los requisitos de educación para los inmigrantes mexicanos. Esta decisión hizo que el gobierno favoreciera temporalmente la inmigración mexicana. Evidentemente, el Departamento de Estado juzgó los esfuerzos de los individuos que laboraban para reducir la inmigración mexicana como contraria al interés nacional.<sup>89</sup>

Durante los años de la guerra, las autoridades de Los Ángeles se esforzaron no sólo para eliminar la amenaza alemana, sino también para contrarrestar cualquier actividad de la *rww* entre los trabajadores mexicanos. Cuando doscientos mexicanos de la Pacific Sewer Pipe Company convocaron a huelga el 21 de septiembre de 1918, la policía de Los Ángeles la etiquetó como “de factura alemana”. El vicealguacil, Mauricio L. Reyes, un mexicoamericano, se dirigió en español a los hombres para tratar de convencerlos de que “no tenían motivo de queja”. Sólo hasta que Reyes explicó la huelga en términos de “trabajo de agitadores pro Alemania”, volvieron los hombres a sus labores.<sup>90</sup> Con similares intenciones, en junio de 1918, Egbert Adams, de la Comisión de Parques de Los Ángeles, anunció la inauguración de programas semanales de oradores en la plaza mexicana cuyo propósito era “eliminar el activismo de la *rww* entre las clases ignorantes y [poner] en su lugar al americanismo”. En uno de tales programas, el vicecónsul mexicano, Ramón S. Arriola, informó a su audiencia “de la necesidad del pueblo de México de cooperar con Estados Unidos”.<sup>91</sup>

Mientras los angelinos consideraban el supuesto vínculo entre las asociaciones proalemanas y el radicalismo del *rww* en la comunidad mexicana, los líderes populares se manifestaban también en contra

<sup>89</sup> Tres artículos en el diario *Los Angeles Times* muestran esta posición: “Must Have All Farm Workers”, 19 de mayo de 1917; “Bars Down to Mexican Labor”, 24 de mayo de 1917; “May Import Mexicans to Work on Our Farms”, 30 de mayo de 1917.

<sup>90</sup> *Los Angeles Times*, 27 de septiembre de 1918.

<sup>91</sup> *Ibid.*, 9 de junio de 1918.

de la sustitución de la fuerza de trabajo mexicana por la estadounidense. En el club Commonwealth de San Francisco, un nativista argumentó que el mexicano “es disipado, problemático y arrastra una gran carga que consume mucho más que lo que produce su trabajo. Peor aún, es enemigo de nuestro país. Es, de corazón, simpatizante de los alemanes y haría la guerra en contra nuestra si se hubiera atrevido a disparar la primera pistola”. En la misma sesión, un agricultor observó que mientras unos cuantos de ellos “favorecían” a los trabajadores mexicanos, un comité del Commonwealth había sido advertido de que “la propaganda alemana en la prensa mexicana” ha pedido a sus trabajadores que no busquen trabajo en Estados Unidos. El agricultor concluía señalando que el comité creía que el gobierno mexicano “le había externado una advertencia similar” a su pueblo.<sup>92</sup>

Siete días después de que el presidente Wilson firmara la declaración de guerra, estableció el Comité de Información Pública (Committee of Public Information, CPI) para instruir al pueblo estadounidense sobre los objetivos de la nación al ingresar al conflicto. Al crear un sistema de censura voluntaria de la prensa, el comité se aseguró de que sólo llegaran al pueblo estadounidense los reportajes que presentaran la guerra como una gran meta para promover la democracia y la libertad en todo el mundo. Bajo la dirección de George Creel, anteriormente periodista, el CPI hizo circular semanalmente unas veinte mil columnas de material periodístico relativo a la guerra.<sup>93</sup>

L.N. Brunswick, miembro del CPI de Los Ángeles, llamó personalmente al secretario del Interior, Franklin K. Lane, para solicitar su ayuda en el combate de las “mentiras alemanas [...] que circulaban entre nuestros mexicanos”. En el sur de California, según advirtió Brunswick a Lane, “el gobierno cuenta con información veraz en el sentido de que los alemanes han intentado interferir con las cosechas de granos” y que han “sobornado especialmente a los trabajadores mexicanos en los campos de frijol y remolacha de los condados del sur de

<sup>92</sup> *Commonwealth* 13 (mayo de 1918): 89, 98. El 4 de julio de 1918, el gobernador Stephens dijo a un grupo de gente en Berkeley: “Sabemos que los agentes del káiser están ocupados en nuestro medio, y cada ciudadano estadounidense leal debe, como responsabilidad con su país, mantener la vigilancia y contribuir en una campaña implacable para erradicar nuestra deslealtad al interior de nuestras fronteras”. Véase Stephens, *California in the War...*, 37.

<sup>93</sup> *Los Angeles Times*, 7 de abril de 1918; 8 de junio de 1918.

California.<sup>94</sup> Sugirió que los agentes alemanes buscaban convencer a los mexicanos de no levantar más cosechas con el argumento de que sólo “prolongarían más la guerra”. Brunswig comentó también que los periódicos en español recibirían “la más estrecha supervisión y censura”.<sup>95</sup> A pesar de que había poca evidencia para apoyar las afirmaciones que vinculaban a la *rww* con el interés nacional de los alemanes, los nativistas y los grupos patronales utilizaron eficazmente los temas patrióticos para condenar y reprimir al movimiento laboral local.

La CPI tradujo los reportajes sobre los acontecimientos de la guerra a diversos idiomas con el objeto de llegar a comunidades que consideraba susceptibles a la propaganda alemana. Durante todo este periodo de histeria y acusaciones en contra de conspiraciones alemanas, *La Prensa de Los Ángeles*, el periódico de lengua española más grande de Estados Unidos, imprimió la propaganda de Creel y dio un fuerte respaldo a la causa estadounidense en Europa. En junio de 1918, *La Prensa* reportó de manera parcial las acciones en el campo de batalla de la siguiente manera: “El más horrible asesinato registrado en la historia del mundo es formar parte de la ofensiva de los hunos”.<sup>96</sup> En abril de 1918, en un artículo que apareció en primera plana intitulado “Espías alemanes conspiran contra México”, *La Prensa* había acusado a Alemania de realizar sustanciales esfuerzos para desatar una guerra entre México y Estados Unidos.<sup>97</sup>

El debate relativo a la lealtad de México hacia los aliados y la supuesta cooperación con Alemania no desapareció con el armisticio. A fines de 1919, el senador Albert Fall abrió sus “Investigaciones sobre el asunto mexicano”, y su comité explicó los sucesos políticos más importantes en México durante la década previa.<sup>98</sup> El diario *Los Angeles Times* informó sobre las audiencias siendo muy crítico respecto a los líderes mexicanos. Por ejemplo, el 3 de noviembre de 1919, el

<sup>94</sup> *Ibid.*, 7 de abril de 1918.

<sup>95</sup> *Ibid.* Véase también “To Unite Mexicans”, *Los Angeles Times*, 8 de junio de 1918. La continua preocupación relativa a la región fronteriza queda de manifiesto en Wray, “America’s Unguarded Gateway...”.

<sup>96</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 15 de junio de 1918.

<sup>97</sup> *Ibid.*, 13 de abril de 1918.

<sup>98</sup> U.S. Congress, Senate, *Investigation of Mexican Affairs: Report and Hearings before a Subcommittee of the Committee on Foreign Relations*, 66º Cong., 1ª ses. (1919), 1295.

*Times* publicó un artículo que alegaba una relación clandestina entre el presidente Carranza y Alemania: “Las declaraciones de Carranza han demostrado ser mentiras. La alianza con los teutones queda demostrada a la letra”. Los artículos de la prensa en Los Ángeles señalaban también que Carranza había permitido a los alemanes desempeñar cargos públicos de gobierno y les había permitido operar estaciones de radio en México.<sup>99</sup> El 30 de noviembre de 1919, el *Times* publicó el texto completo del Plan de San Diego, afirmando que había estado definitivamente vinculado al gobierno de Carranza.<sup>100</sup>

En los meses que siguieron al armisticio, los estadounidenses volcaron su histeria antigermana hacia el radicalismo político en toda la nación. Stanley Cohen ha señalado que la “oposición a la guerra por parte de los grupos radicales ayudó a suavizar la transición que experimentaron los nativistas estadounidenses de un odio a todo lo alemán al miedo de una revolución radical”.<sup>101</sup> Durante el otoño de 1919 y la primavera de 1920, Estados Unidos resintió una “amenaza roja” de proporciones sin precedente. Esta histeria, cuyo objeto fueron básicamente los “radicales y extranjeros”, se parecía a la “amenaza morena” que sacudió a Los Ángeles durante el periodo de 1913 a 1918.

Hacia principios de la década de los veinte, la colonia de Los Ángeles ya había experimentado el impacto del nativismo, del antirradicalismo y de la histeria provocada por la guerra. Entonces, los nativistas de Los Ángeles acusaban a los mexicanos y a grupos radicales de ser causantes del aumento de actos irresponsables y de violencia laboral. Vistos con temor y desprecio por quienes disfrutaban del poder político y social, físicamente segregados en términos de vivienda y vida social, los mexicanos trataron de adaptarse a la realidad de Los Ángeles y enfrentaron el reto cotidiano de lograr una existencia digna para ellos y para sus familias. Sus esfuerzos para conseguirlo serán analizados en el siguiente capítulo.

<sup>99</sup> *Los Angeles Times*, 3 de noviembre de 1919.

<sup>100</sup> *Ibid.*, 30 de noviembre de 1919. Véase también el artículo del 13 de diciembre de 1919 en el que el secretario de Gobernación de México, Manuel Aguirre Berlanga, niega que México haya considerado siquiera la “adopción del «Plan de San Diego», con el propósito de asegurarse porciones del territorio del suroeste de Estados Unidos”.

<sup>101</sup> Stanley Cohen, “A Study in Nativism: The American Red Scare of 1919-1920”, *Political Science Quarterly* 79 (marzo de 1964): 52-53.

# Trabajo y desasosiego

A pesar del nativismo que predominaba en la época de la primera guerra mundial y conforme Los Ángeles siguió creciendo, los industriales recibieron de buena gana el trabajo mexicano y, en muchos casos, reclutaron activamente a trabajadores al sur de la frontera. La cercanía de Los Ángeles con México les proporcionó un arsenal de fuerza de trabajo que no estaba fácilmente disponible en otras regiones industriales de Estados Unidos. Además, un gran número de inmigrantes de ascendencia mexicana, atraídos por las oportunidades de trabajo en la industria y en la agricultura, llegaron a Los Ángeles desde los estados cercanos del suroeste. Este capítulo resume los hallazgos relativos a la movilidad ocupacional y espacial de los trabajadores mexicanos en Los Ángeles entre 1918 y 1928.<sup>1</sup>

Como la mayoría de los grupos de clase trabajadora urbana, los mexicanos no documentaron sus experiencias: poco se sabe sobre su incorporación y adaptación a centros industriales urbanos como Los Ángeles. En comparación con otros empleados en Los Ángeles y Boston, los mexicanos tuvieron una poco común baja movilidad ocupacional en la fuerza laboral de Los Ángeles. Así, entre 1918 y 1928, los mexicanos que tenían expectativas de ingresar a las profesiones de cuello azul de nivel alto o de cuello blanco se vieron penosamente frustrados. Además, los mexicanos de Los Ángeles cambiaron su lugar de residencia o dejaron la ciudad con mucho mayor frecuencia que otros grupos en otras cinco ciudades durante el mismo periodo.

<sup>1</sup> Recientemente, los historiadores han aplicado técnicas cuantitativas al estudio de la clase trabajadora urbana; sin embargo, la mayoría de estos estudios —que utilizan directorios de la ciudad, registros de nacimientos, matrimonios y fallecimientos, así como datos de los censos— se han limitado a las ciudades del este y del medio oeste y han proporcionado poca información sobre los inmigrantes no europeos. Este capítulo pretende revisar, en el caso de los inmigrantes mexicanos, lo que estudios previos han analizado para el caso de la inmigración europea en el este y el medio oeste.

Los registros de matrimonios de Los Ángeles y los directorios de la ciudad representan las principales fuentes de información de este capítulo. A partir de las solicitudes de permiso matrimonial de 1917 a 1918, que contenían los siguientes datos: edad, ocupación, lugar de nacimiento y filiación religiosa del novio, fueron seleccionados todos los varones de ascendencia mexicana, nacidos en México o de apellido español para integrar el grupo muestra.<sup>2</sup> La información sobre la ocupación y la residencia de cada individuo derivada de estos registros se verificó o rastreó en los directorios de la ciudad de 1917, 1918 y 1928 para determinar cambios ocupacionales o estatus espacial en la muestra. Asimismo, la información acerca del lugar de nacimiento del novio hizo posible determinar el estatus ocupacional de la primera, segunda y tercera generaciones de mexicanos.<sup>3</sup>

El hecho de que se hayan seleccionado los años de 1918 a 1928 para el análisis de la movilidad ocupacional y espacial mexicana exige una consideración especial. La mayor parte de los estudios del siglo xx sobre movilidad se han basado en periodos de diez años. Los estudios de Atlanta, San Antonio y Boston utilizaron el primer año de la década —1890, 1900, 1910 y 1920— como punto inicial de cada periodo.<sup>4</sup> No obstante, el año de 1910 resultaba inaceptable como fe-

<sup>2</sup> Las mujeres no estaban incluidas, debido a que eran muy pocas las que trabajaban fuera de casa. La muestra hubiera resultado demasiado pequeña para poder hacer generalizaciones a partir de ella. Además, es extremadamente difícil seguir la pista en el tiempo a través de directorios y de mujeres trabajadoras, debido al cambio de nombre y a que muchas de ellas nunca estuvieron en las listas, mientras sus maridos generalmente sí aparecían en éstas. Los registros matrimoniales excluyen evidentemente a los hombres que nunca se casaron pero, como Peter M. Blau y Otis D. Duncan lo han demostrado en *The American Occupational Structure* (Nueva York: Wiley, 1967), 337-340, los logros obtenidos en el empleo de los hombres casados son apenas superiores que los de los hombres solteros.

<sup>3</sup> Un sesgo frecuente que surge al utilizar registros de matrimonio es que tienden a reflejar una población más bien joven. De los mexicanos de la muestra tomada para este estudio, 63 por ciento tenía alrededor de treinta años. Sin embargo, como T. Wilson Longmore y Homer L. Hitt demuestran, la edad media de la población mexicana en Estados Unidos en 1930 era de veinte años, en contraste con los 26 años de la población total de Estados Unidos. Más aún, los autores encontraron que “la población mexicana contenía relativamente pocas personas de más de 34 años de edad” en comparación con el total de la población de Estados Unidos. Véase ídem, “A Demographic Analysis of First and Second Generation Mexican Population of the United States: 1930”, *Southwestern Social Science Quarterly* 24 (septiembre de 1943): 145.

<sup>4</sup> Para Boston, véase Howard P. Chudacoff, *Mobile Americans: Residential and Social Mobility in Omaha, 1880-1920* (Nueva York: Oxford University Press, 1972), 216-231. Para Atlanta,



cha inicial para el estudio de los trabajadores mexicanos debido a que pocos de ellos vivían en Los Ángeles durante aquel tiempo. Más aún, esa fecha suponía que el estudio terminara en 1920, lo que dejaría fuera esta década, una época de enorme actividad industrial en la ciudad, así como los años de mayor inmigración mexicana en la historia estadounidense. Así, se eligió el periodo de 1918 a 1928 debido a que incluía los veinte y excluía la época de la Gran Depresión, que tuvo un efecto poco común en los trabajadores mexicanos. Además, en 1929 y en varios años subsiguientes, miles de mexicanos fueron repatriados como consecuencia de los esfuerzos de funcionarios de la ciudad y del condado,<sup>5</sup> y tal disminución artificial de población en la comunidad mexicana habría sesgado la muestra.

## I

Los escritores popularizaron la imagen de California como la “tierra de la promesa dorada”.<sup>6</sup> Para cientos de miles de inmigrantes y de nativos del medio oeste y del este, ese estado llegó a ser símbolo de oportunidades y riqueza. Los hombres de negocios del sur de California hicieron enormes campañas publicitarias diseñadas para atraer pobladores a la región. Entre 1918 y 1930, la publicidad promovía a California como un “jardín del Edén”, paraíso de los trabajadores; una tierra “con un clima semitropical amigable, que elimina el rigor a la tarea de mantener la vida y deja libre a la energía humana para cualquier otra tarea que el espíritu pueda concebir”.<sup>7</sup> Ninguna otra ciudad en California se esforzó más por atraer inmigrantes y nuevas industrias que Los Ángeles. Bendecido por un clima agradable durante todo el

---

véase Richard J. Hopkins, “Status, Mobility, and the Dimensions of Change in a Southern City”, en Kenneth T. Jackson y Stanley K. Schultz, eds., *Cities in American History* (Nueva York: Knopf, 1972). Para San Antonio, véase Alwyn Barr, “Occupational and Geographic Mobility in San Antonio, 1870-1900”, *Social Science Quarterly* 51, no. 2 (septiembre de 1970): 398-403.

<sup>5</sup> “Getting Rid of the Mexican”, *American Mercury* 28 (marzo de 1933): 323. Carey McWilliams calcula que la ciudad repatrió a 35 000 mexicanos sólo de Los Ángeles en 1932.

<sup>6</sup> Para un estudio literario de este fenómeno en un periodo anterior, véase Kevin Starr, *Americans and the California Dream, 1850-1915* (Nueva York: Oxford University Press, 1973).

<sup>7</sup> George G. West, “California the Prodigious”, *Nation* 125, 4 de octubre de 1922, 325.

año y un comercio en expansión como consecuencia de la apertura del Canal de Panamá, Los Ángeles resultaba atractivo tanto a empresarios como a trabajadores. Algunos promotores llegaron incluso a hacer aseveraciones como que el clima propiciaba el empleo y la movilidad social: “El clima es una bendición para el pobre y un lujo para el rico. No existe otro lugar en Estados Unidos donde la estratificación social esté tan poco marcada, donde todas las clases hacen casi lo mismo al mismo tiempo”.<sup>8</sup>

La promoción de California, que inició oficialmente a fines de la década de los ochenta del siglo xix con la fundación de la Cámara de Comercio de Los Ángeles,<sup>9</sup> alcanzó nuevas proporciones después de la primera guerra mundial. En Los Ángeles, Bruce Bliven escribió en el *New Republic* en 1927, que “si los recién llegados pudieran simplemente adquirir una pequeña propiedad, podrían estar seguros de volverse ricos en una proporción inmediata”.<sup>10</sup> Luego de la recesión de 1921, Los Ángeles se convirtió en uno de los primeros centros industriales de Estados Unidos en lograr una completa recuperación económica. El producto industrial se elevó de ochocientos millones de dólares en 1921 a mil doscientos millones hacia 1923, y más de 2 400 nuevas industrias se establecieron en la ciudad durante el periodo comprendido entre 1920 y 1924.<sup>11</sup> A quienes deseaban volver a empezar en los difíciles meses de 1921, James A.B. Scherer les recomendaba ir a Los Ángeles, donde “todo recién llegado que está dispuesto a trabajar, consigue una oportunidad y encuentra total simpatía y respeto. El clima se ocupa del resto”.<sup>12</sup>

Las campañas publicitarias tuvieron enorme éxito como lo certifica el incremento de la población de Los Ángeles, que pasó de 319 000

<sup>8</sup> Bruce Bliven, “Los Angeles: The City that Is Bacchanalian—in a Nice Way”, *New Republic* 51, 13 de julio de 1927, 198.

<sup>9</sup> El mejor estudio de esta época es el de Glenn S. Dumke, *The Boom of the Eighties in Southern California*, 4ª ed. (San Marino, Calif.: Huntington Library, 1955); véase también W.W. Robinson, *Los Angeles: From the Days of the Pueblo* (San Francisco: California Historical Society, 1959), 80-81.

<sup>10</sup> Bliven, “Los Angeles...”, 197.

<sup>11</sup> Guy E. Marion, “Statistical Facts about Los Angeles”, en *Los Angeles City Directory, 1925*, 7-9.

<sup>12</sup> James A.B. Scherer, “What Kind of Pittsburgh Is Los Angeles?”, *World Week* 41 (febrero de 1921): 382.

a 1 238 000 en el periodo de 1920 a 1930.<sup>13</sup> El número de mexicanos establecidos en la ciudad también creció en proporciones prodigiosas después de 1910. Entre ese año y 1920, el censo de Estados Unidos informó que la población mexicana se incrementó en la ciudad de 5 611 a 31 172. Así, hacia 1930, se había más que triplicado. Dentro de los límites de la ciudad de Los Ángeles, la población mexicana llegó a sumar 97 116 con setenta mil mexicanos residentes en el condado de Los Angeles.<sup>14</sup>

Desde 1900, los mexicanos habían trabajado en la agricultura, en la construcción de vías ferroviarias y en la minería de las regiones fronterizas. Después del estallido de la primera guerra mundial, comenzaron a desplazarse más hacia el norte, satisfaciendo las necesidades de trabajo generadas por la guerra.<sup>15</sup> En 1929, Robert N. McLean, líder religioso, reconoció que “En Los Ángeles y, de hecho, en muchas comunidades, son los mexicanos quienes hacen el trabajo pesado. De hecho, los hemos importado precisamente para ese propósito”.<sup>16</sup> Varios industriales de esa ciudad explicaron su preferencia por los trabajadores mexicanos por encima de otros. Por ejemplo, A.C. Hardison sostenía que “Hay un cierto tipo de trabajo que el mexicano está dispuesto a hacer, mientras que nuestra experiencia nos dice que los estadounidenses no lo harían. El estadounidense no tiene la capacidad física para ciertas clases de trabajo que debe ser realizado si queremos mantener nuestra posición económica en el mundo”.<sup>17</sup>

Debido a que constantemente los industriales se enfrentaban a problemas por emplear trabajadores mexicanos en lugar de estadounidenses, decidieron hablar públicamente de la cuestión. A. Bent, un contratista de Los Ángeles, afirmó: “Soy un hombre de la construcción

<sup>13</sup> U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census of the United States Taken in the Year 1910, Abstract of the Census*, 602; *Fifteenth Census of the United States: 1930*, vol. 1: *Population*, 18, 19, 131; vol. 2: 266-267.

<sup>14</sup> U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census, 1910*, vol. 1: *Population*, 854-855; *Fourteenth Census of the United States Taken in the Year 1920*, vol. 4: *Population*, 729-731; *Fifteenth Census, 1930*, vol. 1: *Population*, 248-250.

<sup>15</sup> Robert Strout, “A Fence for the Rio Grande”, *Independent* 120, 2 de junio de 1928, 519.

<sup>16</sup> Robert N. McLean, “Mexican Workers in the United States”, en *National Conference of Social Work, Proceedings* (Chicago: 1929), 537.

<sup>17</sup> U.S. Congress, Senate Committee on Immigration, *Hearings on Restriction of Western Hemisphere Immigration*, 70ª Cong., 1ª ses. (1928), 47.

y si, por ejemplo, tenemos un contrato en Imperial Valley para realizar trabajos hidráulicos en esas cálidas regiones, me siento obligado a utilizar a mexicanos. No logro conseguir que nuestros propios hombres vayan allí a realizar ese trabajo”.<sup>18</sup> Otro californiano de Imperial Valley, representante de la agroindustria, expresó de este modo el asunto de emplear trabajadores mexicanos en las labores domésticas: “Claramente prefiero a los mexicanos en lugar de a los blancos. Una vez que los aseguras, resultan confiables y se mantienen contigo de manera permanente. No creo que sean buenos para otros tipos de trabajo”.<sup>19</sup>

Pocos estudios del periodo de 1920 a 1930 han examinado cuidadosamente la participación de los migrantes mexicanos en el mercado laboral de Los Ángeles. Las publicaciones tempranas de Emory S. Bogardus, Jay S. Stowell y Robert N. McLean comentan brevemente los patrones de empleo urbano de los mexicanos y describen las experiencias sociales y económicas de éstos en Estados Unidos.<sup>20</sup> G. Bromely Oxnam y Charles S. Johnson utilizaron encuestas muestra para calcular la estructura ocupacional de la comunidad mexicana durante los veinte, pero, como muchas otras investigaciones de aquella época, los estudios de Oxnam y Johnson proporcionan datos limitados. A partir de la información obtenida gracias a los registros carcelarios, Oxnam calculó que 72 por ciento de los mexicanos de Los Ángeles estaba empleado como obreros y jornaleros, mientras 14 por ciento disfrutaba de empleos calificados.<sup>21</sup> Johnson, quien realizó uno de los mejores estudios sobre los negros en Los Ángeles durante los veinte, exploró una muestra de sólo unas cuantas industrias en que trabajaban mexicanos, fundamentalmente transportes, construcción y manufactura automovilística.<sup>22</sup> Muy pocas de esas

<sup>18</sup> U.S. Congress, House Committee on Immigration and Naturalization, *Hearings on Western Hemisphere Immigration*, 71<sup>o</sup> Cong., 2<sup>a</sup> ses. (1930), 81.

<sup>19</sup> U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, “Mexican Labor in the Imperial Valley, California”, *Monthly Labor Review* 28 (marzo de 1929): 62.

<sup>20</sup> Emory S. Bogardus, *The Mexican in the United States* (Los Ángeles: University of Southern California Press, 1934); Jay S. Stowell, *The Near Side of the Mexican Question* (Nueva York: Home Missions Council, 1921); y Robert N. McLean, *The Northern Mexican* (Nueva York: Home Missions Council, 1930).

<sup>21</sup> G. Bromley Oxnam, *The Mexican in Los Angeles: Los Angeles City Survey* (Los Ángeles: Interchurch World Movement of North America, 1920), 14.

<sup>22</sup> Charles S. Johnson, “Industrial Survey of the Negro Population of Los Angeles, California” (encuesta no publicada, National Urban League, 1926). Los detalles de esta mues-

industrias, informó Johnson, empleaban mexicanos y, según consigna, no encontró mexicanos en la industria ferrocarrilera. No obstante, en realidad, las compañías ferroviarias y los grupos agrícolas estaban entre los más activos reclutadores de trabajadores mexicanos, al punto incluso de enviar a sus agentes a los numerosos pueblos fronterizos para contratarlos. Estudios realizados por el Departamento del Trabajo de Estados Unidos e información obtenida del Censo de Estados Unidos indican que once mil mexicanos aproximadamente fueron empleados por las compañías ferroviarias de California,<sup>23</sup> y un gran porcentaje también laboró en los numerosos campos y campamentos ferroviarios de Los Ángeles.<sup>24</sup>

Las oportunidades económicas del sector del transporte, manufactura y agricultura fueron las principales atracciones para los inmigrantes mexicanos que se asentaron en el área de Los Ángeles.<sup>25</sup> Sin embargo, la mayoría de los migrantes permaneció en Los Ángeles sólo por un breve lapso porque los bajos salarios, el alto costo de la vida, la discriminación y la excesiva competencia por los empleos dificultaban a menudo la vida y determinaban su masivo regreso.

Los establecimientos industriales con cien o más trabajadores en sus nóminas empleaban a la mayoría de los trabajadores mexicanos en labores no agrícolas en California.<sup>26</sup> Tanto Paul Taylor como Emory Bogardus consignaron un desplazamiento creciente de mexicanos

---

tra me fueron proporcionados por esta oficina de la ciudad de Nueva York, a través del profesor Emory Tolbert.

<sup>23</sup> Paul S. Taylor, *Mexican Labor in the United States: Chicago and the Calumet Region*, Publications in Economics 7, no. 2 (Berkeley: University of California, 1932); véanse también los cuadros proporcionados por Taylor en "Some Aspects of Mexican Immigration", *Journal of Political Economy* 38 (octubre de 1930): 609-615.

<sup>24</sup> Como muestra el cuadro 2, alrededor de 11 677 mexicanos estaban empleados en la industria ferroviaria en California. Ramón García, un residente de Los Ángeles durante cincuenta años y empleado de la Southern Pacific Railroad Company de 1922 a 1965, me informó que todos los trabajadores en el patio de la Southern Pacific durante la década de 1920 eran de ascendencia mexicana. Véase entrevista con Ramón García, Los Ángeles, 15 de octubre de 1973.

<sup>25</sup> Carl L. May, "Our Anti-Social Mexican Population", *Los Angeles County Employee* 2 (1929): 12.

<sup>26</sup> *Mexicans in California: Report of Governor C.C. Young's Fact-Finding Committee* (San Francisco: California Department of Industrial Relations, Agriculture, and Social Welfare, 1930), 82.

hacia los centros industriales durante los veinte,<sup>27</sup> lo mismo que J.B. Gwin, quien escribió: “[los mexicanos] se han desplazado hacia las ciudades para enrolarse en toda clase de trabajos comunes. Sustituyen a otros trabajadores, en parte porque cobran salarios menores y en parte porque han mostrado mayor resistencia y fuerza física. Además, son más confiables”.<sup>28</sup> El Comité de Investigación del gobernador Clement C. Young (Fact Finding Committee) estimó que las industrias de la piedra, el barro y el cemento empleaban a 40 por ciento de todos los mexicanos en California durante los años veinte.<sup>29</sup> Los mexicanos eran considerados en el sur de California los mejores para trabajar la teja y para el terminado de cemento. El aumento de la popularidad de las casas estilo “español” en California durante los años veinte generó una demanda de trabajadores familiarizados con la construcción de techos de teja y de los pisos que eran comunes en México. Las industrias del metal, la madera, los alimentos y el vestido, así como los servicios públicos seguían a las industrias de la piedra y el cemento como mayores empleadores de mexicanos en el estado entre 1917 y 1930.<sup>30</sup> Durante los años veinte, abrieron nuevas fábricas textiles en Los Ángeles y emplearon a cientos de mujeres y hombres mexicanos. De hecho, la Compañía de Gas de Los Ángeles por sí sola contrató a más de mil doscientos trabajadores mexicanos a mediados de los veinte.<sup>31</sup> “Los Ángeles —escribió Elizabeth Fuller en 1920— ha considerado hasta ahora a los inmigrantes mexicanos como un activo industrial”.<sup>32</sup>

El cuadro 2 indica que entre 1917 y 1918 los trabajadores varones mexicanos en Los Ángeles estaban mucho más concentrados en un limitado número de industrias (la mayoría ocupaba posiciones de cuello azul no calificadas) que los trabajadores varones en Boston o los trabajadores blancos oriundos de Los Ángeles.

<sup>27</sup> Paul S. Taylor, “Note on Stream of Mexican Migration”, *American Journal of Sociology* 36 (septiembre de 1930): 287-288; Emory S. Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, *American Journal of Sociology* 36 (julio de 1930): 74-80.

<sup>28</sup> J.B. Gwin, “Social Problems of Our Mexican Population”, en *National Conference...*, 330.

<sup>29</sup> *Mexicans in California...*, 82.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 80-81.

<sup>31</sup> John McDowell, *A Study of Social and Economic Factors Relating to Spanish-Speaking People in the United States* (Filadelfia: Home Missions Council, 1927), 16.

<sup>32</sup> Elizabeth Fuller, “The Mexican Housing Problem in Los Angeles”, *Studies in Sociology. Sociological Monograph* 5, no. 17 (noviembre de 1920): 6.

CUADRO 2  
DISTRIBUCIÓN OCUPACIONAL DE LA FUERZA DE TRABAJO MASCULINA  
EN BOSTON Y LOS ÁNGELES

<i>Ocupación</i>	<i>Boston (población total) 1920 (%)</i>	<i>Los Ángeles (blancos estadunidenses) 1920 (%)</i>	<i>Los Ángeles (total de mexicanos) 1917-1918 (%)</i>
Cuello blanco	32	47	6.7
Profesionistas	5	3.9	0.6
Otros de cuello blanco	27	43.1	6.1
Cuello azul	68	53	91.5
Calificados	27	28.3	15.4
Semicalificados	31	18.7	8.1
No calificados	10	6	68

FUENTE: Thernstron, *The Other Bostonians: Poverty and Progress in the American Metropolis, 1880-1970* (Cambridge, Mass.: 1973), 50; U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census of the United States, 1920*, vol. 4: *Population; Occupations* (Washington, D.C., 1923), 168-172; información obtenida de los registros de matrimonio de 1917 a 1918.

Varios miles de mexicanos en Los Ángeles estaban empleados en panaderías, carnicerías y negocios de embalaje, fábricas textiles, de papel, imprentas y lavanderías. Las industrias que contrataban a la mayoría de las trabajadoras mexicanas en Los Ángeles eran la industria textil, las lavanderías, los hoteles, los establecimientos al mayoreo y al menudeo y las panaderías.<sup>33</sup>

Reclutadores secundarios de trabajadores mexicanos —escribió Robert McLean— son las fábricas y fundidoras, así como los proyectos de construcción en las grandes ciudades [...] Un mexicano, por ejemplo, llega a Los Ángeles cuando la demanda de trabajo está en su punto más bajo. Encuentra empleo en una cuadrilla de construcción y vacila en dejarla cuando el grupo que lo reclutó originalmente vuelve a llamarlo.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> *Mexicans in California...*, 105.

<sup>34</sup> McLean, "Mexican Workers in the United States", 534.

CUADRO 3  
ESTRUCTURA OCUPACIONAL DE LOS VARONES MEXICANOS  
EN CALIFORNIA, 1930

<i>Ocupación</i>	<i>Empleados (núm.)</i>	<i>Empleados (%)</i>	<i>Total de mexicanos (%)</i>
Agricultura	41 455	100	37
Jornaleros	40 052	96.6	
Minería	1 660	100	1.5
Operadores	1 628	98.1	
Manufacturas	34 858	100	31.1
Aprendices	520	1.5	
Carpinteros	924	2.7	
Maquinistas	515	1.5	
Mecánicos	861	2.5	
Moldeadores	411	1.2	
Pintores	948	2.7	
Yeseros-cementeros	493	1.4	
Sastres	366	1	
Barro y vidrio	431	1.2	
Operadores			
Alimentos	721	2.1	
Acero-hierro	858	2.5	
Madereros	357	1	
Trabajadores			
Construcción	11 698	33.5	
Química	1 275	3.7	
Barro y vidrio	3 192	9.2	
Alimentos	1 520	4.4	
Acero-hierro	2 530	7.3	
Madereros	990	2.8	
Transporte	18 878	100	16.8
Conductores	1 662	8.8	
Trabajadores de caminos	3 362	17.8	
Ferrocarril	11 677	61.9	



CUADRO 3  
(continuación)

<i>Ocupación</i>	<i>Empleados (núm.)</i>	<i>Empleados (%)</i>	<i>Total de mexicanos (%)</i>
Dependientes-tienda	360	1.9	
Comercio	6 079	100	5.4
Trabajadores-porteros	1 052	17.3	
Ayudantes			
Minoristas	1 391	22.9	
Ventas	1 267	20.8	
Servicio público	856	100	0.8
Trabajadores	641	74.9	
Servicios profesionales	1 748	100	1.6
Músicos	335	19.2	
Asistentes-ayudantes	451	25.8	
Trabajadores domésticos	5 194	100	4.6
Servicio			
Barberos	504	9.7	
Conserjes	534	10.3	
Obreros	314	6	
Lavanderos	512	9.9	
Sirvientes	2 080	40	
Empleados de oficina	980	100	0.9
Oficinistas	627	64	
<i>Número total de varones mayores de diez años</i>			143 925
<i>Número total empleados</i>			112 119
<i>Porcentaje empleado</i>			77.9

FUENTE: Calculado del U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States, 1930*, vol. 4: *Population; Occupation*, 86-90. El Censo contiene más de cien ocupaciones diferentes en las que los mexicanos se emplearon. Este cuadro sólo registra las calificaciones laborales donde se ocuparon trescientos o más trabajadores mexicanos.

## II

La mayoría de los científicos sociales está de acuerdo en que la posición social está íntimamente ligada a la ocupación que se desempeña. Peter M. Blau y Otis D. Duncan comentaron esta relación en su estudio *The American Occupational Structure*:

La estructura ocupacional en la sociedad moderna —afirmaron— no sólo constituye un fundamento importante de las principales dimensiones de la estratificación social, sino que funciona también como vínculo de conexión entre diferentes instituciones y esferas de la vida social, y en ello radica su enorme significación.<sup>35</sup>

En Los Ángeles, la estructura ocupacional durante los veinte estaba estrechamente ligada a la raza y al antecedente étnico. Los blancos oriundos disfrutaban de posiciones en la estructura ocupacional incluso sustancialmente superiores que las de las segunda y tercera generación de mexicanos. Como lo indica la última columna del cuadro 2, menos de 1 por ciento de los mexicanos varones (primera, segunda y tercera generaciones combinadas) pertenecía a la clase profesional. Únicamente 6.7 por ciento ocupaba posiciones de cuello blanco, en contraste con 47 por ciento de los varones blancos oriundos. De los trabajadores mexicanos varones en Los Ángeles, 68 por ciento laboraba en las categorías que no requerían de calificación, en comparación con sólo 10 por ciento de los trabajadores varones en Boston y 6 por ciento de los blancos oriundos en Los Ángeles.

Como puede observarse en el cuadro 4, las oportunidades ocupacionales para los mexicanos en trabajos de cuello azul y de cuello blanco eran efectivamente difíciles de encontrar, no sólo para los inmigrados recientes, sino para la segunda y tercera generaciones de mexicanos. De la primera generación de mexicanos, por ejemplo, cerca de 92 por ciento estaba empleado en ocupaciones de cuello azul (no calificados, medianamente calificados y trabajadores calificados). Comparados con los inmigrantes, los hijos de mexicanos nacidos en Estados Unidos tenían mejores oportunidades para asegurar tra-

<sup>35</sup> Blau y Duncan, *The American Occupational Structure*, 6-7.

bajos semicalificados o calificados y empleos de nivel bajo de cuello blanco como el trabajo de oficina. De todas maneras, pocos mexicanos de la segunda y de la tercera generaciones ingresaron a la clase profesional y propietaria. Como indica el cuadro 4, sólo 6.6 por ciento de la primera generación y 4.5 por ciento de la segunda tenían empleos de cuello blanco, mientras que 32 por ciento de los varones en Boston (véase cuadro 2) tenían posiciones similares.

CUADRO 4

ESTRUCTURA OCUPACIONAL DE LA PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA GENERACIONES DE VARONES MEXICANOS EN LOS ÁNGELES, 1917-1918

<i>Ocupación</i>	<i>Primera generación</i>	<i>Segunda generación</i>	<i>Tercera generación</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje del total</i>
Cuello blanco	6.6	4.5	9.1	24	6.7
Cuello azul	91.8	95.5	89	326	91.6
Estudiante	0.3	0	0	1	0.3
Desconocido	1.4	0	2.3	5	1.4
<i>Total</i>				<i>356</i>	<i>100</i>
Cuello blanco					
Oficinista	3.8	0	9.1	15	4.2
Propietario	1.4	0	0	4	1.1
Semiprofesionalista	1.1	0	0	3	0.8
Profesionalista	0.3	4.5	0	2	0.6
Cuello azul					
No calificado	71.6	59.1	47.7	242	68
Semicalificado	7.2	13.7	11.7	29	8.1
Calificado	13	22.7	29.6	55	15.4

FUENTE: Datos calculados de los registros matrimoniales de 1917 y 1918.

En una encuesta realizada en 1920 por el IWM de Los Ángeles, los investigadores encontraron que 72 por ciento de los mexicanos de la ciudad estaba empleado como obreros o jornaleros, una cifra sorprendentemente cercana a la de 71.6 por ciento, calculado en este estudio para la primera generación de trabajadores no calificados

(véase cuadro 4).<sup>36</sup> Mientras el estudio del IWM informaba que 7 por ciento de los mexicanos era profesional, mis descubrimientos (véase cuadro 4) indican que entre los varones mexicanos de la primera, la segunda y la tercera generaciones, cerca de 6.7 por ciento trabajaba en profesiones de cuello blanco, una cifra nuevamente muy similar a la estimación anterior. Desafortunadamente, el estudio del IWM no ofreció un corte de la estructura ocupacional de los mexicanos, ni separó a los nacidos en Estados Unidos de los inmigrantes recientes. En mi estudio, la evidencia mostró que la mayoría de los trabajadores de cuello blanco estaba empleada en posiciones de oficina y pocos entraban en las categorías de propietarios, semiprofesionales o profesionales.

Los datos aquí calculados indican que la segunda generación de mexicanos aparece apenas ligeramente mejor en lo que se refiere a oportunidades de empleo que la primera generación. De la segunda generación de mexicanos, 95 por ciento tenía empleo de cuello azul, y un porcentaje menor, en comparación con la primera generación, estaba en trabajos no calificados. En 1929, en el único estudio previo de la segunda generación de mexicanos en Los Ángeles, Emory Bogardus arrojó alguna luz sobre las razones que explican las limitadas oportunidades de trabajo para los mexicanos durante los veinte: “En el campo ocupacional, la segunda generación de mexicanos comienza a aspirar a mejores niveles. Buscan ingresar a los trabajos y profesiones calificados, pero se encuentran con rechazos. A menudo clasificados con los mulatos, tienen pocas oportunidades y pronto se decepcionan. Su color es una de sus principales desventajas”.<sup>37</sup>

Sólo un pequeño porcentaje de mexicanos de la primera, segunda y tercera generaciones pudo situarse en trabajos y profesiones calificados. Lo más sorprendente de los resultados del estudio fue la elevada incorporación de la tercera generación en empleos de cuello azul en 1917 y 1918; entonces, cerca de 90 por ciento de la tercera

<sup>36</sup> Oxnam, *The Mexican in Los Angeles...*, 14. Para los rangos ocupacionales, utilicé un modelo diseñado por Stephan Thernstrom, *The Other Bostonians...*, 290-292. Los ejemplos de las ocupaciones encontradas en cada categoría son 1) puestos altos de cuello blanco: arquitectos, abogados, propietarios mayores, gerentes y funcionarios; 2) cuello blanco bajo: oficinistas, agentes de ventas y semiprofesionales, como bibliotecarios y fotógrafos; 3) cuello azul alto: carpinteros, joyeros, operadores fabriles y sastres; 4) cuello azul bajo: trabajadores agrícolas, porteros, jardineros y madereros.

<sup>37</sup> Emory Bogardus, “Second Generation Mexicans”, *Sociology and Social Research* 13 (enero-febrero de 1929): 277-278.

generación de mexicanos estaba empleada en ocupaciones de cuello azul en Los Ángeles (véase cuadro 4). Sin embargo, existían marcadas diferencias en las cifras de mexicanos en trabajos calificados entre los grupos de la primera y de la tercera generaciones. Del grupo de la tercera generación, más de 29 por ciento trabajaba en tareas calificadas, mientras menos de 13 por ciento del grupo de la primera generación tenía puestos similares. Sólo 47.7 de los trabajadores de la tercera generación era trabajadores no calificados, en comparación con 71 por ciento de la primera generación. Asimismo, 69 por ciento de varones no mexicanos que se casaron con mexicanas en el mismo periodo de dos años trabajaban en ocupaciones de cuello azul, situación similar al porcentaje de posiciones de cuello azul detentadas por los trabajadores de Boston en 1920 (véanse cuadros 5 y 2).

CUADRO 5  
ESTRUCTURA OCUPACIONAL DE VARONES NO MEXICANOS  
CON ESPOSAS MEXICANAS, 1917-1918

<i>Ocupación</i>	<i>Varones no mexicanos (%)</i>	<i>(N)</i>
Cuello azul		
No calificado	20.6	20
Semicalificado	24.7	24
Calificado	23.7	23
<i>Total</i>	<i>69.1</i>	<i>67</i>
Cuello blanco		
Oficinista	18.6	18
Propietario	6.2	6
Semiprofesionista	1	1
Profesionista	3.1	3
<i>Total</i>	<i>28.9</i>	<i>28</i>
Estudiante	1	1
Desconocido	1	1
<i>Total</i>		<i>97</i>

FUENTE: Datos calculados a partir de los registros matrimoniales de 1917 y 1918. Los expedientes matrimoniales indican significativamente que, por lo menos en esos años, el número de mujeres mexicanas casadas con no mexicanos era mayor que el número de varones mexicanos casados con mujeres fuera de su propio grupo.

Estos varones no mexicanos ocupaban más posiciones de cuello azul y blanco que los mexicanos. Entre estos no mexicanos, de los cuales la mayoría eran angloamericanos, 28.9 por ciento tenía posiciones de cuello blanco, generalmente en trabajos mal remunerados de oficina y de ventas. La mayor parte de los no mexicanos eran trabajadores calificados y semicalificados, sólo 20.6 por ciento se ganaba la vida en trabajos no calificados. Sólo 3.1 por ciento de este grupo pudo ser clasificado en las categorías profesionales.

### III

En su estudio *Social Mobility in Industrial Society*, Seymour Martin Lipset y Reinhard Bendix proponen la teoría de que la movilidad, “medida a partir de los desplazamientos para cruzar la línea que divide a trabajadores manuales y no manuales, ha sido considerable en muchos países de Europa oriental, así como en Estados Unidos”. Concluyeron que “ninguna sociedad compleja conocida puede ser descrita como «cerrada o estática»”.<sup>38</sup> Están de acuerdo con esta definición de sociedad “abierta” tanto Stephan Thernstrom como Michael Hanson, quienes encontraron que, “en el periodo de 1910 a 1920, los trabajadores blancos se desplazaban libremente de las posiciones bajas y altas de cuello azul a las de cuello blanco”.<sup>39</sup> Sin embargo, los mexicanos en Los Ángeles durante los veinte encontraron una sociedad mucho más “cerrada”; su movilidad de las categorías de empleos manuales a las de no manuales era prácticamente inexistente (véase cuadro 6).

Entre los trabajadores varones de las primera, segunda y tercera generaciones de mexicanos en Los Ángeles, ni un solo individuo ascendió a una posición de cuello blanco durante 1918 y 1928.<sup>40</sup> Michael

<sup>38</sup> Seymour Martin Lipset y Reinhard Bendix, *Social Mobility in Industrial Society* (Berkeley: University of California Press, 1959), 11-12.

<sup>39</sup> Thernstrom, *The Other Bostonians...*, 238; Michael Hanson, “Occupational Mobility and Persistence in Los Angeles, 1910-1930” (documento inédito UCLA, 1 de junio de 1970).

<sup>40</sup> Para un análisis más completo de los rangos económicos de las ocupaciones utilizados aquí, véase Thernstrom, *The Other Bostonians...*, 290-292. El Apéndice B de Thernstrom enlista más de 140 diferentes ocupaciones en las categorías utilizadas en el cuadro 7 de este libro (cuello blanco alto y bajo y cuello azul).

Hanson, en un estudio sobre los trabajadores varones en Los Ángeles, observó que durante la década de 1910 a 1920, 20 por ciento de los trabajadores no calificados ascendió a posiciones de cuello blanco. En un estudio similar de Boston, Stephan Thernstrom encontró que 18 por ciento de los trabajadores no calificados (varones) de la ciudad ascendió a categorías de cuello blanco en la década de 1910 a 1920. Hasta el momento, no se dispone de estudios sobre movilidad ocupacional-espacial en los veinte, por lo que la movilidad ocupacional de los mexicanos durante el periodo de diez años de 1918 a 1928 debe ser comparada con estudios de otros grupos que reflejen el periodo anterior de 1910 a 1920. A pesar de que las comparaciones deben hacerse entre diferentes décadas, es dudoso que los mexicanos tuvieran antes una mayor tasa de movilidad.

El número de trabajadores de cuello blanco entre los varones mexicanos en Los Ángeles era extremadamente pequeño y por ello no pueden hacerse generalizaciones a partir de las estadísticas sobre este puñado de individuos. Sólo ocho mexicanos de un total de 92, es decir, 8.5 por ciento, tenían empleos de cuello blanco entre 1917 y 1918.

Los trabajadores mexicanos calificados tanto en Boston como en Los Ángeles sufrieron una extraña movilidad hacia abajo en comparación con los trabajadores blancos. Sólo 2 por ciento de los trabajadores calificados de la encuesta de Hanson realizada en Los Ángeles descendió a posiciones no calificadas entre 1910 y 1920, mientras que, entre los mexicanos, 32 por ciento de los trabajadores calificados entre 1917 y 1918 encontró empleos no calificados en 1928. En Boston, Thernstrom observó que sólo 1 por ciento de los trabajadores calificados descendió a trabajos no calificados hacia 1920. De los trabajadores semicalificados en Boston, 20 por ciento ascendió a posiciones bajas de cuello blanco, mientras 3 por ciento lo hizo a posiciones altas de cuello blanco. De manera similar, Hanson informó que, en Los Ángeles, 21 por ciento de los trabajadores semicalificados consiguió posiciones bajas de cuello blanco, aunque ninguno logró obtener posiciones altas de cuello blanco. En contraste, los mexicanos en ocupaciones semicalificadas no registraron movilidad alguna hacia puestos bajos o altos de cuello blanco entre 1917 y 1918 y en 1928; de hecho, 37.5 por ciento descendió.

CUADRO 6  
COMPARACIÓN DE MOVILIDAD OCUPACIONAL DE VARONES  
EN LOS ÁNGELES Y BOSTON

Ocupación en 1910	Los Ángeles (población total)					Número
	Ocupación en 1920					
	CBA (%)	CBB (%)	C (%)	SC (%)	NC (%)	
Cuello blanco alto (CBA)	88	8	4	0	0	25
Cuello blanco bajo (CBB)	7	78	11	3	1	129
Calificado (C)	0	13	79	7	2	61
Semicalificado (SC)	0	21	12	67	0	24
No calificado (NC)	0	20	10	30	40	10

<i>Ocupación en 1910</i>	<i>Boston (población total)</i>					<i>Número</i>
	<i>Ocupación en 1920</i>					
	<i>CBA</i> (%)	<i>CBB</i> (%)	<i>C</i> (%)	<i>SC</i> (%)	<i>NC</i> (%)	
CBA	90	7	0	3	0	31
CBB	10	79	2	7	3	134
C	2	21	66	10	1	103
SC	3	20	5	65	8	106
NC	0	18	8	36	39	39

*Los Ángeles (primera, segunda y tercera generaciones de mexicanos)*

<i>Ocupación en 1917-1918</i>	<i>Ocupación en 1928</i>						<i>Número</i>
	<i>CBA</i> (%)	<i>CBB</i> (%)	<i>C</i> (%)	<i>SC</i> (%)	<i>NC</i> (%)	<i>Desconocido</i>	
CBA	50	0	0	0	0	50	2
CBB	0	66.6	0	16.6	16.6	0	6
C	4	4	48	12	32	0	25
SC	0	0	0	50	37.5	12.5	8
NC	0	0	17.6	15.7	64.7	0	51

FUENTE: Michael Hanson, "Occupational Mobility..."; Thernstrom, *The Other Bostonians...*, 238; datos calculados a partir del registro de matrimonios de Los Ángeles de 1917-1918 y del directorio de la ciudad de 1928.



## IV

Entre 1910 y 1930, las poblaciones trabajadoras de Boston y de Los Ángeles tuvieron gran movilidad espacial, es decir, en términos geográficos. En una comparación entre seis diferentes ciudades (Boston, Los Ángeles, Omaha, Norristown, Waltham y San Francisco), entre 1880 y 1968, Thernstrom encontró una consistencia impactante en las tasas de persistencia de los trabajadores (50-60 por ciento) en todas las ciudades.<sup>41</sup> Desafortunadamente, como estos datos correspondían a tasas de persistencia de grupos étnicos del más bajo nivel salarial, sólo podemos comparar la movilidad espacial de los mexicanos con la de la población promedio del estudio de Thernstrom. En Los Ángeles, como lo muestra el cuadro 7, los mexicanos de las primera, segunda y tercera generaciones tenían cifras comparativamente más altas de movilidad espacial, particularmente entre los trabajadores no calificados o semicalificados. En Boston, por ejemplo, 35 por ciento de los trabajadores bajos de cuello azul en 1910 todavía podía seguir radicando en la ciudad una década más tarde (véase cuadro 7), mientras que en Los Ángeles, únicamente 15.2 por ciento de los trabajadores mexicanos bajos de cuello azul entre 1917 y 1918 seguía en la ciudad una década después. Hanson encontró que 58 por ciento de los trabajadores de cuello blanco bajos (clase oficinista y pequeños propietarios) seguía en Los Ángeles diez años más tarde. Entre los 1917 y 1918, sólo 38.8 por ciento pudo ser rastreado ahí una década después. Entre los trabajadores de cuello blanco altos (clases semiprofesional y profesional) en 1910, Hanson descubrió que 72 por ciento podía ser localizado todavía en Los Ángeles una década más tarde, pero entre los mexicanos de cuello blanco alto entre 1917 y 1918, sólo 42.6 por ciento permaneció en la ciudad por un periodo de diez años.

Los mexicanos parecen haber tenido una mayor movilidad espacial que los blancos, oriundos o extranjeros, por diversas razones. No hay duda de que la proximidad de Los Ángeles con la frontera mexicana fue uno de los factores más importantes. La frontera estaba lo suficientemente cerca para que los mexicanos empleados en California pudieran mantener una casa en México trabajando medio tiempo en

<sup>41</sup> Thernstrom, *The Other Bostonians...*, 222, 226.

CUADRO 7  
TASAS DE PERMANENCIA EN BOSTON Y LOS ÁNGELES

<i>Boston (1910-1920)</i>		
<i>Ocupación en 1910</i>	<i>Permanencia en la ciudad en 1920</i> (%)	
Cuello blanco alto	58	
Cuello blanco bajo	50	
Cuello azul alto	36	
Cuello azul bajo	35	
<i>Total</i>	41	
<i>Los Ángeles (1910-1920)</i>		
<i>Ocupación en 1910</i>	<i>Número</i>	<i>Permanencia en la ciudad en 1920</i> (%)
Cuello blanco alto	36	72
Cuello blanco bajo	229	58
Cuello azul alto	137	45
Cuello azul bajo	118	29
Todo cuello blanco	265	60
Todo cuello azul	520	38
<i>Total</i>	520	49
<i>Primera, segunda y tercera generaciones de mexicanos en Los Ángeles (1917-1918 a 1928)</i>		
<i>Ocupación en 1917-1918</i>	<i>Número</i>	<i>Permanencia en la ciudad en 1928</i> (%)
Cuello blanco alto	7	42.6
Cuello blanco bajo	18	38.8
Cuello azul alto	71	35.2
Cuello azul bajo	322	15.2
Todo cuello blanco	25	40
Todo cuello azul	393	18.8
<i>Total</i>	418	29.4

FUENTE: Datos calculados a partir del seguimiento a los nombres del directorio de la ciudad de todos los varones mexicanos que solicitaron licencias matrimoniales entre 1917 y 1918; Thernstrom, *The Other Bostonians...*, 230; Hanson, "Occupational Mobility and Persistence in Los Angeles".

Estados Unidos. Muchos preferían vivir en México y cruzar la frontera sólo por necesidad económica. Las mejoras en las conexiones ferroviarias y de las carreteras entre Los Ángeles y México después de 1900 agregaron otro incentivo para que los mexicanos viajaran de ida y vuelta, atravesando la frontera con regularidad.<sup>42</sup> Con pocos gastos y problemas, viajaban a Los Ángeles una temporada de trabajo y luego volvían a su patria. En muchos casos, los habitantes del barrio se reubicaron en otras comunidades dentro del expansivo sector del este. Los habitantes de las colonias de la zona este parecían estar en constante estado de movimiento; sin embargo, como lo indican los datos demográficos, estas pequeñas secciones del barrio registraron un crecimiento significativo.<sup>43</sup>

Además, la naturaleza y la localización de Los Ángeles en relación con el resto de California contribuyó a las altas tasas de movilidad espacial de los trabajadores mexicanos allí durante los veinte. De 1910 a 1930, Los Ángeles funcionó como uno de los tres grandes centros de concentración de trabajadores mexicanos. Los Ángeles, lo mismo que San Antonio y El Paso, fungieron como “base de operación” para los inmigrantes mexicanos reclutados para trabajar en el medio oeste y otras áreas del suroeste. La agricultura y la industria ferroviaria llevaron a Los Ángeles en busca de mano de obra para los valles Imperial y de San Joaquín. Helen Walker, trabajadora social de Los Ángeles, escribió a propósito del desplazamiento de los trabajadores mexicanos hacia otras partes del estado: “En ciertas épocas del año, cuando los terratenientes del sur de California deben disponer de muchos trabajadores para una corta temporada de cosecha de sus cultivos, las oficinas de empleo muestran un enorme interés en mandar grandes cuadrillas a realizar tales labores”. El trabajo mexicano en el sur de California, observó, “migra a lo ancho y largo del estado durante todo el año, siguiendo a las vides de Fresno, las naranjas valencianas, las nueces, las remolachas, los frijoles del Orange County; las naranjas sin semilla de

<sup>42</sup> Para un comentario a fondo sobre los viajes de los inmigrantes, véase Ricardo Romo, “Responses to Mexican Immigration, 1910-1930”, *Aztlan: International Journal of Chicano Studies Research* 6 (1975): 173-194; y Leo Grebler, Ioan W. Moore y Ralph C. Guzman, *The Mexican-American People: The Nation's Second Largest Minority* (Nueva York: Free Press, 1970), 62.

<sup>43</sup> Calculado a partir del U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census, 1920*, vol. 1: *Population*, 125; *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 287.

Riverside County; el algodón, las lechugas, los melones, las toronjas del Imperial Valley [...] etcétera, etcétera".<sup>44</sup>

La proporción extrañamente alta de trabajadores mexicanos que entraba y salía de Los Ángeles también puede atribuirse al hecho de que se pagaban altos salarios en la agricultura y en la construcción de las vías del ferrocarril; aunque a menudo estos trabajos se encontraban fuera de la ciudad. Jay Stowell informó que algunos trabajadores mexicanos de la industria en Los Ángeles realmente ganaban tan poco como 1.25 dólares al día por una jornada de diez a doce horas de trabajo.<sup>45</sup> John McDowell, de la Sede del Consejo de Misiones (Home Mission Council) en el sur de California, declaró que el transporte, la pavimentación de calles y las compañías cementeras pagaban a sus trabajadores "dos o tres dólares al día".<sup>46</sup> Esas industrias requerían a diario de trabajadores, quienes frecuentemente laboraban menos de seis meses al año. Oxnam calculó que, en 1920, los trabajadores mexicanos en Los Ángeles ganaban de dos a tres dólares al día y, en promedio, 18 a la semana.<sup>47</sup> Para miles de trabajadores mexicanos, las desventajas del trabajo industrial eran los altos costos de la vivienda y de la alimentación y el problema siempre angustiante de encontrar trabajo para los miembros más jóvenes de la familia.

En la agricultura, los trabajadores mexicanos a menudo obtuvieron la ventaja de combinar los salarios de otros miembros de la familia para contar con un adecuado ingreso familiar. Ethel M. Morrison estimó que durante abril, julio y octubre, los trabajos agrícolas en California pagaban un promedio de 22.50 dólares por semana y, en otros meses, unos cuantos dólares menos mensuales.<sup>48</sup> Sin embargo, pocas personas que no fueran empleadores agrícolas hubieran sugerido que las condiciones de trabajo y de vida en las zonas rurales eran mejores que

<sup>44</sup> Helen Walker, "Mexican Immigrants as Laborers", *Sociology and Social Research* 13 (septiembre de 1923): 58-59.

<sup>45</sup> Stowell, *The Near Side...*, 49.

<sup>46</sup> McDowell, *A Study of Social and Economic Factors...*, 16.

<sup>47</sup> G. Bromley Oxnam, "The Mexican in Los Angeles from the Standpoint of the Religious Forces of the City", *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 93 (enero de 1921): 131.

<sup>48</sup> Ethel M. Morrison, "A History of Recent Legislative Proposals Concerning Mexican Immigrants" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1929), 27-28.

las de las ciudades, y eso que en éstas eran extremadamente difíciles. Al revisar las adversidades de los trabajadores mexicanos en las ciudades durante los veinte, Carleton Beals señaló que “los trabajadores mexicanos en nuestro país son explotados más brutalmente que otros extranjeros. No se incorporan pronto a los sindicatos independientes de los centros industriales y en consecuencia no pueden escapar a la despiadada explotación que padece casi siempre el inmigrante”.<sup>49</sup>

De manera similar, la tipificación por estereotipos y los prejuicios negativos obstaculizaron que los mexicanos tuvieran una movilidad ascendente. Durante los años veinte, los empleadores encajonaron a los mexicanos como trabajadores domésticos, incapaces de realizar una labor que requiriera de habilidad o de inteligencia. Al resumir los resultados de una encuesta de 1914, el sociólogo William W. McEuen explicó los problemas sociales del mexicano caracterizándolo como “gastalón y jugador, cazador de fortunas, persona despreocupada que parece no tener mayor ambición que vivir tan fácilmente como le sea posible”.<sup>50</sup> Los empleadores de Los Ángeles expresaron la opinión de que, “en términos de requerimientos en el empleo de juicio e iniciativa individuales, el mexicano es muy inferior al blanco”.<sup>51</sup> Ernesto Galarza, economista que había investigado a los trabajadores mexicanos en los campos agrícolas, escribió sobre la explotación de este grupo étnico en Estados Unidos. El mexicano, afirmó Galarza en 1929:

continúa sintiendo la carga de viejos prejuicios. Sólo cuando se amenaza limitar la inmigración que proviene de México, unos cuantos en Estados Unidos cantan las alabanzas del peón [...] En otros momentos, los sentimientos que parecen estar arraigados profundamente en la mente estadounidense son que es sucio, descuidado, indolente y tonto de nacimiento.<sup>52</sup>

<sup>49</sup> Carleton Beals, “Mexican Intelligence”, *Southwest Review* 11 (octubre de 1925): 24.

<sup>50</sup> William W. McEuen, “A Survey of the Mexican in Los Angeles (1910-1914)” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1914), 9.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 31; véase también Mark S. Reisler, “Always the Laborer, Never the Citizen: Anglo Perceptions of the Mexican Immigrant during the 1920s”, *Pacific Historical Review* 45 (1976): 231-254.

<sup>52</sup> Ernesto Galarza, “Life in the United States for Mexican People: Out of the Experiences of a Mexican”, en *National Conference...*, 402.

Finalmente, en la mayoría de los esfuerzos para mejorar sus condiciones socioeconómicas, los mexicanos encontraron que las barreras de la abierta intolerancia eran colosales y permanentes. William McEuen observó prejuicios raciales durante discusiones con miembros de la comunidad de Los Ángeles. “Todas las demás razas —hizo notar— se enfrentan a los mexicanos con una actitud de desprecio y desdén”, generalmente los miran como “la raza más degradada de la ciudad”. En opinión de Emory Bogardus, “el color” impidió a la segunda generación de mexicanos conseguir mejores trabajos. En suma, como Ernesto Galarza lo enfatizó, el prejuicio racial de los empleadores de California en los veinte consistía en culpar de las adversidades a las familias mexicanas en Estados Unidos.<sup>53</sup>

Los descubrimientos de este estudio otorgan poco fundamento al mito de que California era la tierra de oportunidades doradas para todos. A juzgar por el bajo estatus laboral y por la poca movilidad ascendente de los trabajadores mexicanos en Los Ángeles, los mexicanos se hubieran sorprendido de que la década de los veinte era en California llamada frecuentemente la era de la “segunda fiebre del oro”. Los datos sugieren también que el ascenso social de los mexicanos en Los Ángeles, sobre todo cuando se compara con el de los trabajadores en Boston, resultó extrañamente bajo. Esta poca movilidad hacia arriba entre los mexicanos puede explicar parcialmente su alta movilidad espacial. Los trabajadores mexicanos que encontraron difícil avanzar en su empleo tuvieron excelentes incentivos para dejar la región en busca de mejores oportunidades. La movilidad espacial de los trabajadores mexicanos de nivel bajo de cuello azul era 20 por ciento más alta que la de los trabajadores del este de Estados Unidos durante un periodo similar. La mayor movilidad geográfica de los mexicanos en Los Ángeles indica además que no permanecieron “atrapados” en barrios como los italianos en el este, tal como fueron retratados por algunos historiadores.<sup>54</sup> Los barrios de Los Ángeles atrajeron

<sup>53</sup> McEuen, “A Survey of the Mexican...”, 36; Bogardus, “Second Generation Mexicans”, 277-278; Galarza, “Life in the United States...”, 402.

<sup>54</sup> Véase, por ejemplo, Alexander DeConde, *Half Bitter, Half Sweet: An Excursion into Italian-American History* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1971), 14-15. Sobre los inmigrantes italianos escribió DeConde: “pobres y sin amigos, apretujados en casuchas de las ciudades del este, temerosos de asentarse en el hostil campo de Estados Unidos rural”.

a nuevos inmigrantes mexicanos diariamente, la mayor parte de los cuales eran obreros o peones; así, las colonias mexicanas sirvieron como base para muchos mexicanos que trabajaban en zonas externas a Los Ángeles o que cruzaban frecuentemente la frontera para regresar a México. Durante el periodo de 1900 a 1930, Los Ángeles fue una especie de centro de distribución regional para los trabajadores mexicanos. Si bien muchos de ellos llegaron ahí en el tránsito hacia otros empleos o como trabajadores eventuales, muchos más echaron raíces finalmente en East Los Angeles para convertirlo en la “capital mexicana” de Estados Unidos.





# Reforma, renacimiento y socialización

Normalmente se percibe a los residentes mexicanos en Estados Unidos “más o menos como una minoría sin voz ni expresión”.<sup>1</sup> Carey McWilliams y otros, quienes sitúan la emergencia étnica y política de este grupo en el periodo posterior a 1940, creen que los disturbios —*zoot suit riots*— y los juicios de la Sleepy Lagoon que sucedieron en Los Ángeles durante los primeros años de la guerra, así como la experiencia y el entrenamiento que recibieron los mexicoamericanos en las fuerzas armadas, fueron los elementos que los despertaron de su largo letargo. Más recientemente, el historiador Manuel P. Servín se ha referido a ellos de 1925 a 1965 como una “minoría sin logros”. Él cree que los mexicoamericanos cobraron conciencia política después de 1965, cuando César Chávez y otros empezaron a cuestionar su estatus de ciudadanos de segunda clase.<sup>2</sup>

Este capítulo revisa los esfuerzos de los mexicoamericanos urbanos en la estructura institucional durante los años formativos de 1900 a 1930 y comenta la interacción de la primera generación de mexicanos con la sociedad anglosajona. Lo que resulta evidente es el profundo abismo que separó a la mayoría de los estadounidenses de los mexicanos durante las primeras tres décadas de este siglo, pues frecuentemente estos últimos fueron víctimas de hostilidad racial, en particular durante los años de la guerra, cuando los nativistas de la comunidad anglosajona intentaron (como ya hemos dicho) suprimir las libertades civiles de los residentes mexicanos; no obstante, el barrio

<sup>1</sup> Carey McWilliams, *North from Mexico: The Spanish-Speaking People of the United States* (Filadelfia: J.B. Lippincott, 1949), 302.

<sup>2</sup> Manuel P. Servín, “The Post-World War II Mexican American, 1925-65: A Nonachieving Minority”, en Manuel P. Servín, ed., *An Awakened Minority: The Mexican Americans*, 2ª ed. (Beverly Hills: Glencoe Press, 1974), 160-174.

logró una gran madurez social y política durante esa época. La creencia de que permaneció pasivo ante el cambio y la confrontación es errónea.

Inmediatamente después de la primera guerra mundial, con el flujo de nuevos migrantes y la mejoría de las condiciones económicas, el lado este de Los Ángeles se convirtió en una comunidad estable y cohesionada. Sus residentes llegaron a disfrutar de una variedad de actividades sociales y a participar en la vida de las instituciones comunitarias. Las organizaciones mexicanas no tuvieron el impacto político y social de las de irlandeses, polacos y judíos. Sin embargo, las organizaciones políticas y religiosas, las asociaciones de voluntarios, los clubes sociales y en menor proporción el consulado mexicano lograron aceptación y desempeñaron un papel activo en la vida institucional del barrio.

## I

Para entender las vibrantes fuerzas internas y externas que contribuyeron a la evolución cultural, política y social del barrio, es necesario examinar la interacción de la comunidad con los reformadores progresistas y con los trabajadores religiosos, además de los esfuerzos por desarrollar asociaciones de voluntarios. Al paso de los años, entre 1910 y 1930, los reformadores progresistas dieron la pauta que marcó el nivel de interacción institucional del lado este. Aunque creían que su impacto era mínimo, se dio una mayor interacción cultural de la sociedad con el barrio en el periodo de 1915 a 1930 que en cualquier otro momento de la primera mitad del siglo xx. Las relaciones desarrolladas entonces por los reformadores progresistas y los residentes mexicanos recién llegados tienen implicaciones muy relevantes. Los progresistas, que se interesaron por la reforma municipal y enfrentaron el reto del auge del socialismo, del trabajo organizado, de la inmigración no nórdica, consideraron los barrios de Los Ángeles como un lugar experimental importante para poner en práctica sus ideas.

Los progresistas del sur de California, tanto a nivel estatal como nacional, se desempeñaron desde una posición privilegiada de influencia y poder. La elevada participación en las elecciones de los condados

del sur de California produjo el margen de votos que posibilitó la victoria del gobernador Hiram Johnson en 1910 y contribuyó a inclinar el estado en favor del presidente Woodrow Wilson en 1912. Inicialmente unidos por el deseo de contener el peso político de la compañía Southern Pacific Railroad, los progresistas fueron extendiendo su influencia y su trabajo hacia otros campos políticos y sociales.<sup>3</sup> A menudo, como resultado de sus intentos por legislar sobre cuestiones morales, sus programas chocaron con los intereses de los mexicanoamericanos, precisamente a quienes pretendían reformar. Los mexicanos, por ejemplo, nunca apoyaron a los que deseaban cerrar las escuelas parroquiales o iniciar la persecución de quienes violaron la prohibición de alcohol. El constante apoyo a las leyes de restricción a la inmigración por parte de los progresistas —leyes especialmente destinadas a los inmigrantes de los países nórdicos— les llevó a ganar pocos simpatizantes en el barrio. En sus esfuerzos por erradicar la prostitución, los progresistas impulsaron en 1913 la Ley de Cancelación de las Zonas Rojas (Red Light Abatement Act).<sup>4</sup> El resultado fue la reubicación de las “casas de mala reputación” que estaban en las propias comunidades o negocios de los progresistas hacia áreas del gueto negro y del barrio mexicano de Los Ángeles. Esta acción, que sirvió para limitar la prostitución mediante la designación de zonas específicas legisladas, fue vista por los residentes del barrio como ofensiva e insensible a sus necesidades. Los progresistas también expresaron su manifiesta parcialidad en contra del trabajo organizado. El editor del *Times*, el general Harrison Gray Otis, apoyado por los más importantes empleadores y administradores de la ciudad, libró una batalla de treinta años para que Los Ángeles siguiera siendo contrario a la

<sup>3</sup> El movimiento progresista en California es el punto central del excelente estudio de George E. Mowry, *The California Progressives* (Berkeley: University of California Press, 1951). El líder de los progresistas de California, el gobernador Hiram Johnson, es el objeto de estudio de Spencer C. Olin Jr., *California's Prodigal Sons* (Berkeley: University of California Press, 1968). Para una visión general del movimiento progresista, véase, por ejemplo, Richard M. Abrams, *The Burdens of Progress, 1900-1929* (Glenview, Ill.: Scott, Foresman, 1978); Robert M. Crunden, *From Self to Society, 1919-1941* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1972); Richard Hofstadter, *The Age of Reform* (Nueva York: Vintage Books, 1955); Henry May, *The End of American Innocence* (Chicago: Quadrangle, 1964), y Lewis L. Gould, *Reform and Regulation: American Politics, 1900-1916* (Nueva York: John Wiley, 1978).

<sup>4</sup> Mowry, *The California Progressives*, 153.

organización sindical. En lugar de ponerse del lado de los trabajadores en su lucha por obtener derechos colectivos, los reformadores se aliaron con Otis y los más prominentes industriales. Al mismo tiempo, los reformadores contribuyeron a mantener Los Ángeles como un mercado abierto con las fuerzas que atraieron trabajadores mexicanos no calificados, quienes llegaron sin contar con la preparación necesaria para librar las batallas que exigían las luchas laborales organizadas en la ciudad; además, no les era permitido adherirse a los pocos sindicatos existentes.

De cualquier manera, muchos californianos, en particular ciertos legisladores identificados con el movimiento progresista reformista, se mostraron sensibles a los problemas de los nuevos migrantes. En 1913, el gobernador progresista Hiram Johnson creó la Comisión Estatal de California sobre Inmigración y Vivienda (California State Commission on Immigration and Housing, CIH). Cuando el gobernador expidió el decreto de esta ley, el estado se dedicaba a realizar una campaña para atraer nuevos residentes al interior de sus fronteras. La ley obligaba a la comisión a proveer a los inmigrantes toda la información relativa a la excelente atmósfera económica del estado. Los legisladores progresistas deseaban que la comisión prestara especial atención a problemas asociados con la distribución y la asimilación de los inmigrantes. En sus primeros cinco años de operación, la oficina envió a su personal a los campos de inmigrantes y enclaves étnicos en las zonas urbanas para investigar sus condiciones sanitarias y de vivienda. Los profesores de la CIH enseñaron inglés a los inmigrantes, les impartieron clases sobre derechos y obligaciones como ciudadanos y les recomendaron formas de elevar sus estándares de vida.<sup>5</sup>

Encabezados por Simon Lubin, un progresista del norte de California, la comisión recabó información sobre las necesidades y ofertas de trabajo en el campo, la industria y en sectores que realizan obra pública. También hizo numerosas recomendaciones sobre la inadecuada utilización del trabajo de los inmigrantes. Durante la recesión de 1913 a 1914, la CIH presentó una campaña estatal destinada a desarrollar proyectos de obra pública con el propósito de mitigar la

<sup>5</sup> California, Commission of Immigration and Housing (CIH), *Annual Report, January 1919* (Sacramento: CIH, 1919), 77-78.

tremenda crisis de desempleo. Irónicamente, Los Ángeles, la ciudad con mayor población de inmigrantes en el estado, fue la única que rechazó los planes de obra pública como medio para crear empleos.<sup>6</sup> Los funcionarios del gobierno de Los Ángeles temían que los proyectos de obra pública animaran la movilización de los trabajadores desempleados hacia la ciudad. Mientras la CIH disfrutaba de amplios poderes de investigación, incluyendo la facultad de celebrar audiencias y proponer la declaración judicial forzosa de testigos, no tenía el poder de obligar a la ciudad de Los Ángeles a aceptar su programa. Como resultado, los desempleados en el sur de California partieron hacia otros sitios del estado en busca de trabajo. Sin embargo, la oficina demostró ser eficiente para, en conjunción con los funcionarios de todo el estado, crear trabajos patrocinados públicamente.<sup>7</sup>

Antes de la primera guerra mundial, los progresistas se concentraron en las condiciones de vida y de vivienda de la comunidad inmigrante. Algunos investigadores que trabajaban en la CIH criticaban generalmente a los empleadores y a los terratenientes por abusar de los inmigrantes. “La mala vivienda y las malas condiciones industriales, los bajos salarios y el desempleo parecen ir de la mano”, concluía un informe en 1916.<sup>8</sup> A pesar de la devoción de la CIH por la clase trabajadora, el “líder” de los inmigrantes tenía mucho que aprender sobre los atributos y diferencias de los distintos grupos étnicos. En un litigio, la CIH sugirió la necesidad de estudiar las “idiosincrasias” de dos grupos en particular: “los italianos, con su amor a la industria y a la frugalidad, cuya adaptabilidad los hace rápidamente asimilables, y los mexicanos, cuya falta de iniciativa y temperamento itinerante aumentan sus dificultades para adaptarse”.<sup>9</sup>

Los reformistas progresistas involucrados con la CIH dedicaron considerables esfuerzos en los primeros años a mejorar los campos de

<sup>6</sup> Véase California, CIH, *First Annual Report*, 2 de enero de 1915; *Advisory Pamphlet on Camp Sanitation and Housing* (Sacramento: CIH, 1915); *Report on Relief of Destitute Unemployed, 1914-1915, to His Excellency* (Sacramento: CIH, 1915).

<sup>7</sup> California, CIH, *Report on Relief of Destitute Unemployed, 1914-1915* (Sacramento: CIH, 1915), 10-11; E. Guy Talbott de la Federación de Iglesias de Sacramento estimó que Los Ángeles tenía por lo menos 25 000 trabajadores desempleados. Véase Talbott, “The Armies of the Unemployed in California”, *Survey* 32, 22 de agosto de 1914, 523.

<sup>8</sup> California, CIH, *Second Annual Report* (Sacramento: CIH, 1916), 238.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 239.

inmigrantes y la distribución de sus empleos en las actividades industriales y agrícolas; sin embargo, durante el periodo de la guerra, concentraron su energía y su atención en el asunto de la naturalización de los extranjeros. De manera informal, la CIH se convirtió en la punta de lanza del movimiento llamado de americanización en 1916, puesto que mientras trabajaba con las escuelas de Los Ángeles instrumentaba los programas de nacionalización. En un panfleto editado en 1916 e intitolado *Americanization*, la CIH definió sus objetivos asimilacionistas. Invitaba a la comunidad a participar y prometía otorgar materiales y ayuda a las escuelas a fin de lograr sus metas de “buena vivienda, condiciones decentes de trabajo, educación, consejo amistoso siempre que se requiera, ayuda verdadera cuando se presenten problemas”.<sup>10</sup> Un autor contemporáneo reconoció a Los Ángeles como “la primera ciudad donde la educación escolar proporcionada con criterios tendientes a la asimilación resultaba en un certificado que permitía al inmigrante obtener sus papeles de nacionalización”.<sup>11</sup>

En la comunidad, como parte del experimento de la americanización estadounidense, que incluía la enseñanza en el hogar, clases impartidas por madres para mujeres extranjeras, servicios especiales de bibliotecas para los inmigrantes, visitas de voluntarios casa por casa, campañas publicitarias a través de carteles, canto comunitario, escritura de ensayos patrióticos, producción de obras de teatro que escenificaban el “espíritu democrático y cosmopolita de Estados Unidos” y el desarrollo de escuelas vespertinas de inglés y civismo para inmigrantes adultos. La comisión también conminó a los líderes eclesiásticos a ayudarla a determinar la mejor manera de incorporar a grupos religiosos en el trabajo patriótico para inmigrantes.<sup>12</sup>

Tras declarar, en 1915, que el problema de la educación de los inmigrantes “es claramente un problema de adultos”, los educadores progresistas de la CIH comenzaron a enviar un número limitado de profesores “familiares” (*home teachers*) a las comunidades con resi-

<sup>10</sup> John Steven McGroarty, *History of Los Angeles County*, vol. 3 (Chicago: American Historical Society, 1923), 289.

<sup>11</sup> Citado en California, CIH, *The Home Teacher: The Act with a Working Plan* (Sacramento: CIH, 1916), 4-5; véase también Philip Davis, *Immigration and Americanization* (Boston: Ginn, 1920), 462.

<sup>12</sup> California, CIH, *The Home Teacher...*, 4-5.

dentes nacidos en el extranjero. En Los Ángeles, algunos de estos profesores prestaban sus servicios bajo la supervisión de la junta educativa y otros con las Hijas de la Revolución Estadunidense (Daughters of the American Revolution). Un observador local comentó que el profesor familiar “es realmente un visitante amable que va a la casa, se entera de los problemas del padre, de la madre y de los hijos y a menudo ayuda a la familia en la complejidad de la vida en una nueva y extraña ciudad”.<sup>13</sup> Recelosas de las profesoras que acudían a las casas, las mexicanas preferían ir a las sesiones organizadas en la escuela vespertina. Como resultado, el profesor “familiar” consideró necesario organizar visitas a cada uno de los hogares mexicanos con el propósito de reclutar estudiantes para las clases de inglés y de manualidades industriales.

Los progresistas del campo educativo creían que los problemas asociados con la educación de los inmigrantes suponían mucho más que enseñarles inglés o civismo. Por ello, la CIH entregó a cada profesor “familiar” un manual de políticas que describía sus obligaciones básicas, entre las cuales estaba informar los casos de enfermedad a las oficinas de auxilio y la visita a las oficinas de empleo y plantas industriales para averiguar si requerían trabajadores. Otra de sus tareas era enseñar a los inmigrantes a coser, cocinar, remendar y reparar el calzado. Los educadores de la CIH recomendaban también que los profesores sobrecargados de trabajo y mal pagados dedicaran algún tiempo a recolectar ropa usada y muebles desechados con el propósito de venderlos a “precios razonables” a la población del distrito, a cambio de dinero o de trabajo. La tarea de los inmigrantes en este arreglo comprendía limpiar las instalaciones y lavar y remendar la ropa que sería vendida.<sup>14</sup>

Durante los años de la guerra, los progresistas se percataron de que los problemas de la comunidad de extranjeros en Los Ángeles eran demasiado grandes para que los resolviera una sola entidad. Entonces, canalizaron a los inmigrantes a las distintas oficinas que trabajaban en este campo y alentaron a otras organizaciones a ofrecer

<sup>13</sup> McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 3, 287.

<sup>14</sup> California, CIH, *Report on an Experiment Made in Los Angeles in the Summer of 1917 for the Americanization of Foreign-Born Women* (Sacramento: CIH, 1917), 21-22.

mayor atención al inmigrante. En 1916, la CIH encomendó a una escuela de Los Ángeles que satisficiera muchas de las necesidades básicas de los inmigrantes. Ésta, la escuela de la calle Macy, entregó ropa para niños y para adultos, proyectó películas y ofreció otras actividades recreativas en sus horas libres. Ocasionalmente, repartió camas, estufas y otros muebles a familias pobres de inmigrantes. De cualquier manera, los problemas en el distrito seguían siendo enormes. Una encuesta realizada por la CIH en 1916 mostró que de 256 hombres, un poco más de 50 por ciento estaba desempleado. Más aún, la mayoría de quienes tenían empleo ocupaban puestos mal pagados.<sup>15</sup>

Los reformadores de Los Ángeles aprendieron mucho sobre las condiciones económicas y sociales de los inmigrantes gracias a la Oficina de Quejas de la CIH (CIH's Bureau of Complaints), cuya función consistía en recibir y revisar querellas, dirigir a quienes las hacían a una oficina de asistencia y recomendar acciones legales tendientes a proteger y ayudar a la población inmigrante del estado. Desde que entró en operaciones la oficina, los mexicanos integraron un abultado expediente de querellantes. En general visitaban las oficinas de la CIH para discutir una gran variedad de asuntos relacionados con cuestiones laborales y domésticas. En 1923, año cuando los mexicanos encabezaron a los grupos de demandantes, 843 de 2 125 casos se referían a salarios o problemas contractuales.<sup>16</sup> Hacia 1924, los mexicanos habían entablado un poco más de 50 por ciento de las demandas relacionadas con alojamiento (1 204 de 2 262 casos). La CIH se vio constreñida a señalar, en uno de sus informes anuales, que “parece ser que la Oficina de Quejas está operando para beneficio de los mexicanos”, lo que no era el caso.<sup>17</sup>

En el verano de 1917, los reformadores urbanos echaron a andar en Los Ángeles un programa piloto de asimilación cuyo propósito era promover la naturalización de los residentes del barrio. La CIH seleccionó un pequeño campamento ferrocarrilero en el lado este que albergaba a cerca de cuarenta familias. La profesora “familiar” enviada al sitio informó ese año a la comisión que “en este grupo se ha

<sup>15</sup> California, CIH, *Second Annual Report* (Sacramento: CIH, 1916), 243, 252-253.

<sup>16</sup> California, CIH, *Annual Report* (Sacramento: CIH, 1925), 13.

<sup>17</sup> California, CIH, *Annual Report* (Sacramento: CIH, 1927), 10.



concentrado el rechazo de una prejuiciada comunidad estadounidense”.<sup>18</sup> Para las compañías ferroviarias, los programas de naturalización significaban no sólo combatir las condiciones insalubres sino también los sentimientos sindicalistas y los paros laborales, así como generar una mayor eficiencia en el trabajo a través de la enseñanza del inglés. La compañía se dio cuenta de que los profesores “familiares” tenían resultados “productivos y concretos”, por lo que solicitó formalmente que se enviaran a todos los campamentos a lo largo de las vías del ferrocarril. A cambio, la compañía ofreció amueblar un vagón de ferrocarril como casa modelo para que impartieran clases de labores del hogar y proporcionar transporte gratuito a los profesores. Según el superintendente, “la compañía hizo esta oferta, no por amor a sus empleados mexicanos, sino porque el trabajo del verano había demostrado que hacerlo les resultaba provechoso económicamente”. Como resultado del programa, la compañía informó que la fuerza laboral se había vuelto más confiable. De acuerdo con el superintendente, las condiciones en los campos mejoraron y “la satisfacción de los trabajadores quedaba de manifiesto en un mejor cuidado de las vías”.<sup>19</sup>

El gobernador William D. Stephens, ex presidente de la Cámara de Comercio de Los Ángeles, a diferencia de su predecesor, Hiram Johnson, jugó un papel menos entusiasta en el movimiento de la reforma progresista. Stephens se convirtió en gobernador en marzo de 1917. Entre sus primeras acciones, luego del ingreso de Estados Unidos a la primera guerra mundial, ordenó que la CIH funcionara como Comité de Naturalización en todo el estado. Al reconocer el “buen comienzo” de la CIH para nacionalizar a los inmigrantes, Stephens señaló que muchos de los extranjeros estaban “mejor pero imperfectamente familiarizados con nuestro idioma, con nuestras instituciones, con nuestros principios de gobierno o con nuestras razones para estar en guerra”. Temía que algunos pudieran “tener la mente permanentemente envenenada en contra de nuestro gobierno por semillas de discordia y traición” y conminaba al pueblo a permanecer vigilante frente a esta posibilidad. Stephens también alabó a la Legión Americana (American Legion) por su trabajo “dirigido a excluir de

<sup>18</sup> California, CIH, *The Home Teacher*..., 12.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 13

Estados Unidos a todos los indeseables e inasimilables” (probablemente una referencia a los grupos asiáticos).<sup>20</sup> Como gobernador, rápidamente encabezó el movimiento de naturalización en el estado, parecía cómodo detentando tal responsabilidad, pues declaraba enfáticamente, discurso tras discurso, cosas similares a ésta: “Estados Unidos no puede resistir ser mitad estadounidense y mitad quién sabe qué”, “Tenemos que ser estadounidenses en primer lugar y todo el tiempo”. Su vehemente oposición a la inmigración de asiáticos, así como su desconfianza generalizada hacia los nacidos en otro país, envenenaron el buen trabajo que hacían muchos progresistas en su administración.<sup>21</sup> Como otros que antes habían sido progresistas, fue arrastrado junto con la ola emocional del americanismo estadounidense. La tolerancia y la sensibilidad que los progresistas habían mostrado hacia los inmigrantes a través de programas como los de la CIH se vieron mermados durante los años de la guerra, cuando también se encontraron atrapados por las corrientes de la histeria xenofóbica, como la “amenaza morena” descrita en el capítulo 4.

La energía y el liderazgo aportados por los reformadores cívico-progresistas en el barrio de East Los Angeles tuvieron poco efecto en la estructura política y social de la comunidad. Los progresistas, algunos de quienes trabajaban o estaban relacionados con oficinas como la CIH, eran pocos en número para alcanzar los amplios objetivos del movimiento. La CIH, que disponía de escaso financiamiento estatal, padeció también cuando los legisladores la vincularon con el movimiento de naturalización. Un factor determinante para esto fue que, salvo en lo respectivo a enseñar inglés a los extranjeros, parecía haber pocos acuerdos sobre los objetivos y metas del movimiento de americanización o los medios para alcanzarlos.<sup>22</sup> Las metas de los progresistas para asimilar a la primera generación de inmigrantes demostraron ser demasiado ambiciosas. Cuando los progresistas se alinearon

<sup>20</sup> William D. Stephens, *California in the War: War Addresses, Proclamations and Patriotic Messages of Governor William D. Stephens* (California Historical Survey Commission, War History Dept., n.d.), 31, 51.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 31, 34, 51.

<sup>22</sup> Carol Aronovici del CIH afirmó con razón en 1921 que “el movimiento de americanización no podía sobrevivir en tiempos normales. Era un movimiento negativo...”. Véase Aronovici, “Americanization”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 93 (enero de 1921): 134.

con las fuerzas restriccionistas en el Congreso, a principios de los veinte, muchos de los progresistas y de los programas que habían echado a andar perdieron credibilidad en el barrio. En efecto, cuando la CIH llamó a dar fin a la inmigración irrestricta de México en la década de los veinte, a partir de la suposición de que los inmigrantes “estaban causando un inmenso problema social en nuestras asociaciones de beneficencia, escuelas y departamentos de salud”, se hizo evidente que la CIH había dejado de ser el “líder de los inmigrantes”.<sup>23</sup>

## II

Una de las primeras aventuras de cooperación entre los pioneros colonos estadounidenses y los vencidos del sur de California luego de la guerra entre México y Estados Unidos fue la creación de escuelas públicas. La primera ordenanza escolar de 1851 establecía “que aquí se enseñarían todos los rudimentos de las lenguas inglesa y española”.<sup>24</sup> El alcalde de Los Ángeles, Antonio Coronel, quien presidía la Junta Escolar de Los Ángeles y fungía como superintendente de las escuelas del condado entre 1850 y 1855, designó a Manuel Requena para ocupar uno de los tres cargos de la junta de gobierno en 1854. Quince años después, el rancharo Vicente Lugo vació su casa en el pueblo y la ofreció a la diócesis católica, la que, a cambio, estableció una escuela para jóvenes en el edificio: el Saint Vincent College.<sup>25</sup> Al paso de los años, muchas de las familias mexicanas acomodadas mandaron a sus hijos al Saint Vincent. En efecto, no fue sino hasta 1872 que Los Ángeles abrió su primera escuela secundaria. A pesar de que Los Ángeles era “mitad mexicana” en 1875, de los seis bachilleres que concluyeron la escuela secundaria ese año, ninguno era de ascendencia mexicana.<sup>26</sup>

A partir de la creación de un programa de jardín de niños en 1889, Los Ángeles asumió el liderazgo en California para reformar las es-

<sup>23</sup> California, CIH, *Annual Report* (Sacramento: CIH, 1927), 8.

<sup>24</sup> McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1, 283.

<sup>25</sup> William W. Robinson, *Los Angeles: From the Days of the Pueblo* (San Francisco: California Historical Society, 1959).

<sup>26</sup> McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1, 283.

cuelas de acuerdo con ideales educativos progresistas. En 1887, comenzaron a impartirse clases por la noche y por la tarde, incluyendo un programa de educación primaria para adultos. Diez años más tarde, Los Ángeles incorporó la instrucción de oficios y el estudio de las ciencias domésticas, todos los cuales fueron muy populares entre los educadores progresistas en la época, y también comenzaron a experimentar con clases “sin grado escolar” en 1900. Hacia 1905, Los Ángeles era pionero en la educación para niños ciegos y sordos. Influido por el éxito de programas en ciudades del este, logrado gracias a los esfuerzos de los trabajadores sociales colonos, el distrito escolar ofrecía el servicio de guarderías infantiles diurnas para madres trabajadoras, así como oportunidades de enseñanza en la casa para madres que no trabajaban. De manera similar, Los Ángeles patrocinó clubes de madres y organizaciones de padres de familia y profesores, dos proyectos que habían sido largamente promovidos por los educadores progresistas.<sup>27</sup>

La nueva generación de inmigrantes mexicanos que se conglomeró en Los Ángeles durante el agitado periodo de 1900 a 1930 llegó a un sistema escolar que atravesaba por una completa transformación. Fue en esa época cuando los educadores progresistas, especialmente quienes siguieron a John Dewey, empezaron a cuestionar los métodos tradicionales de la educación de masas, particularmente en el caso de los grupos de inmigrantes. Los educadores progresistas imaginaron las escuelas como instituciones donde los individuos podían prepararse a sí mismos para el mundo real. Dewey, quien tenía gran confianza en el método científico, sostenía que las escuelas primarias debían reflejar la vida de la sociedad. En una sociedad industrial moderna, tal preparación incluía instrucción de oficios y lecciones de civismo y ética. Tal cambio se hizo evidente cuando las escuelas de Los Ángeles extendieron sus clases de entrenamiento manual a las escuelas primarias en 1910; acción que era congruente con el planteamiento de Dewey en el sentido de que, “allí donde anteriormente el niño participaba en las actividades industriales del hogar, ahora participará en las actividades industriales de la escuela, con artesanos, enfermeras, jardineros, supervisores del comedor y contadores que toman el lugar del padre, de la madre o de los hermanos en la antigua casa

<sup>27</sup> *Ibid.*, 283-286.

del trabajador de campo”.<sup>28</sup> Con el paso de los años, la instrucción de oficios se convirtió en el principal programa de estudios en las comunidades de la clase trabajadora de residentes hispanohablantes y negros de la ciudad.

La educación obligatoria proporcionó a los progresistas los temas y una oportunidad crucial para instituir una reforma. De acuerdo con Lawrence A. Cremin, la mera existencia de la educación obligatoria “condicionó de manera inexorable cualquier intento de innovación educativa durante las décadas que precedieron a la primera guerra mundial”.<sup>29</sup> Este hecho se ilustra de manera incomparable con los esfuerzos de California por educar a los inmigrantes que no hablaban inglés. Armados con información derivada de pruebas de inteligencia, generalmente administradas en inglés, los profesores buscaban a los estudiantes “iletrados” y dóciles. “Nuestra tarea”, decía el decano Ellwood P. Cubberley de la Escuela de Educación, de la Universidad de Stanford, “es asimilar y amalgamar a esta gente como parte de la raza estadounidense e implantar en sus hijos, tanto como sea posible, la concepción anglosajona de justicia, ley y orden [...] y despertar en ellos una actitud reverente hacia nuestras instituciones democráticas”.<sup>30</sup> Las opiniones de muchos de estos educadores progresistas revelan una fuerte tendencia en contra de los nacidos en el extranjero. Un ejemplo de esta propensión a estereotipar al niño inmigrante queda de manifiesto en la afirmación de la educadora estatal Helen Heffernan: “Nuestra población mexicana tiene parsimonia; un disfrute alegre y ligero del presente; espiritualidad y devoción serena; un amor apasionado por el color, la música y el baile”.<sup>31</sup> A juicio de Heffernan, la escuela tenía la responsabilidad de enseñar nociones de higiene “a estos pequeños niños extranjeros, muchos de los cuales no han tenido la oportunidad de contar con agua caliente, jabón o peine en casa, aunado al hecho de que a nadie importa si están limpios o sucios”.<sup>32</sup>

<sup>28</sup> Lawrence A. Cremin, *The Transformation of the School: Progressivism in American Education, 1876-1957* (Nueva York: Vintage Books, 1964), 156.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 128.

<sup>30</sup> Ellwood Cubberley, *Changing Conceptions of Education* (Nueva York: Houghton Mifflin, 1909), 15-16.

<sup>31</sup> California, *Department of Education Bulletin*, no. 8 (1932): v.

<sup>32</sup> *Ibid.*, 23.

El clamor por una amplia reforma educativa durante la era progresista provenía no solamente de los negocios o de los sindicatos que pedían que las escuelas asumieran mayor responsabilidad en cuanto a la instrucción de oficios, sino también de los trabajadores sociales colonos y de los reformadores municipales, quienes demandaban vigorosamente la instrucción en materia de higiene, ciencias domésticas, artes manuales y cuidado de los niños. Luego, por supuesto, estaban los patriotas de todas las ideologías que insistían en incorporar la americanización al currículo escolar. Cuando Estados Unidos entró a la guerra en Europa, el doctor Albert Shields, superintendente de las escuelas de Los Ángeles, creó el departamento de instrucción manual con el propósito de “adiestrar a jóvenes y a mujeres para que fueran capaces de contribuir con trabajo real” en las industrias de defensa.<sup>33</sup>

La colonia mexicana mantuvo una relación ambivalente con las escuelas públicas. Si bien inscribieron a sus hijos en las escuelas y consideraron esa oportunidad de aprendizaje como superior a la que habían conocido en su país, al mismo tiempo, continuaban teniendo los problemas de las políticas de segregación y las degradantes experiencias a que eran sometidos sus niños.<sup>34</sup> Durante el periodo de 1915 a 1930, el asunto de los números se volvió relevante en el debate público, puesto que se incrementó a más del doble la inscripción de niños mexicanos en las escuelas de Los Ángeles. La Cámara de Comercio de Los Ángeles estimó una inscripción de 15 499 estudiantes mexicanos en 1920, en tanto que el Censo de Estados Unidos de ese año contabilizó 21 598. Hacia 1930, de acuerdo con el censo, los estudiantes mexicanos en Los Ángeles sumaban 55 005 o aproximadamente 14.2 por ciento del total de la población escolar.<sup>35</sup> La superintendente de escuelas Susan B. Dorsey se refirió al asunto del incremento de las inscripciones de mexicanos cuando se quejó en una reunión de directores:

<sup>33</sup> McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1: 290.

<sup>34</sup> Emory S. Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, *American Journal of Sociology* 36 (julio de 1930): 79.

<sup>35</sup> Los Angeles Chamber of Commerce, “Foreign Born Population in Los Angeles”, George P. Clements Papers, Box 80, Los Angeles Department of Special Collections, UCLA; U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census of the United States Taken in the Year 1920*, vol. 3: *Population*, 123-124; vol. 2: *Population*, 53, 561; *Fifteenth Census of the United States 1930*, vol. 2: *Population*, 1302, 1377.

Es desafortunado e injusto para Los Ángeles, que es ahora la tercera ciudad mexicana más grande del mundo, hacerse cargo del cuidado educativo de este numeroso grupo de personas. Compartimos una carga espiritual tan desproporcionada por tener este elevado número de extranjeros en nuestro suelo. Y llevamos esta carga sencillamente porque estamos cerca de la frontera.<sup>36</sup>

Muchos educadores ignoraron completamente a la comunidad mexicana o asumieron que los mexicanos no concedían gran valor a la educación. En "Guide for Teachers of Beginning Non-English Speaking Children", dirigida fundamentalmente a la enseñanza de mexicanos, Helen Heffernan concluía que los grupos de extranjeros generalmente carecen de iniciativa, por lo que los profesores deben "realizar un esfuerzo consciente para desarrollarla desde el inicio de la vida escolar". Joseph M. Santos, investigador mexicoamericano, quien optaba por un grado en Sociología a fines de los veinte en California, observó una oposición entre "muchos estadounidenses" a educar a los mexicanos, "porque la educación provoca que los mexicanos se sientan insatisfechos con sus lotes de tierra y vean el trabajo en las granjas como menor". Santos encontró también una fuerte creencia de que los mexicanos carecían de intelecto, instinto o energía para adquirir las cosas que resultan esenciales para el estándar de vida estadounidense. "Por ello, la educación no puede sino procurarles infelicidad". No obstante, David A. Bridge, educador progresista que examinó los esfuerzos de americanización de las escuelas de Los Ángeles durante la década de los veinte, encontró un fuerte interés entre los mexicoamericanos en estudiar. Él realizó una encuesta casa por casa en la sección noreste de la colonia mexicana y descubrió que 94.4 por ciento de niños mexicanos en edad de cursar la educación básica se había inscrito a clases. En efecto, los niños italianos del distrito registraron una tasa de asistencia más baja, del orden de 89.7 por ciento.<sup>37</sup>

<sup>36</sup> Citado en Gilbert González, "The System of Public Education and its Function within the Chicano Community, 1920-1930" (tesis doctoral, UCLA, 1974), 134.

<sup>37</sup> Prólogo de Helen Heffernan [jefa de la División de Educación Elemental y de Escuelas Rurales en California], "Guide for Teachers of Beginning Non-English Speaking Children", *Department of Education Bulletin*, no. 8 (1932): I; Joseph M. Santos, "Poverty and Problems of the Mexican Immigrant" (tesis de maestría, University of the Pacific, 1931), 121; David A.

El distrito escolar de Los Ángeles mantuvo escuelas separadas para los mexicanos debido a que partían de la premisa de que éstos tenían necesidades especiales, idea que los educadores progresistas no cuestionaron. Muy a menudo, las razones para establecer escuelas segregadas para mexicanos se basaban en la convicción de que este grupo étnico mostraba “características mentales diferentes” de las de los angloamericanos. De acuerdo con una afirmación estereotípica, los niños mexicanos “muestran mayor sentido del ritmo que los angloamericanos” y, a diferencia de los niños estadounidenses, “están interesados principalmente en la acción y en la emoción, no obstante, tienen deficiencias si se trata de realizar un esfuerzo puramente mental”. Se dice que, en una escuela mixta, los mexicanos están en “desventaja por la falta de entrenamiento en casa, por su timidez y por su naturaleza emocional, todo lo cual interfiere su progreso en el curso convencional de los estudios.”<sup>38</sup> Sin embargo, Santos encontró que las razones para la segregación estaban relacionadas con el miedo de que los mexicanos llevaran enfermedades a las escuelas, así como con una conciencia de las diferencias raciales con los angloamericanos, además del deseo de las familias mexicanas de “proteger a los niños mexicanos de los prejuicios sociales de los estadounidenses”. Encontró que el método más común de segregar a los niños mexicanos “se lograba al definir los límites de la escuela alrededor de una colonia mexicana y proporcionarles educación en ella”.<sup>39</sup>

Los educadores progresistas parecen no haber prestado atención a las obvias contradicciones que conllevaba establecer escuelas segregadas con el propósito de asimilar a los niños mexicanos. La segregación era un hecho en la vida en Los Ángeles durante este periodo. De hecho, la marginación de los niños mexicoamericanos, escribe Meyer Weinberg, se “extendió” por toda California, no solamente en Los Ángeles. En ocho de los condados más grandes, había 64 escuelas con una inscripción de 90 a 100 por ciento de niños

---

Bridge, “A Study of the Agencies Which Promote Americanization in the Los Angeles City Recreation Center District” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1920), 19.

<sup>38</sup> Grace C. Stanley, “Special Schools for Mexicans”, *Survey* 44 (1920): 714-715.

<sup>39</sup> Santos, “Poverty and Problems...”, 120.



mexicanos.<sup>40</sup> Las crueldades personales inherentes a la segregación oficial, escribe Weinberg, se percibieron de diversas formas. Los funcionarios escolares requerían que los niños mexicanos, en una parte de Los Ángeles, tuvieran su ceremonia de graduación de manera separada a la de los angloamericanos que asistían a la misma escuela. En un distrito escolar de otro condado, cuando los funcionarios educativos no podían ofrecer edificios exclusivos para los mexicanos, simplemente les asignaban salones de clase separados.<sup>41</sup>

Los educadores progresistas justificaban la segregación con el argumento de que se daba a los niños mejores oportunidades para aprender. Las escuelas de Los Ángeles segregaban a los niños por medio de un “plan de agrupamiento a partir de habilidades en tres partes”. Un autor describió el proceso como un “tratamiento científico”: según este sistema cada niño que no lograra acoplarse al esquema de trabajo de la escuela sería retirado del nivel regular y colocado en un grado especial, en un salón conocido en ocasiones como el de “oportunidad”, para que ahí el niño atrasado, el niño tímido o el niño que se desarrolla de acuerdo con una línea y no con otra, pueda ser reencauzado a la normalidad”.<sup>42</sup> El sociólogo Emory Bogardus, quien visitó todos los colegios, observó que “en las escuelas no segregadas, los niños mexicanos se encuentran frecuentemente en desventaja: llegan con poco o nulo conocimiento del inglés y, en consecuencia, su aprovechamiento es pobre hasta que lo aprenden”. Él favorecía las escuelas segregadas porque allí los mexicanos no tenían que padecer las “insidiosas comparaciones con los estudiantes angloamericanos”.<sup>43</sup>

Durante los años de la guerra, en particular en los veinte, las escuelas de Los Ángeles adoptaron el ideal de la americanización como un medio para preparar a los estudiantes mexicanos para la vida adulta. En 1919, los legisladores progresistas de la capital del estado contribuyeron en Sacramento a la aprobación de la sección 1702 del Código de Educación estatal, que ordenaba a los profesores enseñar

<sup>40</sup> Meyer Weinberg, *A Chance to Learn: A History of Race and Education in The United States* (Londres: Cambridge University Press, 1977), 158.

<sup>41</sup> *Ibid.*

<sup>42</sup> McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1: 285.

<sup>43</sup> Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, 80.

“los principios de moralidad, veracidad, justicia y patriotismo”, así como grabar en los estudiantes los males del “ocultamiento, la profanación y la falsedad”, al mismo tiempo que les instruían para la “comprensión de los derechos, obligaciones y dignidad de la ciudadanía estadounidense”.<sup>44</sup> Más tarde, como apoyo para establecer programas de americanización en las comunidades de habla hispana, Pearl Ellis escribió *Americanization through Homemaking*. Publicado en Los Ángeles en 1929, el libro da las razones específicas para promover la americanización entre los mexicanos: “elevar sus estándares de vida, mejorar las condiciones sanitarias y el control de las enfermedades”, y, a cambio, lograr que “adopten nuestras costumbres, nuestros ideales y nuestro país”.<sup>45</sup> Uno de los principales objetivos del libro parecía ser la enseñanza de habilidades a las mexicanas para ayudarles a ganarse la vida. Desde 1916, los profesores “familiares” habían enseñado a las inmigrantes a coser, a tejer y a hacer sombreros. Ellis propuso la continuación de este tipo de enseñanza. Sostenía que “a las niñas mexicanas les gusta coser”. “Como solamente 5 por ciento de las niñas mexicanas que se gradúan del octavo grado ingresa a la secundaria, sus habilidades como costureras se deben desarrollar en las escuelas primarias”. Así, Ellis vio la americanización no sólo como una forma de moldear con esquemas angloamericanos sino también como una capacitación y fuente de habilidades laborales para las industrias locales.<sup>46</sup>

Inherente a las reformas progresistas del currículo educativo fue la idea de que las escuelas debían prestar menos atención a las metas tradicionales y, en su lugar, preparar estudiantes para un moderno mundo industrializado. En efecto, John Dewey creía que la capacitación y la enseñanza de oficios en las comunidades más pobres daba la posibilidad “al niño de escoger el camino de su vida en su propia comunidad al hacerle comprender los elementos de las ocupaciones que satisfacen las necesidades cotidianas de un hombre [...]”.<sup>47</sup> Pocos

<sup>44</sup> California, Department of Education, *School Law of California, 1919* (Sacramento: Department of Education, 1919), 174.

<sup>45</sup> Pearl Ellis, *Americanization through Homemaking* (Los Ángeles: Wetzel Publishing, 1929), 7.

<sup>46</sup> *Ibid.*, 13.

<sup>47</sup> Citado por Gilbert González, *The Relationship between Progressive Educational Theory and Practice and Monopoly Capital*, Occasional Paper no. 1 (Irvine, Universidad de California: 1976), 31.

programas reflejaban mejor esta idea que el de la escuela secundaria vespertina de Maple Avenue localizada en el barrio mexicano. Su única particularidad era que los estudiantes se reunían para sus clases vespertinas en el Los Angeles Labor Temple. Los educadores progresistas vieron esta concesión de las escuelas como un triunfo importante, dado el fuerte sentimiento antisindicalista de la comunidad empresarial de Los Ángeles. La asistencia a las clases regulares vespertinas había disminuido por debajo de las expectativas, de modo que debía probarse algo nuevo. El programa en el Labor Temple ofrecía a la colonia mexicanoamericana una variedad de cursos, incluyendo electricidad, dibujo constructivo, plomería, trabajo con lámina de metal, operación de maquinaria pesada, vulcanización, soldadura, además de clases de arte, americanización y música. El programa de estudios en estas clases vespertinas, según comentó un visitante, era “necesariamente sencillo y flexible, destinado al extranjero que no habla inglés ni entiende las leyes de su país adoptivo”.<sup>48</sup>

La descripción de la escuela de la calle Amelia, que proporciona la especialista de la Oficina de Educación estatal, Emeline Whitcomb, hace evidente que la educación progresista tuvo un profundo impacto en las escuelas del barrio de Los Ángeles. Toda la instrucción, que se realizaba en un espacio segregado, se centraba básicamente en el aprendizaje de los valores y de la tradición estadounidenses. Sin embargo, los profesores también reservaban tiempo suficiente para impartir clases de ciencias domésticas. El extranjero, informó Whitcomb, pasaba la mayor parte de un día normal en un “moderno edificio de dos pisos” separado de los salones regulares.<sup>49</sup> Allí, las niñas preparaban el refrigerio escolar, lavaban y planchaban la ropa de la guardería y aprendían a cuidar a los niños en edad preescolar. El currículo incluía también clases de artes, artesanías y decoración de interiores. Los visitantes, escribió Whitcomb, están favorablemente impresionados con tal “entrenamiento que propicia estadounidenses valiosos”.<sup>50</sup>

Los profesores involucrados en las clases de americanización tuvieron poco éxito en la socialización de tales programas. En este pe-

<sup>48</sup> McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1: 284.

<sup>49</sup> Emeline Whitcomb, “Children of Many Nationalities Receive Practical Instruction”, *School Life* II (marzo de 1926): 138-139.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 139.

riodo, pocos mexicanos residentes de Los Ángeles parecían inclinados a llenar los papeles de ciudadanía. Una profesora del turno vespertino del oeste de Los Ángeles, quien se había ganado la confianza de varios de sus estudiantes mexicanos, recibió varias respuestas cuando preguntó por qué eran tan pocos los mexicanos que solicitaban su ciudadanía. “¿En qué nos beneficiaría?”, cuestionó un estudiante. “Los estadounidenses no nos tratarían mejor si lo hacemos. Dicen que somos negros, nos llaman indios, *greasers*, cholos. Obtener la ciudadanía nada cambiará”.<sup>51</sup> Otro estudiante explicó que la reticencia de los mexicanos a naturalizarse se debía a su fidelidad a su viejo país. “Los mexicanos son muy patriotas”, explicó el estudiante. “Aman su lugar de origen, su tierra, más que ninguna otra cosa. Un mexicano que se convierte en estadounidense es visto como renegado, traidor; y, como los estadounidenses siguen viéndolo para abajo, es como «un hombre sin patria»”. El mismo estudiante se lamentaba de que a los europeos “los tratan más como iguales. Para los estadounidenses, un mexicano es siempre inferior, en algunos lugares no nos permiten la entrada a los teatros, peluquerías y otros lugares públicos. Acaso, ¿un trato de esta naturaleza hace que deseemos ser ciudadanos?”.<sup>52</sup>

La enseñanza del inglés y el problema de la lealtad a la lengua surgió como uno de los principales temas que discutieron los educadores progresistas, quienes tendían a ignorar numerosos factores relacionados con la dificultad de convertir a los niños mexicanos en monolingües de habla inglesa. Los mexicanos razonaban que Los Ángeles, como otras zonas de la frontera suroccidental, no era sino una extensión geográfica de la patria. Por eso, era natural que los hispanohablantes tuvieran una tarea más fácil que los inmigrantes europeos cuando se trataba del asunto de mantener el idioma de nacimiento. Sin duda alguna, la sobrevivencia en esta zona de miles de lugares y calles con nombre en español y la persistencia de la cultura mexicana impulsaba más a los mexicanos. El clero mexicano reconocía también que la preservación de ciertos patrones culturales tradicionales sólo sería posible si se les enseñaba la lengua materna en

<sup>51</sup> Blanche A. Sommerville, “Naturalization from the Mexican Viewpoint”, *Community Exchange Bulletin* 4 (mayo de 1928): 11.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 11-12.

casa.<sup>53</sup> Además, ciertas experiencias y realidades históricas pesaban en los inmigrantes y generaban sentimientos negativos hacia el aprendizaje del inglés. Entre éstos, destacaba la creencia de que aprender la lengua del país que los recibía implicaba una “directa e inmediata sumisión a una cultura y un marco de referencia extranjeros”. Hablar inglés era visto por muchos en la colonia como equivalente a aceptar las tradiciones de la sociedad estadounidense. Los padres mexicanos esperaban idealmente que sus niños pudieran crecer bilingües y aprendieran a apreciar tanto la cultura mexicana como la estadounidense.<sup>54</sup>

### III

La creciente respuesta a la causa de la justicia social fue evidente en el desarrollo de la educación progresista y en el surgimiento de organizaciones reformistas públicas y sociales, como se comentó más arriba, así como en la ascensión del movimiento evangélico. Un vocero nacional de este movimiento escribió que el principal propósito de la Iglesia Cristiana había pasado de ser la salvación de los individuos a cuestionar

un anticuado e inmoral sistema económico [...] a promover la justicia y las relaciones fraternales entre los grandes grupos y clases de la sociedad para sentar la base social sobre la cual los hombres modernos de manera individual puedan vivir y trabajar, de tal forma que no se descompongan los mejores elementos con que cuentan.<sup>55</sup>

Asimismo, los ministros del sur de California asociados al movimiento evangélico social pedían un mejor trato para los inmigrantes me-

<sup>53</sup> Joshua A. Fishman, *Language and Loyalty in the United States: The Maintenance and Perpetuation of Non-English Mother Tongues by American Ethnic and Religious Groups* (La Haya: Mouton, 1966), 280-317.

<sup>54</sup> Jane MacNab Christian y Chester C. Christian Jr., “Spanish Language and Culture in the Southwest”, en Fishman, *Language and Loyalty...*, 301.

<sup>55</sup> Richard M. Abrams, “Reform and Uncertainty”, en William E. Leuchtenburg, ed., *The Unfinished Century* (Boston: Little, Brown, 1973), 49; véase también Richard Pells, *Radical Visions and American Dreams* (Nueva York: Harper and Row, 1973), 141-142, 144.

xicanos. Hablaban el idioma del reformador progresista al exponer injusticias como las del empleador en las comunidades rurales cercanas a Los Ángeles que permitían la explotación de los trabajadores mexicanos inmigrantes. Robert McLean, líder religioso de Los Ángeles, dio voz a esa preocupación cuando escribió acerca de uno de los campos de migrantes inspeccionado por la Oficina de Vivienda estatal. Como si fuera un periodista amarillista, señaló que

las condiciones morales escapaban a la descripción: contrabandistas de licor, jugadores y mujeres viciosas merodeaban el campamento cargando el dinero que habían sacado de los bolsillos de los trabajadores una vez que las deudas eran pagadas en la comisaría. Los niños nacían en tiendas donde no había camas ni colchones [...].<sup>56</sup>

Durante 1910 y 1920, el espíritu progresista al interior de la Iglesia Cristiana influenció las actividades religiosas en el barrio. Mientras la gran mayoría de los mexicanos eran católicos, los líderes religiosos de esta denominación, así como las sectas protestantes se sintieron comprometidos por los lazos aparentemente débiles entre la comunidad y las iglesias católicas romanas. A diferencia de los inmigrantes irlandeses y polacos de las ciudades del este, los mexicanos hacían limitados sacrificios económicos para la construcción de sus parroquias locales. Había dos razones principales para explicarlo: primero, muchos anticipaban su regreso a México y no encontraban sentido en crear el Reino de Dios en Los Ángeles; segundo, muchos mexicanos tenían una fuerte ideología anticlerical alimentada por los sucesos en México durante y después de la Revolución. Cuando los mexicanos comenzaron a mudarse al lado este de Los Ángeles, el primer asentamiento se instaló en zonas anteriormente ocupadas por familias italianas y polacas. Allí los mexicanos no deseaban establecer su propia iglesia étnica y, de igual manera, la Iglesia Católica Romana se mostraba reticente a gastar fondos en nuevas edificaciones.

Un serio problema que enfrentaron las iglesias católica y protestante fue la escasez de personal de habla hispana. En una iglesia católica donde se daba el sermón en español, “más de veinte mil per-

<sup>56</sup> Robert N. McLean, *That Mexican! As He Really Is, North and South of the Rio Grande* (Nueva York: Fleming H. Revell, 1928), 145.

sonas” asistían a misa los domingos por la mañana. Linna E. Bresette informó que la iglesia ofrecía ocho misas los domingos, a cada una de las cuales asistían de dos mil quinientas a tres mil personas. En Venice Beach, en West Los Angeles, el misionero hermano Isaías, “profeta” evangélico popular entre la población de habla hispana, atrajo a tres mil personas a un espacio a cielo abierto arreglado para sentar a seiscientos. Bresette, católica laica contratada para examinar el impacto del trabajo religioso entre los mexicanos en Estados Unidos, recomendó que la Iglesia hiciera más uso de los padres y monjas que vivían en las comunidades mexicanas. En Los Ángeles, según dijo, tuvieron éxito las iglesias y las escuelas parroquiales cuyas monjas aceptaban trabajar impartiendo clases regulares de español y trabajando en las enfermerías matutinas.<sup>57</sup>

A pesar de que las autoridades católicas y protestantes en Los Ángeles parecían inspiradas por el movimiento social evangélico, sólo se comprometieron con fondos y programas limitados para el barrio en el periodo de 1900 a 1930. En la porción oeste de Belvedere, la diócesis católica mantuvo solamente una iglesia para una población mexicana estimada en diez mil personas, y muchos miembros de la comunidad que asistían tuvieron que ir a los servicios en otras zonas. Los protestantes en Belvedere tenían un total de seis templos, incluyendo dos de Pentecostés. La única iglesia bautista en el barrio admitió que sus instalaciones no cubrían las necesidades del creciente número de mexicanos que habían adoptado tal religión.<sup>58</sup>

En el sector este de Belvedere (conocido como Maravilla Park), los mexicanos contaban con menos instalaciones religiosas que en la parte oeste de esa comunidad. Aunque un estimado de entre ocho mil y diez mil mexicanos construyó sus casas en Maravilla Park a mediados de los veinte, sólo tres iglesias atendían a toda la comunidad y sólo una de ellas tenía a un pastor mexicano. Además, las tres realizaban un mínimo de actividades sociales.

Durante la década de los veinte, cuando muchas familias mexicanas de las clases media y alta residían en Boyle Heights, expertos

<sup>57</sup> Linna E. Bresette, *Mexicans in the United States: A Report of a Brief Survey to the Catholic Welfare Conference* (Washington, D.C.: Catholic Welfare Conference, 1929), 24.

<sup>58</sup> Samuel Maldonado Ortégón, “The Religious Status of the Mexican Population of Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1932), 61.

en religión y seguridad social consideraron las iglesias de la comunidad entre las mejores de la ciudad, ciertamente mejores que las de Belvedere y Maravilla Park. En un estudio sociológico, Samuel Maldonado Ortégón preguntó sobre la calidad de los servicios que prestaban a los mexicanos las iglesias en Los Ángeles y concluyó que Boyle Heights tenía las mejores instalaciones. En esa comunidad, grandes casas se extendían por las colinas; el alto número de italianos que ahí se encontraba, así como la riqueza del distrito explicaban en gran parte las magníficas instalaciones religiosas. A fines de la década de los veinte, trece iglesias atendían a los residentes de Boyle Heights.<sup>59</sup>

En contraste, en Sonoratown, sólo había dos iglesias: la metodista episcopal de la Plaza y la iglesia católica de Nuestra Señora Reina de Los Ángeles atendían las necesidades religiosas de la colonia mexicana. El distrito estaba integrado predominantemente por trabajadores mexicanos, muchos de los cuales eran huéspedes en las casas de asistencia y en los hoteles alrededor del centro de la Plaza. Para cubrir las grandes necesidades sociales y religiosas de estos nuevos inmigrantes, la iglesia metodista episcopal de la Plaza, encabezada por el instruido mexicano doctor E.M. Stein, estableció el programa social más extenso para los inmigrantes mexicanos en la ciudad. Las influencias del movimiento social evangélico y del trabajo social eran claramente visibles en este centro. Iniciado en 1915 por Catherine B. Higgins, quien venía de Chicago, el centro de servicio social metodista episcopal fue reconocido a nivel nacional por su trabajo entre los inmigrantes mexicanos. El centro ofrecía ayuda legal, empleo, servicios de naturalización y de “deportación”, así como programas de apoyo y rehabilitación. Como una ayuda adicional a la pobre colonia de la Plaza, la iglesia proporcionaba una clínica médica bien equipada con personal entrenado.<sup>60</sup>

Tres principales organizaciones católicas dedicaron sus energías a trabajar con la población mexicana de Los Ángeles: el Consejo de Guerra Católico Nacional (National Catholic War Council), el Consejo de Bienestar Católico Nacional (National Catholic Welfare Council)

<sup>59</sup> *Ibid.*, 61.

<sup>60</sup> Véase Vernon M. McCombs, “Rescuing Mexican Children in the Southwest”, *Missionary Review of the World* 46 (julio de 1923): 529-532.



y el Consejo de Mujeres Católicas (Catholic Council of Women). Este último realizó actividades comunitarias y asumió la responsabilidad de implementar programas como educación cívica.<sup>61</sup> También promovió equipos deportivos, especialmente de beisbol, clases para madres y clases de costura y *picnics* para niñas. El Comité Mexicano de los Caballeros de Colón apoyó al Consejo de Bienestar Católico en la publicación del *Civics Catechism* en español, que exponía los derechos y obligaciones de los ciudadanos. El libro fue reconocido por su gran labor para “educar a los mexicanos en la conciencia de que tienen derechos en Estados Unidos”.<sup>62</sup> Las iglesias locales también distribuían copias gratuitas de sus dos periódicos, *La revista católica* y *La propagandista*. La iglesia conocía bien el enorme trabajo que había que realizar en las comunidades mexicanas; no obstante, los líderes católicos no siempre demostraban empatía con los inmigrantes. En el Congreso Católico de Los Ángeles de 1927, una “autoridad católica” para la población mexicana señaló que el “mayor problema de los misioneros” es el de “las hordas que llegan de nuestros hermanos mexicanos”. Urgía a los católicos a tomar esta tarea como “un trabajo patriótico” en todos los niveles.<sup>63</sup>

Igual que los educadores progresistas, los ministros del movimiento social evangélico consideraron la asimilación como un primer paso hacia la responsabilidad cristiana. Los templos protestantes esperaban integrar a los inmigrantes mexicanos promoviendo los valores y costumbres estadounidenses, a través de clases y actividades sociales y educativas informales. La mayoría de los templos y misiones en Los Ángeles patrocinaban actividades recreativas que subrayaban las tradiciones estadounidenses. Por dar un ejemplo, se enseñaba a los niños mexicanos a jugar deportes populares en Estados Unidos, como el basquetbol, el beisbol y el futbol americano, y los desalentaban a involucrarse en deportes tradicionales en México, como el boxeo, el billar y el futbol sóccer. Algunos líderes religiosos se entusiasmaron con la idea completa de la asimilación y de la conversión a la religión fundamental. El pastor bautista Edwin R. Brown, por ejemplo,

<sup>61</sup> Bresette, *Mexicans in the United States...*, 24.

<sup>62</sup> *Ibid.*, 25.

<sup>63</sup> *Ibid.*, 25, 27.

observó que “sin las restricciones morales de la cristiandad evangélica, en nuestro medio los mexicanos son una amenaza y un riesgo”. No obstante, una vez convertidos, argumentaba Brown, los mexicanos pueden volverse un activo “social, político y económico, por lo que, incluso desde el punto de vista del patriotismo, no podemos hacer un mayor servicio a nuestro país que evangelizar a los inmigrantes mexicanos”.<sup>64</sup>

Los líderes religiosos, tomando a la letra el movimiento evangélico social, animaron otras actividades religiosas para elevar el estándar de vida de la familia mexicana. McLean informó que casi cada templo comenzó su ministerio a través de escuelas nocturnas, clínicas, clubes de muchachos y muchachas y actividades diversificadas. Jay S. Stowell confirmó que los programas de americanización ofrecidos en las misiones o en los templos del vecindario se asemejaban a los instituidos por las escuelas locales para propiciar la asimilación. Estos programas, según Stowell, incluían enseñanza del inglés, español, música, electrónica, enfermería práctica, salud, sanidad, costura y cocina.<sup>65</sup>

Para complementar el trabajo de las escuelas progresistas en el barrio, las organizaciones religiosas, principalmente las católicas y las protestantes, desempeñaron un papel activo en el intento de americanizar a los inmigrantes mexicanos. El programa, cuyo propósito último era eliminar las ataduras de los migrantes mexicanos con su patria y volver a formarlos, resultó atractivo a los simpatizantes del movimiento evangélico social. Además, juzgaron consistentes los fines generales de la americanización con sus propios ideales. Los líderes religiosos entendieron que su esfuerzo por diseminar el movimiento evangélico entre los recién llegados resultaría significativamente más fácil si los extranjeros aprendían inglés y aceptaban los valores estadounidenses.

Para algunos trabajadores protestantes, el reto de asimilar a los inmigrantes mexicanos iba más allá del entrenamiento cívico, la instrucción del inglés y el consejo sobre salud y sanidad adecuadas.

<sup>64</sup> Rev. Edwin R. Brown, “The Challenge of Mexican Immigration”, *Missionary Review of the World* 49 (marzo de 1926): 195.

<sup>65</sup> Robert N. McLean, “Reaching Spanish-Americans with the Gospel”, *Missionary Review of the World* 48 (noviembre de 1925): 869-874; Jay S. Stowell, *The Near Side of the Mexican Question* (Nueva York: George H. Doran, 1921), 81.

Los recién llegados, para tener éxito en la sociedad estadounidense, no tenían más remedio que dejar a un lado todos los hábitos de su viejo mundo, incluyendo el catolicismo. El pastor de Los Ángeles Charles A. Thomson habló de esto al escribir que mientras son “formalmente católicos, una buena proporción de los mexicanos está a la deriva en el sentido religioso y no son atendidos efectivamente por iglesia alguna”.<sup>66</sup> Jay Stowell fue uno de los anticatólicos más recalcitrantes, creía que había llegado el momento “para la Iglesia Católica Romana de aceptar francamente sus limitaciones pasadas y embarcarse en una campaña educativa diseñada para sustituir una religión de la superstición con una religión de la iluminación, una religión de explotación moral y financiera con una de servicio”.<sup>67</sup> Muchos observadores católicos estaban claramente conscientes de la campaña para desacreditar el trabajo que habían realizado entre los inmigrantes mexicanos. A su vez, los sacerdotes católicos acusaban a los protestantes por atraer a esquemas engañosos con el propósito de ganar adeptos. Un laico católico refirió haber sido testigo de cómo encontró a un grupo de mujeres mexicanas en una iglesia protestante rezando el rosario. Cuando este hecho fue comentado, el ministro protestante respondió: “No podemos quitarles todo de golpe”.<sup>68</sup>

El resultado de los esfuerzos de americanización y de las actividades proselitistas durante el periodo del movimiento social evangélico varió de acuerdo con la comunidad. Algunas secciones nuevas de la colonia mexicana obtuvieron pocos beneficios del brazo social de las iglesias católicas. En algunos casos, los líderes religiosos duplicaron sus esfuerzos al ofrecer servicios sociales. Ortegon estimó que al menos cuarenta iglesias proporcionaban servicios religiosos y sociales a la colonia mexicana de Los Ángeles en los veinte.<sup>69</sup> El impacto de los programas de americanización generado a través de la Iglesia, si bien popular entre muchos de los ministros protestantes, tuvo un atractivo limitado y recibió críticas en algunas instancias. Un sacerdote de Los Ángeles, por ejemplo, respondió con enojo a una pre-

<sup>66</sup> Rev. Charles A. Thomson, “Linking the Two Americas”, *Missionary Review of the World* 51 (agosto de 1928): 623.

<sup>67</sup> Stowell, *The Near Side...*, 80.

<sup>68</sup> Bresette, *Mexicans in The United States...*, 36.

<sup>69</sup> Ortegon, “The Religious Status...”, 61.

gunta relativa a la tasa de éxito de la naturalización de mexicanos. Aparte de las actividades de la iglesia, sólo encontró “antiamericanización aquí y allá y en todos lados”. Razonaba que mientras los “estadunidenses tratan a los mexicanos como una raza inferior”, devalúen su trabajo, les paguen bajos salarios y los maltraten en general, los mexicanos mostrarán poco interés en convertirse en ciudadanos estadunidenses. En su opinión, no era una sorpresa que “no les importara un comino volverse ciudadanos”.<sup>70</sup>

En los veinte, conforme los progresistas se involucraron con el asunto de las restricciones a la inmigración, algunos líderes religiosos locales se manifestaron también por el sistema de cuotas. No obstante, el reverendo Robert N. McLean de los Trabajos Hispanohablantes (Spanish Speaking Works), de las misiones nacionales de las iglesias presbiterianas en Los Ángeles, salió a la defensa de los mexicanos durante este periodo de despertar nativista. McLean escribió varios libros y numerosos artículos en los que alababa la contribución de los mexicanos a la economía del suroeste y afirmaba que los estereotipos negativos derivaban de los prejuicios raciales y de clase. El trabajador mexicano, escribió, “está aquí para quedarse y de manera inevitable hará su contribución a la vida nacional”. McLean trabajó con mexicanos en el lado este de Los Ángeles, así como con trabajadores inmigrados que levantaban cosechas en la región localizada entre Los Ángeles y el valle de Salinas. Criticó a quienes acusaban a los mexicanos de “ser itinerantes”. Los “hábitos de los mexicanos no son migratorios, más bien son los hábitos de las industrias que les ofrecen un modus vivendi los que ciertamente lo son”.<sup>71</sup>

Algunos centros religiosos, como la iglesia metodista episcopal de la Plaza, complementaban los servicios ofrecidos por organizaciones voluntarias. Desafortunadamente para la colonia mexicana, muchos de los proyectos preparados de acuerdo con los ideales del movimiento evangélico social nunca progresaron más allá de la fase de planeación o se quedaron en las primeras etapas de desarrollo cuando

<sup>70</sup> John Daniels, *Americanization Studies: America Via the Neighborhood* (Nueva York: Harper and Brothers, 1920), 245.

<sup>71</sup> Véase, por ejemplo, Robert N. McLean, *The Northern Mexican* (Nueva York: Home Mission Council, 1930); ídem, *That Mexican!*...; ídem, “Mexican Workers in The United States”, en *National Conference of Social Work, Proceedings* (Chicago, 1929), 538.

el golpe de la Gran Depresión de 1929. La mayoría de los grupos religiosos proporcionó fondos, mínimos, para apoyar a los mexicanos en Los Ángeles durante el periodo de 1900 a 1930, y lo mismo durante los años de la Depresión. Además, pocos contaban con personal de oficina que hablara español. Estudios de la misma época de Manuel Gamio, Evangeline Hymer y Samuel Ortegón sugieren que la gente de la comunidad no asistía tanto a las actividades sociales patrocinadas por las diversas organizaciones religiosas en Los Ángeles, si bien en algunos casos útiles y divertidas; mientras que sí lo hacía a las patrocinadas por las entidades de la propia comunidad de los mexicanos.<sup>72</sup> Aunque las iglesias fueron unas de las pocas instituciones formales que lograban resolver las necesidades de los inmigrantes mexicanos, la mayoría de los grupos religiosos de Los Ángeles se interesaron en trabajar con mexicanos sólo durante la época posterior a la primera guerra mundial. En el breve lapso de una década, pocos centros religiosos alcanzaron los fines que se propusieron.

#### IV

Cuando la colonia mexicana empezó a extenderse hacia el este en los años posteriores a la primera guerra mundial, adquirió una nueva cohesión. En la zona de la Plaza, los mexicanos se mezclaron con los europeos, incluso algunas secciones de la vecindad cruzaban hasta el barrio chino y la comunidad negra. En el lado este, al contrario, el barrio tenía límites más claramente definidos, lo que dio a la comunidad un carácter aislado. Los sociólogos de esa época consideraban que la segregación de la colonia mexicana era una consecuencia inevitable del racismo estadounidense. Los mexicanos reconocían que el pequeño abanico de opciones para la vivienda estaba determinado por factores raciales, aunque también se desplazaron en grandes cantidades hacia el lado este buscando mantener las relaciones sociales que hacían más llevadera su transición a la vida estadounidense. En

<sup>72</sup> Manuel Gamio, *Mexican Immigration to The United States: A Study of Human Migration and Adjustment* (Chicago: University of Chicago Press, 1930); Elizabeth Hymer, "A Study of the Social Attitudes of Adult Mexican Immigrants in Los Angeles and Vicinity: 1923" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1924); Ortegón, "The Religious Status", 14-15.

las colonias, encontraban que se hablaba español en las tiendas e iglesias, allí podían recibir créditos y reunirse con otras personas que provenían de sus pueblos o patria. El mundo social de los inmigrados mexicanos en Los Ángeles dependía fundamentalmente de las relaciones personales. En la colonia, los mexicanos podían esperar que sus vecinos entendieran los valores y costumbres mexicanos. En el lado este, el nacionalismo mexicano y la conciencia cultural encontraron campo fértil y los sentimientos influyeron las instituciones voluntarias.

Las asociaciones del barrio que surgieron en Los Ángeles después de 1918 tenían tres funciones básicas: satisfacer las necesidades inmediatas de las familias de los trabajadores inmigrados, particularmente de vivienda, empleo y cuidado de la salud; mantener la cultura y los valores tradicionales de la patria a través de la promoción de fiestas religiosas y nacionales, y elevando la conciencia étnica y de clase de la comunidad; mejorar el estatus de la comunidad y de los individuos oponiéndose a leyes injustas, a la explotación y al menoscabo de los derechos civiles.<sup>73</sup>

La mayoría de los registros de membresía de estas organizaciones comunitarias no sobrevivió y, por ello, no disponemos de un perfil preciso de sus miembros o de su nivel de participación. Como más de 90 por ciento de la comunidad mexicana trabajaba en tareas de cuello azul de baja o nula capacitación y ganaban salarios muy por debajo de los que percibía el trabajador estadounidense promedio, puede suponerse que la mayoría de quienes se adhirieron a las asociaciones del barrio provenían de bajos estratos socioeconómicos.

En virtud de que la mayoría de los inmigrantes mexicanos en Los Ángeles probablemente consideraba la posibilidad de volver a México en algún momento, muchas de sus actividades en Estados Unidos tendían a la conservación de sus sentimientos patrióticos. Una de las organizaciones, el Club Independencia, se constituyó en Los Ángeles en 1920, “con la patriótica finalidad de realizar propaganda en contra de la intervención [de Estados Unidos] en México y en favor

<sup>73</sup> Véase, por ejemplo, Edward R. Kantowicz, “Polish Chicago: Survival through Solidarity”, en Melvin G. Holli y Peter d’A. Jones, eds., *The Ethnic Frontier* (Grand Rapids: Eerdmans Publishing, 1977), 179-210.

de la protección de los derechos de los mexicanos” en territorio estadounidense. La asociación prometía también “trabajar activamente para reducir la difamación que ciertos elementos de mala fe habían dirigido contra nuestro país”. Su presidente, Luis G. Franco, hizo notar que el club buscaba la unificación de los partidos políticos mexicanos y se “preocupaba por la defensa de los intereses de la patria, sin mezclarse en la política de este país”.<sup>74</sup> Algunos de los más fuertes y eficaces líderes de la colonia mexicana dedicaron sus esfuerzos a los asuntos políticos y sociales relacionados con México. Esta fuerte preocupación por los asuntos de la patria a menudo diluía la fuerza política que los inmigrantes mexicanos podrían haber tenido en la comunidad de Los Ángeles.

Otra organización, la Comisión Honorífica, similar al Club Independencia, funcionaba también como un centro patriótico para los inmigrantes mexicanos. La comisión alegaba representar a todos los mexicanos de la ciudad y a “conservar con celo la dignidad de la nación [México]”.<sup>75</sup> En Los Ángeles, como en otras ciudades con representación consular mexicana, la comisión tenía como presidente al cónsul o vicedcónsul mexicano. En la mayoría de las zonas donde existía la Comisión Honorífica, los líderes de las comunidades locales y otras asociaciones voluntarias trabajaron bajo su brazo para planear la conmemoración anual de las festividades del 5 de mayo y del 16 de septiembre.

Las fiestas dieron a los recién inmigrados una oportunidad para demostrar conciencia de grupo. Éstas generalmente consistían en un desfile por las calles Spring y Broadway, seguido de un baile y de un concurso de belleza por la noche. *La Prensa* y *El Herald* daban amplia cobertura a las dos celebraciones y utilizaban la ocasión para recordar a los mexicanos su “gloriosa herencia” y su deber patriótico. Y aun cuando en estas fiestas se mostraba el fuerte nacionalismo mexicano, los miembros de los clubes patrióticos entendían bien las realidades políticas de su nuevo entorno. Así, por ejemplo, los patrocinadores de las fiestas siempre invitaban, como orador principal, a un miembro distinguido de la comunidad angloamericana, gene-

<sup>74</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 31 de enero de 1920; *ibid.*, 8 de mayo de 1920.

<sup>75</sup> *Los Angeles Times*, 29 de enero de 1921.

ralmente el alcalde o un funcionario de alto rango de la ciudad. En 1919, el comité invitó al general Frank C. Prescott, quien con falta de tacto dijo a una muchedumbre de cinco mil personas que “si los líderes de México no se ponen de acuerdo [para resolver la lucha revolucionaria], Estados Unidos se vería forzado a intervenir militarmente”.<sup>76</sup> Al año siguiente, el comité de la fiesta escogió a un orador menos controversial, quien instó a la audiencia a enrolarse en los programas de americanización y a “sacar provecho de la educación impartida en las escuelas públicas”.<sup>77</sup>

La década de los veinte dio a las fiestas un carácter comercial y un mayor espíritu empresarial. Por ejemplo, durante los años de 1919 a 1921, “las fiestas patrias”, que hasta entonces habían sido organizadas por varias asociaciones mexicanas voluntarias bajo la dirección de la Comisión Honorífica, quedaron bajo el control parcial de diversas asociaciones empresariales de América Latina, cuyo principal interés parecía ser la obtención de utilidades en las celebraciones. Después de la primera guerra mundial, todo el condado presentaba en esas fechas una atmósfera festiva que dominaba las celebraciones de manera creciente, sobre todo en la medida en que los patrocinadores capitalizaban el potencial comercial de las festividades mexicanas. En 1919, más de cinco mil personas asistieron a la celebración del 16 de septiembre en Lincoln Park, sobre la cual observó el diario *Los Angeles Times* que la mayor atracción era la alegría generalizada.<sup>78</sup> La enorme asistencia a las celebraciones de 1919 aparentemente animó a un grupo de ambiciosas personas no ligadas al comité mexicano de planeación, a introducir nuevos eventos comerciales en las fiestas de 1920. Ese año, los promotores incrementaron el número de locales concesionados y vendieron boletos para una exhibición de lucha.<sup>79</sup>

Los organizadores de los festivales de 1921 y 1922 recibieron publicidad adversa debido a la cancelación de una corrida de toros programada en el Praeger Park durante la celebración del 5 de mayo,

<sup>76</sup> *Ibid.*, 17 de septiembre de 1919.

<sup>77</sup> *Ibid.*, 19 de septiembre de 1920.

<sup>78</sup> *Ibid.*, 17 de septiembre de 1919.

<sup>79</sup> *Ibid.*, 17 de septiembre de 1920; *El Herald de México* (Los Ángeles), 2 de agosto de 1921.



en 1922. Esta publicidad convenció a la mayoría de los mexicanos en Los Ángeles de que, en efecto, las fiestas se habían convertido en burda comercialización. Pues, después de que un buen número de personas habían pagado su entrada a la plaza, el locutor informó que la Sociedad para la Prevención de la Crueldad en contra de los Animales había cancelado el espectáculo. Los patrocinadores, la Sociedad Hispanoestadunidense, se rehusaron a devolver al decepcionado auditorio el dólar que había costado la entrada.<sup>80</sup> En los siguientes días, se incrementó la publicidad negativa, sobre todo cuando el diario *Los Angeles Times* informó que Pedro Espejo, el matador de toros contratado, había demandado a la Sociedad por no pagarle los cuatrocientos dólares que le habían prometido.<sup>81</sup>

Después de este incidente, las Sociedades Mexicanas Confederadas de California demandaron a la Sociedad Hispanoestadunidense en un intento por “evitar nuevas «explotaciones» al público”. La demanda señalaba: “Año tras año, un grupo de individuos amparados bajo el membrete de Sociedades Hispanoestadunidenses se aprovecha de nuestras fiestas nacionales para explotar la buena fe y los altos sentimientos patrióticos de la colonia mexicana en esta ciudad, organizando festividades que no tienen otro propósito que obtener utilidades para un pequeño grupo de personas”.<sup>82</sup> En 1924, miembros de la prensa mexicoamericana, el cónsul mexicano y un grupo de líderes de las asociaciones de voluntarios se reunieron para resolver el problema, para lo cual designaron una comisión especial, la Unión Mexicana de Periodistas, para que se encargara de hacer todos los arreglos necesarios para las fiestas de ese año.<sup>83</sup>

La selección de la Unión Mexicana, que se rehusó a cooperar con las asociaciones voluntarias latinoamericanas, demostró otra faceta del nacionalismo mexicano. Durante varios meses, luego de la creación de la Unión Mexicana, aparecieron docenas de cartas en *El Herald* que defendían y atacaban la nueva estructura organizativa, debido a que excluyó a los centroamericanos de Los Ángeles de la planeación

<sup>80</sup> *Los Angeles Times*, 2 de mayo de 1922; *ibid.*, 5 de mayo de 1922.

<sup>81</sup> *Ibid.*, 11 de mayo de 1922.

<sup>82</sup> *Ibid.*, 15 de mayo de 1922.

<sup>83</sup> *Ibid.*

de las celebraciones mexicanas.<sup>84</sup> La discusión ya no se centraba solamente en el asunto de la explotación y de la comercialización, sino directamente en la controversia de celebrar la Independencia mexicana y centroamericana el mismo día, en la medida en que el aniversario de ambas fiestas ocurría en septiembre. Los líderes de las asociaciones mexicanas consiguieron resistirse a la idea de celebraciones conjuntas por los anteriores problemas en los festivales de 1921 y 1922. La idea de la “unidad latina” era todavía incipiente.

Otra organización, la Alianza Hispanoamericana, una de las asociaciones mexicanas de voluntarios más populares en Los Ángeles y en todo el suroeste, fue objeto de duras críticas a mediados de los veinte por no haber prestado una mayor atención a las necesidades sociales de la comunidad mexicana.<sup>85</sup> Fundada en 1894, gracias a los esfuerzos de Carlos Velasco, rico integrante de la oligarquía de Arizona, y de Manuel Samaniego, hombre de negocios de Tucson, la Alianza se expandió rápidamente a otras zonas del suroeste. Según uno de sus fundadores, Ignacio Calvillo, la Alianza surgió para “proteger y luchar por los derechos de los hispanos en Tucson, porque entonces había muchos conflictos y malos sentimientos entre nosotros y los anglosajones, causados en gran parte por prejuicios, malos entendidos e ignorancia”.<sup>86</sup>

Hacia 1917, la Alianza tenía 85 oficinas en Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Chihuahua, México.<sup>87</sup> No obstante, aun cuando había forjado una buena reputación al proporcionar servicios de seguridad social a todas las clases de mexicanos en el suroeste, en la década de los veinte su liderazgo decayó por su autocomplacencia y apenas si organizó algo más que bailes y convenciones sociales. Con poco contribuyó en Los Ángeles a algún proyecto caritativo o para apoyar, como lo hicieron otras organizaciones, los esfuerzos para proporcionar educación y bienestar a la mayoría de los recién inmigrados.

<sup>84</sup> *El Heraldo de México* (Los Ángeles), 16-21 de enero de 1924.

<sup>85</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 22 de noviembre de 1917.

<sup>86</sup> David Weber, *Foreigners in their Native Land: Historical Roots of the Mexican Americans* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973), 217.

<sup>87</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 22 de noviembre de 1917.

En 1927, durante la XXXIII Convención Anual de la Alianza, realizada en Los Ángeles, los editores de *El Heraldo* censuraron a la asociación por haber puesto demasiada atención en fines materiales egoístas y por tener demasiados angloamericanos en sus consejos directivos nacional y local.<sup>88</sup> En realidad, observó *El Heraldo*, “la Alianza es sólo una compañía de seguros que ofrece servicios inferiores a los de otras compañías”.<sup>89</sup> Además, según afirmaban sus críticos, la asociación requería “mexicanizar” su liderazgo. “Seguramente”, escribió un editorialista, “entre los nueve mil miembros de la Alianza hay mexicanos capaces de dirigir la asociación”.<sup>90</sup>

Algunas preguntas planteadas por *El Heraldo* mostraban la creciente preocupación entre los líderes de la comunidad mexicana de Los Ángeles por la clase trabajadora. Por ello, los editores del periódico decidieron publicar un boletín, *La Alianza*, con el fin de instrumentar un programa que ayudara a los inmigrantes mexicanos con problemas de empleo. *El Heraldo* recordaba a los delegados de la convención que los trabajadores mexicanos “vinieron a este país en busca de una vida mejor, pero han sido esclavizados y tratados como si fueran inferiores y [ahora] están completamente abandonados”. Sin embargo, pese a las críticas, la convención continuó, la alianza prestó poca atención y ni los miembros ni los delegados hicieron compromiso alguno. De hecho según Manuel P. Servín, la membresía de La Alianza aumentó a fines de los veinte y la organización persistió al menos hasta la Depresión como una de las más poderosas asociaciones de mexicanos en el país. Su éxito se debió principalmente a su programa de seguros de bajo costo y al hecho de que proporcionó a los inmigrantes la rara oportunidad de pertenecer a algo que parecía una fraternidad con membresía “exclusiva”. Uno de los rasgos distintivos de la organización fue el establecimiento de oficinas en México, pues muy pocas organizaciones de mexicanos en Estados Unidos se expandieron hacia la patria de los inmigrantes.<sup>91</sup>

Las mujeres también tenían un papel importante en la vida institucional del barrio. Afortunadamente para la comunidad, las mexica-

<sup>88</sup> *El Heraldo de México*, 19 de enero de 1927.

<sup>89</sup> *Ibid.*

<sup>90</sup> *Ibid.*, 21 de enero de 1927.

<sup>91</sup> Servín, ed., *An Awakened Minority...*, 34-35.

nas no limitaban su participación a las organizaciones fundadas para su género, sino que trabajaban en diversas cuestiones en numerosas agrupaciones. Muchas de las fraternidades y de las organizaciones políticas excluían a las mujeres de su membresía y/o restringían su participación a un estatus subordinado o auxiliar, aunque es evidente que hacia la década de los veinte, las mujeres trabajaban activamente en causas sociales y políticas, y la comunidad aceptó en general su dedicación al trabajo voluntario.

Pocos organizadores de la comunidad igualaron la dedicación y logros de Elena de la Ilata, quien encabezó la Cruz Azul. Esta agrupación se constituyó en 1920 y, según un artículo que apareció en la prensa, fue “autorizada” por el gobierno mexicano y aprobada por el vicecónsul mexicano de la ciudad.<sup>92</sup> Fue fundamentalmente gracias a los esfuerzos de De la Ilata que la Cruz Azul se convirtió a principios de los veinte en una de las más activas y exitosas asociaciones caritativas de la ciudad. En 1921, cuando una intempestiva tormenta dejó a cientos de mexicanos sin hogar en San Gabriel, la Cruz Azul trabajó sin descanso durante dos días para encontrarles albergue temporal y proporcionarles comida caliente. Asimismo, De la Ilata asumió el compromiso de escribir a los periódicos locales solicitando ayuda adicional en la localización de las víctimas de la inundación. A fines de ese año, la Cruz Azul organizó un circo en beneficio de los desempleados del barrio. Durante más de una semana, por las tardes y por las noches, los cirqueros entretuvieron a la comunidad mexicana. Los organizadores de otros clubes admiraban el éxito de la tarea, resultado de la energía de De la Ilata y de la participación de cincuenta mujeres jóvenes que trabajaron en la venta de boletos y como acomodadoras.<sup>93</sup>

Otra de las actividades que realizó la Cruz Azul fue la recaudación de fondos para la asistencia médica y la ayuda a familias en emergencias, como por ejemplo en 1921, cuando la organización, con la cooperación del gobierno mexicano, prestó ayuda a un grupo de inmigran-

<sup>92</sup> *Los Angeles Times*, 13 de octubre de 1921.

<sup>93</sup> Artículos en *La Prensa de Los Ángeles*, 1 de enero de 1921 y 13 de julio de 1921, esbozan algunas de las actividades de la Cruz Azul, lo mismo que *El Herald de México*, 2 de octubre de 1921.

tes mexicanos indigentes que deseaba regresar a México.<sup>94</sup> El gobierno mexicano envió uno de sus buques de pasajeros para llevar de vuelta a México a mil quinientos mexicanos desempleados con sus familias y la Cruz Azul de Los Ángeles asumió la responsabilidad de alimentar a los emigrantes mientras esperaban el barco en el puerto de San Pedro. Durante los dos días previos a la llegada del barco, cientos de mexicanos acamparon en los muelles de carga, muchos de los cuales no contaban con dinero para comprarse una comida caliente.<sup>95</sup> Además de las tribulaciones de los repatriados, estaban las numerosas visitas a los muelles de amigos y familiares que habían llegado para verlos partir. Muchas otras organizaciones bajo la dirección de la Cruz Azul trabajaron largas horas para alimentar a la multitud y ver a los mexicanos volver a salvo en el barco.<sup>96</sup>

Sólo ocasionalmente, la generación de mexicanos nacidos en Estados Unidos —o californios, como algunos preferían llamarse— se dedicó a establecer una organización dedicada fundamentalmente a la movilización de la clase inmigrante en cualquier dirección. En 1918, R.F. del Valle tuvo un gran gesto cuando anunció la formación de la Liga Américo-Latina. Del Valle era descendiente de una vieja familia española californiana que había ocupado numerosos cargos públicos en este estado. Los objetivos de la Liga eran tres: 1) educar a los empleadores de mexicanos con el propósito de lograr un “mejor entendimiento entre los trabajadores y sus patrones”; 2) desarrollar proyectos que sirvieran para “mejorar las condiciones y la vida de los trabajadores mexicanos”, y 3) crear medios para generar información precisa sobre los mexicanos en Estados Unidos y sobre México mismo.<sup>97</sup> En última instancia, la Liga quería asegurar que los mexicanos mejoraran su estatus social y recibieran los beneficios de las escuelas estadounidenses. Asimismo, subrayaba la importancia del aprendizaje del inglés. La Liga parecía un producto de los años de la guerra y tuvo un impacto muy limitado en la comunidad de Los Ángeles.<sup>98</sup> Dada la fuerte conciencia étnica del barrio, pudo haber sucedido que

<sup>94</sup> *Los Angeles Times*, 16 de octubre de 1921.

<sup>95</sup> *Ibid.*, 13 de julio de 1921.

<sup>96</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 13 de julio de 1921; *Los Angeles Times*, 7 de julio de 1921.

<sup>97</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 14 de septiembre de 1918.

<sup>98</sup> *Ibid.*

el trabajador mexicano promedio resultara sospechoso para una organización que incluía en su comité directivo a cuatro angloamericanos de los seis que lo integraban.<sup>99</sup>

Las asociaciones voluntarias de mexicanos tuvieron también un importante papel en la formación de los sindicatos entre los mexicanos de Los Ángeles. En 1927, se reunió un comité de personas involucradas en organizaciones de voluntarios, el cual “adoptó una resolución para convocar a las sociedades de beneficencia y mutualistas [...] a brindar su apoyo a la causa de la organización de sindicatos de trabajadores mexicanos”. Entre quienes asistieron a la primera junta estaba Pedro M. Salinas, presidente de la Asociación Cooperativa de Belvedere, una organización voluntaria de trabajadores de esa comunidad, y el cónsul mexicano F. Alfonso Pesqueira.<sup>100</sup> Como resultado de varias reuniones, un comité de trabajadores formó un sindicato local que se llamó Confederación de Uniones Obreras Mexicanas (CUOM). Ésta tomó como modelo para su constitución a la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM).<sup>101</sup> La constitución de la CUOM expresaba numerosas perspectivas radicales, como queda ejemplificado en el artículo I de la Declaración de Principios: “Que la clase explotada, la mayor parte de la cual está integrada por trabajadores manuales, tiene derecho a establecer una lucha de clases a fin de lograr un mejoramiento de sus condiciones económicas y morales y finalmente su completa libertad de la tiranía capitalista”.<sup>102</sup>

Uno de los propósitos de la CUOM, como lo consigna el artículo 18 de su acta constitutiva, era limitar la inmigración que provenía de México, mientras otro objetivo establecido por sus miembros convocaba al gobierno mexicano a “ofrecer oportunidades de colonización a los mexicanos que no hallaran medios de vida en California debido a la falta de empleo”. La confederación prometía “establecer lazos sólidos con el trabajo organizado de México [CROM] y tratar de detener la inmigración de trabajadores no sindicalizados a Estados

<sup>99</sup> *Ibid.*

<sup>100</sup> *Mexicans in California: Report of Governor C.C. Young's Mexican Fact-Finding Committee* (San Francisco: California Department of Industrial Relations, Agriculture, and Social Welfare, octubre de 1930), 123.

<sup>101</sup> *Ibid.*

<sup>102</sup> *Ibid.*

Unidos”, dado que consideraban dañina tal inmigración para la clase trabajadora de ambos países.<sup>103</sup>

## V

Aunque las asociaciones voluntarias propiciaban oportunidades para la interacción social y proporcionaban beneficios mutualistas, carecían de los recursos para lidiar con los problemas que enfrentaban los nuevos inmigrantes. Además, no todos los inmigrantes pertenecían a las asociaciones voluntarias. Si bien la influencia del consulado mexicano dependía de la competencia y dedicación del funcionario en turno y de su equipo de trabajo, era una organización formal responsable de la población mexicana en Estados Unidos. El consulado funcionaba todo el año y, aún más importante, contaba con personal de habla hispana. Como sólo unos cuantos mexicanos en Los Ángeles tenían papeles que acreditaran su ciudadanía, los inmigrantes acudían al consulado para que defendiera sus derechos en Estados Unidos. Al notar la tendencia de los estadounidenses a considerar a los de ascendencia mexicana que se naturalizaban como ciudadanos de segunda clase, el sociólogo Emory Bogardus sugirió que preferían seguir siendo ciudadanos mexicanos porque,

al permanecer como un ciudadano de México y al acudir al cónsul mexicano en busca de auxilio, el mexicano puede esperar justicia, mientras que si se convierte en ciudadano estadounidense se siente desprotegido: no entiende nuestros tribunales y no tiene la certeza de ser tan adecuadamente atendido como siendo ciudadano mexicano.<sup>104</sup>

El papel del consulado mexicano en Los Ángeles no estaba bien definido y frecuentemente fue malinterpretado tanto por mexicanos como por estadounidenses. Así, aunque los cónsules ayudaban a los mexicanos en numerosas situaciones y aun apoyaron causas impopulares, como la formación de un sindicato mexicano, la comunidad

<sup>103</sup> *Ibid.*, 125.

<sup>104</sup> Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, 78.

consideró generalmente a los consulados como agencias de relaciones públicas del gobierno mexicano. Robert McLean, por ejemplo, comentó que el papel de tal instancia consistía sencillamente en “mantener el espíritu y el patriotismo” de los mexicanos en Estados Unidos. Bogardus observó que si bien los cónsules sabían de las adversidades de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos y aseguraban reparaciones por daños infligidos a los trabajadores mexicanos, se mostraban naturalmente renuentes a participar en la vida social o económica de Estados Unidos. Sin embargo, el consulado mantuvo estrecho contacto con los inmigrantes mexicanos que tuvieron problemas en Estados Unidos y con frecuencia les brindó ayuda.<sup>105</sup>

Los mexicanos en Los Ángeles consideraban que ningún problema era demasiado pequeño o demasiado complicado como para no llevarlo a la atención del cónsul. Los asuntos iban desde un pintor en busca de trabajo hasta un sentenciado a morir en la cámara de gases que solicitaba al cónsul intervenir en su favor para obtener el perdón de última hora del gobernador de California. Los mexicanos también dependían del consulado para que los auxiliara en demandas civiles y asuntos legales. Por ejemplo, cuando el distrito escolar de Fullerton ofreció a Jacinto García sólo dos mil dólares por su propiedad, en lugar de los tres mil que él creía que valía, solicitó ayuda al consulado mexicano en Los Ángeles. En tales casos, el consulado sólo podía aconsejar a un individuo como García a que buscara la asesoría de un abogado o a que encontrara la documentación adecuada para sostener su caso legalmente.<sup>106</sup>

Debido a la inestabilidad política durante el periodo revolucionario en México, los consulados en Los Ángeles y en todo el suroeste funcionaban bajo notoria presión. La insistencia del gobierno mexicano de sujetar la posición del cónsul al juego político, minó la eficiencia consular. Durante un periodo de nueve años, fueron nombrados trece cónsules de México en Los Ángeles. Poco después de la partida de Los Ángeles del cónsul José Garza Zertuche, en mayo

<sup>105</sup> McLean, *The Northern Mexican*, 22; Emory S. Bogardus, *The Mexican in The United States* (Los Ángeles: University of California Press, 1934), 12.

<sup>106</sup> México, Secretaría de Relaciones Exteriores, archivo en el Consulado de Los Ángeles, Ciudad de México: Box IV, 110 Series (73-27), No. 2284; Box IV, 110 Series (73-27), No. 2242; Box IV, 241 Series (73-27), 1930 archivo no. 03.



de 1920, la llegada de Lino B. Rocín llevó al diario *Los Angeles Times* a comentar: “Después del nombramiento de cinco distintos agentes consulares en Los Ángeles desde diciembre de 1918, debido a los levantamientos políticos y a la reorganización del gobierno en México, la oficina del cónsul en esta ciudad estuvo ayer «llena permanentemente»”.<sup>107</sup>

La tarea más difícil para el consulado mexicano en Los Ángeles durante la década de los veinte fue el doloroso proceso de repatriar a los mexicanos incapaces de encontrar trabajo en la zona. En mayo de 1921, el consulado informó a los mexicanos en el sur de California que el presidente Álvaro Obregón había instado a sus ciudadanos sin medios para sostenerse que volvieran a México. Una comisión del gobierno mexicano analizó el problema de desempleo en Estados Unidos y sus efectos en los trabajadores mexicanos, y un comité de trabajadores mexicanos de Los Ángeles visitó la ciudad de México como un esfuerzo por averiguar qué intentaba hacer el gobierno con esos trabajadores que deseaban regresar a su patria.<sup>108</sup>

Si bien el programa de repatriación de 1921 duró sólo un año y afectó sólo a unos cuantos miles de mexicanos en Los Ángeles, los líderes de la comunidad mexicana buscaron medios para ayudar a quienes fueron forzados a abandonar Estados Unidos. Las asociaciones locales voluntarias y los grupos caritativos mexicanos en la comunidad se hicieron cargo de algunos de los gastos de quienes volvían a México. El gobierno mexicano, por su parte, asignó una pequeña cantidad de dinero para los gastos de transporte, pero sólo de la frontera mexicana al interior de los estados de la república. Ninguno, ni los consulados ni el gobierno mexicano, manejó el programa de repatriación con eficacia. *La Prensa de Los Ángeles* advirtió con razón en 1920: “La repatriación de los trabajadores mexicanos [permanece como] uno de los más serios problemas que debe resolver el gobierno mexicano”.<sup>109</sup>

<sup>107</sup> *Los Angeles Times*, 2 de julio de 1920.

<sup>108</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 30 de abril de 1921; *ibid.*, 7 de mayo de 1921; *ibid.*, 21 de mayo de 1921.

<sup>109</sup> *Ibid.*, 17 de julio de 1920.

El consulado mexicano de Los Ángeles ofrecía sus servicios para todo el sur de California, desde Ventura hasta la frontera mexicana, una zona que incluía a más de un cuarto de millón de mexicanos a mediados de la década de los veinte. La responsabilidad de un área tan grande y el número tan elevado de inmigrantes mexicanos que ahí residían hacía que resultara imposible para el consulado cubrir adecuadamente las necesidades de la comunidad. A mediados de los veinte, el gobierno mexicano dio permiso al cónsul en Los Ángeles de contratar abogados estadounidenses para que ayudaran a atender los asuntos de los inmigrantes, pero el presupuesto asignado continuó siendo lastimosamente reducido en comparación con el número de casos que manejaba la oficina mexicana. El trámite de las solicitudes tomaba en muchos casos meses y aun la solicitud más simple se atoraba frecuentemente en los procedimientos burocráticos.<sup>110</sup>

Por si fuera poco, surgían a menudo malentendidos entre el consulado y sus usuarios, bien fuera porque los inmigrantes no entendían las facultades del cónsul o porque éste ejercía de manera inadecuada su influencia y autoridad. Una cosa era esperar que el cónsul protegiera al inmigrante de empleadores y caseros sin escrúpulos y otra muy distinta era que participara en decisiones relacionadas con procedimientos legales estadounidenses. Por ejemplo, cuando en 1923 fue aprobada una ley del estado de California que prohibía a los extranjeros portar armas, muchos inmigrantes acudieron con el cónsul para que rechazara la ley.<sup>111</sup> El 6 de octubre de 1923, el cónsul anunció que se realizaría una protesta oficial en contra de la aprobación de la Ley de Control de Armas para Extranjeros (Foreign Gun Law). Como una gran proporción de los extranjeros en California eran de ascendencia mexicana, el consulado sugirió que la ley afectaba de manera más severa a los mexicanos que a cualquier otro grupo étnico.<sup>112</sup> Una semana más tarde, el cónsul retiró su protesta y aceptó cooperar con las autoridades de Estados Unidos. Aconsejó a los mexicanos que llevaran sus armas a la oficina consular en Los Ángeles

<sup>110</sup> México, Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), *Memorias: 1926-1927* (México: SRE, 1928), 489.

<sup>111</sup> *El Heraldo de México*, 30 de septiembre de 1923.

<sup>112</sup> *Ibid.*, 6 de octubre de 1923.

para entregarlas a las autoridades locales. Así, en el breve lapso de una semana, el cónsul revirtió su posición de protesta a una de conformidad y cooperación. La rapidez con que el cónsul se retractó de cuestionar la ley decepcionó a muchos mexicanos y demostró su falta de poder para intervenir en asuntos legales y en políticas públicas estadounidenses.<sup>113</sup>

En varias ocasiones, durante la década de los veinte, el consulado, las asociaciones voluntarias y la prensa de habla hispana combinaron sus esfuerzos para atender asuntos importantes de la comunidad. No obstante, en ese mismo periodo, en pocas circunstancias, la comunidad mexicana destinó más energía que en beneficio de Aurelio Pompa, un hombre que se convirtió para los mexicanos del sur de California y otras partes del suroeste en el símbolo del inmigrante victimizado por la injusticia. La campaña para salvar la vida de Aurelio Pompa empezó cuando fue a juicio en 1923 por haber asesinado a un compañero de trabajo angloamericano en Los Ángeles. Como la comunidad pensaba que el asesinato había sido en defensa propia y creía que un mexicano no podía tener un juicio justo en Estados Unidos, organizó una campaña nacional en su favor. Líderes comunitarios, que se negaron a esperar que el cónsul mexicano estuviera de acuerdo con la campaña, reunieron tres mil dólares en pocas semanas y contrataron a un prominente abogado mexicoamericano, Frank Domínguez, para que defendiera a Pompa.<sup>114</sup> Mientras las asociaciones voluntarias hacían denuncias ante las autoridades y apelaban a la simpatía de la sociedad por todo el suroeste, la prensa publicaba reseñas editoriales sobre el juicio. Mientras tanto, el consulado mantenía un bajo perfil en el asunto, aparentemente desconcertado sobre los pasos que podían o debían darse en favor de Pompa. Cuando el acusado llegó a juicio, *El Herald* se instituyó en su más decidido partidario, mientras el consulado no ofrecía sino un tibio apoyo a la campaña. Fue hasta que el jurado sentenció a muerte a Pompa y lo trasladaron a las instalaciones de San Quentin cuando el cónsul mexicano en Los Ángeles hizo su primera declaración pública en defensa del hombre condenado.<sup>115</sup>

<sup>113</sup> *Ibid.*, 19 de octubre de 1923.

<sup>114</sup> *Ibid.*, 5 de abril de 1923.

<sup>115</sup> *Ibid.*, 8 de abril de 1923.

Juan de Heras, editor de *El Herald*o, intensificó la campaña para liberar a Pompa organizando una petición a su favor en todo el estado. En Los Ángeles, algunos de sus defensores criticaron el plan argumentando que sólo la intervención personal del presidente de México, Obregón, podía salvar a Pompa. La Sociedad Melchor Ocampo, asociación voluntaria de Los Ángeles, presionó al consulado en un esfuerzo para que obtuviera el apoyo de Obregón. Durante la última semana de enero de 1924, el presidente Obregón apeló ante el gobernador de California Friend W. Richardson para que perdonara a Pompa, solicitud que muchos mexicanos creían era la única esperanza para salvarle la vida.<sup>116</sup> Mientras el gobernador Richardson estudiaba la apelación, *El Herald*o informó a sus lectores que se habían recolectado 12 915 firmas en una petición que se enviaría al gobernador en favor de Pompa. Mientras los líderes en Los Ángeles se preparaban para enviar la apelación, se enteraron de que Pompa había sido ejecutado.<sup>117</sup> El golpe que produjo la noticia de la ejecución fue tremendo, dada la excitación y el optimismo que había generado la intervención del presidente Obregón y el tremendo éxito de la petición. La negativa del gobernador Richardson a suspender la ejecución no llegó a tiempo para que los editores de *El Herald*o la publicaran y la muerte de Pompa tomó a la comunidad por sorpresa.

La muerte de Pompa enojó a los mexicanos en todo el estado, y sus seguidores se sintieron naturalmente traicionados. Cuando su cuerpo fue llevado a Los Ángeles, miles se reunieron para darle la despedida.<sup>118</sup> En un corrido, compuesto inmediatamente después de su muerte, se atribuyen estas palabras al joven mexicano:

Adiós, amigos, adiós mi pueblo,  
Querida madre, no llores más,  
Dile a mi raza que ya no venga,  
Porque aquí sufrirán  
No hay piedad en este lugar.<sup>119</sup>

<sup>116</sup> *Ibid.*, 3 de enero de 1924; *ibid.*, 23 de enero de 1924.

<sup>117</sup> *Ibid.*, 29 de enero de 1924; 28 de febrero de 1924.

<sup>118</sup> *Ibid.*, 8 de marzo de 1924.

<sup>119</sup> Gamio, *Mexican Immigration to the United States...*, 104.

## VI

El papel de las organizaciones de inmigrantes en las comunidades estadounidenses fue analizado desde diversas perspectivas por varios académicos en el siglo pasado. Estudios recientes sugieren que las organizaciones de ayuda mutua y las asociaciones de voluntarios en favor de los inmigrantes de hecho promovieron la asimilación más que dificultarla. Quienes siguen esta línea de pensamiento argumentan, en esencia, que las organizaciones étnicas hicieron posible que los inmigrantes se adaptaran más fácilmente a su nuevo ambiente. No obstante, la historia de numerosas organizaciones de este tipo en la comunidad mexicana de Los Ángeles no cuadra con esta interpretación. Al parecer las organizaciones jugaron un papel insignificante en la asimilación durante el periodo de 1900 a 1930. Los pocos estudios tempranos relativos a los residentes mexicanos del siglo xx confirman la baja asimilación de este grupo, la cual ha sido estudiada a partir de los matrimonios, la naturalización y la aparente cohesión de sus comunidades étnicas. Emory Bogardus, Manuel Gamio y Paul S. Taylor concluyen que la tasa de integración tanto en las áreas rurales como en las urbanas, durante la segunda y la tercera décadas de este siglo, fue significativamente más baja entre los mexicanos que entre los europeos.<sup>120</sup>

En su fundamental estudio sobre la asimilación a la sociedad estadounidense, Milton M. Gordon estudió a negros, judíos, católicos y protestantes blancos. Si bien excluyó a los mexicanos de su análisis general, se refirió brevemente a ellos sugiriendo que muchos factores hicieron que el proceso de aculturación fuera algo único para los negros, indios y mexicanos, puesto que en el caso de los negros y de los mexicanos que se desplazaron a las áreas urbanas, observó Gordon, el proceso de aculturación se retardó “debido a la dimensión masiva e intensidad del prejuicio y por la consecuente discriminación” de que eran

<sup>120</sup> Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, 74-80; ídem, “Second Generation Mexicans”, *Sociology and Social Research* 13 (enero-febrero de 1929): 276-283; Manuel Gamio, *The Mexican Immigrant: His Life Story* (Chicago: University of Chicago, 1931); Gamio, *Mexican Immigration to The United States*; Paul S. Taylor, *Mexican Labor in The United States: Imperial Valley*, University of California Publications in Economics 6, no. 1 (Berkeley, 1928); ídem, “More Bars against Mexicans”, *Survey* 44 (abril de 1930): 26-27.

objeto. En cuanto a los mexicanos, y a veces en cuanto a los indios, subrayó, la diferencia del idioma presentó problemas adicionales.<sup>121</sup>

Una revisión de las tasas de naturalización y de matrimonios interraciales de los mexicanos inmigrantes en Los Ángeles durante el periodo de 1917 a 1930 proporciona una idea sobre su nivel de su asimilación. El censo de 1920 muestra que, entre todos los grupos étnicos en California, los mexicanos tenían la tasa más baja de naturalización. De un total de 60 546 mexicanos que vivían en el estado, 88.9 por ciento había mantenido su condición de extranjeros. Hacia 1920, sólo 5 por ciento (3 008) se había convertido en ciudadanos estadounidenses, mientras que menos de 1 por ciento (471) había obtenido los papeles (*first papers*). En contraste, los inmigrantes italianos alcanzaban la cifra de 80 179 en 1920, y su tasa de naturalización era significativamente mayor que la de los mexicanos. Un poco más de la cuarta parte de los italianos se había convertido en ciudadanos estadounidenses, mientras que la décima parte había obtenido sus papeles.<sup>122</sup> Un estudio encargado en 1930 por el gobernador de California, C.C. Young, informó que mientras Los Ángeles encabezaba al estado con 149 ciudadanos naturalizados de origen mexicano, el promedio de años de residencia antes de la solicitud era de 14.8. A escala nacional, solamente 3.3 por ciento de los mexicanos de 21 años o mayores se había naturalizado, en comparación con 47.8 por ciento de todos los nacidos en el extranjero. De hecho hacia 1920, sólo 47.2 por ciento de los nacidos en el extranjero de ambos sexos de todas las edades habían obtenido sus papeles de naturalización.<sup>123</sup>

El pastor G. Bromley Oxnam de la Iglesia de Todas las Naciones (Church of All Nations), de Los Ángeles, llevó a cabo una encuesta en 1920, la cual reveló una tasa de naturalización de 23 por ciento entre los mexicanos. Aun cuando ésta era sustancialmente superior a la que arrojaban los censos del mismo año, tal cifra, concluyó Oxnam, sigue “indicando que el mexicano no tiene interés en convertirse en un ciudadano”.<sup>124</sup>

<sup>121</sup> Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life* (Nueva York: Oxford University Press, 1964), 108.

<sup>122</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census, 1920*, vol. 2: *Population*, 801-888.

<sup>123</sup> *Mexicans in California...*, 72-73.

<sup>124</sup> G. Bromley Oxnam, *The Mexican in Los Angeles: Los Angeles City Survey* (Los Ángeles: Interchurch World Movement of North America, 1920), 22.

La Comisión de Naturalización del Departamento del Trabajo de Estados Unidos realizó otras investigaciones sobre la tasa de naturalización en 1923 y en 1928. Las cifras de 1928 muestran que sólo 0.1 por ciento —o 497 mexicanos— había sido admitido como ciudadanos en Estados Unidos durante los cinco años previos. En el mismo periodo, 179 699 italianos se convirtieron en ciudadanos. Incluso los inmigrantes de América Central y de Sudamérica, que constituían una proporción mucho menor de la inmigración latinoamericana, se convirtieron en ciudadanos estadounidenses en proporciones mayores que los mexicanos. Durante el periodo de 1923 a 1928, 1 307 inmigrantes nacidos en esas regiones formularon solicitudes y recibieron sus documentos de ciudadanía. La evidencia demuestra claramente que, en el periodo anterior a 1930, los mexicanos estaban significativamente por debajo de los otros grupos en cuanto a la obtención de la ciudadanía estadounidense.<sup>125</sup>

Otro importante indicador de asimilación que proponen los científicos sociales es el matrimonio interracial. Si este indicador es válido, entonces el proceso de integración de los mexicanos había comenzado en 1917, aunque todavía tenía que alcanzar proporciones significativas. Constantine Panunzio, profesora de economía de la Universidad de California, llevó a cabo la más amplia investigación para revisar la tasa de matrimonios interraciales en Los Ángeles durante los veinte. Panunzio y sus asistentes revisaron las licencias de matrimonio de ese estado durante el periodo de 1924 a 1933 y trabajaron con un total de 170 636 solicitudes. Panunzio tenía interés en las tasas de matrimonio interracial de blancos, asiáticos, mexicanos y negros. Los mexicanos constituían el grupo étnico más grande del país, sumando 167 024 personas, o 76 de cada mil, de la población del condado. De un total de 11 016 matrimonios, en el que al menos uno de los contrayentes era mexicano, encontró enlaces con blancos a un nivel de 116 por cada mil.<sup>126</sup>

<sup>125</sup> *Mexicans in California...*, 62.

<sup>126</sup> Constantine Panunzio, "Intermarriage in Los Angeles, 1924-33", *American Journal of Sociology* 47 (marzo de 1942): 692-693. Un análisis más moderno es el que proporcionan Edward Murguía y W. Parker Frisbie, "Trends in Mexican American Intermarriage: Recent Findings in Perspective", *Social Science Quarterly* 58 (diciembre de 1977): 374-389.

Un estudio de los registros matrimoniales de 1917 y de 1918 revela un nivel un poco más alto de exogamia. El número total de individuos que se casaron en esos dos años fue menor al promedio anual del estudio de Panunzio, tal vez como resultado de la alta proporción de hombres que estaban en aquellos tiempos enrolados en las fuerzas armadas. Además, durante esos dos años, un total de 14 951 personas obtuvieron licencias matrimoniales. En este grupo, había 660 mexicanos, de los cuales un total de cincuenta era entre hombres mexicanos y mujeres no mexicanas. Así, de 660 matrimonios, 147 eran mixtos, o 222 de cada mil.<sup>127</sup>

La cohesión étnica de la comunidad mexicana ilustra también la lenta tasa de asimilación de este grupo. Observadores y académicos contemporáneos, interesados en la colonia mexicana, dan testimonio de la persistencia de la cultura y la tradición mexicanas en los barrios de Los Ángeles. En una encuesta de Evangeline Hymer, 55 por ciento de los mexicanos interrogados declaró que lo consideraba una “obligación para seguir siendo fieles a México, mientras que menos de un tercio respondió que esperaba vivir permanentemente en Estados Unidos”.<sup>128</sup> En efecto, la presencia misma de la colonia en Los Ángeles durante la década de los veinte en un momento cuando otras colonias étnicas desaparecían o perdían sus características étnicas sugiere el fuerte sedimento de solidaridad racial. El lento ingreso de los mexicanos en el “crisol de razas” impulsó a un académico a escribir: “Se afirma comúnmente que el mexicano es el más difícil de asimilarse a cualquier grupo racial, y ciertamente se naturaliza con la menor frecuencia y se mantiene apartado de los estadounidenses”.<sup>129</sup> Así, conforme crecía su colonia en el lado este, la necesidad de los mexicanos de interactuar con los residentes angloamericanos de la ciudad se relajó o disminuyó. La colonia se aisló rápidamente desde el punto de vista social y cultural y aumentaron las oportunidades de los mexicanos para vivir sólo con una mínima relación con las instituciones estadounidenses.

<sup>127</sup> Datos obtenidos entre 1917 y 1918 de registros matrimoniales en Los Ángeles.

<sup>128</sup> Hymer, “A Study of the Social Attitudes...”.

<sup>129</sup> Herman Feldman, *Racial Factors in American Industry* (Nueva York: Harper and Brothers, 1931), 121.



La lenta asimilación de los mexicanos en Los Ángeles, como lo muestran las bajas tasas de naturalización, llegó a convertirse en un problema para la comunidad. Cuando la Gran Depresión afectó a Estados Unidos, California —entonces uno de los estados más poblados de la unión— se vio drásticamente afectado. Además, al principio, los funcionarios públicos diagnosticaron incorrectamente el problema y se ocuparon de los síntomas en lugar de lidiar con las causas de la Depresión. El presidente Hoover culpó a los mexicanos del alto desempleo, responsabilizándolos de quitar el trabajo a los estadounidenses.<sup>130</sup> La crisis de desempleo supuso hordas de migrantes hacia California, lo que se convirtió en una carga adicional para el mercado del trabajo. El pánico hizo presa de la colonia de Los Ángeles, que hacia 1930 era la capital no oficial de México en Estados Unidos. Los mexicanos, pobremente organizados en términos políticos, altamente visibles en comunidades segregadas y mal comprendidos social y culturalmente, se convirtieron en el blanco de las redadas migratorias que afectaron la vida de cuando menos una de cada tres familias mexicanas.<sup>131</sup> A pesar de que hubo deportaciones de mexicanos en numerosas ciudades, Los Ángeles se convirtió en la primera ciudad en emplear fondos fiscales locales y federales para repatriar a los mexicanos.<sup>132</sup> Hacia 1935, habían sido repatriados quinientos mil en toda la nación; de los cuales la mayor parte había residido en la “ciudad de Los Ángeles”. Así, para una clase de inmigrantes que había sido bienvenida sólo una década antes por los industriales de la ciudad, una era llegaba a su fin.

<sup>130</sup> La posición de Hoover fue expuesta en foro público por su secretario de Trabajo, William N. Doak. Véase Gardner Jackson, “Doak the Deportation Chief”, *Nation* 18 (marzo de 1931): 295-296; y Roy L. Garis, “The Mexicanization of American Business”, *Saturday Evening Post*, no. 8 (febrero de 1930): 46.

<sup>131</sup> Véase Robert N. McLean, “Goodbye, Vicente”, *Survey* 66, 1 de mayo de 1931, 182-183, 195; Carey McWilliams, “Getting Rid of the Mexican”, *American Mercury* 28 (marzo de 1933): 322-324; Abraham Hoffman, “Mexican Repatriation Statistics: Some Suggested Alternatives to Carey McWilliams”, *Western Historical Quarterly* 3 (octubre de 1972): 391-404.

<sup>132</sup> Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation Pressures, 1929-1939* (Tucson: University of Arizona Press, 1974).



## Epílogo: East Los Angeles desde 1930

El CL Aniversario de la Fundación de Los Ángeles, que se llevó a cabo en septiembre de 1931, se distinguió por las fiestas organizadas por la Cámara de Comercio y la industria cinematográfica, así como por la ceremonia de inauguración a cargo de un representante papal. Al menos, durante unos cuantos días, las actividades fueron todo un éxito, tal como lo señaló un comentarista al mostrar “el país en el que nosotros, en el sur de California, nos negamos a reconocer que haya depresión”.<sup>1</sup> No obstante, las festividades fueron sólo el preámbulo para una expresión más elaborada del orgullo cívico: los Juegos Olímpicos de 1932.

Sin embargo, el éxito de estos eventos no disminuyó el impacto de la Depresión en Los Ángeles. Ya previamente se habían vislumbrado algunos signos de la debacle económica que se avecinaría con el colapso del repunte inmobiliario en los nuevos distritos de comercio y empresariales en la zona oeste<sup>2</sup> y el periodista James H. Collins reconoció en 1930 que “los trabajos escaseaban y se intentaba conseguirlos afanosamente”, pero, arribó a la conclusión de que si un recién llegado “no puede conseguir trabajo en una fábrica, cambiará a un giro comercial, se transformará en carpintero o manejará un camión o será un operador de bomba en una gasolinera”.<sup>3</sup> Collins era un poco optimista, pues en Los Ángeles incluso esos trabajos eran difíciles de conseguir.

<sup>1</sup> James Allen Geissinger, “Los Angeles in Festive Spirit”, *Christian Century* 48, 7 de octubre de 1931, 1259.

<sup>2</sup> Earl Pomeroy, *The Pacific Slope: A History of California, Oregon, Washington, Idaho, Utah, and Nevada* (Seattle: University of Washington Press, 1965), 296.

<sup>3</sup> James H. Collins, “Los Angeles Grows by a Formula”, *Southern California Business* 12 (septiembre de 1933): 19; véase también Walter J. Stein, *California and the Dust Bowl Migration* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1973).

En los veinte, promover la ciudad de Los Ángeles en el resto de la nación había resultado atractivo para los funcionarios públicos de la ciudad, sin embargo conforme decayó la producción industrial y cientos de plantas productivas cerraron sus puertas, los californianos del sur se mostraron cada vez menos entusiastas con las futuras inmigraciones e incluso tomaron medidas en contra de la inmigración.

Durante la década de los veinte, algunos ciudadanos y funcionarios públicos patrocinaban una campaña nacional en la prensa y en el Congreso en contra del empleo de trabajadores mexicanos inmigrantes. Aun los californianos del sur, quienes por años habían recibido de buena gana al trabajador mexicano, empezaron a perder su entusiasmo en la medida en que la parálisis económica afectaba la región. Académicos, líderes sindicales, trabajadores sociales y líderes religiosos debatieron el asunto de la inmigración mexicana a fines de los veinte y principios de los treinta. Influyentes integrantes del Commonwealth Club de San Francisco escucharon a los oradores caracterizar a los trabajadores mexicanos como un peligro para los estándares de salud del estado.

Los mexicanos parecían ahora inaceptables racialmente y se decía que constituían una seria amenaza para los valores democráticos de la nación. Samuel J. Holmes, zoólogo de la Universidad de California, campus Berkeley, articuló los sentimientos antimexicanos cuando hizo notar que representaban una población de “bajo nivel social, económico e intelectual, por lo que constituían una amenaza desde el punto de vista de la salud pública”. Permitir que continúe la irrestricta inmigración, advirtió, “significará sin duda alguna desplazar en el oeste a los trabajadores nacidos en Estados Unidos de todas las industrias”.<sup>4</sup> En la década de la Depresión, esta actitud desembocaría en planes para detener la inmigración mexicana y para sacar a los migrantes mexicanos que ya se encontraban en Los Ángeles.

Como muchos ciudadanos lo percibieron, el principal valor de los mexicanos había sido constituir una fuerza de trabajo barata. Con la Depresión, la bolsa de trabajo se agotó y los empleadores dejaron de necesitar trabajadores no calificados. Hacia 1930, miles de mexicanos

<sup>4</sup> Samuel J. Holmes, “An Argument Against Mexican Immigration”, *Commonwealth Club of California Transactions* 23 (marzo de 1926): 23, 26.

habían abandonado Los Ángeles para volver a México o dirigirse a otras partes en busca de trabajo. En 1931, el inspector consular mexicano, Enrique A. González, visitó la zona para evaluar las consecuencias de la Depresión en las familias mexicanas. En cada distrito, González observó un alto nivel de desempleo, del rango de 20 a 50 por ciento, “siendo este último porcentaje el más común”.<sup>5</sup> Harold Fields, en un texto para *Social Forces*, hizo notar que los californianos utilizaron “la presión social y amenazas de violencia” en contra de los empleadores “que contrataban mexicanos en lugar de estadounidenses desempleados”.<sup>6</sup> Así, sin trabajo o subempleados, los mexicanos del lado este enfrentaron una difícil situación económica y social durante la década de los treinta. En los comedores de asistencia y en las casas de caridad, encontraron miradas llenas de hostilidad y rechazo.

Los angelinos trataron de resolver los problemas de desempleo a través de un programa de deportación diseñado para repatriar a los mexicanos que no estuvieron trabajando. La Cámara de Comercio de Los Ángeles, que había celebrado la presencia de los mexicanos durante las décadas de los diez y los veinte, urgió a los funcionarios de migración a emprender un agresivo “programa de deportación e incluso ofreció pagar el costo de los pasajes de vuelta a la frontera”.<sup>7</sup> Preocupado por el programa de repatriación, Carey McWilliams escribió: “Uno se pregunta qué ha pasado con todos los programas de americanización del año pasado. La Cámara de Comercio ha sido forzada a hacer un pronunciamiento para asegurar a las autoridades mexicanas que la comunidad no es hostil en sentido alguno con el trabajador mexicano y que la repatriación es una política designada exclusivamente para aliviar al desposeído”.<sup>8</sup> Los funcionarios de Los Ángeles hicieron arreglos con la compañía Southern Pacific “para embarcar a los mexicanos de vuelta a México a un precio por mayo-

<sup>5</sup> Lawrence A. Cardoso, *Mexican Emigration to the United States, 1897-1931: Socio-Economic Patterns* (Tucson: University of Arizona Press, 1980), 145.

<sup>6</sup> Harold Fields, “Where Shall the Alien Work?”, *Social Forces* 12 (diciembre de 1933): 213-214.

<sup>7</sup> Cardoso, *Mexican Emigration...*, 147; véase también Abraham Hoffman, “Stimulus to Repatriation: The 1931 Federal Deportation Drive and the Los Angeles Mexican Community”, *Pacific Historical Review* 42 (mayo de 1973): 205-219.

<sup>8</sup> Carey McWilliams, “Getting Rid of the Mexican”, *American Mercury* 28 (marzo de 1933): 323.

reo, por cabeza, de 14.70 dólares”.<sup>9</sup> Charles Visel, coordinador del Comité Ciudadano de Los Ángeles para la Coordinación de Ayuda al Desempleo, alabó a las autoridades federales de inmigración por su “eficiencia, agresividad e inventiva” en el manejo de la deportación de mexicanos que habían violado las leyes estadounidenses.<sup>10</sup> Reconociendo que muchos de los mexicanos habían ingresado a Estados Unidos de manera legal y que el desempleo por el que atravesaban no los convertía en infractores de ley alguna, los funcionarios y la prensa de Los Ángeles “se congratularon de los esfuerzos de deportación del gobierno”, lo que llevó a un director de inmigración del distrito de Los Ángeles a observar que miles de mexicanos “habían sido literalmente sacados del sur de California”.<sup>11</sup> En total, casi quinientos mil mexicanos, la mayoría nacidos en México, aunque muchos en Estados Unidos, partieron hacia México en la década de los treinta.<sup>12</sup>

Sin embargo, la segunda guerra mundial revolucionó muchos de los aspectos de la vida económica y social en East Los Angeles. Hacia el verano de 1942, muchas casas del barrio desplegaron en sus ventanas frontales banderas estadounidenses, signo que denotaba que uno de los miembros de la familia portaba uniforme militar. Un número estimado de cuatrocientos mil a quinientos mil mexicanos de toda la nación se unieron a las fuerzas armadas durante la guerra y, de todas las comunidades, Los Ángeles contribuyó con el porcentaje más alto.<sup>13</sup> La participación de la mayoría de la fuerza laboral masculina de la comunidad del lado este abrió nuevas oportunidades de trabajo para las mujeres en las industrias de guerra, especialmente en las textiles, de aviación, de construcción de barcos

<sup>9</sup> Carey McWilliams, *Southern California: An Island on the Land* (Nueva York: Duell, Sloan, and Pearce, 1946), 317.

<sup>10</sup> Citado por Cardoso, *Mexican Emigration...*, 146-147.

<sup>11</sup> Citado por Mark Reisler, *By the Sweat of their Brow: Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1976), 231.

<sup>12</sup> Abraham Hoffman, “Mexican Repatriation Statistics: Some Suggested Alternatives to Carey McWilliams”, *Western Historical Quarterly* 3 (octubre de 1972): 391-404.

<sup>13</sup> Robin Fitzgerald Scott, “The Mexican-American in the Los Angeles Area, 1920-1950: From Acquiescence to Activity” (tesis de doctorado, Los Ángeles, University of Southern California, 1971), 156, 195. Véase también Rodolfo Acuña, *Occupied America: A History of Chicanos* (Nueva York: Harper and Row, 1981), 323.

y en las plantas procesadoras de alimentos. Las mujeres contribuyeron también al esfuerzo militar plantando “jardines de la victoria” y haciéndose cargo de todas las responsabilidades del hogar. Los autores y los investigadores que estudiaron el barrio de East Los Angeles durante los primeros años de la guerra utilizaron una nueva clasificación para el grupo: “mexicoamericanos”.<sup>14</sup> Educados en Estados Unidos, la segunda generación hablaba inglés mejor que español y más importante aún, se consideraban a sí mismos mexicoamericanos más que mexicanos, aunque había un pequeño grupo que objetaba ambos términos.

Si el barrio parecía tener las características de un gigantesco depósito ferroviario durante los años de la guerra fue, en gran parte, porque la Marina ubicó a miles de nuevos reclutas en un campo en Chávez Ravine, el cual estaba junto al lado este. El confinamiento de los niponamericanos en 1942 produjo un desplazamiento adicional de personas, pues muchos de éstos, que fueron forzados a deshacerse de sus casas, a vender sus pertenencias y a abordar trenes de pasajeros en los depósitos cercanos, eran vecinos de los residentes del barrio. Así, como resultado de un acuerdo entre México y Estados Unidos en 1942, más de cien mil braceros llegaron a California a sustituir la fuerza de trabajo que se había perdido por el éxodo de los trabajadores rurales mexicoamericanos y niponamericanos. A lo largo de todo el primer año del Programa Bracero, 73 por ciento de todos los contratados para trabajar en Estados Unidos lo hizo en California.<sup>15</sup> Los Ángeles se convirtió en uno de los principales destinos y puntos de distribución de braceros, muchos de los cuales se convirtieron en trabajadores del ferrocarril.

Una nación en guerra es capaz tanto de ignorar los asuntos internos como de mostrar intolerancia hacia cualquier comportamiento no tradicional. Fue el caso a fines de los años treinta y el inicio de los cuarenta en East Los Angeles, donde emergió una silenciosa rebelión en contra de los valores y el estilo de vida estadounidenses. Los jóve-

<sup>14</sup> Véase, por ejemplo, Daniel L. Schorr, “Reconverting Mexican Americans”, *New Republic* 30 (septiembre de 1946): 412-413.

<sup>15</sup> Daniel Martínez, “The Impact of the Bracero Programs on a Southern California Mexican American Community: A Field Study of Cucamonga, California” (tesis de maestría, Claremont Graduate School, 1958), 17.

nes integrantes de la segunda generación de mexicoamericanos, quienes fueron las principales figuras de esta rebelión, manifestaron su ruptura con la sociedad integrando pandillas o “bandas”. Carey McWilliams, notable autor y abogado, señaló que estos individuos, “rechazados por las escuelas y por la comunidad” habían “sido obligados a sentir que no pertenecían, que eran mexicanos, no estadounidenses y que nunca serían aceptados como iguales”.<sup>16</sup> Una escasa escolaridad y problemas con la justicia impidieron que muchos se unieran a las fuerzas armadas, mientras los prejuicios les negaron igualdad de oportunidades en el sector laboral. Los primeros integrantes de las pandillas de esta época eran reconocibles por el estilo de su vestimenta, por emplear palabras coloquiales en inglés y en español, o una mezcla de ambas, y por tener tatuajes en manos y brazos. A principios de los cuarenta, empezaron a utilizar trajes llamativos, cortes de pelo como colas de pato y zapatos puntiagudos. Muchos de ellos pasaban el tiempo en las salas de billar y se reunían los fines de semana en los salones de baile locales. Se llamaban a sí mismos “chucos”, abreviatura de la palabra pachuco. La policía y la prensa prefería llamarles rufianes o *zoot suiters*.<sup>17</sup>

Las relaciones entre los jóvenes del barrio este y las autoridades policiacas habían dejado mucho que desear incluso antes de que fuera encontrado el cuerpo de José Díaz, el 2 de agosto de 1942, en una poza para nadar del barrio conocida como “Sleepy Lagoon”. Y aunque se determinó la verdadera causa de la muerte, se reportó la presencia de los integrantes de la pandilla de la Calle 38 en la vecindad la noche de la muerte de Díaz. La policía arrestó a 22 miembros de la pandilla, acusándolos de conspiración para cometer un asesinato. El proceso colectivo que se les realizó, sin precedente en la historia judicial de Estados Unidos, ganó la atención nacional y generó nuevos sentimientos antimexicanos en la comunidad de Los Ángeles. El capitán Ed Durán Ayres de la Oficina de Relaciones Exteriores del Departamento de Policía de Los Ángeles (Foreign Relations Bureau of the Los Angeles Police Department) dio testimonio de

<sup>16</sup> McWilliams, *Southern California...*, 318.

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, Carey McWilliams, “Los Angeles’ Pachuco Gangs”, *New Republic* 18 (enero de 1943): 76-77; Gene L. Coon, “Pachuco”, *Common Ground* 8 (primavera de 1948): 49-52.



que “mientras los angloamericanos pelean con los puños, los mexicanos generalmente prefieren matar o al menos hacer que corra sangre”. La corte encontró culpables de homicidio en primer grado a tres de los acusados y los sentenció a cumplir diversas condenas en la prisión de San Quintín; otros nueve fueron culpados de homicidio en segundo grado; otros dos de asalto; y cinco más fueron sentenciados por delitos menores. Algunos de ellos cumplieron su condena en la prisión del Condado de Los Ángeles y cinco fueron exonerados de todos los cargos. La comunidad de East Los Angeles organizó el Comité de Defensa de Sleepy Lagoon y las sentencias fueron apeladas. La Corte de Distrito de Los Ángeles encontró violaciones en los procesos por parcialidad en contra de los acusados y modificó las sentencias. El 4 de octubre de 1944, todos los acusados que permanecían en la cárcel fueron puestos en libertad como resultado de las apelaciones en contra de las sentencias condenatorias.<sup>18</sup>

El regocijo que siguió duró poco, puesto que los jóvenes del lado este pronto se metieron en problemas con soldados y marineros que estaban en la ciudad. El origen de “los disturbios de los pachucos” que ocurrieron en Los Ángeles durante la primera semana de junio de 1943 nunca ha sido aclarado. Los jóvenes mexicoamericanos se enfrentaron con miembros de las fuerzas armadas en numerosas ocasiones en la sección del centro de Los Ángeles y la prensa fue virulenta en su descripción de las actividades de las pandillas.<sup>19</sup> Los soldados de los campos militares consideraban a los jóvenes del barrio como “conscriptos evasores”. Los mexicoamericanos resintieron el constante tráfico de soldados y marinos en su comunidad. Una confrontación de considerables proporciones inició la tarde del 3 de junio de 1943, cuando unos marineros en busca de pleito con integrantes de una pandilla de mexicanos atacaron a varios de ellos cerca de un salón de baile en Venice. Rumores en el sentido de que los matones mexicanos habían iniciado la pelea atrajeron esa noche a cientos de infantes de la Marina y marineros al barrio y a la sección del centro de Los Ángeles. En los siguientes días continuaron

<sup>18</sup> Scott, “The Mexican-American in the Los Angeles Area...”, 222-226.

<sup>19</sup> Mauricio Mazón, “Social Upheaval in World War II: «Zoot-Suiters» and Servicemen in Los Angeles, 1943” (tesis de doctorado, UCLA, 1976), 60-91.

las peleas. Los pachucos fueron golpeados y su ropa quedó hecha jirones. Las hordas, que crecían cada noche, marcharon hacia la zona del centro en busca de pachucos, aunque en el camino también atacaron a negros y filipinos. En un teatro, la muchedumbre irrumpió en el edificio, apagó las luces y arrastró hacia afuera a las personas que consideraron mexicoamericanos. Los disturbios terminaron cuando los oficiales que comandaban las bases locales de la zona acordonaron la sección del centro y el barrio. Esto ocurrió sólo después de que el gobierno mexicano presionó a los funcionarios de Washington para que sofocaran los disturbios, y el Departamento de Estado, el cual estaba al tanto de la negativa atención internacional que los disturbios estaban recibiendo, ordenó a la Marina y al cuerpo de infantes de la Marina que actuaran, dado que todo indicaba que los funcionarios locales de Los Ángeles no lo harían.<sup>20</sup>

Los mexicoamericanos constituyeron una quinta parte del total de bajas de Los Ángeles durante la segunda guerra mundial, a pesar de que no representaban sino sólo una décima parte de la población de la ciudad. Algunos de los soldados regresaron al barrio como héroes. El soldado raso José Martínez, quien murió en Filipinas, fue reconocido por la Legión Estadunidense, la cual puso su nombre a una plaza. En toda la nación, los mexicoamericanos regresaron como el grupo étnico más condecorado en las fuerzas armadas, al ganar 17 medallas de honor,<sup>21</sup> y quienes no recibieron preseas a menudo salieron ganando por otras vías, gracias a su experiencia en el servicio. Pronto, muchos aplicaron las destrezas aprendidas mientras vestían el uniforme de la vida civil.

Cuando los mexicoamericanos que estuvieron en servicio regresaron, descubrieron que el lado este había sufrido profundos cambios. El caso de la Sleepy Lagoon y los “disturbios de los pachucos” estaban frescos todavía en la mente de la mayoría de los residen-

<sup>20</sup> Ruth D. Tuck, “Behind the Zoot-Suit Riots”, *Survey Graphic* 32 (agosto de 1943): 313; “Zoot-Suits and Service Stripes”, *Newsweek* 21, 21 de junio de 1943, 35-36; Marily Domer, “The Zoot-Suit Riot: A Culmination of Social Tensions in Los Angeles” (tesis de maestría, Claremont Graduate School, 1955); Emory S. Bogardus, “Gangs of Mexican American Youth”, *Sociology and Social Research* 28 (septiembre-octubre de 1943): 55-66.

<sup>21</sup> Raúl Morin, *Among the Valiant: Mexican-Americans in WW II and Korea* (Alhambra, Calif.: Borden Publishing, 1966), 54-56, 11.

tes, del mismo modo que la reclusión de los niponamericanos de las comunidades vecinas. La defensa de los jóvenes mexicoamericanos involucrados en el caso de la Sleepy Lagoon había desatado una nueva conciencia política entre los residentes del lado este. Este nuevo despertar político se hizo patente cuando treinta residentes de East Los Angeles crearon la Organización de Servicio Comunitario (Community Service Organization, cso). A diferencia de las asociaciones mutualistas o voluntarias de las generaciones anteriores, el cso no reclamó lealtad alguna a México ni sus integrantes asignaron el papel de líder al cónsul mexicano local. Uno de sus primeros líderes fue Edward Roybal, universitario graduado y veterano de la segunda guerra mundial.<sup>22</sup>

Sin duda alguna, los veteranos mexicoamericanos dieron a la comunidad del lado este un nuevo perfil político en los años inmediatamente posteriores a la guerra. El viejo clima político empezó a cambiar con la persistencia de los veteranos al cuestionar las prácticas de la jurisprudencia de Jim Crow y otras prácticas discriminatorias.<sup>23</sup> En Los Ángeles, como en todo el suroeste, cuando se negaba el servicio en un restaurante o el entierro en el cementerio local a un veterano o a un héroe de guerra de origen mexicano, era muy probable que la prensa diera alguna cobertura al hecho. Los veteranos se indignaban por estos sucesos; sentían que merecían un mejor trato por haber defendido el país. En East Los Angeles, algunos de ellos formaron un capítulo del Foro Estadunidense de los Miembros de las Fuerzas Armadas (American GI Forum), organización mexicoamericana fundada originalmente en Texas por veteranos de la segunda guerra mundial.

En la Liga de Ciudadanos Unidos Latinoamericanos (League of United Latin American Citizens, LULAC), los residentes del barrio de Los Ángeles y comunidades vecinas encontraron un aliado en el combate a la segregación de los niños en las escuelas públicas. Los padres de familia de diversas comunidades del sur de California se unieron

<sup>22</sup> Beatrice W. Griffith, "Viva Roybal-Viva América", *Common Ground* 10 (otoño de 1949): 61-70.

<sup>23</sup> Miguel David Tirado, "Mexican American Community Political Organization: The Key to Chicano Political Power", *Aztlán: Chicano Journal of the Social Sciences and the Arts* I (primavera de 1970): 64-66.

en 1945 para demandar al distrito escolar de Westminster por haber colocado a sus hijos en salones segregados. Los padres ganaron su demanda en la corte y tuvieron otra victoria adicional el 14 de junio de 1946, cuando el gobernador Earl Warren decretó una ley en contra de los últimos estatutos de segregación escolar en el Código de Educación de California.<sup>24</sup> A pesar de que el caso pudo haber sentado un importante precedente para otros estados, la resolución de la corte seguía teniendo limitaciones, puesto que no tenía impacto de facto en la segregación que prevalecía en las comunidades del barrio, como East Los Angeles. No obstante, fue un importante primer paso para los mexicoamericanos.

Los años de la posguerra estuvieron marcados también por un creciente activismo orientado a lograr la representación política local, servicios y mejoras ciudadanos y equidad en el sistema judicial. Durante una contienda política en 1946, Edward Roybal hizo campaña en favor del mejoramiento de las calles y de las instalaciones recreativas de la comunidad y para poner alto a la persecución policiaca de los jóvenes. Y si bien perdió la contienda, la experiencia lo preparó para la campaña de 1949, la cual sí ganó. Su victoria lo convirtió en el primer mexicoamericano en ocupar un cargo público en el Ayuntamiento desde 1881. Otros veteranos que regresaron de la guerra, como Julian Nava, quien después sería el primer mexicoamericano designado embajador de Estados Unidos en México, también asistieron a las universidades bajo la ley militar. Nava, cuyos padres habían escapado por poco a la repatriación de los años treinta, inició sus estudios universitarios en el cercano Pomona College y más adelante obtuvo un doctorado en historia por la Universidad de Harvard. De esta generación de veteranos mexicoamericanos surgió una nueva clase de profesionales formados en universidades, entre los cuales había abogados, profesores, responsables de las personas con libertad condicional y médicos.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Charles Wollenberg, "Méndez v. Westminster: Race, Nationality, and Segregation in California Schools", *California Historical Quarterly* 53 (invierno de 1974): 317-333.

<sup>25</sup> Julian Nava y Bob Barger, *California: Five Centuries of Cultural Contrasts* (Beverly Hills: Glencoe Press, 1976), 363. Véase el prólogo de Nava a Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation Pressures, 1929-1939* (Tucson: University of Arizona Press, 1974), ix-xi; véase también Julian Samora y Patricia Vandel Simon, *A*

Hacia 1950, la mayor parte de los mexicoamericanos de la segunda generación, por decisión o como resultado de su exclusión de las comunidades angloamericanas, vivían en el lado este. A pesar de que, en 1948, el estado de California consideró ilegales los convenios restrictivos, los agentes inmobiliarios, los promotores de bienes raíces y las instituciones arrendadoras encontraron la manera de mantener a los mexicanos fuera de las comunidades angloamericanas. Un estudio de Eshref Shevky y Molly Levine, concluido en 1949, confirma la concentración de residentes mexicoamericanos, pues mostró que cerca de 75 por ciento de este grupo vivía en tres de las 29 demarcaciones del censo del sur de California. Casi la mitad vivía en East Los Angeles, particularmente en Belvedere, Boyle Heights, Chávez Ravine y Lincoln Heights, el núcleo de la población del lado este.<sup>26</sup> Cuando los mexicoamericanos salieron del centro del lado este, a menudo se desplazaron hacia comunidades más al este, como Monterey Park, Azusa y Alhambra.

Los residentes del barrio se enfrentaron a dos principales problemas durante la década de los cincuenta: discriminación en vivienda y empleo y la irrupción de viaductos y construcciones públicas en su comunidad. Bajo los auspicios de la renovación urbana, gigantescos removedores de tierra comenzaron a excavar East Los Angeles a mediados de los cincuenta. El viejo barrio de Chávez Ravine desaparecía así, víctima de la construcción de una nueva sede para los Dodgers de Los Ángeles. Molestos, los propietarios de inmuebles llevaron una disputa a la corte de la ciudad de Los Ángeles en un inútil intento por evitar que la organización de los Dodgers destruyera su vecindario.<sup>27</sup> Sin embargo, finalmente fueron desplazados y salieron de Ravine, con su espléndida vista del Ayuntamiento y del centro, para mudarse al sobrepoblado lado este. Su traslado coincidió con el flujo de miles de nuevos migrantes provenientes de Méxi-

---

*History of the Mexican-American People* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1977), 155-165.

<sup>26</sup> Eshref Shevky y Molly Levine, *Your Neighborhood: A Social Profile of Los Angeles* (Los Ángeles: Haynes Foundation, 1949), 10; Véase también Eshref Shevky y Marilyn Williams, *The Social Areas of Los Angeles: Analysis and Typology* (Berkeley: University of California Press, 1949), 55-60.

<sup>27</sup> Acuña, *Occupied America...*, 339-340.

co. Empujados al sur de California por las fuerzas económicas y auxiliados en su trayecto por la continuación del Programa Bracero, estos nuevos inmigrantes representaban la primera ola migratoria proveniente de México después de la guerra.

A fines de los cincuenta, comenzó la construcción masiva de vías rápidas que vinculaban las comunidades suburbanas angloamericanas con el corazón del distrito empresarial. Los altos pasos a desnivel y los ejes viales de seis carriles fraccionaron el lado este. Miles de residentes de Boyle Heights, Lincoln Heights, City Terrace y de las colonias circundantes fueron reubicados.<sup>28</sup> Tales ejes dividieron las colonias sin consideración a la lealtad de sus habitantes con sus iglesias, escuelas, negocios o familia. Los residentes, especialmente los jóvenes y los viejos, se fueron aislando cada vez más de las otras zonas de la ciudad, a medida que las masivas capas de asfalto y concreto gris eliminaban las líneas de trolebús y desordenaban el servicio de tráfico público. El tránsito cotidiano de cientos de miles de automóviles dejaba una gris nube de esmog sobre el lado este. Era muy raro el día en que los habitantes de ese sitio podían ver un pedacito de las montañas cercanas o el cielo del centro de la ciudad.

Con la migración masiva de mexicanos al sur de California durante los cincuenta y sesenta, Los Ángeles consolidó su posición como la capital mexicana de Estados Unidos. Muchos de los inmigrantes que se asentaron en Los Ángeles se integraron al estado dorado trabajando en los campos agrícolas de Imperial Valley o de San Joaquin Valley. El asombroso crecimiento industrial y comercial de Los Ángeles requería de un suministro constante de trabajadores de servicio no calificados o semicalificados. Hacia la década de los sesenta, “Los Ángeles se había convertido en el principal destino de los inmigrantes provenientes de México y de los mexicanos que venían de otras zonas del suroeste californiano”.<sup>29</sup> Mientras muchos fueron atraídos hacia la metrópoli por la perspectiva de un trabajo estable, otros llegaron debido a los altos salarios que se pagaban en Los Ángeles.

<sup>28</sup> Gilbert G. González, “Factors Relating to Property Ownership of Chicanos in Lincoln Heights, Los Angeles”, *Aztlán: Chicano Journal of the Social Sciences and the Arts* 2 (otoño de 1971): 107-144.

<sup>29</sup> Leo Grebler, Joan W. Moore y Ralph C. Guzman, *The Mexican-American People: The Nation's Second Largest Minority* (Nueva York: Free Press), 298.

La ciudad estaba clasificada entre las primeras cinco del suroeste en términos de ingreso familiar.<sup>30</sup> En el sobrepoblado lado este, los recién llegados encontraron vivienda barata, negocios en los que se hablaba español y restaurantes que resultaban atractivos a sus costumbres culinarias.

A fines de los sesenta y principios de los setenta, se abrieron nuevas oportunidades en East Los Angeles como resultado de los movimientos de protesta entre estudiantes de secundaria, manifestaciones en contra de la guerra y plantones en las zonas de supermercados por parte de los integrantes del Sindicato Unido de Trabajadores Agrícolas. Entre 1967 y 1972, manifestaciones que incluían a César Chávez, al líder agrario Reies López Tijerina y a los activistas del poder negro (Black Power) se volvieron frecuentes en la comunidad. Un movimiento chicano antibelicista movilizó a miles de ciudadanos para protestar contra la guerra a principios de la década de los setenta. Esta actividad social y política dio origen al movimiento chicano, que intentó, con considerable éxito, inspirar orgullo étnico, llamar la atención sobre las desigualdades en el sistema judicial y fomentar una nueva conciencia política. De este movimiento surgió también el Partido de la Raza Unida y los programas de estudios chicanos en las universidades y en la educación media superior por toda la ciudad. El chicanismo encontró su expresión no sólo en el campo político, sino también en el arte mural, en la música y en la literatura.

En Los Ángeles, “capital de MexAmérica”, la cuestión de los “límites” no es importante, según Joel Garreau, autor de *The Nine Nations of North America*. “Después de todo —escribe Garreau— siete millones de personas han demostrado poder vivir en la cuenca de Los Ángeles que Dios dotó con recursos para mantener solamente a doscientos mil”.<sup>31</sup> Sin embargo, esta misma cuestión ha preocupado a los habitantes del lado este. En los pasados veinte años, la pobla-

<sup>30</sup> Walter Fogel, *The Effect of Low Educational Attainment on Incomes: A Comparative Study of Selected Ethnic Groups*, reimpresión no. 166 (Los Ángeles: Institute of Industrial Relations, 1967), 31; véase también idem, *Mexican Americans in Southwest Labor Markets*, Informe de Avance 10 (Los Ángeles: University of California, Mexican American Study Project, 1967); Frank G. Mittelbach y Grace Marshall, *The Burden of Poverty*, Informe de Avance 5 (Los Ángeles: University of California, Mexican American Study Project, 1967), 13.

<sup>31</sup> Joel Garreau, “The Nine Nations of North America”, *American Demographics* 4, no. 4 (abril de 1982): 16-17.

ción mexicana de East Los Angeles pasó de un millón a casi dos millones de habitantes.

El punto central es, por supuesto, la calidad de vida. En el lado este, donde hay una seria escasez de vivienda y la calidad de la construcción de muchas de las casas que existen está por debajo de los estándares, donde las escuelas están sobrepobladas y los niños a menudo mal instruidos, donde la congestión del tráfico se ha convertido en el *modus vivendi*, donde hay alertas ambientales con demasiada frecuencia y donde sus habitantes no tienen sino muy escaso control sobre su destino económico y político, los problemas del crecimiento urbano están siempre presentes en la mente de los residentes. Sin representación política étnica a través de funcionarios electos en la ciudad y en el condado, los habitantes del lado este han tenido dificultades para dar a conocer sus puntos de vista sobre el tipo de comunidad que heredarán sus hijos. El surgimiento de las Vecinales Unidas (United Neighborhood Organizations, UNO) —exitosa agrupación de bases que recientemente ganó importantes batallas municipales— hizo surgir la esperanza de muchos ciudadanos en el sentido de que pueden influir en la dirección que tomará el desarrollo social, económico y político.

En los años posteriores a la segunda guerra mundial, la “ciudad dentro de una ciudad” se transformó en una “metrópoli dentro de una megalópolis” y los habitantes del lado este han demostrado un renovado orgullo de vivir en el lado este de Los Angeles River, un orgullo basado en gran medida en su convicción de que los mexicanos han tenido un importante papel en la creación de una de las más grandes maravillas étnicas del Estados Unidos urbano.



*East L.A. Historia de un barrio*, de Ricardo Romo, se terminó de imprimir en la ciudad de México durante el mes de noviembre de 2003. La impresión estuvo a cargo de Editores e Impresores FOC, S.A. de C.V. En su composición se usaron tipos Garamond y Helvética de 8, 11, 12, 14, 24 y 36 puntos. Se tiraron 1000 ejemplares más sobrantes sobre papel cultural de 90 gramos. La formación la realizó María Elena Álvarez Sotelo. La edición estuvo al cuidado de Astrid Velasco Montante y Teresita Cortés Díaz.